



CENTRO INTERNACIONAL DE ESTUDOS
DE DOUTORAMENTO E AVANZADOS
DA USC (CIEDUS)

TESIS DE DOCTORADO

DIRECCIONALIDAD Y FACTORES PSICOSOCIALES ASOCIADOS A LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL

Raquel Gallego González

ESCUELA DE DOCTORADO INTERNACIONAL

PROGRAMA DE DOCTORADO EN PSICOLOGÍA DEL TRABAJO Y LAS
ORGANIZACIONES, JURÍDICA FORENSE Y DEL CONSUMIDOR Y USUARIO

SANTIAGO DE COMPOSTELA

2019





DECLARACIÓN DE LA AUTORA DE LA TESIS

Direccionalidad y factores psicosociales asociados a la violencia filio-parental

Dña. Raquel Gallego González

Presento mi tesis, siguiendo el procedimiento adecuado al Reglamento, y declaro que:

- 1) La tesis abarca los resultados de la elaboración de mi trabajo.
- 2) En su caso, en la tesis se hace referencia a las colaboraciones que tuvo este trabajo.
- 3) La tesis es la versión definitiva presentada para su defensa y coincide con la versión enviada en formato electrónico.
- 4) Confirmo que la tesis no incurre en ningún tipo de plagio de otros autores ni de trabajos presentados por mí para la obtención de otros títulos.

En Santiago de Compostela, 3 de mayo de 2019

Fdo. Dña. Raquel Gallego González





**AUTORIZACIÓN DE LOS DIRECTORES /
TUTORES DE LA TESIS**
**Direccionalidad y factores psicosociales asociados a
la violencia filio-parental**

Dña. Mercedes Novo Pérez y Dña. Francisca Fariña Rivera

INFORMAN:

*Que la presente tesis, corresponde con el trabajo realizado por D/Dña. **Raquel Gallego González**, bajo mi dirección, y autorizo su presentación, considerando que reúne los requisitos exigidos en el Reglamento de Estudios de Doctorado de la USC, y que como director de ésta no incurre en las causas de abstención establecidas en Ley 40/2015.*

En Santiago de Compostela, 3 de mayo de 2019

Fdo. Mercedes Novo Pérez

Fdo. Francisca Fariña Rivera



AGRADECIMIENTOS

La mejor forma de dar comienzo a este trabajo es agradeciendo la colaboración y el apoyo de todas las personas que me han acompañado a lo largo de este proceso.

En primer lugar, a mis directoras, la Dra. Francisca Fariña y la Dra. Mercedes Novo, por darme la oportunidad de crecer e instruirme, tanto personal como profesionalmente, en un equipo de trabajo extraordinario. Por tener siempre palabras de ánimo, por su atención, apoyo y confianza, gracias. También extendo estos agradecimientos al Dr. Ramón Arce y a la Dra. Dolores Seijo, por sus consejos y por todo el conocimiento transmitido, que han sido cruciales para la culminación de este trabajo.

A mis compañeras de la Unidad de Psicología Forense, habéis sido ejemplo y apoyo durante todo este recorrido. Cada una de vosotras ha dejado huella en este trabajo; por vuestra gran profesionalidad y compañerismo, gracias. En especial a la Dra. Bárbara Amado y al Dr. Manuel Vilariño, por su apoyo continuado y por compartir conmigo su saber. Por lo profesional y lo personal, gracias.

A mi Madre y a mi Padre, por haberme dado la mejor educación, por vuestro amor y apoyo incondicional. Por ser refugio en el que reconfortarse, hogar; por vuestra palabra siempre afectuosa y alentadora. Sin vosotros nada hubiera sido. A mi hermano Alejandro, por su cariño y por ayudarme a valorar y visualizar la vida con perspectiva; y a mi hermana Lucía, por encarnar el esfuerzo, la superación y el amor. Los cuatro habéis iluminado mi camino y mis días. A mi familia, por su grandeza, variedad y valor. A Emma y Raquel, por todo lo vivido y lo que viene. A mi gran amiga Adriana, por seguir sumando y creciendo juntas; por ser y estar con comprensión y cariño, gracias. A Nerea y Sabela, vuestro apoyo y cariño han sido indispensables en este proceso. A todos esos amigos y amigas que me habéis acompañado, incluso desde la distancias, aportando aliento y afecto, gracias.

A ti Víctor, mi compañero y amigo. Por tu comprensión, tu apoyo diario y por nuestro amor, gracias.

A todas las personas que habéis estado, siempre con una sonrisa amable, GRACIAS de corazón.



RESUMEN

La violencia filio-parental refleja un patrón de comportamientos tanto verbales, financieros, físicos como emocionales, cuyo fin es demostrar poder y ejercer control sobre los progenitores. La presente tesis doctoral tiene como objetivo principal ampliar el conocimiento de esta forma de violencia, una de las modalidades de violencia familiar menos estudiadas y que más se ha incrementado en los últimos años. En el marco teórico se revisa la delimitación conceptual de la violencia filio-parental, así como los principales modelos explicativos y variables relacionadas a nivel personal, familiar y social. Por su parte, con el fin de arrojar luz sobre las características específicas de este tipo de violencia, y crear un sustento empírico que sirva de base para la prevención e intervención, se desarrollaron dos estudios empíricos.

En el primero de ellos se lleva a cabo una revisión meta-analítica en la que se estima el efecto de la victimización paterna, esto es, haber sido víctima de malos tratos durante la infancia, ya sea de forma directa (violencia paterno-filial) o vicaria (testigo de violencia entre progenitores), sobre el desarrollo de conductas de maltrato ascendente. Los resultados del conjunto de meta-análisis revelan la importante relación existente entre ambas variables, concluyendo que la victimización, tanto directa como vicaria, se presenta como un predictor robusto de la violencia ascendente.

El segundo estudio empírico se orienta hacia al análisis y caracterización de la violencia filio-parental en una muestra comunitaria formada por 210 menores, con edades comprendidas entre 12 y 17 años de edad. Para ello, se analiza la prevalencia de la violencia filio-parental, su relación con factores psicológicos y sociofamiliares, así como con otros contextos de violencia. Los resultados advierten de su elevada prevalencia y de un peor ajuste, tanto psicológico como personal y escolar, en aquellos menores que presentan este tipo de conductas. En consonancia con los resultados del primer estudio, las variables sociofamiliares también revelan su influencia en la violencia ascendente, especialmente la exposición a la violencia familiar. Asimismo, esta forma de violencia familiar también se generaliza al ámbito de los iguales, pero no así al de las relaciones de noviazgo.

Finalmente, se concluye acerca de la relevancia de los resultados alcanzados, señalando las implicaciones para el diseño de programas basados en evidencia, que contribuyan a

reducir el riesgo de victimización y de perpetuación de estos comportamientos violentos, así como las limitaciones y posibles líneas futuras de investigación.

Palabras clave: *violencia filio-parental; meta-análisis; victimización directa; victimización vicaria; ajuste psicológico; ajuste personal; ajuste social*



RESUMO

A violencia filio-parental reflicte un patrón de comportamentos tanto verbais, financeiros, físicos como emocionais, cuxo fin é demostrar poder e exercer control sobre os proxenitores. A presente tese doutoral ten como obxectivo principal ampliar o coñecemento desta forma de violencia, unha das modalidades de violencia familiar menos estudadas e que máis se incrementou nos últimos anos. No marco teórico revísase a delimitación conceptual da violencia filio-parental, así como os principais modelos explicativos e variables relacionadas a nivel persoal, familiar e social. Pola súa banda, coa fin de botar luz sobre as características específicas deste tipo de violencia, e crear un sustento empírico que sirva de base para a prevención e intervención, desenvóléronse dous estudos empíricos.

No primeiro deles lévase a cabo unha revisión meta-analítica na que se estima o efecto da vitimización paterna, isto é, ser vítima de malos tratos durante a infancia, xa sexa de forma directa (violencia paterno-filial) ou vicaria (testemuña de violencia entre proxenitores), sobre o desenvolvemento de condutas de malos tratos ascendentes. Os resultados do conxunto da meta-análise revelan a importante relación existente entre ambas variables, concluíndo que a vitimización, tanto directa como vicaria, preséntase como un predictor robusto da violencia ascendente.

O segundo estudo empírico oríéntase cara á análise e caracterización da violencia filio-parental nunha mostra comunitaria formada por 210 menores, con idades comprendidas entre 12 e 17 anos de idade. Para iso, analízase a prevalencia da violencia filio-parental, a súa relación con factores psicolóxicos e sociofamiliares, así como con outros contextos de violencia. Os resultados advirten da súa elevada prevalencia e dun peor axuste, tanto psicolóxico como persoal e escolar, naqueles menores que presentan este tipo de condutas. En consonancia cos resultados do primeiro estudo, as variables sociofamiliares tamén revelan a súa influencia na violencia ascendente, especialmente a exposición á violencia familiar. Así mesmo, esta forma de violencia familiar tamén se xeneraliza ao ámbito dos iguais, pero non así ao das relacións de noivado.

Finalmente, conclúese sobre a relevancia dos resultados alcanzados, sinalando as implicacións para o deseño de programas baseados en evidencia, que contribúan reducir o risco de vitimización e de perpetuación destes comportamentos violentos, así como as limitacións e posibles liñas futuras de investigación.

Palabras chave: *violencia filio-parental; meta-análise; vitimización directa; vitimización vicaria; axuste psicológico; axuste persoal; axuste social*



ABSTRACT

Child-to-parent violence reflects a pattern of verbal, financial, physical and emotional behaviour with the aim of demonstrating power and control over parents. The main objective of this doctoral thesis is to improve the knowledge of this type of violence, which has suffered a significant increase in recent years and which nonetheless remains one of the least studied modalities of family violence. The review of the theoretical framework provides conceptual delimitation of child-to-parent violence, as well as the main explanatory models and related variables at the personal, family and social levels. On the other hand, in order to shed some light on the specific characteristics of this type of violence, and to create an empirical basis for prevention and intervention, two empirical studies have been developed.

In the first one, a meta-analytic review is carried out in order to estimate the effect of parental victimization, that is, having been a victim of abuse during childhood, either directly (parent-to-child violence) or vicariously (witness of violence between parents), on the development of child-to-parent violence. The results of the meta-analytic review reveal the important relationship between both variables, concluding that direct and vicarious victimization are presented as a robust predictor of child-to-parent violence.

The objective of the second empirical study was to analyze and characterize child-to-parent violence in a community sample of 210 minors aged between 12 and 17 years old. To this end, the prevalence of child-to-parent violence, its relationship with psychological and sociofamily factors, as well as with other contexts of violence, were analyzed. The results warn the high prevalence of this type of violence, and a worse psychological, personal and school adjustment, in those minors who present maltreatment behaviour. In line with the results of the first study, sociofamily variables also reveal their influence on child-to-parent violence, especially exposure to family violence. Likewise, this type of family violence is also generalized to the peer context, but not to dating relationships.

Finally, the implications of the results were discussed in terms of their relevance to design evidence based programs which contribute to reduce the victimization risk and perpetuation of these violent behaviors, as well as the limitations and possible future lines of research.

Key words: *child-to-parent violence, meta-analytic review; direct victimization; vicarious victimization; psychological adjustment; personal adjustment; social adjustment.*



ÍNDICE

PARTE TEÓRICA

1. DELIMITACIÓN CONCEPTUAL Y JURÍDICA DE LA VIOLENCIA

FILIO-PARENTAL	23
----------------------	----

1. DELIMITACIÓN CONCEPTUAL.....	25
---------------------------------	----

1.1 ADOLESCENCIA, VIOLENCIA Y AGRESIVIDAD	25
---	----

1.2 VIOLENCIA FILIO-PARENTAL	28
------------------------------------	----

1.2.1 Avanzando hacia una definición.....	28
---	----

1.2.2 Tipología de la violencia filio-parental.....	33
---	----

1.2.3 Prevalencia de la violencia filio-parental.....	38
---	----

2. MARCO JURÍDICO DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL: SITUACIÓN LEGAL DEL MENOR	41
--	----

2.1 NORMATIVA INTERNACIONAL	42
-----------------------------------	----

2.2 NORMATIVA ESTATAL.....	44
----------------------------	----

2.3 NORMATIVA AUTONÓMICA	51
--------------------------------	----

2. MODELOS EXPLICATIVOS DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL.....	55
---	----

2.1. MODELOS EXPLICATIVOS DE LA VIOLENCIA	58
---	----

2.1.1. Teoría del Aprendizaje Social (Bandura, 1987).....	59
---	----

2.1.2. Modelo de Coerción de (Patterson, 1982).....	63
---	----

2.1.3. Modelo de Procesamiento de la Información Social (Dodge, 1986)	65
---	----

2.2. MODELOS EXPLICATIVOS ESPECÍFICOS DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL.....	67
---	----

2.2.1. Modelo integrador para la explicación del maltrato a los progenitores (Agnew y Huggle, 1989)	67
--	----

2.2.2. Teorías de Sistemas: Modelo Sintomático de Miccuci (1995).....	70
---	----

2.2.3. Modelo Ecológico Holístico de Cottrell y Monk (2004).....	71
--	----

2.2.4. Síndrome del Emperador (Garrido, 2005)	74
---	----

3. VARIABLES RELACIONADAS CON LA VIOLENCIA FILIO-

PARENTAL.....	77
3.1. VARIABLES RELACIONADAS CON EL MENOR AGRESOR.....	80
3.1.1. Variables sociodemográficas	80
3.1.1.1 Sexo.....	80
3.1.1.2 Edad.....	82
3.1.2. Variables de ajuste clínico	84
3.1.2.1 Consumo de sustancias.....	84
3.1.2.2 Psicopatología	86
3.1.3. Ajuste académico	89
3.1.4. Ajuste social	92
3.1.4.1. Influencia de las relaciones entre iguales.....	92
3.1.4.2 Competencia Social: Ajuste Social, destrezas cognitivas y regulación emocional	94
3.2. VARIABLES RELACIONADAS CON LOS PROGENITORES.....	100
3.2.1. Variables sociodemográficas	100
3.2.1.1 Género de los progenitores	100
3.2.1.2 Edad de los progenitores.....	105
3.2.2. Ajuste clínico.....	106
3.2.2.1 Consumo de sustancias	106
3.2.2.2 Psicopatología.....	108
3.3 VARIABLES FAMILIARES.....	109
3.3.1 Estructura familiar.....	110
3.3.2 Nivel socioeconómico.....	112
3.3.3 Estilos educativos y clima familiar.....	115
3.3.4 Funcionamiento familiar	121
3.3.4.1 Conflicto	122
3.3.4.2 Cohesión	124
3.3.4.3 Comunicación	126
3.3.5 Violencia familiar	127

PARTE EMPÍRICA

ESTUDIO I: RECIPROCIDAD DE LA VIOLENCIA133

1. OBJETIVOS E HIPÓTESIS.....	135
2. MÉTODO.....	138
2.1. Búsqueda de estudios.....	138
2.2. Criterios de inclusión y exclusión.....	138
2.3. Codificación.....	139
2.4. Análisis de datos.....	139
2.4.1 Fiabilidad de la medida (predictor y criterio).....	140
3. RESULTADOS.....	141
3.1 Estudio de Outliers.....	141
3.2 Metanálisis general.....	141
3.3 Estudio de moderadores.....	142
4. CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN.....	144

ESTUDIO II: CARACTERIZACIÓN DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL EN UNA MUESTRA DE MENORES.....149

1 INTRODUCCIÓN.....	151
2 HIPÓTESIS.....	151
3 PROCEDIMIENTO Y DISEÑO.....	152
3.1 Participantes.....	152
3.2 Instrumentos de medida.....	154
4 ANÁLISIS DE DATOS.....	158
5 RESULTADOS.....	159
5.1 Prevalencia de la violencia filio-parental.....	159
5.2 Ajuste psicológico, personal y escolar.....	161
5.3 Violencia filio-parental y victimización.....	171
5.4 Aproximación a otros contextos.....	173
6 DISCUSIÓN.....	177
7 LIMITACIONES.....	181

CONCLUSIONES Y LÍNEAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN..... 183

ANEXOS 189

ANEXO 1. TABLA CODIFICACIÓN META-ANÁLISIS.....191

ANEXO II: CUADERNILLO DE EVALUACIÓN.....195

REFERENCIAS 209



ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1.	Porcentajes de Agresión según Tipología de la Violencia Ejercida Hacia los Progenitores, Margolin y Baucom (2014).....	36
Tabla 2.	Número de Casos de Violencia Filio-Parental Desde el Año 2007.....	40
Tabla 3.	Procedimientos Incoados por Delitos en Menores en Galicia	40
Tabla 4.	Estadísticas Fiscalía de Menores por Delitos de Violencia Doméstica.....	41
Tabla 5.	Medidas Cautelares Circular 1/2010 del Ministerio de Justicia (2011)	49
Tabla 6.	Variables Relacionadas con la Violencia Filio-parental.....	79
Tabla 7.	Resultados de los Meta-análisis Correlacionales de la Victimización y la Violencia Filio-parental.....	142
Tabla 8.	Resultados Meta-análisis Correlacional para las Tipologías de Violencia Filio-parental Física y Psicológica	143
Tabla 9.	Resultados del Meta-análisis Correlacional Según el tipo de Población (Comunitaria y Judicial)	144
Tabla 10.	Prevalencia de Actos Violentos Ejercidos por los Menores (violencia filio-parental)	159
Tabla 11.	Comparación de Medias Mediante T de Student en los Tipos de Violencia Dirigidos hacia el Padre en Función del Sexo.....	160
Tabla 12.	Comparación de Medias Mediante T de Student en los Tipos de Violencia Dirigidas hacia la Madre en Función del Sexo.....	160
Tabla 13.	Comparación de Medias Mediante T de Student en los Tipos de Violencia (Física y Verbal) en Función de Grupos de Edad (grupo 1: 12-14; grupo 2: 15-17).....	161
Tabla 14.	Pruebas T Violencia Filio-parental Verbal Hacia la Madre y BASC.....	162
Tabla 15.	Pruebas T Violencia Filio-parental Física Hacia la Madre y BASC	164
Tabla 16.	Pruebas T Violencia Filio-parental Verbal Hacia el Padre y BASC	165
Tabla 17.	Pruebas T Violencia Filio-parental Física Hacia el Padre y BASC (n=4).....	166
Tabla 18.	Pruebas T Violencia Filio-parental y Factores 1 y 2 Escala mCPS.....	167
Tabla 19.	Comparación de Medias Mediante T de Student en los Estilos de Socialización Parental en Función de la Violencia Filio-parental Verbal.....	168
Tabla 20.	Comparación de Medias Mediante T de Student en los Estilos de Socialización Parental en Función de la Violencia filio-parental Física.	169

Tabla 21.	Clasificación del Estilo Parental en Función de la Violencia Filio-parental	170
Tabla 22.	Victimización y Violencia Filio-parental.....	171
Tabla 23.	Prueba T para Menores Victimizadas y Puntuaciones BASC en Función de la Violencia Filio-Parental.	172
Tabla 24.	Relación entre la Violencia Entre los Iguales y la Violencia Filio-parental	174
Tabla 25.	Relación Entre la Violencia en la Pareja Física y la Violencia Filio-parental.....	174
Tabla 26.	Relación Entre la Violencia en la Pareja Sexual y la Violencia Filio-parental.....	174
Tabla 27.	Relación Entre la Violencia en la Pareja Psicológica y la Violencia Filio-parental.....	175
Tabla 28.	Modelo Ecológico: Niveles de Influencia y Variables Asociadas	175
Tabla 29.	Correlaciones de la Violencia Filio-parental con las Variables del Modelo Ecológico.....	175
Tabla 30.	Estadísticos Descriptivos	176
Tabla 31.	Resumen del Modelo de Regresión y ANOVA	176

ÍNDICE FIGURAS

Figura 1:	Tipos de refuerzos de la conducta.....	61
Figura 2.	Modelo del procesamiento de la información social (adaptado Crick y Dodge, 1994).....	66
Figura 3.	Modelo Integrador Agnew y Huguley (1989).....	70
Figura 4.	Interrelación entre las Variables de la Violencia Filio-parental. Adaptado Cottrell y Monk (2004)	73
Figura 5.	Distribución por edad.....	153
Figura 6.	Distribución por curso.....	153
Figura 7.	Estructura familiar.....	154
Figura 8.	Distribución agresiones ascendentes según sexo menor y progenitor	159



PARTE TEÓRICA



1. DELIMITACIÓN CONCEPTUAL Y JURÍDICA DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL



Se inicia este capítulo con una revisión de la literatura, con con el fin de delimitar conceptualmente la violencia filio-parental, así como establecer las tipologías y prevalencias de este fenómeno. A continuación, se realizará un recorrido histórico de la normativa en materia de menores, para visualizar la trayectoria y transformación del sistema legal, hasta la actual regulación de la violencia filio-parental en el sistema de justicia juvenil.

1. DELIMITACIÓN CONCEPTUAL

1.1 ADOLESCENCIA, VIOLENCIA Y AGRESIVIDAD

La adolescencia es un periodo evolutivo de grandes cambios, una etapa de transición en el que los individuos construyen su propia identidad personal tras una búsqueda de la imagen que no conocen, en un mundo que apenas comprenden y en un cuerpo que se transforma (Gallego, Sanmartín y Vilariño, 2017). Este periodo evolutivo presenta una serie de características que no se dan en otras fases del ciclo vital, destacando la rapidez y la brevedad con la que se producen los cambios en diferentes ámbitos como el biológico, el social, el psicológico, el físico, el sexual y el cultural (Sánchez y Oliva, 2003; Fernández, 2014). Durante esta etapa, se inicia el pensamiento abstracto y formal, que permite la transición, del rol infantil al rol de adulto, junto con otros aspectos, como el fomento de la autonomía y la creación de la propia identidad, conquistando así un estatus superior que requiere de ajustes sociales. También tiene lugar el desarrollo moral, el cual se lleva a cabo a partir del establecimiento de compromisos ideológicos, definiéndose un sistema de valores éticos y morales que orientarán a la persona el resto de su vida (Lila, 1995).

La creación de la propia identidad supone el planteamiento de una definición tanto personal como social del ser, orientada al enriquecimiento y pleno desarrollo. Con este fin, se inician procesos de exploración, de diferenciación, de búsqueda de pertenencia y de sentido de la vida (Krauskopf, 2000). De esta forma, el periodo adolescente se caracteriza por una mayor interacción entre las tendencias individuales, las adquisiciones psicosociales, las metas socialmente disponibles, las fortalezas y desventajas del entorno (Krauskopf, 2000). La transición del adolescente hacia su madurez personal requiere de reajustes sociales y de la búsqueda de la propia identidad, dejar atrás los roles propios de la niñez y conquistar el estatus de adulto. Erikson (1968) aporta una conceptualización de la adolescencia en la que

destaca la parte de búsqueda de la identidad, la identidad del yo, es decir, quiénes somos, cómo nos adecuamos a la sociedad y qué queremos hacer en la vida.

La Organización Mundial de la Salud (OMS, 1986) define la adolescencia como la época de la vida en la cual tiene lugar el empuje del crecimiento puberal y el desarrollo de las características sexuales, así como la adquisición de nuevas habilidades sociales, cognitivas y emocionales. Constructos como la autoestima, la autonomía y la propia identidad se van afirmando en este proceso que suele abarcar, aproximadamente, desde los 10 hasta los 19 años. Por su parte, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF, 2011), considera la adolescencia como un periodo de oportunidades, resaltando la importancia de la educación y capacitación de los menores. En esta etapa, las relaciones con el grupo de iguales se fortalecen, produciéndose un aumento de la estabilidad, de la reciprocidad y de la intimidad como consecuencia de cambios cognitivos que ayudan a una comprensión mayor del otro y a la vivencia de experiencias compartidas. Este tipo de relaciones proporciona al menor un apoyo instrumental para la resolución de determinados conflictos, así como también apoyo emocional, tratándose de figuras de apego horizontales que aportan información de gran relevancia personal para el menor. También tiene lugar el inicio de las relaciones de pareja y la extensión de las relaciones sociales (Fernández, 2014). El hecho de que el grupo de iguales juegue un papel tan importante en la formación de la identidad del menor, lo convierte en un aspecto crítico a la hora de desarrollar su competencia social.

De este modo, al mismo tiempo que las relaciones con los iguales se fortalecen, en el ámbito familiar se produce un aumento de los conflictos que muchas veces está ligado a un distanciamiento psicológico y emocional. Las dificultades suscitadas por el debilitamiento de la relación familiar, son percibidas tanto por los menores como por sus progenitores, dando lugar a la necesidad de redefinir las relaciones entre ambos, adecuándolas al nuevo estatus de los menores. El aumento de los conflictos familiares lleva consigo la escasa comunicación entre ambos. Los menores exploran los límites, se subordinan a las normas paternas para comprobar hasta dónde es posible llegar, no quieren reglas ni que se les coarte su libertad. En este ámbito, se debe tener presente que el conflicto no es, per se, algo negativo, ni tiene porqué implicar actos violentos; el conflicto abre la puerta al aprendizaje y al crecimiento personal (Gallego et al., 2017), siempre que se gestione o encauce adecuadamente.

Los cambios que se producen, tanto biológicos como cognitivos, fomentan el incremento de la incertidumbre, de duda, de miedo, sobre las posibilidades de desempeñar un rol activo en la sociedad, confiriéndole a la persona una mayor vulnerabilidad ante los prejuicios y estereotipos presentes en la sociedad actual (Gallego, Amado, y Novo, 2017). Por otro lado, la tolerancia a la frustración se configura como una variable de gran relevancia en el periodo adolescente puesto que diferentes investigaciones han destacado los sentimientos de ira y frustración como los motivos principales por los que los adolescentes recurren a comportamientos violentos en sus relaciones sociales (Fernández-González, O’Leary, y Muñoz-Rivas, 2013; Gómez, Delgado, y Gómez, 2014).

Los adolescentes, buscan ansiosamente su lugar en el mundo, tratando de ejercer un impacto directo en las relaciones que mantienen, haciéndose más visible ese impacto en las relaciones con sus iguales al no haberse establecido una jerarquía, tal y como ocurre en las relaciones familiares. Desde esta perspectiva, se hace alusión al poder como un elemento de la estructura y la organización social, como la capacidad de dirigir e influir en las acciones de los otros (Villaseñor-Farías y Castañeda-Torres, 2003). Cuando no se controlan los intereses de poder, una de las estrategias a seguir puede ser el recurrir a la violencia para tratar de mantener el estatus dominador, exigiendo respeto y obediencia (Ovejero, Yubero, Larrañaga, y Navarro, 2013). Así, la violencia relacional puede considerarse un instrumento al que recurrir para asegurar la posición de superioridad y también para lograr el estatus de dominio y control en el grupo de iguales. De esta forma, podría afirmarse que la baja tolerancia a la frustración, junto con el ansia de poder y control son variables directamente vinculadas con la aparición de la violencia en diferentes contextos en el periodo adolescente.

Por otra parte, es necesario establecer la diferencia entre agresividad y violencia, dos términos que a pesar de que puedan utilizarse en lo cotidiano como sinónimos, hacen referencia a dos comportamientos distintos. El primero de ellos se sustenta en explicaciones adaptativo-genéticas, puesto que formaría parte del repertorio conductual del individuo desde su nacimiento (Molla y Aroca, 2017; Moya, 2010; Sanmartín, Gutiérrez, Martínez, y Vera, 2010), en el que está implicado un gran número de factores de carácter polimorfo, que puede manifestarse en cada uno de los niveles que integran al individuo: físico, emocional, cognitivo y social (Carrasco y González, 2006). Así, la agresividad se caracterizaría por tratarse de una tendencia, disposición o capacidad que puede materializarse o no en comportamientos específicos (Uribe, Acosta, y López, 2004).

Por el contrario, la conducta violenta, hace referencia al comportamiento aprendido que implica utilizar la fuerza, ya sea psicológica, física, económica y/o sexual, sobre otro, con la intención de obtener lo que desea, solucionar conflictos personales o interpersonales y resolver problemas, todo ello dentro de un marco relacional donde existe un desequilibrio de poder, real o percibido por la víctima y/o el agresor (Aroca e Ibañez-Ferrer, 2014; Evans, Jackson, Mannix, y Wilkes, 2008). Asimismo, la OMS (2002) define la violencia como el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones (p.5).

En suma, se puede afirmar que tanto las conductas violentas como las agresivas conformarían comportamientos lesivos hacia los demás, sin embargo, la diferencia radica en el carácter intencional de la conducta (Sánchez-Heras, 2008).

1.2 VIOLENCIA FILIO-PARENTAL

La violencia en el ámbito familiar ha sido un tema ampliamente abordado por la literatura científica, en cambio, una de sus modalidades, la violencia filio-parental ha permanecido en la oscuridad durante décadas. En los últimos años, la producción científica vinculada al estudio de este fenómeno ha aumentado como consecuencia del incremento en el número de casos, lo que ha puesto de manifiesto la necesidad de un abordaje basado en la evidencia empírica, en el que se tengan en cuenta las particularidades que atañen a este tipo de violencia, dotándola de entidad propia con respecto a otras casuísticas. A continuación se realizará una aproximación conceptual al término violencia filio-parental diferenciándola de otras modalidades de violencia en el entorno familiar.

1.2.1 Avanzando hacia una definición

Antes de adentrarnos en la violencia filio-parental, es conveniente analizar el contexto en el que se enmarca esta modalidad de violencia, es decir, violencia familiar o violencia doméstica. Si bien contamos con definiciones referidas a la violencia familiar, se evidencia una generalizada falta de consenso dentro de la comunidad científica, debido a la dificultad de delimitar criterios para clasificar los comportamientos violentos en el hogar (Mollá-Esparza y Aroca, 2017)

En este sentido, el Consejo de Europa (1986), concibe la violencia familiar como cualquier acto y omisión que atente contra la vida, la integridad psíquica o la libertad de una

persona, o que ponga gravemente en peligro el desarrollo de su personalidad. En la misma dirección, apuntamos la definición de Echeburúa (2003), quien establece que la violencia familiar son las agresiones físicas, psíquicas, sexuales o de otra índole, llevadas a cabo reiteradamente por parte de un familiar, y que causan daño físico y/o psicológico y vulneren la libertad de otra persona. A su vez, tratando de aglutinar conceptualizaciones de maltrato previas (Aroca e Ibañez-Ferrer, 2014; Redondo y Garrido, 2013), Mollá-Esparza y Aroca (2017), han definido la violencia intrafamiliar como:

“tipo de maltrato interpersonal utilizado de manera repetida, usando las agresiones físicas, tanto directas como indirectas, los malos tratos: psicológico-emocional, sexual, económico, abandono o negligencia o la omisión de ayuda, de forma reiterada y duradera en el tiempo, por medio de conductas de control, dominio o poder por parte del agresor, de forma consciente, que puedan causar consternación, perjuicio o dolor en la víctima, malos tratos que pueden ser ejercidos por uno a varios miembros del núcleo familiar sobre una o varias víctimas” (p. 2).

En sentido genérico, el término de violencia familiar hace referencia a diferentes tipos de víctimas y victimarios, al poder darse entre y hacia cualquiera de sus miembros. Como se ha mencionado, es habitual que la víctima se encuentre en una situación de dependencia del agresor, sin embargo en la violencia filio-parental, esta situación se invierte, dado que es el menor de edad, dependiente de la unidad familiar, el que ejerce la violencia hacia sus descendientes.

En la actualidad, la investigación desarrollada en este ámbito (Aroca, 2010; Echeburúa, y de Corral, 1998; Exner-Cortens, Eckenrode, y Rothman, 2013; Garrido, Stangeland, y Redondo 2006; Grisolia, 2006; Katz y Windecker-Nelson, 2006; McCabe, Lucchini, Hough, Yeh, y Hazen, 2005) permite señalar como característicos los siguientes aspectos de la violencia familiar:

- a. Puede darse en cualquier nivel cultural, económico, social y étnico.
- b. El maltrato puede ser ejercido por cualquier miembro de la familia y perpetrado contra cualquiera de los integrantes que la componen.
- c. Algunas variables, tales como la edad o el género de la víctima se han asociado con la violencia familiar. Las mujeres, los niños y los ancianos serían más propensos a ser víctimas de malos tratos; sin embargo la dimensión de violencia filio-parental no

cumpliría esta característica al ser los propios descendientes los que ejercen la violencia contra las figuras ascendientes (Aroca, 2010).

- d. Los agresores tienen con sus víctimas lazos biológicos o civiles, económicos, afectivos y de convivencia.
- e. La víctima vive en una situación de alerta constante, motivada por la amenaza a la seguridad personal por una persona con la que mantiene un vínculo biológico o civil, económico, afectivo y de convivencia.
- f. La víctima de maltrato, puede estar expuesta y sometida a una violencia reiterada, intencional, a lo largo del tiempo, intermitente y con tendencia a que se aumente la violencia que recibe, intercalada, con frecuencia, con periodos de arrepentimiento y muestras de afecto por parte de su agresor, lo que puede ocasionarle cuadros graves de ansiedad y una respuesta de alerta constante.
- g. El agresor, con independencia de la actitud o conducta de la víctima, decide la frecuencia y la intensidad del maltrato.
- h. Durante el periodo o fase de maltrato, pueden combinarse diferentes modalidades de violencia: psicológica, sexual, física y económica.
- i. La víctima puede presentar, a largo plazo, un aumento en los temores que padece; sufrir procesos de despersonalización y dependencia; desarrollar sentimientos de culpa, baja autoestima, impotencia, pasividad o bloqueo ante el maltrato, generando un efecto de indefensión aprendida (Seligman, 1975).

Se dispone de muy pocas definiciones de violencia filio-parental, pero esto no significa que sea un fenómeno reciente, ya que en 1979, Harbin y Madden la definieron como ataques físicos o amenazas verbales y no verbales o daño físico, haciendo referencia al síndrome de los progenitores maltratados. En la misma dirección, Straus (1979), añade comportamientos como morder, golpear, empujar, arañar, lanzar objetos, maltrato verbal y amenazas. En 1999, Laurent y Derry, incluyen por primera vez, la reiteración de la conducta violenta, al delimitar el fenómeno como una agresión física repetida a lo largo del tiempo, realizada por el menor hacia sus progenitores.

El incremento de estudios, fue dando lugar a conceptualizaciones más elaboradas que categorizan este tipo de violencia en cuatro tipologías análogas a las utilizadas en otras modalidades de violencia familiar. Así, Cottrell (2001), propone una de las definiciones más aceptadas, refiriéndose a este tipo de violencia como cualquier acto de los hijos que provoque

miedo en los progenitores y que tenga como objetivo hacer daño a estos, distinguiendo diferentes tipologías. En primer lugar, el maltrato físico, que incluiría actos violentos señalados anteriormente por Straus (1979), como pegar, morder, empuja o lanzar objetos entre otros; la segunda tipología hace alusión al maltrato psicológico, constituido por comportamientos intimidatorios y atemorizados hacia los progenitores; seguidamente, el maltrato emocional, entendido como la realización de demandas irrealistas, mentiras, fugas del hogar, engaños; y el maltrato económico, entre cuyos comportamientos se incluiría el robo de dinero y pertenencias, así como su venta o destrucción y la compra de cosas que no se pueden permitir, responsabilizando a los progenitores del pago o de la deuda adquirida. Por su parte, otros autores (Bobic, 2002), proponen una definición de la violencia filio-parental más generalista y menos específica. Así, Paterson, Luntz, Perlesz y Cotton (2002), consideran que para que el comportamiento de un miembro de la unidad familiar sea tomado como violento, es necesario que los otros miembros de familia se sientan amenazados, intimidados y controlados.

En el ámbito nacional, se han propuesto varias definiciones de la violencia ascendente que muestran una gran variabilidad. Así, Garrido (2005), establece el “Síndrome del emperador” entendido como:

“Cuando un niño que debería ser feliz y hacer feliz a sus padres se convierte en el símbolo de una falta de tolerancia de la frustración que aparece cada vez más dominante en nuestra sociedad. Este joven quiere hacer las cosas como él quiere, y lo quiere ahora, y no le arredra la conciencia a la hora de ser violento” (p.19).

Seguidamente, el término “Hijos tiranos”, fue acuñado por Urra (2006), para referirse a “la persona que abusa de su poder, superioridad o fuerza en cualquier concepto o materia”, y también, simplemente, “como el que impone ese poder o superioridad en grado extraordinario” (p.15). Por otro lado, Pereira (2006), hace mención a una serie de conductas reiteradas dirigidas hacia los progenitores o hacia los adultos de referencia, distinguiendo las siguientes áreas:

- a. Violencia física, entre las que se incluyen actos como agresiones, golpes, empujones o arrojar objetos.
- b. Violencia verbal, materializada en insultos repetidos o amenazas.
- c. Violencia no verbal, mediante gestos amenazadores o ruptura de objetos valorados.

De esta definición quedan excluidos los casos aislados relacionados con el consumo de tóxicos, psicopatologías graves, deficiencia verbal y parricidio (Pereira, 2006).

En la misma dirección, Aroca (2010), aporta una definición haciendo hincapié en aspectos señalados en conceptualizaciones previas (Cottrell, 2001; Pereira, 2006), tales como la reiteración de la conducta y la intencionalidad. Define la violencia filio-parental como:

“aquella en la que el hijo/a actúa de manera intencionada y conscientemente con el deseo de causar daño, perjuicio y/o sufrimiento a sus progenitores, de forma reiterada a lo largo del tiempo, y con el fin inmediato de obtener poder, control y dominio sobre sus víctimas para conseguir lo que desea, por medio de la violencia psicológica, económica y/o física” (p.136).

Por otro lado, es menester señalar que no todas las definiciones propuestas incluyen los elementos necesarios para que un comportamiento se pueda tipificar como maltrato, desde la Criminología o el Derecho Penal español: *intencionalidad*, *consciencia*, *reiteración* y con *objetivos específicos* o *violencia instrumental* (Aroca, Lorenzo, y Miró, 2014). En este sentido, Beyebach (2007) propone que para establecer una relación interpersonal de maltrato se debe partir de que “son conductas que tendrán *potencialmente* efectos nocivos sobre la víctima y probablemente se den un contexto de imposición de control, pero que resultan maltratadoras en sí mismas, incluso si sus efectos y sus intenciones no son negativos” (p. 19). Más recientemente, Holt (2013) la define como un “patrón de comportamientos tanto verbales, financieros, físicos como emocionales cuyo objetivo es el de demostrar poder y ejercer control sobre los progenitores” (p.1). Finalmente, contamos para nuestro contexto normativo y social con una definición de carácter amplio e integrador, que ha tenido en cuenta los elementos necesarios para determinar la existencia de maltrato en nuestro marco normativo:

“Aquella a través de la cual el menor realiza conductas de maltrato hacia sus progenitores (o aquellas personas que ejerzan tal función), consciente e intencionalmente, a lo largo del tiempo y de forma reiterada, causándoles sufrimiento y/o daño, independientemente de que su víctima sea consciente de ello, utilizando la violencia psicoemocional, física y/o económica con el fin de obtener el control, el dominio y el poder sobre su víctima para conseguir lo que sea, en detrimento de la autoridad, autoestima y cometido educativo de su progenitor/es” (Molla y Aroca, 2017, p.3).

Por último, recientemente la Sociedad Española para el Estudio de la Violencia Filio-Parental (SEVIFIP, 2017), ha consensuado una definición a partir del análisis realizado por once expertos de las conceptualizaciones propuestas por varios autores, contempladas anteriormente (Aroca, 2010; Cottrell y Monk, 2004; Coogan, 2011; Garrido, 2005; Holt, 2015; Patterson, Luntz, Perlesz y Cotton., 2002; Pereira, 2006). De este modo, definen la violencia filio-parental como:

“Conductas reiteradas de violencia física y psicológica (verbal o no verbal) o económica, dirigida a las y los progenitores o a aquellas personas que ocupen su lugar. Se excluyen las agresiones puntuales, las que se producen en un estado de disminución de la conciencia que desaparecen cuando esta se recupera (intoxicaciones, síndromes de abstinencia, estados delirantes o alucinantes), las causadas por alteraciones psicológicas (transitorias o estables) (el autismo o la deficiencia mental severa) y el parricidio sin historia de agresiones previas.” (p.220) (Pereira, Loinaz, Del Hoyo-Bilbao, Arrospide, Bertino, Calvo, Montes y Gutiérrez, 2017).

1.2.2 Tipología de la violencia filio-parental

Según la definición de la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2002) mencionada anteriormente, la violencia se categorizaría por un lado en actos de carácter físico, sexual, psicológico y por otro lado por privaciones, abandono o negligencia. (OMS, 2002). De lo anterior se desprende la existencia de diferentes modos de ejercer violencia, catalogándolos a su vez en diferentes criterios que dan lugar a clasificaciones: según el autor del hecho violento (i.e. violencia autoinflingida, violencia interpersonal y violencia colectiva); según el tipo de víctima (violencia contra la mujer, violencia contra los niños y niñas, violencia contra las personas adultas o mayores, violencia contra las personas debido a su orientación sexual o identidad de género, violencia contra personas con discapacidades se atiende al criterio del autor del hecho violento); según el ámbito en el que se desarrolle la conducta violenta (i.e. violencia doméstica o intrafamiliar, violencia en las comunidades, las calles y los espacios públicos, violencia en la escuela, violencia en el trabajo o acoso laboral, violencia a través de los medios de comunicación y el ciberespacio); y finalmente; según el tipo de daño causado (i.e. violencia física, violencia psicológica, violencia sexual, violencia económica y patrimonial). En el presente apartado, nos centraremos en analizar la tipología de la violencia

ejercida por los menores, atendiendo a la última de las clasificaciones previamente expuestas, la relacionada con el tipo de daño causado.

En este sentido, la violencia física la compondrían aquellos comportamientos como pegar, golpear, empujar; que suponen un daño físico hacia la víctima, configurándose así como la forma de violencia más observable, accesible y reconocida (OMS, 2002). Por otro lado, la violencia psicológica incluiría todos aquellos comportamientos verbales o no verbales, activos o no, cuya finalidad sea generar malestar en la otra persona (Gámez-Guadix, Straus, Carrobes, Muñoz-Rivas, y Almendros, 2010). Dentro de esta modalidad de violencia es posible diferenciar dos tipos de manifestaciones violentas en función de su finalidad. Así, se distinguen agresiones directas como verbalizaciones orientadas a hacer daño (i.e. insultos, humillaciones, vejaciones); y agresiones indirectas, bajo la forma de abuso emocional, caracterizado por el uso de conductas de control tales como amenazas de huir o de autolesiones, hacer pensar a la otra persona que está loca, mentir, huir, etc. (Cottrell, 2001). Finalmente, la violencia sexual, entendida como todo acto o tentativa de consumir un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados así como la coacción (OMS, 2002).

En los últimos años, las nuevas manifestaciones de la violencia en sus diferentes contextos han puesto de manifiesto la necesidad de incluir una nueva dimensión que haga mención a la violencia económica o material, ajustándose así al dinamismo necesario a la hora de conceptualizar y analizar la violencia en la sociedad actual. Esta modalidad se basaría en la extorsión financiera o ilegal, así como en el control de los fondos y los recursos necesarios para la supervivencia económica y personal (Aroca et al., 2014).

En lo que respecta a la violencia filio-parental, es necesario efectuar un análisis exhaustivo de los estudios epidemiológicos realizados para conocer de primera mano, cuales son aquellas tipologías que están presentes en esta modalidad de maltrato. De este modo, encontramos que los primeros estudios (Agnew y Huley, 1989; Foo y Margolin, 1995; Kratcoski, 1985; Livingston, 1986; Peek, Fisher y Kidwell, 1985) se centraron únicamente en analizar la violencia física ascendente, entendida como un conjunto de conductas que pueden provocar daño corporal causando heridas por medio de objetos, armas o partes del cuerpo para asestar patadas, bofetones, golpes y empujones (Aroca et al., 2014). En este sentido, Livingston (1986) analizó y diferenció tres manifestaciones de violencia física encontrando

que en el 79.5% de los casos sucedían empujones, en el 59%, golpes con la mano abierta, y en el 66% patadas o lanzamiento de objetos. Por su parte, Peek et al. (1985) hallaron, en su estudio longitudinal, que la agresión física hacia el padre oscilaba entre el 4.8% y el 7.6%, y entre el 2.3% y el 5.6% hacia la madre. En relación con el lanzamiento de objetos, destacamos los datos aportados por Robinson, Davidson y Debrot (2004) y Evans y Warren-Sohlberg (1988) quienes concluyeron que en torno a un 5% de los menores empleaba este tipo de conducta.

Otros estudios combinan el análisis de la violencia física y psicológica (Kethineni, 2004; Calvete, Gámez-Guadix y García-Salvador, 2015; Ibabe, Jaureguizar, y Díaz, 2009; Jaureguizar, Ibabe, y Straus, 2013; Rechea, Fernández, y Cuervo, 2008). Es necesario señalar la falta de consenso a la hora de definir qué comportamientos formarían parte de esta dimensión, puesto que hay autores que diferencian entre abuso psicológico, verbal y emocional (Haw, 2010; Ibabe et al., 2009), mientras que otros autores (Aroca, Cánovas, y Alba, 2012; Aroca, et al., 2014), abogan por un análisis conjunto, considerando el abuso emocional y verbal como categorías propias del maltrato psicológico. Así, esta categoría incluiría conductas que atentan contra los sentimientos o necesidades afectivas de una persona, generando conflictos personales, frustraciones y traumas de origen emocional que pudieran llegar a ser permanentes (Aroca, Cánovas, y Alba, 2012; Aroca, et al., 2014).

La inclusión del maltrato económico dentro de los estudios que abordan la violencia filio-parental es mucho más reciente (Haw, 2010; Ibabe, et al., 2009; Sánchez, 2008). A pesar de no contar con una operativización esclarecedora de los comportamientos que la definirían, representa un porcentaje del 57% en el mencionado estudio de Haw (2010) y 35.3% en el estudio de Rechea y Cuervo (2010). Atendiendo a lo propuesto por Cottrell (2001), Tobeña (2012) o Aroca et al. (2014), el maltrato económico se caracterizaría, como ya se ha señalado, por aquellas conductas que incluyen el robo o hurto, tanto de pertenencias como de dinero, así como la destrucción de bienes, transferir deudas propias a los progenitores para que estos asuman las cargas, o por ejemplo, el uso de tarjetas bancarias. Con frecuencia se manifiesta ligado a la violencia psicológica, en forma de amenaza, chantaje o extorsión. Los estudios que contemplan esta modalidad de maltrato son aun escasos. De los realizados, se desprende que entre el 7% y el 12% de los menores dañaban la propiedad de sus progenitores, siendo esta una de las conductas que conforman la violencia económica (Browne y Hamilton, 1998). En la misma dirección, Ibabe et al. (2009) encontraron un porcentaje del 3% de violencia

material, incrementándose hasta el 57% en el estudio realizado por Haw (2010). En lo que respecta al hurto de dinero u objetos, Stewart, Schreck y Simons (2006) informa que el 30.8% de los adolescentes robaron dinero. Entendiendo el maltrato económico a nivel genérico, el estudio realizado por Sánchez (2008) con población judicial, reportó la mayor tasa de prevalencia de esta modalidad, encontrando que el 83.5% de la muestra había ejercido violencia económica contra sus progenitores.

En el panorama internacional, resulta de interés mencionar el estudio llevado a cabo por Margolin y Baucom (2014), en la que se manejan diferentes tipologías de violencia ascendente, tales como la física, la psicológica, concretada en violencia verbal, y el maltrato material definido como daño a la propiedad. En la tabla 1 se detallan los porcentajes de agresión, diferenciando la tipología de la violencia ejercida, así como el género de la víctima y del agresor.

Tabla 1. Porcentajes de Agresión Según Tipología de la Violencia Ejercida hacia los Progenitores, Margolin y Baucom (2014)

	Porcentajes de mujeres agresores		Porcentajes de varones agresores		Total muestra
	Madre	Padre	Madre	Padre	
Violencia Física hacia los progenitores					
Empujar a los progenitores	17.5%	5%	7.5%	11.3%	15.1%
Lanzar algún objeto a los progenitores	10%	10%	1.9%	1.9%	8.6%
Abofetear a los progenitores	5%	0%	0%	0%	2.2%
Pegar a los progenitores	5%	7.5%	1.9%	9.4%	9.7%
Algún tipo de agresión física	25%	12.5%	7.5%	15.1%	21.5%
Daño a la propiedad					
Dañar algo de la casa o algo que pertenezca a los progenitores	17.5%	17.5%	15%	20.8%	32.3%
Tirar algo que pertenece a los progenitores	37.5%	25%	34%	26.4%	44.1%
Romper paredes	5%	5%	9.4%	1.9%	9.7%
Algún tipo de daño a la propiedad	45%	37.5%	50.9%	35.8%	59.1%
Violencia verbal hacia los progenitores					
Maldecir a los progenitores	47.5%	40%	32.1%	20.8%	48.8%
Insultar a los progenitores	62.5%	40%	52.8%	50.9%	66.7%
Insultar o humillar a los progenitores en presencia de otros	37.5%	25%	30.2%	17%	41.9%
Referirse a los progenitores por sus nombres	37.5%	35%	24.5%	32.1%	41.9%
Algún tipo de agresión verbal	80%	57.5%	58.5%	54.7%	75.3%

* Adaptada de Margolin y Baucom (2014)

Tal y como se observa en la Tabla 1, los resultados revelan una tasa de agresión verbal que supera el 75%, seguido del daño a la propiedad (59.1%) y finalmente de la violencia física que ronda el 22%. De este modo, la violencia verbal, entendida como una manifestación de la violencia psicológica sería la más frecuente. Este estudio muestra consonancia con lo encontrado por otras investigaciones en cuanto a una mayor prevalencia de conductas de agresión verbal, tales como gritos, insultos o humillaciones, que sustentan que entre el 20% y el 59% de los progenitores eran víctimas de abuso verbal y psicológico (Browne y Hamilton, 1998; Cornes y Gelles, 1982; Evans y Warren-Sohlbergh, 1988; Haw, 2010; Kethineni, 2004; Routt y Anderson, 2011; Pagani, Larocque, Vitaro, y Tremblay, 2003).

Finalmente, a nivel nacional, los resultados apuntan en la misma dirección, informando de una mayor prevalencia de la violencia psicológica (Calvete et al., 2011; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Rechea y Cuervo, 2010; Romero, Melero, Cánovas, y Antolín, 2005). La investigación realizada por Ibabe (2015) con población comunitaria halló que el 5% de los menores incluidos en el estudio habían ejercido violencia física hacia los progenitores en alguna ocasión, y el 11% violencia física de carácter leve. Por otro lado, el 88% de los participantes informaron haber ejercido violencia psicológica hacia sus progenitores, concretamente un 16% habían amenazado a los progenitores con pegarles y un 84% les habían gritado.

La variabilidad en los resultados suscita diferentes explicaciones, como por ejemplo, la propuesta por Gallagher (2008); quien considera que la discrepancia se debe, a la influencia de los factores emocionales, tales como la vergüenza, la culpa y la humillación, por parte de los progenitores, pudiendo constituir un sesgo en la información. Otra posible explicación de la disparidad es la ausencia de una definición integral y consensuada que delimite aquellos comportamientos que conforman esta modalidad de maltrato y sus tipologías. Además, el no contar con instrumentos específicos de evaluación conlleva con frecuencia la utilización de otros contruidos para avaluar otras tipologías de violencia familiar, o a la creación de cuestionarios ad hoc que atiendan a las demandas del estudio (Calvete et al., 2014; Ibabe y Jaureguizar, 2011). Sin duda, el mayor conocimiento del fenómeno y de las causas que lo rodean, facilitaría la creación de instrumentos de evaluación (Lyons, Bells, Frechette, y Romano, 2015).

Por último señalar que la violencia hacia los ascendientes puede ser clasificada como instrumental o expresiva (Gallagher, 2004). De esta manera, la violencia instrumental la conformarían aquellas conductas que tuvieran la finalidad de controlar a la víctima, mientras que la violencia expresiva sería una vía de escape, de desahogo para el adolescente; una clasificación semejante a la propuesta por Routt y Anderson (2011), quienes distinguen entre violencia proactiva y reactiva. Estos autores, a su vez, proponen una distinción ente el control ejercido en las relaciones de pareja y el control empleado en la violencia filio-parental. Así, sugieren que los adolescentes que ejercen control sobre sus progenitores lo hacen para conseguir algo que anhelan o quieren, no para restringir su libertad o independencia, a diferencia del control que se ejerce en el marco de las relaciones de pareja.

1.2.3 Prevalencia de la violencia filio-parental.

En los últimos años, como ya se ha indicado, se ha producido un incremento en la prevalencia del fenómeno, lo que ha impulsado el desarrollo de investigaciones en el ámbito que permitan conocer las claves que la rodean, para facilitar el abordaje desde los distintos ámbitos, tanto jurídico como sanitario y académico. A pesar del avance en el conocimiento de esta forma específica de violencia, las cuestiones relacionadas con la prevalencia han quedado relegadas a un segundo plano, mostrando grandes discrepancias entre los estudios realizados tanto en el ámbito internacional como estatal (Aroca, et al., 2014; Calvete y Orue, 2016; Calvete et al., 2013; Ibabe, 2015; Pagani, et al., 2003; Pagani, Tremblay, Nagin, Zoccolillo, Vitaro, y McDuff, 2004; Ulman y Straus, 2003), lo que provoca cierta confusión. Las discrepancias se deben, en parte, a las dificultades mencionadas con anterioridad y que a continuación se resumen:

- I. Ausencia de una definición integral con criterios específicos para esta modalidad de maltrato.
- II. Carencia de instrumentos de evaluación estandarizados que proporcionen una medida específica de la violencia filio-parental.
- III. Diferencias en el tipo de muestras empleadas en los estudios. Los ámbitos comunitarios, clínicos y judiciales han de considerarse por separado dado que cada uno de ellos presenta unas características diferenciales con respecto de los demás.
- IV. Diferencias en el tipo de informador. Como ocurre con otras modalidades de violencia, la información proporcionada varía en función de quien la reporte, esto es, si el informador es la víctima o el propio agresor.

A pesar de las discrepancias generadas principalmente por el tipo de muestra, por el instrumento de medida empleado y por la fuente de informe, es posible extraer y contrastar datos de diferentes estudios. En este sentido, Cottrell y Monk (2004) han realizado diferentes investigaciones sobre la extensión y características de este fenómeno, encontrando que entre el 9% y el 14% de los padres han sufrido, en alguna ocasión, agresiones por parte de sus hijos adolescentes.

En EE.UU. los datos señalan una incidencia de entre el 7% y el 18% en hogares de dos progenitores, produciéndose un incremento de la cifra hasta el 29% en casos de familias monoparentales. Por su parte, los datos recogidos en Francia aportan un 0.6%, mientras que en España oscila entre un 3% y un 21% (Ibabe, 2015), encontrándose una mayor prevalencia en la violencia psicológica (Calvete et al., 2014).

En la misma dirección, en un estudio con población comunitaria (Gámez-Guadix, Jaureguizar, Almendros, y Carrobles, 2012), informaron de que más de la mitad de los estudiantes universitarios que participaron en la investigación reportaron algún tipo de abuso de carácter verbal y, en menor medida, abuso físico hacia sus progenitores.

A nivel judicial, las Memorias de la Fiscalía General del Estado (2018) revelan la prevalencia del fenómeno en el territorio español, alertando de una tendencia alcista en los asuntos de violencia doméstica hacia los ascendientes, con un incremento del 7.11% con respecto al año anterior, en concreto, 4.665 procedimientos según revelan las últimas memorias disponibles. Del mismo modo, advierte que no parece haber indicadores que permitan una solución a esta problemática a corto plazo, señalando la crisis profunda de las pautas educativas y los roles paterno filiales como factores explicativos de esta realidad (Memorias de la Fiscalía General del Estado, 2018). A pesar de la alarmante cifra, estos datos podrían ser solo la punta del iceberg, dado que hay menores que ejercen violencia hacia sus progenitores que escapan al sistema, ya sea por la ausencia de denuncia, como ocurre con otras modalidades de violencia familiar, o porque el agresor sea menor de 14 años y esté exento de responsabilidad penal (Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores).

En la tabla 2 aparecen recogidos los casos incoados en los últimos años, observándose un descenso de la delincuencia juvenil en las últimas décadas, reduciéndose en la actualidad un 33% con respecto al 2008. Sin embargo, los casos de violencia filio-parental, tipificados como

“violencia doméstica hacia ascendientes y hermanos” no han seguido la misma línea, encontrándose variaciones en las cifras en los últimos años. De este modo, observamos una tendencia a la alza entre los años 2008 y 2011, alcanzando en este último el máximo registrado con un total de 5.377 casos, a pesar de que se debe tener presente que hasta el año 2011 la violencia filio-parental se registraba de forma conjunta con la violencia de género. Nuevamente, desde el año 2013 se está experimentando un incremento (véase tablas 2).

Tabla 2. Número de Casos de Violencia Filio-Parental Desde el Año 2007

Año	Delincuencia juvenil diligencias preliminares	Expedientes de reforma incoados	Violencia doméstica hacia ascendientes y hermanos
2017	73.590	28.284	4.665
2016	74.525	27.279	4.355
2015	77.840	26.425	4.898
2014	81.707	27.472	4.753
2013	89.756	29.428	4.659
2012	97.817	29.598	4.936
2011	102.885	29.614	5.377
2010	105.879	32.259	4.995*
2009	110.212	34.019	5.201*
2008	114.776	35.353	4.211*
2007			2.683*

* Se incluyen la violencia doméstica sobre ascendientes y la violencia de género.

Analizando la epidemiología en el ámbito autonómico (Memorias Fiscalía de la Comunidad Autónoma de Galicia, 2016), observamos la misma tendencia que a nivel estatal. De este modo, las estadísticas informan de una reducción de expedientes incoados en los últimos años (véase tabla 3) cifrada en un 1.82% menos en el pasado 2015 con respecto al 2014.

Tabla 3. Procedimientos Incoados por Delitos en Menores en Galicia

Año	Diligencias Preliminares	Expedientes de reforma	Total de procedimientos incoados
2010	4.522	1.239	5.761
2011	4.310	1.120	5.430
2012	3.797	991	4.788
2013	3.253	1.039	4.292
2014	2.584	924	3.508
2015	2.616	828	3.444
2016	2.408	857	3.265
2017	2.558	1.000	3.558

Fuente: Memorias Fiscalía de la Comunidad Autónoma de Galicia (2018)

Si se focaliza el análisis en aquellos delitos por violencia filio-parental, recogidos en las memorias bajo el término de violencia doméstica, se observa la tendencia opuesta, al producirse un incremento tal y como se visualiza en la tabla 4. Las provincias con mayor prevalencia son, en primer lugar, Pontevedra, con un total de 108, seguida de A Coruña, con 44; en contrapartida Lugo, se sitúa como la provincia con menos casos de violencia filio-parental.

Tabla 4. Estadísticas Fiscalía de Menores por Delitos de Violencia Doméstica

Año	A Coruña	Lugo	Ourense	Pontevedra	Total
2015	132	31	21	114	298
2016	107	20	26	89	242
2017	44	30	33	108	215

Fuente: Memorias Fiscalía de la Comunidad Autónoma de Galicia (2018)

En suma, las estadísticas aportadas por la Fiscalía, tanto a nivel autonómico como estatal, advierten de la necesidad de dar respuesta a esta problemática social, cuya prevalencia es claramente preocupante. En este sentido, el Consejo de Europa, en distintas recomendaciones (Recomendación A4-0250/97, Resolución 2017/2897), insta al abordaje de la violencia familiar desde un enfoque de tolerancia cero, desde el que se impulsa la identificación de poblaciones en riesgo y la prevención comunitaria, de manera que la vía judicial sea subsidiaria.

2. MARCO JURÍDICO DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL: SITUACIÓN LEGAL DEL MENOR

La promoción y defensa de los derechos de las personas y sus libertades fundamentales son una condición necesaria para la paz social, siendo ineludible la instauración de la doctrina de los derechos humanos en la vida pública a través de la educación en y para los mismos (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO], 2008). Conocer el marco jurídico y normativo de los derechos humanos es imprescindible para promover y proteger los derechos de la infancia (Convención sobre los derechos del Niño, 1989); asimismo es necesario conocer como la jurisprudencia ha actuado en base a esta materia, tanto a nivel estatal como autonómico. Con esa finalidad, en el presente apartado se realizará un análisis de las actuaciones que la Administración de Justicia lleva a cabo con los menores infractores.

2.1 NORMATIVA INTERNACIONAL

La aprobación de la Declaración Universal de Derechos Humanos, del 10 de diciembre de 1948 por las Naciones Unidas marcó un hito en la historia de la humanidad, estableciendo un ideal común para todos los pueblos y naciones. Para su elaboración se contó con representantes de todas las regiones del mundo con diferentes antecedentes jurídicos y culturales que establecieron los derechos fundamentales que han de protegerse en el mundo entero. La aprobación de la declaración supuso un pacto entre estados, según el cual, los estados firmantes debían acogerse a lo establecido y garantizar el cumplimiento de los mismos.

A su vez, esta declaración impulsó una nueva orientación en la política criminal con las personas menores de edad, apoyada tanto por la ONU como por el Comité de Ministros del Consejo de Europa. En este sentido, la Asamblea General de las Naciones Unidas, mediante la Resolución 40/33, de 29 de Noviembre de 1985, aprueba las Reglas Mínimas para la administración de justicia de menores, Reglas de Beijing, exponiendo principios, directrices y prácticas convenientes para la administración de la justicia juvenil, procurando el bienestar del menor, evitando su paso por el sistema de justicia o procurando que este sea lo menos perjudicial posible, tal y como indica la *Regla 11.1 “se examinará la posibilidad, cuando proceda, de ocuparse de los menores delincuentes sin recurrir a las autoridades competentes...”*. De este modo se configuran unas condiciones mínimas y aceptadas a nivel internacional para el tratamiento de menores que entran en conflicto con la ley, al mismo tiempo que se exponen los objetivos que ha de perseguir el sistema de justicia juvenil concentrados en la promoción del bienestar del menor.

En la misma dirección, la Recomendación 87 (20) del Comité de Ministros del Consejo de Europa del 17 de Septiembre de 1987, sobre reacciones sociales ante la delincuencia juvenil, considera a los menores como seres en evolución y que por ese motivo, todas las medidas adoptadas al respecto deberían tener un carácter educativo así como tener presente la personalidad y las necesidades específicas de estos. Además, aconseja, en su Regla II a los Estados miembros, revisar su legislación y su práctica para alentar el desarrollo de procedimientos de desjudicialización y de mediación, con la finalidad de evitarles el paso por el sistema de justicia penal y las consecuencias que de este se derivan.

Un tercer hito de gran relevancia en el que se consagra el interés superior del Menor, es la Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 20 de noviembre de 1989, la cual supone la primera norma de acatamiento obligatorio para los Estados que la suscriben. La Convención establece en su artículo 37, que los Estados velarán para que ningún menor sea sometido a torturas ni a otros tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes, así como a privaciones de su libertad de manera ilegal o arbitrarias, utilizando el encarcelamiento o la prisión como medida de último recurso y durante el periodo de tiempo más breve posibles. El artículo 40.1 recoge a su vez que los Estados han de reconocer el derecho del niño a ser tratado de manera acorde con el fomento de su sentido de la dignidad y el valor, fortaleciendo el respeto por los derechos humanos y las libertades fundamentales, teniendo siempre presente la edad y la importancia de promover la integración del menor en la sociedad.

En la actualidad, la mayoría de los países han adaptado, en mayor o menor medida, sus legislaciones a los postulados recogidos en los instrumentos jurídicos internacionales expuestos, y prevén en sus sistemas de justicia juvenil alternativas, al proceso para los menores infractores.

En el ámbito de la prevención de la delincuencia, la Resolución de la Asamblea General de Naciones Unidas 45/112, de 14 de Diciembre de 1990, por la que se aprueban las Directrices para la Prevención de la Delincuencia Juvenil (Directrices de Riad), establece la necesidad de compensar aquellas condiciones que afectan de una forma negativa al desarrollo del menor, estableciendo así las bases de la intervención preventiva a nivel integral, actuando no solo con el menor infractor, sino también con sus familias, el sistema educativo y los diferentes organismos sociales competentes. En la misma dirección, la Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas 45/113, de 14 de diciembre de 1990, por la que se aprueban las Reglas para la Protección de los menores privados de libertad (Reglas de La Habana), establece una serie de normas que permiten calibrar y fomentar la integración social de los menores infractores. Finalmente, Las Reglas de Tokio, Las Reglas Mínimas de las Naciones Unidas sobre las medidas no privativas de libertad, Resolución 45/110, de 14 de diciembre de 1990, proporcionan protección a los derechos del menor delincuente, alcanzando un equilibrio entre los derechos del agresor, de la víctima y de la sociedad.

En el marco europeo, la Carta Europea de los Derechos del Niño, aprobada el 8 de julio de 1992 por el Parlamento Europeo, supone el reconocimiento oficial de una serie de garantías y premisas que han de estar presentes a la hora de juzgar al menor infractor. En este sentido, la evolución sociocultural y los avances en las políticas sociales hacen necesario el Dictamen del Comité Económico y Social Europeo sobre la prevención de la delincuencia, los modos de tratamiento de la delincuencia juvenil y el papel de la justicia del menor en la Unión Europea, de 2006, abogando por la importancia de la prevención, la inserción socio-laboral y las intervenciones de corte educativo.

Los textos jurídicos analizados dan cuenta de la orientación restaurativa y terapéutica que ha de inspirar las intervenciones en el ámbito de la justicia juvenil. Así, la prevención de la delincuencia a través de intervenciones socioeducativas debe ser un principio inspirador de las legislaciones internacionales (Colás-Turégano, 2015).

2.2 NORMATIVA ESTATAL

Tradicionalmente, las instituciones y los procedimientos legales en lo que concierne al delincuente, han seguido una línea centrada en intereses correccionales, obviando cualquier tipo de preocupación sobre las causas que suscitaban la comisión de un acto delictivo, así como los motivos por los que se transgreden las normas y patrones sociales. Las medidas aplicadas contaban con una fuerte represión sobre las conductas antisociales, sin dejar lugar alguno a la prevención o a la educación. A lo largo de la historia, la concepción sobre los orígenes de la conducta delictiva ha sufrido modificaciones que han ido ligadas a cambios en el modelo de actuación. Los inicios de la Justicia Juvenil se caracterizan por un marcado carácter paternalista de las intervenciones y por una actitud pasiva del menor (Colás-Turégano, 2015). En la actualidad, la intervención en el ámbito de la delincuencia juvenil, goza de un carácter educativo y ha de tener siempre presente el principio del mejor interés del menor, tal y como promueven las normativas internacionales (Arce y Fariña, 2007).

Los tribunales específicos de menores surgen en España en el año 1918, con la Ley de Bases del 2 de agosto, que será sustituida años más tarde por la Ley de Tribunales Tutelares de Menores (1948). Por aquel entonces, las acciones más comunes de estos tribunales consistían en decretar el internamiento en régimen cerrado de jóvenes delincuentes en reformatorios. La decisión correspondía únicamente a la figura del juez, sin tener en cuenta las necesidades de los menores y a pesar de la ausencia de una tipificación de los

comportamientos que configuraban un delito, o su diferenciación en función de la gravedad, produciéndose con frecuencia vulneraciones de derechos y libertades de los menores infractores.

La Constitución Española de 1978, supone una regeneración del estado, y sobre todo en el ámbito que aquí atañe, el jurídico. Aspectos como la libertad, la justicia, la igualdad y otras realidades que se desprenden de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), son contemplados por el ordenamiento jurídico español. Se constata así la necesidad de una reforma integral en lo que concierne a la justicia juvenil, que llega de la mano de Ley Orgánica 4/1992, de 5 de junio, sobre reforma de la Ley reguladora de la Competencia y el Procedimiento de los Juzgados de Menores, asentando las bases del sistema vigente en la actualidad. Con esta ley aparecen los Juzgados de Menores y se crea la figura del Ministerio Fiscal que ha de velar y garantizar el cumplimiento de los derechos de los menores.

Los menores muestran diferencias con los adultos, tanto en su desarrollo físico y psicológico, como en sus necesidades emocionales y educativas; por lo que estas diferencias han de configurar la base de la menor intervención de los niños que tienen conflictos con la justicia. Así pues, son estas características diferenciales las que justifican la existencia de un sistema separado de justicia de menores y hacen necesario el trato diferencial a este colectivo, tal y como se recoge en la exposición de motivos de la Ley Orgánica 5/2000.

La llegada de la Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, regula la responsabilidad penal de los menores, supone la consolidación de la justicia terapéutica y restaurativa al introducir a lo largo del procedimiento penal del menor, manifestaciones del principio de oportunidad reglada que veremos más adelante. Goza de naturaleza sancionadora-educativa y exige responsabilidad penal a aquellos menores que a partir de los 14 años hayan cometido hechos tipificados en la ley como delitos o faltas. Por debajo de esta franja de edad, son considerados inimputables, por lo que las situaciones de desamparo o riesgo, serán confrontadas con medidas desde las instituciones de protección pertinentes, tal y como viene recogido en la Ley 1/1996, de Protección Jurídica del Menor.

La exposición de Motivos refleja los siguientes principios informadores:

- Naturaleza formalmente penal, pero materialmente sancionadora-educativa.
- Reconocimiento de las garantías procesales derivadas del respeto de los derechos constitucionales y de las especiales exigencias del interés del menor,

procediéndose a la diferenciación de diversos tramos de edad a efectos procesales y sancionadores.

- El principio de intervención mínima se traduce en intentar alcanzar, en la medida de lo posible, un proceso de mediación, reparación o conciliación, ante la situación de conflicto. El principio de resocialización debe tenerse en cuenta en el ámbito de la justicia, impuesto por lo establecido en el art. 25.2 de nuestra constitución, por el cual: “Las penas privativas de libertad y las medidas de seguridad estarán orientadas hacia la reeducación y reinserción social y no podrán consistir en trabajos forzados.”
- La flexibilidad, constituye otro de los principios a seguir y se materializa, principalmente, en la posibilidad de adaptar las medidas correctoras impuestas a la situación del menor en cada momento preciso.
- Competencia de las entidades autonómicas encargadas de la reforma y protección de menores para la ejecución de las medidas impuestas en la sentencia y control judicial de esta ejecución.
- El superior interés de Menor ha de ser el principio que rijan cualquier decisión judicial. Así mismo, su incorporación requiere de dos adaptaciones procesales:
 - El principio de especialización que exige la respuesta procesal y penal más adecuada a la situación del menor, por lo que es necesario conocer la situación personal, educativa, familiar y social del menor. Sin embargo, este planteamiento supone un problema dado la formación estrictamente jurídica de los operadores jurídicos, esto es, Jueces, Fiscales y Abogados. La solución a esta disonancia y la materialización del principio de especialización viene de la mano de la formación especializada de los operadores jurídicos participantes en el proceso penal juvenil y la asistencia por parte de personal especializado, el equipo técnico, conformado por psicólogos, trabajadores sociales y educadores.
 - El principio de oportunidad reglada permite que, aun concurriendo los presupuestos para iniciarse un proceso penal contra un determinado individuo, se desista de iniciarlo, o una vez iniciado, se le ponga fin anticipadamente por razones de política criminal; esto es, si se aprecia que, en el caso en concreto, pueda ser más beneficioso para la resocialización del imputado y para la

sociedad, adoptar medidas distintas de la imposición de la pena que procedería conforme a una legalidad estricta. La aplicación del principio de oportunidad reglada implica cierto margen de discrecionalidad tanto para el Juez como para el Fiscal, que deben valorar, junto con el informe emitido por el equipo técnico, qué es lo más adecuado para la reeducación del menor. Ha de tenerse en cuenta que este principio no supone arbitrariedad alguna, dado que la propia ley LORPM prevé aquellas condiciones en las se podrá hacer uso, como por ejemplo la escasa lesión producida o la rehabilitación del delincuente mediante su sometimiento a otras medidas de resocialización.

Analizando la legislación vigente encontramos que no se recoge ninguna medida específica o reguladora de la violencia filio-parental. La modificación propuesta a partir de la Ley Orgánica 8/2006 propone un acercamiento más concreto al fenómeno, aunque el abordaje legal específico de la problemática llegará con la Circular 1/2010, sobre el tratamiento desde el sistema de justicia juvenil los malos tratos de los menores contra sus ascendientes (Ministerio de Justicia, 2011). Es en la introducción de dicha circular donde se recoge como etiología del comportamiento violento ascendente la influencia del entorno social, expresada con los siguientes términos:

“Una sociedad permisiva que educa a los niños en sus derechos, pero no en sus deberes, donde ha calado de forma equívoca el lema “no poner límites” y “dejar hacer”, abortando una correcta maduración, así como el hecho de que hay padres que no sólo no se hacen respetar, sino que menoscaban la autoridad de los maestros, la policía o de otros ciudadanos cuando en defensa de la convivencia reprenden a sus descendientes” (p. 2, Circular 1/2010).

Por otro lado, se alude a la necesidad de considerar factores de riesgo sobre los que el sistema de protección ha de actuar, activando para ello los recursos disponibles en cada comunidad autónoma, para los menores de edad inferior a 14 años que sean denunciados por la comisión de estos hechos, aunque no exista sobre ellos responsabilidad penal.

Superada esta franja de edad, ante la comisión del hecho delictivo recogido en el Código Penal, por el artículo 173.2, tendrá lugar, en un primer momento la *diferenciación de supuestos*. Este proceso hace referencia a la distinción de conductas de maltrato propiamente delictivas de aquellas conductas que reflejan un conflicto o crisis familiar, las cuales no son susceptibles de tipificación penal y por lo tanto, no se pueden abordar desde el ámbito de la

Justicia Juvenil. Es posible encontrar múltiples denuncias que apelan a problemas conductuales atípicos (falta de asistencia a los centros de enseñanza, incumplimiento de los horarios establecidos por los progenitores, ausencia absoluta de disciplina en el seno del hogar, fugas, etc.); pero este tipo de comportamientos no son considerados por la Justicia Juvenil. El protocolo más acertado para estos casos es la derivación hacia instituciones de protección de menores.

El principio de celeridad hace referencia a uno de los elementos nucleares de la ordenación del sistema de Justicia Juvenil. Debido a las características intrínsecas de los menores destinatarios del proceso, este debe realizarse de una manera ágil y breve, de tal forma que impere el objetivo educativo; siendo necesario para ello la conexión temporal entre la consecuencia jurídica con el delito o falta cometido. Si el proceso se demora, se produciría un incumplimiento de objetivo principal, convirtiendo las intervenciones en inútiles y puede que en determinados casos, contraproducentes. De esta forma, cuando se abre un expediente por un caso referente a la violencia doméstica, el delito deberá reflejarse en el expediente para que la fiscalía acelere los trámites y procesos, cumpliendo así con dicho principio e instando a los Equipos Técnicos a la elaboración más pronta posible del informe previsto en el artículo 27.1 de la LORPM.

La necesidad de intervención inmediata se refleja también en el uso de medidas cautelares, en cuya elección ha de tenerse siempre presente el principio del superior interés del menor y de las necesidades de protección de las víctimas. Una vez que la víctima de los malos tratos se decide a interponer una denuncia, el conflicto familiar alcanza una nueva dimensión intensificándose los niveles de tensión familiar y elevando considerablemente el riesgo de agresión, por lo que existe la necesidad de tomar medidas de protección iniciales. En la redacción de la Ley Orgánica 8/2006 se recogen diversas medidas cautelares que modifican sustancialmente la Ley Orgánica 5/2000 reguladora de la responsabilidad penal de los menores. En la exposición de motivos de dicha reforma se incorpora, como causa para adoptar una medida cautelar, el riesgo de atentar contra bienes jurídicos de la víctima, y se establece una nueva medida consistente en el alejamiento de la víctima o de su familia u otra persona que determine el Juez.

En la tabla 5 aparecen recogidas el conjunto de medidas propuestas en la Circular 1/2010.

Tabla 5. Medidas Cautelares Circular 1/2010 del Ministerio de Justicia (2011)

Libertad vigilada	Seguimiento de la actividad del menor con el objetivo de ayudarlo a superar los factores que le motivaron a llevar a cabo el hecho delictivo.
Alejamiento	<p>Esta medida impedirá al menor acercarse a las víctimas en cualquier lugar donde se encuentren, así como a su domicilio, a su centro docente, a sus lugares de trabajo y a cualquier otro que sea frecuentado por ellos. La prohibición de comunicarse con la víctima, o con aquellos de sus familiares u otras personas que determine el juez o tribunal, impedirá al menor establecer con ellas, por cualquier medio de comunicación o medio informático o telemático, contacto escrito, verbal o visual.</p> <p>Las peticiones de alejamiento de los familiares, tanto en la modalidad cautelar como en la medida definitiva, deberán incorporar una cláusula para facilitar las terapias familiares, pieza básica en la ejecución de las mismas</p>
Convivencia con grupo familiar o educativo	<p>Se coloca al menor en un hogar distinto dentro de su familia extensa o en pisos de convivencia. Desde la Fiscalía, se señala la gran efectividad de esta medida tanto en su dimensión cautelar como propiamente sancionadora-educativa para los supuestos de delitos de violencia doméstica cuando es necesario extraer al menor del domicilio. La convivencia con grupo familiar puede articularse, cuando las circunstancias familiares lo permiten, colocando al menor en un hogar distinto dentro de su familia extensa, lo que, para determinados supuestos puede ser una solución de fácil ejecución, eficaz a los fines perseguidos y escasamente traumática tanto para el menor como para su familia nuclear.</p> <p>Cuando no es posible o adecuada la convivencia con grupo familiar dentro de la familia de los menores, la medida puede articularse por medio de pisos de convivencia, recursos residenciales a medio camino entre la libertad y el internamiento en centro, normalmente integrados en la vecindad, en los que tras un período de observación, se establece un programa de actividades en las que se incluye la educación reglada, de una u otra índole, y el tratamiento psicológico adecuado a la problemática del menor, en el que también se integra posteriormente al núcleo familiar.</p>
Internamiento	<p>Bien en régimen cerrado por el que el menor reside en el centro, en el cual debe desarrollar actividades formativas, educativas, laborales y recreativas; bien en régimen semi-abierto por el que reside en el centro pero puede acudir a actividades fuera de éste. Esta medida habrá de restringirse, utilizándose como <i>última ratio</i> conforme a los principios de excepcionalidad, proporcionalidad, subsidiariedad y provisionalidad, que rigen el proceso penal en general y que en el proceso penal de menores aún tienen mayor rango y operatividad, tanto en su vertiente cautelar como en su modalidad de medida definitiva.</p>

Por otro lado, en lo que respecta al proceso penal del menor infractor, ha de contemplarse la posibilidad de tomar en consideración los principios derivados de la justicia restaurativa.

En los casos de violencia filio-parental se plantean dificultades a la hora de aplicar esta posibilidad, recogida en el artículo 18 de la Ley Orgánica 5/2000, reguladora de la responsabilidad penal de los menores: El Ministerio Fiscal podrá desistir de la incoación del expediente cuando los hechos denunciados constituyan delitos menos graves sin violencia o intimidación en las personas o faltas, tipificados en el Código Penal o en las leyes penales especiales.

Los casos de violencia o intimidación excluyen la posibilidad de acogerse a dicho artículo y es justo en este momento donde surge la controversia al presentarse, en la mayor parte de los casos de violencia filio-parental, este tipo de comportamientos. Sin embargo, no debe ser descartada la opción de una reparación extrajudicial que vaya acompañada de una serie de obligaciones para el menor. En los casos en los que se baraje un pronóstico favorable, puede ser la solución acertada aunque siempre susceptible de ser revocada si el denunciado incumple las obligaciones, o recurre a conductas violentas de maltrato. La justicia restaurativa se aplica en manifestaciones leves o iniciales de malos tratos, teniendo presente que para la conciliación, será necesario un ambiente tranquilo y un deseo común de poner punto y final a la situación violenta. Si el menor agresor no exterioriza de una manera firme el propósito de poner fin a sus actos violentos, o si se encuentra en un estado no apto psicológicamente, el proceso no podrá realizarse.

El equipo técnico correspondiente, deberá elaborar un completo informe en el que se refleje la situación del menor y la de su familia, no sólo en el momento de los hechos sino que debe incluir la evolución que se produzca, con el fin de poder asegurar la implantación de la mejor medida (libertad vigilada, alejamiento, convivencia con grupo familiar o educativo e internamiento). Con independencia de la media impuesta, se realizará un programa individualizado de ejecución en el que se abordarán el conflicto familiar subyacente y las estrategias para superarlo.

Como ya se ha comentado, el propósito principal de la Justicia Juvenil, es educativo y, en consecuencia, la esencia del contenido de las medidas que se impondrán a los menores involucrados en casos de violencia filio-parental, debe recoger el respeto a los bienes jurídicos de sus ascendientes y la exclusión absoluta de la violencia, en cualquiera de sus modalidades, a la hora de solucionar conflictos. Finalmente, es necesario hacer referencia al carácter dinámico de la ejecución, atenta a la evolución del menor durante el desarrollo del

cumplimiento de la medida impuesta, de tal manera, que puedan activarse los mecanismos derivados del principio de flexibilidad, reducción, cancelación anticipada o modificación.

2.3 NORMATIVA AUTONÓMICA

La Comunidad Autónoma de Galicia en su Ley 3/1997, de 9 de junio, de la Familia, la Infancia y la Adolescencia, regula bajo el epígrafe de Menores en conflicto social, las competencias atribuidas a la comunidad para la ejecución de medidas judiciales impuestas a los menores infractores, según lo legislado en la Ley Orgánica 4/1992. En este sentido, las actuaciones de la Administración en lo que respecta a los menores infractores, deberán ir orientadas a la consecución de su integración a través de un tratamiento educativo individualizado y específico. Dentro del marco de actuaciones propuestas destaca la ejecución de las medias privativas de libertad, que tienen lugar en los equipamientos residenciales de carácter educativo denominados centros de reeducación (Ley 3/1997),

Con la entrada en vigor de la Ley Orgánica 5/2000, reguladora de la responsabilidad penal de los menores, primarán los criterios educativos y de valoración del interés del menor sobre los puramente sancionadores, haciendo necesario incluir modificaciones en las legislaciones autonómicas para garantizar el cumplimiento de las obligaciones legales. De acuerdo con el art. 45 de dicha ley, “es competencia de las comunidades autónomas la ejecución de las medidas adoptadas por los jueces de menores en sus sentencias firmes, acorde con lo dispuesto en la Ley Orgánica 1/1996, de 15 de enero, de protección jurídica del menor”. De este modo, las entidades públicas deberán procurar, atendiendo a sus normas de organización, la creación, dirección, organización y gestión de los servicios, instituciones y programas adecuados para garantizar la ejecución de las medidas judiciales dictadas.

Con la finalidad de responder a las nuevas necesidades legales, el Real Decreto 427/2001 aprueba el Reglamento de funcionamiento interno de los centros de reeducación para menores y jóvenes sometidos a medidas privativas de libertad, articulado en torno a cinco títulos:

- El título I expone las disposiciones comunes y principios generales, así como los derechos específicos de los internos y sus obligaciones.
- El título II en el que se establecen, a través de 13 capítulos, el Régimen General de los centros, esto es, las medidas y regímenes de internamiento; la competencia

y procedimiento para a designación del centro en el que se han de ejecutar los internamientos; las normas de convivencia; la vigilancia y seguridad del centro; la regulación de las comunicaciones, los permisos y las actividades formativas entre otras.

- El título III, destinado al régimen disciplinario, en el que se fijan pormenorizadamente la graduación de las faltas, especificación necesaria dada la regulación genérica de la ley en esta materia. Se recogen, asimismo, las posibles sanciones que se pueden imponer, previstas en el artículo 60 de la Ley orgánica 5/2000, y el procedimiento aplicable.
- El título IV «Prestaciones de los centros» recoge los diversos servicios que deberán ofertar los centros a los menores internados, tales como asistencia sanitaria, formación académica y profesional, alimentación e asistencia religiosa.
- Finalmente, el título V cierra el reglamento determinando la estructura organizativa de los centros, distinguiendo entre órganos unipersonales y colegiados.

Años más tarde, la aprobación de la Ley 3/2011, de 30 de junio, de apoyo a la familia y a la convivencia en Galicia, supone la actualización de la Ley 3/1997, en virtud de lo establecido a partir de la LO 5/2000. Concretamente, el capítulo IV regula las actuaciones en materia de reeducación de menores infractores. En él se recogen las actuaciones que la Xunta de Galicia realizará, tanto de carácter preventivo, tratando de eliminar los factores de riesgo que puedan desencadenar en marginación o delincuencia; como directo, creando servicio y programas que contribuyan a la adecuada socialización del menor, incidiendo en su formación, empleo, ocio, promoción ocupación y convivencia, tanto en el medio social como familiar. (Ley 3/2011). Asimismo, se recogen las medidas judiciales cuya ejecución correspondería a la comunidad autónoma, siendo estas: medidas judiciales cautelares de internamiento, libertad vigilada y convivencia con otra persona, familia o grupo educativo; medidas judiciales de internamiento dictadas en sentencias firmes en el régimen establecido en la resolución judicial; y finalmente, las medidas judiciales dictadas en sentencia firme de tratamiento ambulatorio, asistencia a centro de día, permanencia de fin de semana en domicilio, libertad vigilada, convivencia con otras personas, familia o grupo educativo y prestaciones en beneficio de la comunidad y tareas socioeducativas (Ley 3/2011)

Posteriormente, el Decreto 176/ 2015, de 3 de diciembre, por el que se establece la estructura orgánica de la Consellería de Política Social, encomienda a la Dirección General de Familia, Infancia y Dinamización Demográfica de la ejecución de las medidas dictadas por los juzgados de menores, en los términos establecidos en la LORPM. Esta estructura facilitará el funcionamiento del sistema legal así como la puesta en práctica de las medidas dictadas.

Sin embargo, al igual que ocurre con la legislación estatal vigente, se carece de una aproximación específica al fenómeno de la violencia filio-parental, tanto en lo que respecta a medidas o estructuras para abordar la problemática, a pesar del incremento en el número de casos tal y como ha quedado reflejado en memorias autonómicas y estatales. Son las propias memorias (2018), las que inciden en la insuficiencia de los esfuerzos desplegados desde la Fiscalía, Juzgados de Menores y Entidades públicas de reforma, para abordar y solucionar un problema social de una magnitud que desborda el ámbito de la jurisdicción, puesto que entran en juego aspectos fuera del alcance legal, como por ejemplo las variables relacionadas con los progenitores.



2. MODELOS EXPLICATIVOS DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL



En este segundo capítulo se abordarán los principales modelos explicativos propuestos para interpretar el fenómeno de la violencia filio-parental. Durante décadas, la violencia ascendente ha permanecido en la sombra, recibiendo un trato desigual y minoritario por parte de la comunidad científica en comparación con otras formas de violencia intrafamiliar. Aun siendo así, durante mucho tiempo se mantuvo la creencia de que la familia era un lugar seguro, excluyendo de este contexto la presencia de conductas de carácter violento, siendo explicado el maltrato como algo que sólo tenía lugar en familias disfuncionales o en aquellas en las que estaba presente algún tipo de trastorno mental (Aroca, Bellver y Alba, 2012). A partir de la década de los setenta, paulatinamente, se fue abandonando este supuesto, dando paso al estudio de las manifestaciones violentas en el entorno familiar. De esta forma, en las siguientes décadas se fue profundizando en el conocimiento de las características y circunstancias que rodean al maltrato en el contexto familiar, alejándose de la psicopatología y ahondando más en las dinámicas de relación establecidas entre los miembros desde el punto de vista sistémico (Aroca, Bellver et al., 2012; Echeburúa y Corral, 1998; Garrido, Redondo y Stangeland, 2006; Lameiras e Iglesias, 2011; Sanmartín, 2010)

A pesar de que en las últimas décadas la investigación de la violencia en el ámbito familiar se ha incrementado notoriamente, lo cierto es que una de sus manifestaciones, la violencia ascendente, no ha recibido la misma atención, siendo aún muchos los interrogantes sobre cuáles son las causas y circunstancias que la rodean. En la actualidad, las investigaciones se centran en aspectos vinculados con la intervención, dejando así los modelos explicativos específicos de esta problemática en un segundo plano. De este modo, la mayoría de las explicaciones propuestas para el fenómeno de la violencia filio-parental vienen parejas de las que se ofrecen para explicar la violencia familiar y la conducta delictiva en la adolescencia. Esta contingencia refleja nuevamente la necesidad de profundizar en el conocimiento de la violencia filio-parental de una forma más exhaustiva, permitiendo alcanzar un conocimiento específico avalado empíricamente.

A lo largo de este capítulo se expondrán, en primer lugar, los modelos explicativos generalistas de la violencia, para pasar a continuación a contemplar aquellas propuestas específicas para la violencia ejercida hacia los ascendientes.

2.1. MODELOS EXPLICATIVOS DE LA VIOLENCIA

A lo largo de la historia, son muchos los investigadores que se han centrado en el comportamiento delictivo, con la finalidad de proporcionar un modelo explicativo que permita contextualizar y comprender cómo tiene lugar esta conducta. El comportamiento desviado es entendido como un patrón de conducta persistente y repetitivo, en el que no se siguen las normas sociales ni se respetan los derechos de los demás (Arce y Fariña, 2005). Partiendo de esta conceptualización de la conducta desviada se han elaborado diferentes modelos explicativos orientados por un lado, a perfilar los factores de riesgo y protección (Farrington 1996; Lósell y Bender, 2003); y por otro, modelos centrados en competencias o vulnerabilidad social. Destaca en este ámbito el “paradigma de no-modelo” (Arce y Fariña, 1996), de carácter integrador. Este propone que no es factible la reducción del comportamiento humano a un único modelo explicativo, sino que el contexto y el individuo cobran especial importancia, asumiéndose en cada caso un modelo específico que se ajuste a las demandas de la situación. Así, en su revisión, Fariña y Arce (2003), destacan fundamentalmente tres factores; uno de índole biológica, otro que atiende a aspectos psicológico individuales y finalmente sociológicos o psicológico-sociales. Además, estos autores advierten de la sobredimensionalización que tiene lugar en todos los modelos teóricos propuesto, al destacar la influencia de una o varias variables en detrimento de otras. Superando esta limitación surgen los modelos integradores (Feldman, 1989; Farrington, 1991; 1992; 2003), que avalan la confluencia de las tres agrupaciones de factores en una única propuesta teórica. Sin embargo, esto no resultó del todo operativo al no aumentar de forma significativa la explicación del comportamiento desviado (Arce y Fariña, 2005). A tenor pesar de lo expuesto, la integración de las diferentes posturas teóricas proporcionó dos grandes aportaciones; la primera de ellas, basada en el aprendizaje, sugiere que la conducta desviada es una conducta aprendida (Feldman, 1989); y la segunda, fundamentada en la probabilidad de riesgo, apunta la existencia de una serie de factores de riesgo y de protección contra la desviación (Farrington, 1992), objeto de análisis en el próximo capítulo.

Tal y como se ha señalado previamente, la familia pasó de considerarse un entorno seguro en el que difícilmente podría ocurrir un episodio violento, a someterse a objeto de estudio en la década de los ochenta, tras poner de manifiesto, por diferentes autores, la magnitud de los comportamientos violentos en el ámbito familiar (Gelles, 1987;

Straus y Gelles, 1987). Así, Gelles y Cornell (1985) sostienen que es más probable que una persona sea víctima de una agresión en su hogar, a manos de otro miembro de la familia que en cualquier otro contexto, afirmación también sostenida por el sociólogo Giddens (1993, 2006), quién establece que la familia es el contexto más peligroso de la sociedad moderna (Aroca et al., 2012). Partiendo de este supuesto, a continuación se expondrán los principales modelos teóricos propuestos para explicar la violencia en el ámbito familiar.

2.1.1. Teoría del Aprendizaje Social (Bandura, 1987)

La teoría de Albert Bandura (1987) se presenta como uno de los enfoques más relevantes y avalados para explicar la conducta humana. Desechando posturas innatistas o la base genética del temperamento y la personalidad, aboga por la adquisición del repertorio conductual mediante una serie de procesos de aprendizaje y aspectos cognitivos vinculados con la capacidad autorreguladora, destacando que los determinantes de la conducta residen en las fuerzas del medio. Desde este enfoque se incide en que la conducta humana es fruto de las relaciones entre factores sociales y ambientales, siendo la conducta agresiva el resultado de la ausencia de experiencias socializadoras y modelos prosociales (Fariña y Arce, 2003). En este sentido, Bandura (1987) establece la Teoría del Aprendizaje Social en torno a dos premisas fundamentales, la primera de ellas radica en que la conducta humana es, en su mayoría el resultado de un proceso de aprendizaje y no innata; y por otro lado, que gran parte de estos procesos de aprendizaje tienen carácter asociativo y simbólico. De este modo, uno de los conceptos más destacados de su aportación es el *determinismo recíproco*, el cual surge para explicar la interacción recíproca entre los factores biológicos, la experiencia directa y el aprendizaje observacional; es decir, la interacción entre la persona y el medio. Otro de los aspectos señalados de esta teoría, es la diferenciación entre la adquisición de una conducta y su ejecución, apelando a que no todo aquello que se aprende ha de ejecutarse de forma necesaria, surgiendo así un componente moral del individuo a la hora de decidir y definir el repertorio conductual (Bandura, 1978).

En su obra, Bandura (1978), afirma que para poder llegar a comprender la violencia, es necesario analizar la forma en la que se adquiere, los factores instigadores y reguladores. De este modo, la inclusión de comportamientos violentos en el repertorio conductual se lleva a cabo a través del aprendizaje vicario o por experiencia directa,

viéndose a su vez influido este aprendizaje por factores biológicos o genéticos (Bandura 1987, Garrido, Herrero y Massip, 2001).

El aprendizaje vicario u observacional, hace referencia a la observación e imitación de comportamientos en diferentes ámbitos como la familia, el grupo de iguales, el entorno social o los medios de comunicación. Así, el observador a través del proceso denominado modelado, promueve una representación mental de la idea transmitida por el modelo mediante palabras o formas simbólicas para posteriormente pasar a su ensayo mental y, finalmente, ejecutarla. Se considera uno de los procesos primarios de socialización a través del cual se interiorizan patrones habituales de respuestas (Fariña y Arce, 2003, Philip, 2000). En este sentido, Akers (1997; 2006) asume el modelado como uno de los mecanismos principales de aprendizaje de conductas y especialmente de hábitos delictivos. De este modo, los individuos con este tipo de comportamientos consolidados, se convertirán en modelos delictivos para otros individuos. Se entiende que los hábitos comportamentales y las explicaciones de los delincuentes consolidados, ofrecen patrones de comportamiento antisocial que incitarán a otros individuos a iniciar, mantener o consolidar el aprendizaje delictivo (Redondo, 2008).

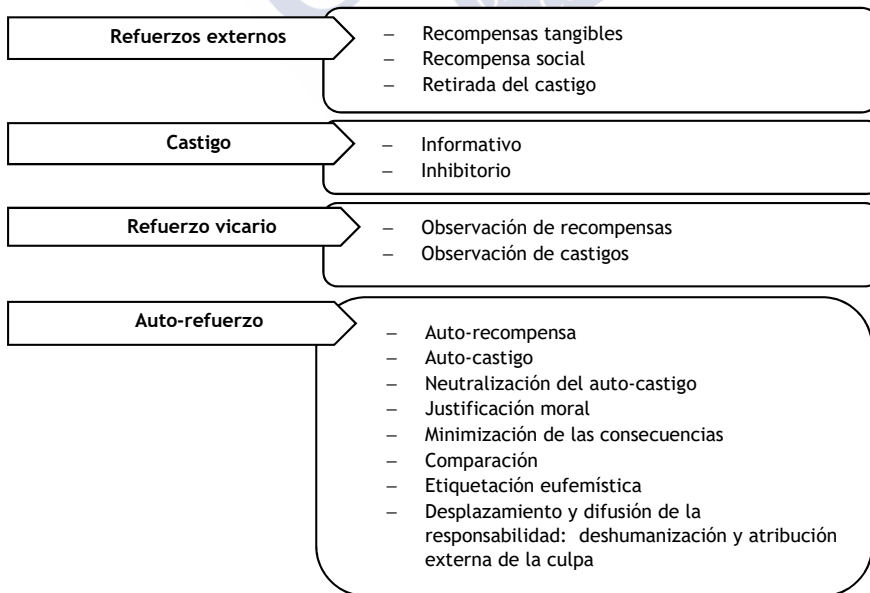
A tenor de lo expuesto, en el proceso de observación, análisis, decodificación y reproducción mental de conductas, el sujeto aprende un comportamiento que podrá pasar a formar parte de su repertorio conductual o no en función de las circunstancias sociales a las que sea expuesto. En este sentido, serán los factores sociales los que condicionarán la ejecución o no de la conducta, siendo de vital importancia proporcionar modelos adecuados especialmente en edades tempranas (Mohamed-Mohan, Arce, y Novo, 2011).

Otro tipo de aprendizaje es aquel que se realiza por experiencia directa. Así, aunque es mediante el aprendizaje por observación por el que se asimilan estrategias conductuales, es a través de la experiencia directa, mediante la exposición a diversas situaciones, donde estas se ponen en práctica y se perfeccionan (Mohamed-Mohan et al, 2011). Por otra parte, la teoría del aprendizaje social formula una distinción clara entre dos factores que actúan como instigadores en la puesta en práctica de la conducta agresiva, uno de ellos de carácter psicológico y otro cognitivo. En este sentido, los factores que pueden ejercer como instigadores de la conducta violenta son la agresión física, insultos, amenazas, empeoramiento de las condiciones de vida o frustración (Vázquez, Fariña y Seijo, 2003). Del mismo modo, también es posible identificar una

serie de factores psicosociales que influyen en la ejecución de la conducta (Garrido et al., 2002), diferenciando así nuevamente el proceso de aprendizaje del de ejecución (Bandura 1973); siendo estos factores la desvinculación moral, la percepción de autoeficacia del individuo y la existencia o no de motivación concreta para llevar a cabo la acción.

En la misma dirección, Feldman (1989), advierte de que un individuo puede aprender a delinquir, como a no hacerlo, jugando un importante papel en su ejecución las condiciones del entorno. La persona aprende a delinquir a partir de la ausencia de conductas prosociales, la influencia directa del refuerzo diferencial, del moldeamiento social y las inducciones situacionales (García-Pablos, 2003). El mantenimiento de la conducta delictiva estriba en los procesos cognitivos subyacentes, otorgando coherencia al pensamiento y a la conducta ejecutada. Así, cuando el sujeto presenta percepciones distorsionadas y ajusta sus escalas de valores para justificar la conducta, la probabilidad de delinquir aumenta favoreciendo a su vez la desvinculación moral (Garrido, 2005, 2006) En este sentido, las condiciones que rodeen al comportamiento agresivo van a jugar un papel fundamental a la hora de mantener esa respuesta en el repertorio conductual del individuo. Desde esta perspectiva, Bandura y Walters (1983), afirman que el mantenimiento en el tiempo de conductas antisociales únicamente dependerá de la tipología del refuerzo asociado a las mismas (véase figura 1)

Figura 1: Tipos de refuerzos de la conducta



Fuente: Adaptado de Morán (2013), fuente original (Bandura, 1978)

En consecuencia, el proceso de aprendizaje se caracteriza por una gran complejidad en el que influyen multitud de elementos, por lo que no es posible asegurar la adquisición de un comportamiento sin apelar a la necesidad de un desarrollo cognitivo previo que lo posibilite, identificándose así cuatro procesos básicos implicados en el aprendizaje (Garrido et al., 2001).

En primer lugar, los procesos atencionales canalizan lo que los seres humanos atienden y lo que reproducen, priorizando conductas frente a otras. Esto sería el resultado de una selección previa de comportamientos observados, influenciada por las características del observador, del comportamiento observado y del tipo de interacción social. En este sentido, los individuos con los que la persona interaccione jugarán un papel esencial a la hora de definir su repertorio conductual, presentándose como modelos directos de influencia (Morán, 2013). Por otro lado, los procesos de retención son los que posibilitan la codificación y almacenamiento de información en la memoria, mediante la creación de una imagen simbólica a nivel mental, empleando palabras o formas visuales, que permanecerán disponibles para el sujeto (Bandura, 1973).

En tercer lugar, los procesos de reproducción motora hacen referencia al traspaso de la imagen simbólica mental a la acción, esto es, la ejecución de la observación recordada. Consta a su vez de cuatro pasos que se materializan en la organización cognitiva de la respuesta, en la iniciación guiada centralmente, en la observación de la ejecución de la conducta y finalmente el emparejamiento de la acción con su concepto. De este modo, una vez realizado el ensayo mental de la conducta, así como la organización espacial y temporal de la misma, ha de ponerse en marcha la ejecución motora y la posterior valoración de los resultados (Bandura, 1987). Con la puesta en práctica de la conducta, el individuo comparará su propio desempeño con el recuerdo modelado de la misma, proceso denominado emparejamiento simbolismo acción y mediante el cual finalmente será modificado el comportamiento (Bandura, 1987).

Finalmente, los procesos motivacionales son lo que posibilitan la diferenciación entre la adquisición de un determinado comportamiento y su posterior ejecución. No es suficiente con observar, almacenar y reproducir la conducta, sino que es necesario un componente motivacional para que el aprendizaje tenga lugar. Así, la evaluación de las consecuencias de los comportamientos ejecutados determinará la preferencia de uno u otro, encontrando principalmente cuatro fuentes principales de motivación mencionadas anteriormente: el reforzamiento externo, el reforzamiento vicario, el autorrefuerzo y el

castigo. Así, la probabilidad de ejecutar una conducta vendrá determinada por la codificación mental de las consecuencias de la misma, aumentando su probabilidad si estas son positivas y potenciándola aún más cuando se percibe la posibilidad de una recompensa anticipada en su ejecución, y por otro lado, disminuyendo la probabilidad de ejecución de la conducta si se percibe la probabilidad de castigo (Bandura, 1987).

2.1.2. Modelo de Coerción de (Patterson, 1982)

Este modelo explica el desarrollo y mantenimiento de conductas antisociales a partir de la incidencia de los factores familiares, prestando atención a las prácticas disciplinarias que tienen lugar en el seno familiar (Aroca, et al., 2012) y los procesos de coerción (Patterson 1986; Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989).

Desde este enfoque, el desarrollo de la conducta antisocial se lleva a cabo de forma secuencial, en una serie de etapas que tienen como punto de partida la primera infancia. En este periodo, los progenitores educan sin seguir un patrón estable, caracterizado por una falta de consistencia, una disciplina severa, un inadecuado funcionamiento del sistema de contingencias y finalmente, una escasa participación y supervisión en las actividades realizadas por los menores (Aroca et al., 2013; Loeber y Dishion 1984; Morán, 2013; Patterson et al., 1989). Además, si a esta contingencia se le suma la resolución de conflictos domésticos de una forma violenta, es decir la presencia de agresiones en el hogar, la probabilidad de aparición del patrón coercitivo en los menores aumenta.

Por otro lado, la forma en la que los progenitores atiendan las peticiones de los menores supone un factor clave, si se carece de criterios razonables. Esto es, si se responde ante las mismas de una forma violenta, se produce un entrenamiento para el menor para la posterior emisión de conductas aversivas y de rechazo. De este modo, los menores responderán entrenándose para soportar las reacciones violentas de los progenitores, pero tiempo después, las reproducen, dando lugar así a un proceso de escalada de violencia (Patterson, Dishion y Bank, 1984). Este proceso de escalada se define por la presencia de respuesta de ira y hostilidad tanto en los progenitores como en los menores, generando un aumento de la violencia por ambas partes, lo que conlleva una finalización de las demandas de autoridad de los progenitores (Morán, 2013; Omer, 2001). El resultado de esta situación es valorado como positivo y funcional por parte de los menores, propiciando el refuerzo positivo de las acciones violentas desempeñadas (Carrasco y González, 2006; Patterson, 1982; 2002; Patterson et al., 1989).

Este modelo aporta así una explicación que se basa en una interacción recíprocamente violenta entre progenitores y menores. Las consecuencias de este modelo de relación recíproca que persigue la “ley del más fuerte” se materializan en problemas de conducta que afectan también al contexto escolar, siendo rechazado con frecuencia por el grupo de iguales o causando fracaso escolar, al tener dificultades para cumplir con las normas (Patterson et al., 1989). A su vez, este detrimento del espectro social del menor, puede desembocar en una baja autoestima, sentimientos de frustración, de tristeza y desánimo o irritabilidad.

En una segunda etapa, como consecuencia del rechazo experimentado, el menor buscará refugio en grupos de pares con comportamientos desviados, que le aportarán seguridad y fuerza para continuar en un entorno hostil, promoviéndose de esta forma el inicio de la conducta antisocial (Dodge y Pettit, 2003; Patterson et al., 1984). Así, cuanto antes se inicie el comportamiento antisocial, mayor tendencia a su cronificación y mayor dificultad para modificar; en contrapartida, cuando más tardío sea el inicio mejor pronóstico (Whipple y Webster-Stratton, 1991).

En la interacción recíproca violenta entre los progenitores y menores es necesario prestar atención a la presencia de otras variables que pueden incrementar el nivel de coerción entre ambos. De este modo, factores contextuales (Vuchinich, Bank y Patterson, 1992) como un contexto social conflictivo, la escasez económica, así como la exclusión, pueden ejercer una influencia que, en la mayor parte de las veces, estará condicionada por la presencia de prácticas disciplinarias inadecuadas (Patterson et al. 1989).

Años más tarde, Granic y Patterson (2006), propusieron una modificación del modelo original, con el fin de perfeccionar la explicación del mantenimiento y evolución de la conducta antisocial, resaltando la implicación de variables que en un primer momento no fueron atendidas. En este sentido, destacaron la mediación de variables cognitivas, emocionales, biológicas y la importancia de desarrollar estudios de carácter longitudinal que permitieran un mayor seguimiento de la conducta desviada. La reformulación del modelo supuso un avance en términos de la evolución de la violencia, pasándose de un proceso secuencial lineal, en un primer momento, a un planteamiento circular, que apoya la interacción recíproca y circular de las diferentes variables implicadas en la conducta antisocial, estableciéndose una retroalimentación positiva, lo que ha dado pie a hablar comúnmente de un “círculo vicioso” (Granic y Patterson, 2006).

Otra de las aportaciones señaladas de este modelo se relaciona con la influencia de los cambios vitales, los cuales propician desequilibrios en el individuo que pueden afectar a las interacciones en diferentes planos, dando lugar en muchas ocasiones a nuevas formas de relacionarse (Granic y Patterson, 2006).

Por último, cabe resaltar la gran relevancia y presencia de procesos emocionales y cognitivos en las interacciones con el entorno, aportación clave de este modelo. El proceso de coerción no tiene lugar únicamente en relación con las interacciones violentas entre los progenitores y menores, sino que se apuesta por dar mayor relevancia a las reacciones generadas, frente a los comportamientos tanto de unos como de otros. Así, los procesos emocionales se corresponden con la tendencia a responder a estas interacciones con elevados niveles de ira, hostilidad y ansiedad, retroalimentándose mutuamente progenitores y descendientes (Granic y Patterson, 2006).

2.1.3. Modelo de Procesamiento de la Información Social (Dodge, 1986)

Este modelo propone una explicación de la violencia a partir de la interrelación entre la cognición y la conducta, a lo largo del desarrollo evolutivo (Dodge, 1986). Establece la calidad de las relaciones sociales del menor a través de un proceso que va desde la identificación de señales en el entorno hasta la puesta en práctica de una respuesta que permita superar la situación social de forma exitosa (Crick y Dodge, 1994; Roncero, Andreu y Peña, 2016).

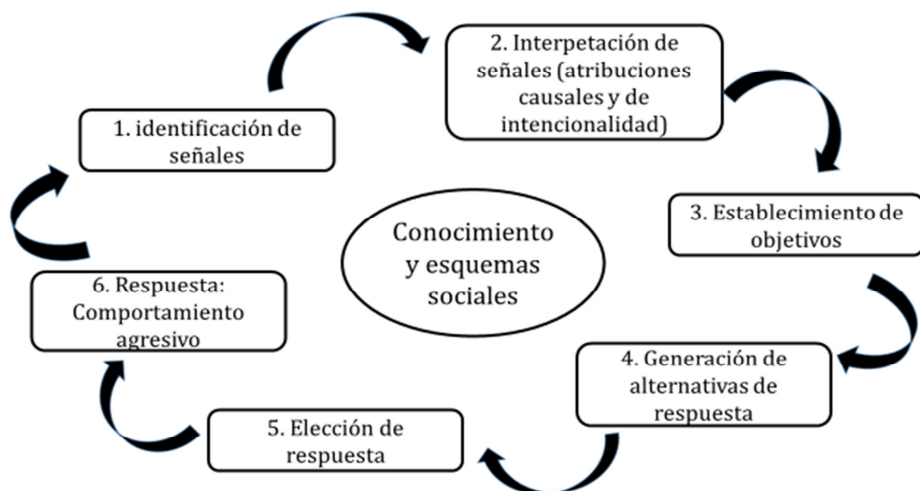
Desde un enfoque biopsicosocial, Dodge (1986), apela a la importancia de las operaciones cognitivas que tienen lugar en diferentes situaciones. Así, la interacción entre la predisposición biológica del menor, el contexto sociocultural y la presencia de factores de riesgo, determinarán la forma en la que los menores procesan e interpretan las situaciones sociales y finalmente optan por la ejecución de una conducta determinada. Las experiencias pasadas y los contextos sociales en los que el menor se desarrolle, junto con la interacción con sus capacidades biológicas, permitirán el desarrollo de un conocimiento social sobre el mundo en el que habita, que estará disponible y le servirá para determinar la respuesta en las interacciones sociales futuras (Crick y Dodge, 1994; Dodge y Pettit, 2003).

De este modo, los contextos sociales en los que el menor se desarrolle serán decisivos para generar el conocimiento social y los patrones de respuesta. Si la experiencia pasada del menor está marcada por la victimización, a través de la presencia de conductas agresivas tanto directas como indirectas por parte de los progenitores, se le

predispondrá hacia la hipervigilancia y la impulsividad. Por lo tanto, será más probable que el menor codifique esa conducta violenta como funcional y la ponga en práctica en sus interacciones sociales (Pettit, Landsford, Malone, Dodge y Bates, 2010). De igual forma, a nivel contextual la pertenencia a grupos sociales de riesgo, el rechazo parental o de su grupo de iguales, y los estilos educativos inadecuados se relacionan con una mayor predisposición a ejercer la violencia (Dodge y Pettit, 2003)

El conocimiento social generado, es decir, las creencias o representaciones mentales surgidas a partir de la experiencia en diferentes contextos sociales, se organizan en estructuras cognitivas que regularán el procesamiento de la información social, recibida a partir de una serie de etapas, que se recogen la figura 2 (Crick y Dodge, 1994).

Figura 2. Modelo del procesamiento de la información social (adaptado Crick y Dodge, 1994)



1. Identificación de señales: El conocimiento social adquirido influye en la atención y codificación de las señales del entorno, de este modo los menores con conductas violentas atenderán con mayor frecuencia señales hostiles, tanto externas como internas.

2. Representación e interpretación de señales: Proceso a través del cual la información adquiere significado a partir del conocimiento social almacenado. Mediante un análisis causal de lo sucedido se lleva a cabo la atribución de actitudes hostiles y la realización de inferencias que permitan a su vez esclarecer la intencionalidad del emisor.

3. Establecimiento de objetivos: se trata de establecer metas u objetivos, de carácter interno o externo a partir del nivel de activación logrado. En este sentido, los menores violentos presentan respuestas de fácil acceso violentas, mientras que aquellas vinculadas con un comportamiento prosocial tendrían menor acceso.

4. Generación de alternativas de respuesta: conlleva la valoración de las diferentes respuestas conductuales de la que se dispone o la elaboración de una nueva solución si se trata de una situación nueva para el menor.
5. Elección de respuesta: consiste en la selección de la respuesta a partir de la anticipación de consecuencias positivas para el menor.
6. Comportamiento agresivo: finalmente se lleva a cabo la acción seleccionada a través de la conducta motora o verbal.

El conocimiento social generado a partir de las vivencias del menor y la cadena de operaciones cognitivas, supondrían el sustento teórico para diferencias individuales en el comportamiento violento. Se concluye así, que la exposición a modelos agresivos conlleva una mayor tendencia a responder de forma hostil ante los conflictos en los diferentes ámbitos en los que se relaciona el menor, facilitando la generalización del uso de la violencia y sus respectivas cogniciones (Dodge y Pettit, 2003), lo que a su vez condiciona las respuestas emitidas por el entorno del menor, alejándose de modelos prosociales que favorezcan el desarrollo de habilidades sociocognitivas

2.2. MODELOS EXPLICATIVOS ESPECÍFICOS DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL

Las propuestas explicativas de la violencia filio-parental surgen a partir de la integración de los modelos teóricos de la violencia familiar y de estudio de la conducta desviada en la adolescencia. A continuación, se expondrán las principales propuestas específicas para la violencia ascendente.

2.2.1. Modelo integrador para la explicación del maltrato a los progenitores (Agnew y Hogeley, 1989)

Este modelo integrador surge como consecuencia de la limitación de las teorías de la delincuencia juvenil y de las explicaciones de la violencia familiar para abordar la violencia filio-parental, al presentar esta última una serie características diferenciales que impiden el ajuste de los factores propuestos para otras modalidades de violencia (Cornell y Gelles, 1982; Harbin y Madden, 1979; Peek et al., 1985). Investigaciones realizadas en este ámbito han puesto de manifiesto que las variables empleadas tradicionalmente para analizar la conducta violenta en el hogar han alcanzado explicar únicamente el 8.6% de la varianza (Peek et al., 1985), evidenciando la necesidad de

profundizar en el conocimiento específico de esta modalidad de violencia intrafamiliar y atender a sus peculiaridades y diferencias.

Así, Agnew y Huggle (1989) formulan un modelo explicativo de la violencia filio parental combinando las teorías explicativas de la delincuencia juvenil junto con las teorías explicativas de la violencia familiar. Para estos autores, uno de los posibles motivos de que los enfoques teóricos propuestos hasta el momento resulten incompletos podría ser que a menudo las teorías explicativas de la violencia familiar se han centrado en los adultos y en la totalidad de la unidad familiar. Sin embargo, combinar este enfoque con las teorías de delincuencia juvenil facilitaría una mejor comprensión del fenómeno, dado que la violencia hacia los ascendentes podría ser considerada una forma de delincuencia juvenil (Cornell y Gelles, 1989; Harbin y Madden, 1979).

De esta forma, se tienen en cuenta las tres teorías principales para explicar la delincuencia juvenil: la Teoría del Control Social (Nye, 1958), Teoría de la Asociación Diferencial (Sutherland y Cressey, 1978) y Teoría de la Tensión (Agnew, 1985). En primer lugar, la teoría del Control Social sostiene que la probabilidad de delinquir en la infancia y adolescencia aumenta a medida que los menores disminuyen el nivel de control, tanto interno como externo. De esta forma, el control interno se vincula con las creencias que categorizan el comportamiento desviado como inapropiado y negativo. Así, el bajo control de la conducta desviada se verá impulsado por situaciones de socialización inadecuadas en lo que compete a los progenitores, a la escuela o a otros agentes socializadores, impidiendo así la interiorización de creencias y valores opuestos a la desviación y comprometidos con las normas sociales (Agnew, 1999). Por otro lado, el control externo hace referencia a la probabilidad de que la persona que ejecuta el comportamiento pueda ser sancionada al involucrarse en la desviación, tanto en lo que respecta a contextos formales como informales. En este sentido, cuando los progenitores o las instituciones carecen de recursos para controlar o sancionar la conducta desviada, es más probable que esta ocurra (Agnew y Huggle, 1989; Nye, 1958). Además, esta teoría contempla la influencia en la aparición del comportamiento delictivo de variables como las diferencias de poder, el aislamiento social, altos niveles de estrés o el consumo de sustancias (Agnew y Huggle, 1989). Asimismo, el modelo integrador tiene en cuenta la propuesta añadida por Hirschi (1969) según la cual, la probabilidad de delinquir se reduce a medida que se establecen cuatro tipos de lazos sociales que actuarían como factores de protección frente a la conducta delictiva. Estos se concretan

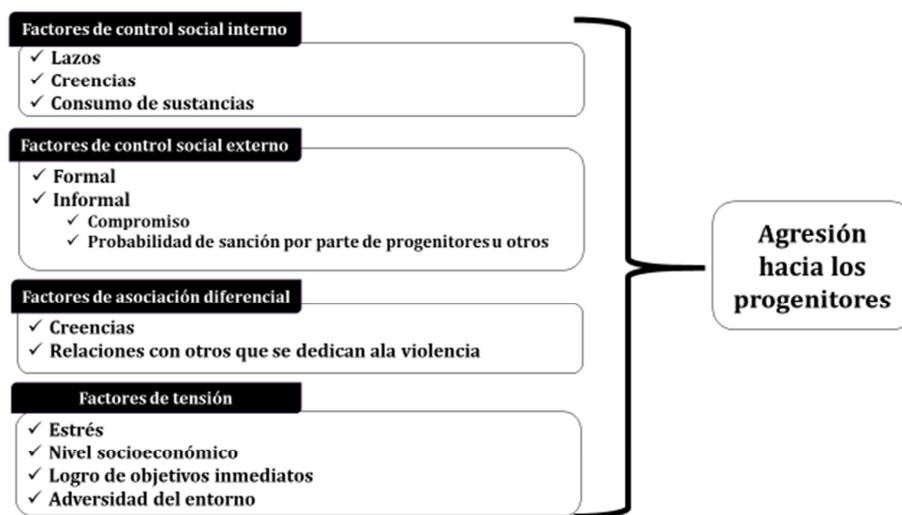
en relaciones de apego seguro con los progenitores; la participación en actividades sociales formales, tales como la educación y las tareas que implica; el tiempo destinado a tareas convencionales y finalmente, el desarrollo y compromiso con valores sociales.

Por otra parte, la Teoría de la Asociación Diferencial (Sutherland y Cressey, 1978; Sutherland, Cressey y Luckenbill, 1992) defiende que los menores que se inician en la carrera delictiva muestran una tendencia a asociarse o relacionarse con otras personas que presentan creencias y conductas favorables a la violencia, produciéndose un refuerzo mutuo. Desde este enfoque, la asociación con iguales desviados sería el mejor predictor de la delincuencia juvenil, argumento avalado por Agnew (1990), quien en sus investigaciones halló que la exposición a grupos de iguales con conductas desviadas se vinculaba con comportamientos delictivos en los menores.

Finalmente, la Teoría de la Tensión (Agnew, 1990; Cohen, 1955) establece que cuando los menores carecen de los recursos necesarios para alcanzar logros personales o sociales, la frustración se apodera de ellos llevándolos a un estado de tensión. Desde este enfoque, existen dos vías de actuación para la consecución de metas personales, una vía legítima y otra basada en ataques y agresiones como una forma de lidiar y canalizar la frustración (Cohen, 1955). Años más tarde, Agnew (1985) propone la inclusión de nuevos factores de riesgo para la agresión, incluyendo la tendencia a evitar el dolor, la anticipación de problemas para alcanzar un logro, la valoración de los recursos personales como insuficientes, el adelanto de la pérdida de reforzadores positivos y la presencia de estímulos aversivos y hostiles. Se concluye así que cuando el menor carece de los recursos necesarios para conseguir los logros o metas tanto personales como sociales, la frustración se apodera de él de tal modo que lo empuja hacia la agresión, empleando la vía delictiva para su consecución (Agnew, 1999).

Agnew y Huguley (1989) integran las premisas principales de las teorías mencionadas y proponen una serie variables cuya presencia puede empujar hacia la agresión de los progenitores: ser de raza blanca, pertenencia a grupos de iguales desviados que legitiman el uso de la violencia, baja vinculación y apego hacia los progenitores, la percepción de un bajo control externo sobre la propia conducta, el consumo de sustancias, el estrés y las desigualdades de poder (Agnew y Huguley, 1989). En la figura 3 aparece recogida la propuesta integradora de estos autores, diferenciando las variables según la teoría explicativa de la que proceden.

Figura 3. Modelo Integrador Agnew y Huguley (1989)



Sin embargo, los propios autores han matizado las limitaciones que presenta este posicionamiento, específicamente la necesidad de analizar la forma concreta en que las variables contribuyen a la agresión, así como la necesidad de incluir en este proceso la influencia de variables biológicas y psicológicas, y finalmente, realizar un análisis longitudinal que permita esclarecer las claves de la agresión ascendente (Agnew y Huguley, 1989; González-Álvarez, 2012).

2.2.2. Teorías de Sistemas: Modelo Sintomático de Miccuci (1995)

Este modelo explicativo se centra en las formas de interaccionar que tienen los miembros de la familia, destacando la existencia de cinco patrones relacionales. Estos ciclos sintomáticos se repiten y mantienen la situación de conflicto que desencadena la violencia ascendente (Miccuci, 1995).

Este enfoque sostiene un efecto paradójico que consiste en que cuando los menores son violentos hacia sus progenitores, las relaciones familiares comenzarán a organizarse en torno a él, puesto que se interpreta que el adolescente está pidiendo ayuda, por lo que se responde a su petición con un aumento en el apoyo. Sin embargo, la respuesta a esta situación puede derivar en una sobreprotección del menor, en un distanciamiento, abordando de una forma fallida los comportamientos abusivos, llegando así a la posibilidad de que la violencia se haya instalado ya en el seno de la familia, o en situaciones graves, incluso enquistado (Miccuci, 1995). En segundo lugar, la familia centra su total atención sobre el menor lo que conlleva el abandono de otras actividades

ocasionando un mayor aislamiento entre los progenitores y la sociedad, repercutiendo, a su vez, en la red de apoyo y el acceso a recursos externos. En tercer lugar, los progenitores comienzan a ver al menor como el causante de todos los males, lo que suele ir acompañado de la presencia de emociones negativas como ira o rechazo por parte de estos hacia el menor con comportamientos abusivos (Miccuci, 1995). En cuarto lugar, la situación de conflicto comenzará a afectar a los demás miembros de la familia, buscando la responsabilidad y señalando a los miembros causantes, basándose en percepciones sesgadas que a menudo carecen de objetividad alguna.

Finalmente, tiene lugar una espiral de reproches mutuos entre el menor y los progenitores, promovido por el choque entre las expectativas generadas por estos y la realidad, favoreciendo así el mantenimiento del ciclo de la violencia.

En este sentido, Micucci (1995) propone una serie de indicaciones que propiciarían la solución de los conflictos y la mejora de las relaciones familiares; instar a los miembros de la familia a resolver de una forma más adecuada los conflictos que derivan en comportamientos abusivos por parte de los menores. Por otro lado, aboga por no centrarse en endurecer las relaciones jerárquicas, sino en el fortalecimiento de las mismas a partir del diálogo y del apoyo mutuo. Esto favorecerá la reinstauración del control y poder parental sin provocar un distanciamiento del adolescente. Finalmente, recalca la necesidad de centrarse en aspectos positivos y funcionales de las dinámicas familiares, con el objetivo de lograr la participación y el compromiso del adolescente.

2.2.3. Modelo Ecológico Holístico de Cottrell y Monk (2004)

La perspectiva ecológica permite explicar la conducta humana a partir del intercambio bidireccional y recíproco del individuo en desarrollo con el ambiente, siendo así uno de los enfoques más completos para explicar la conducta violenta al contemplar la multicausalidad y la influencia de variables de todo tipo, desde biológicas a sociales o políticas (Bronfenbrenner, 1992; Morán, 2013).

En este sentido, el enfoque propuesto por Cottrell y Monk (2004), trata de explicar la violencia dentro de un modelo ecológico holístico, basado en la interacción recíproca de cuatro niveles de influencia: macrosistema, exosistema, microsistema y factores ontogenéticos, haciendo hincapié sobre la casuística de la problemática en el macrosistema y ecosistema (Bronfenbrenner, 1987).

El primer acercamiento de la perspectiva ecológica y la violencia filio-parental, tuvo lugar en una investigación realizada por Monk (1997), cuyo objetivo era alcanzar

un modelo explicativo integrador para la violencia hacia los ascendientes a partir de las contribuciones realizadas por los modelos psicológicos, sociológicos y políticos, hallándose factores que favorecen, refuerzan y protegen frente una dinámica familiar caracterizada por la presencia de violencia filio-parental (Monk, 1997).

Entre los factores culturales, el modelado y aprendizaje de poder y control sobre la mujer propicia la aparición del maltrato ascendente. Asimismo, a nivel intrafamiliar factores como la edad, el aumento de la fuerza física, el rechazo de los límites, demandas o negativas de los progenitores, el consumo de sustancias y la respuesta compensatoria ante la frustración, también demostraron su influencia. A nivel extrafamiliar se destacó la influencia del grupo de iguales desadaptados, el etiquetamiento negativo del menor por parte del centro educativo o del entorno más cercano, los valores culturales, la pobreza o el aislamiento social (Monk, 1997). Finalmente, variables vinculadas con características personales y biológicas, señalando la presencia de TDHA, la dificultad para establecer lazos de apego seguros, así como la ausencia de empatía y remordimientos, se consideraron factores vinculados en la génesis y mantenimiento de la violencia filio-parental.

Años más tarde, Cottrell y Monk (2004), realizan una reformulación del modelo a partir de lo previamente expuesto y de los hallazgos obtenidos en una investigación con grupos focales semiestructurados y entrevistas para la descripción cualitativa de las conductas violentas ascendientes (González-Álvarez 2012; Morán, 2013). Tomando como punto de partida las teorías ecológicas del maltrato familiar, surge la propuesta del actual modelo ecológico anidado, basado en la interacción recíproca de los cuatro niveles de influencia mencionados anteriormente, macrosistema, exosistema, microsistema y factores ontogenéticos; facilitando una aproximación dinámica al fenómeno de la violencia filio-parental.

Desde este enfoque, se proponen los diferentes factores que predicen las conductas violentas hacia los ascendientes organizados en diferentes niveles, bajo la premisa de que cuantas más variables estén presentes, mayor será la probabilidad de ejercer violencia filio-parental (Cottrell y Monk, 2004).

- I. Nivel Macrosistema: implica todos aquellos valores culturales, creencias y el modelo social que ejerce influencia, pudiendo llegar a legitimar la violencia, haciendo hincapié en el modelado de los roles sexuales que perpetúan el poder del género masculino sobre el femenino. De esta forma, la socialización

diferencial ejerce su influencia en los roles de género (Gallego, Amado et al., 2017), pudiendo afectar tanto a los procesos microsociales como las relaciones paterno-filiales (Hong, Kral, Espelage y Allen-Meares, 2011).

- II. Nivel Exosistema: incluye las estructuras sociales que influyen en el funcionamiento individual y personal. De este modo, la pobreza, el estrés familiar, la influencia de un grupo de iguales desadaptados, el aislamiento social, la falta de apoyo comunitario o intervenciones profesionales inadecuadas serían un ejemplo (Cottrell y Monk, 2004).
- III. Nivel Microsistema: hace referencia a las dinámicas familiares que contribuyen al desarrollo de conductas violentas, así como aquellas que suponen conflictos de poder y comunicación inadecuados. En este sentido, Hong et al. (2011), añaden que el maltrato infantil y la exposición a la violencia entre los progenitores, son factores que ejercen su influencia en este nivel de interacción social.
- IV. Factores Ontogenéticos: apelan a factores propios del individuo, como historia de abusos y victimización temprana, modelado de conductas violentas, estilos de apego pobres y problemáticos con los progenitores, abusos de sustancias, problemas de salud mental o historial académico conflictivo.

En la figura 4 se muestra la interpretación gráfica de la interrelación de los diferentes niveles y variables implicadas en la génesis y perpetuación de la violencia filio-parental.

Figura 4. Interrelación entre las Variables de la Violencia Filio-parental. Adaptado Cottrell y Monk (2004)



En suma, desde este enfoque se propone que el inicio y el mantenimiento de la violencia ascendente van a estar determinados por la presencia de las diferentes variables asignadas en los distintos niveles. No obstante, es necesario tener en cuenta que no todas las variables descritas tienen que estar presentes para la ocurrencia del fenómeno. Además, algunas como la violencia intrafamiliar o la presencia de enfermedad mental, tienen mayor peso que otras, incluso dándose de forma aislada, favorece el posterior desarrollo de violencia filio-parental (Cottrell y Monk, 2004).

Es preciso señalar que este enfoque tiene limitaciones al tener en cuenta un elevado número de variables, que impiden el diseño práctico de investigaciones bajo las premisas expuestas (Ibabe, Jaureguizar y Díaz, 2007; Sánchez, 2008). En este sentido, lo propios autores (Cottrell y Monk, 2004) recalcan la necesidad de seguir investigando con la finalidad de estimar la influencia exacta de cada uno de los factores implicados en esta modalidad de maltrato familiar.

2.2.4. Síndrome del Emperador (Garrido, 2005)

Este modelo explicativo, elaborado en nuestro país para explicar el fenómeno de la violencia filio-parental a partir de la influencia de una serie de variables (Garrido, 2007) entre las que se encuentran la presencia de comportamientos violentos por parte de los progenitores hacia los menores; la victimización indirecta, entendida como la observación por parte de los menores de comportamientos violentos en el hogar; la presencia de trastorno mental; y finalmente, el consumo de sustancias

Sin embargo, el autor recalca que en el 10% de los casos (Garrido, 2008), estas variables no serían suficientes para explicar la violencia ascendente, surgiendo este enfoque para dar respuesta a ese porcentaje bajo el término “síndrome del emperador”, entendido como “la disposición psicológica que caracteriza a los hijos que maltratan a sus padres (psíquica o físicamente) de forma continuada o habitual sin que estos puedan ser considerados *malos padres*” (Garrido, 2005, p.6); asimismo, añade:

“Cuando un niño que debería ser feliz y hacer feliz a sus padres se convierte en el símbolo de una falta de tolerancia de la frustración que parece cada vez más dominante en nuestra sociedad. Este joven quiere hacer las cosas como él quiere, y lo quiere ahora, y no le arredra la conciencia a la hora de ser violento” (Garrido, 2005; p.19).

De esta forma, Garrido (2005), apela a la necesidad de centrarse en variables personales como la baja capacidad empática y la autorregulación, anteponiéndolas a

variables como la permisividad, la sobreprotección o negligencia en la educación de los hijos e hijas (Garrido 2007). En lo que respecta a variables personales señala que la aparición temprana de problemas conductuales y la ausencia de principios morales, se vinculan con rasgos psicopáticos como narcisismo, conductas de manipulación, falta de remordimientos, incapacidad de establecer vínculos emocionales, impulsividad, búsqueda de sensaciones y transgresión de normas sociales, que a su vez propician la agresión (Garrido, 2007). Así, la incapacidad para desenvolver principios morales se relaciona con un escaso desarrollo de creencias sobre la necesidad de contener determinados comportamientos, favoreciendo la aparición de creencias vinculadas con la poca capacidad y derecho de los progenitores de establecer normas y castigos en la interacción familiar, lo que a su vez repercute en la resistencia que estos menores muestran hacia los castigos y las normas paternas (Garrido, 2007).

A partir de lo expuesto, el autor establece dos rutas desde las cuales se desarrollan las conductas de maltrato ascendentes:

- I. Esta primera ruta asume que es la presencia de problemas de conducta tempranos, como el Trastorno de Déficit de Atención con Hiperactividad, el Trastorno Negativista-Desafiante o el Trastorno Disocial, el punto de partida de las conductas delictivas sin que estas supongan la agresión paterna. Sin embargo, si estas variables se combinan con los rasgos psicopáticos mencionados anteriormente, la conducta violenta se trasladará también al hogar, inclusive a los progenitores (Garrido, 2008).
- II. La segunda ruta asume que los rasgos psicopáticos por sí mismos explican la agresión hacia los progenitores, sin ser necesaria la presencia de comportamientos delictivos fuera del hogar (Garrido, 2008).

Por lo tanto, el autor considera que los menores etiquetados como *emperadores*, presentan ciertas características vinculadas con la psicopatía, resaltando la importancia de la genética (Garrido, 2007). No obstante, esta propuesta no puede considerar un modelo exegético de la violencia filio-parental, pues sólo explica el comportamiento del 10% de los menores agresores.



3. VARIABLES RELACIONADAS CON LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL



En el presente capítulo se realizará una aproximación a las principales variables relacionadas tanto con la aparición como con la perpetuación de la violencia filio-parental. Las investigaciones desarrolladas en el ámbito abogan por la confluencia de factores de diversa índole que favorecen o dificultan la aparición de esta modalidad de violencia familiar. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta el hecho de que sea una temática reciente de estudio, con escasa trayectoria en la investigación, contingencia que limita la generalización de los hallazgos alcanzados. Por otro lado, la falta de instrumentos específicos de medida de la violencia filio-parental, así como la variabilidad de los diseños planteados en los diversos estudios, propicia la falta de consenso en los resultados que en algunas ocasiones llegan a ser contradictorios.

Con frecuencia, los estudios se han centrado en el análisis de las variables relacionadas con los menores, sin embargo, en los últimos años se ha puesto de manifiesto la importancia de un enfoque sistémico en el que se tenga en cuenta el contexto familiar y sus relaciones, dada la crucial importancia en la socialización y en el desarrollo de los menores. Con el objetivo de revisar los factores implicados que permitan caracterizar al menor agresor y a su entorno familiar, se propone una clasificación de mínimos que sigue las áreas de funcionamiento de la vida del menor y su entorno descritas por Amato (2010). De esta forma, el capítulo estará estructurado en tres grandes bloques (véase tabla 6), el primero de ellos abordará las diferentes áreas de funcionamiento que hacen referencia al menor agresor; el segundo, se centrará en los progenitores y, finalmente, el tercero irá destinado a la exposición y análisis del ajuste familiar, la estructura y las dinámicas familiares establecidas.

Tabla 6. Variables Relacionadas con la Violencia Filio-parental

V. Menor agresor	V. Progenitores víctimas	V. Ajuste Familiar
Variables Sociodemográficas: Sexo y Edad	Variables Sociodemográficas: Sexo y Edad	Estructuras familiar
Variables Ajuste Clínico: Consumo de sustancias y Psicopatología	Variables Ajuste clínico: Consumo de sustancias y Psicopatología	Nivel socioeconómico
Ajuste académico		Estilos educativos y clima familiar
Variables Ajuste Social: Influencia grupo de iguales y Competencia social		Funcionamiento Familiar

3.1. VARIABLES RELACIONADAS CON EL MENOR AGRESOR

Las investigaciones de los últimos años han intentado arrojar luz sobre qué características son las que presentan los menores que ejercen la agresión ascendente (Agnew y Huguley, 1989; Browne y Hamilton, 1998; Calvete et al., 2014; Contreras y Cano, 2016; Cornell y Gelles, 1982; Cottrell, 2001b; Cottrell y Monk, 2004; Ibabe, 2015; Ibabe, Jaureguizar y Bentler, 2013; Ibabe y Bentler, 2016; Izaguirre y Calvete, 2017; Kennedy, Edmonds, Dann y Burnett, 2010; Langhinrichsen-Rohling y Neidig, 1995; Pagani et al., 2004; Paterson et al., 2002; Walsh y Krienert, 2007). Sin embargo, muchos de los estudios realizados son de carácter descriptivo (Aroca, Cánovas y Robles, 2012; Calvete y Orue, 2016; Coogan, 2012; Moulds, Day, Mildred, Miler y Casey, 2016), en detrimento de aquellos que se han centrado en el análisis empírico de las características distintivas de este fenómeno con el objetivo de dar a conocer variables susceptibles de intervención, respondiendo así a la necesidad de los operadores jurídicos, sociales y clínicos que tratan de dar una respuesta a esta problemática (Ibabe, 2014; Kennedy et al., 2010).

3.1.1. Variables sociodemográficas

3.1.1.1 Sexo

El sexo ha sido una de las variables sociodemográficas más ampliamente estudiada. Los resultados de los numerosos estudios muestran una gran diversidad y heterogeneidad, destacando una vez más la falta de consenso y de una metodología específica para esta tipología del maltrato familiar.

Por un lado, buena parte de las investigaciones reportan datos sobre la sobrerrepresentación del sexo masculino a la hora de emitir conductas de violencia filio-parental (Charles, 1986; Gallagher, 2008; Haw, 2010; Howard, 2011; Kennedy et al., 2010; Routt y Anderson, 2011), alcanzando porcentajes que ronda entre el 60% y el 80% (Morán, 2013). En la misma dirección, Walsh y Krienert (2009) informan de un porcentaje de varones agresores en su muestra del 62.2%. Además, estos autores encontraron diferencias significativas en función de la tipología de violencia empleada por los menores. Así, los chicos alcanzaron nuevamente ratios superiores a los de las chicas en violencia física leve, hallándose un porcentaje de 68.7% para los varones, frente a un 31.3% para las mujeres y un 72.5% frente a un 27.5% para las conductas de intimidación. Por su parte, la revisión llevada

a cabo por Ulman y Straus (2003) refiere una tendencia definida de los hijos varones frente a las hijas, aunque inciden en que la diferencia no fue estadísticamente significativa.

Tratando de profundizar en esta cuestión, Pagani et al. (2004), resaltan la importancia del tipo de estudio así como también de la metodología empleada, concluyendo que en los estudios clínicos y forenses, la tasa de prevalencia es mayor en hombres, mientras que aquellos de carácter epidemiológicos no hallan diferencias significativas en cuanto al sexo del menor agresor. Una explicación plausible para este hecho radica en las aportaciones de Gallagher (2008), quien señala que los hijos varones son denunciados con más facilidad y derivados a los servicios de salud que las hijas, pudiendo dar lugar a un sesgo en los resultados.

Otras investigaciones no han mostrado diferencias significativas entre ambos sexos (Agnew y Huguley, 1989; Brezina, 1999; Browne y Hamilton, 1998; McCloskey y Lichter, 2003). En la misma dirección, la revisión realizada por Bobic (2002) sobre investigaciones en distintos países (Australia, Nueva Zelanda y Norte América), halló que ambos sexos alcanzan la misma representatividad en este tipo de violencia. Recientemente, una revisión sistemática sobre las características de los menores y de las familias en las que está presente la violencia filio-parental (Moulds y Day, 2017), informa de dos tendencias definidas: por un lado, existe un considerable número de investigaciones que indicaron una mayor tasa de agresión por los varones (Calvete, Orue et al., 2015; Calvete, Gámez-Guadix et al., 2015; Ibabe et al., 2014; Kuay, Lee, Centifanti, Parnis, Mrozki y Tiffin, 2016); frente a otros estudios que concluyen la ausencia de diferencias en función del sexo (Bartle-Haring et al., 2015; Calvete et al., 2013; Calvete et al., 2014; Gebo, 2007; Kennedy et al., 2010; Margolin y Baucom, 2014; McCloskey y Lichter, 2003; Pagani et al., 2004; 2009).

Por otra parte, es necesario mencionar la existencia de resultados que avalan la posición contraria, es decir, que las mujeres alcanzan tasas de prevalencia superiores a la de los hombres, como el caso de Nock y Kazdin (2002), quienes encontraron un porcentaje del 11.4% hijos agresores frente a un 14.6% de hijas agresoras. En la misma dirección, Pagani et al. (2004) obtuvieron un porcentaje del 65.9% de mujeres agresoras.

La falta de consenso científico existente en el ámbito internacional se extiende a los estudios llevados a cabo con población española. De este modo, numerosos estudios avalan la supremacía del sexo masculino del agresor (Aroca et al., 2010; Rechea et al., 2008). En este

sentido, Romero et al. (2005) informan de un porcentaje mayor de varones agresores, que llega a alcanzar un 79.3%, incrementándose esta cifra en el estudio de Ibabe et al. (2007; 2010) a un 85%, frente a un porcentaje minoritario de mujeres, un 20.7% y un 15% respectivamente. Pero también, es posible hallar estudios que soportan la hipótesis contraria, atribuyendo un mayor ratio de agresión a las mujeres que a los hombres (Calvete y Orue, 2016; Calvete et al., 2013). Si bien se ha señalado que la variabilidad de los resultados pudiera ser explicada por la inconsistencia en la metodología y la variedad de paradigmas experimentales contemplados, otro aspecto a tener en cuenta es el tipo de agresión perpetrada hacia los progenitores. La literatura científica revela en este aspecto que los hombres son más propensos a emitir conductas de maltrato físico, frente a las mujeres que muestran tasas más elevadas de maltrato emocional o verbal (Archer, 2004), encontrándose al respecto estudios específicos de violencia filio-parental que avalan este supuesto (Bobic, 2004, Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Ibabe y Jaureguizar, 2010; Nock y Kazdin, 2002).

Al igual que en el panorama internacional, la tipología de la violencia empleada por los agresores influye en los resultados alcanzados, alcanzando nuevamente una mayor tasa de agresión física en los varones (Ibabe et al., 2013), y una mayor frecuencia de violencia psicológica en el colectivo femenino (Calvete et al., 2014). También hay estudios que avalan la inexistencia de diferencias en función del sexo del agresor (Contreras y Cano, 2015; Izaguirre y Calvete, 2015).

3.1.1.2 Edad

La edad de los menores agresores ha sido una de las variables más ampliamente estudiadas a nivel descriptivo, encontrándose nuevamente una alta variabilidad en los resultados obtenidos para los rangos de edades propuestos.

Ulman y Straus (2003), informaron de una mayor frecuencia de abusos hacia los progenitores en edades tempranas, comprendidas entre 3 y 5 años, aunque advirtieron de las dificultades metodológicas para extraer la información. Previamente, Sheehan (1997) en su investigación llevada a cabo con 60 familias que habían acudido a un servicio de mediación y terapia familiar en Nueva Zelanda, encontró que 24 de ellas reportaban problemas de conducta en los menores desde los dos años de edad. En la misma dirección, Nock y Kazdin (2002) hallaron tasas de agresión paterna en edades comprendidas entre los 4 y los 14, y Rout y Anderson (2011), informaron de un porcentaje de agresión del 23% en menores de doce años.

Sin embargo, la inclusión de rangos de edades tan tempranas ha suscitado diversas críticas. Gallagher (2008) considera que es preciso distinguir entre comportamientos propiamente violentos de aquellos característicos o prototipos de la infancia como las rabietas, evidenciando nuevamente la necesidad de una definición consensuada y delimitante de la violencia filio-parental. En contraposición, Paulson, Coombs y Landsverk (1990), refieren en su estudio que los menores de edades tempranas, delimitadas en un rango de 9 a 11 años, tenían menos probabilidades de llevar a cabo conductas de agresión hacia los progenitores que aquellos menores cuyas edades se sitúen entre los 11 y los 17 años.

Los estudios específicos de violencia filio-parental informan de un aumento de la probabilidad de agresión durante el periodo adolescente de acuerdo a la definición propuesta por la OMS (2002), esto es, entre los 10 y los 19 años (Charles, 1986; Cottrell, 2001; Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Howard, 2011; Kethineni, 2004; Walsh y Krienert, 2009; Tew y Nixon, 2010), coincidiendo gran parte de ellos en señalar el periodo comprendido entre 14 y 17 años de edad como crítico (Coundry y Miles, 2014; Paulson et al., 1990; Wilson, 1996). Otros autores como Harbin y Madden (1979) abogan en sus investigaciones por un rango de edades más amplio, entre los 13 y los 24 años. Asimismo, esta posición es respaldada por Haw (2010) quien recurre a un periodo entre 13 y 21 años, aunque señala que el pico de agresión se situaría en torno a los 15 años de edad.

Los resultados de las investigaciones realizadas con población española no difieren de lo encontrado en otros estudios. Así el incremento de la probabilidad de agresión aumenta a medida que el menor crece (Izaguirre y Calvete, 2016; Sánchez, 2008). De este modo, Romero et al. (2005) encontró que los menores agresores de 15 años de edad representaban el 20.7%, que subía al 31.9% en los de 16 años y finalmente alcanzaba el 39.7% en de 17 año. De igual forma, el periodo crítico para la agresión se sitúa en torno a los 15 años de edad (Aroca et al., 2014; Ibabe y Jaureguizar, 2010).

Al respecto, es necesario reiterar la importancia del tipo de población empleada para realizar los estudios. Aquellas investigaciones llevadas a cabo en el ámbito comunitario o clínico no tienen limitaciones en los rangos de edad más que la que los investigadores delimiten. Sin embargo, aquellas realizadas con población judicial, únicamente contarán con menores que sobrepasen los 14 años, de acuerdo a la normativa vigente (LO 5/2000).

Por otro lado, es necesario mencionar las investigaciones que relacionan la edad con el sexo (Archer, 2004; Charles, 1986). Los estudios de Cornell y Gelles (1982) señalan que la violencia en el caso de los varones se incrementa con la edad, mientras que en las mujeres se da la tendencia opuesta. En la misma dirección, Kethineni (2003) plantea que las mujeres ejercen violencia en edades más tempranas que los hombres, invirtiéndose esta tendencia a medida que aumenta la edad. Por su parte, Kennair y Mellor (2007) refieren que los hijos a medida que se hacen mayores, tienden a agredir en menor proporción a sus madres y en mayor medida a sus padres, mientras que las hijas, a medida que van creciendo, tienden a ejercer la agresión indistintamente, es decir, hacia ambos progenitores (Agnew y Huguley, 1989).

Finalmente, cabe señalar la existencia de investigaciones que han tratado de analizar la relación entre la edad y la tipología de la violencia ejercida (Ibabe y Jaureguizar; 2011), las cuales ponen de manifiesto que entre los 14 y los 16 años de edad, la violencia psicológica es la más recurrente frente al abuso emocional que se sitúa como el más frecuente en el rango de edad de 16 a 18 años.

3.1.2. Variables de ajuste clínico

3.1.2.1 Consumo de sustancias

En la actualidad, el consumo de sustancias durante el periodo adolescente se considera un grave problema de salud pública debido a su elevada prevalencia, tal y como revela la Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES 2016-2017). La relación entre el consumo de sustancias y el comportamiento antisocial ha sido objeto de múltiples estudios, constatándose la existencia de un patrón de consumo de sustancias, de diversa índole, en los menores infractores (Meneses, Romo, Uroz, Gil, Markez, Gimenez y Vega, 2009; Llorens, Palmer y Perelló del Río, 2005; Loeber, 1988; San Juan, Ocariz y Germán, 2008). Sin embargo, la investigación generada a partir del análisis del consumo como factor precipitante de la violencia filio-parental es aún escasa, existiendo diferentes posiciones respecto a cómo influye (Aroca, et al., 2014). De esta forma, es posible hallar investigaciones que revelan que aproximadamente la mitad de los jóvenes que agreden a sus progenitores presentan consumo de alcohol o drogas (Kethineni, 2004), o que advierten de que el consumo de sustancias puede incrementar la agresión verbal ascendente hasta un 60% (Pagani et al.; 2004). La violencia filio-parental se produciría a raíz de las discusiones

entre los progenitores y el menor con respecto al consumo de sustancias (Cottrell y Monk, 2004; Ellickson y McGuinan, 2003; Jackson, 2003).

Por otro lado, algunos autores informan que muchos de los jóvenes que ejercen la violencia filio-parental no habían consumido antes de llevar a cabo la agresión (Harbin y Madden, 1979; Sempere et al., 2007), o que presentan una baja tasa de consumo de drogas, por debajo del 3%, antes de la agresión (Walsh y Krienert, 2007; 2009). En este sentido, Routt y Anderson (2011), obtienen porcentajes más bajos de agresión, en torno al 22%, y señalan el consumo de sustancias como facilitador de la misma. Aunque son varios los estudios que señalan el consumo de sustancias como causa precipitante de la violencia filio-parental (Bobic, 2002), esta relación no se ha estudiado con suficiente profundidad, por lo que los resultados han de ser abordados con cautela, no siendo posible, en la actualidad, realizar conclusiones.

En la misma línea, la reciente revisión de Moulds y Day (2017), analiza la relación de esta variable con la violencia filio-parental en la literatura científica a nivel internacional, encontrando que, en términos generales, el consumo de alcohol u otras drogas estaría presente en los perpetradores de esta modalidad de violencia familiar.

La variabilidad de los resultados también está presente en la literatura científica a nivel estatal. Así, investigaciones llevadas a cabo con población judicial muestran que el consumo de sustancias suele estar presente con regularidad en menores agresores, sugiriendo que estos jóvenes presentan una mayor tendencia a recurrir a sustancias legales o ilegales en comparación con los jóvenes de la población comunitaria (Castañeda, Garrido-Fernández y Lanzarote, 2012; Ibabe, 2014). Por otra parte, estudios con población normativa revelan una asociación moderada entre el consumo y la violencia hacia los progenitores (Calvete, et al., 2011; 2013; Ibabe et al., 2013). Mientras que por el contrario otros concluyen que el inicio del consumo es posterior a la agresión hacia los progenitores. Lo cierto es que resulta difícil aproximarse a esta relación dado que son muchos los interrogantes que surgen al respecto y dificultan su estudio. Es la agresión la que tiene lugar cuando el menor está bajo la influencia de drogas o por contrario el consumo se produce tras las discusiones en el seno familiar, o ambos casos pueden concurrir, son algunas de las preguntas sin respuesta planteadas hasta el momento (Contreras y Cano, 2015). En este sentido, Ibabe y Jaureguizar (2010) refieren la necesidad de seguir avanzando en esta línea, y en cualquier caso, incluir el consumo de

sustancias en los programas destinados a intervenir en esta modalidad de maltrato familiar (Ibabe, 2014).

La literatura sentencia a la hora de vincular mayores tasas de consumo de sustancias a menores infractores, de tal modo que no parece que sea una variable específica de la violencia filio-parental. Atendiendo a este planteamiento, la investigación llevada a cabo por Contreras y Cano (2015) visualiza como la tasa de consumo es superior en menores con delitos de violencia filio-parental (93.30%) y otro tipo de delitos (90%), frente a las alcanzadas por la población comunitaria (56.7%). Asimismo, este estudio constata que el 46.7% de los agresores de violencia filio-parental, fueron agresivos con sus progenitores bajo la influencia de alcohol o sustancias ilegales, alegando como posible explicación a este fenómeno que aunque el consumo no sea un determinante específico de la violencia filio-parental, puede afectar copiosamente a los conflictos en el seno familiar e incrementar las posibilidades de ejercer la agresión. Por otro lado, un estudio de población comunitaria, con la finalidad de indagar sobre los factores de riesgo específicos de la violencia filio-parental, halla que el mejor predictor de la agresión física a los progenitores es el consumo de drogas, seguido de un estilo de crianza inadecuado y de un desajuste social (Ibabe et al., 2013).

3.1.2.2 Psicopatología

A pesar de que la presencia de psicopatología en los menores agresores ha sido frecuentemente identificada como causa precipitante de esta modalidad de maltrato, lo cierto es que se cuenta con muy pocos estudios empíricos que hayan profundizado en dicha relación (Haw, 2010), y únicamente se han señalado algunos trastornos como facilitadores de la agresión hacia los progenitores, como por ejemplo trastornos delirantes, deficiencia mental, autismo, síndrome de abstinencia y rasgos de personalidad antisociales (Suárez, 2012). En esta línea, las etiquetas diagnósticas son muy amplias, sin diferenciar si estas son causa o consecuencia del maltrato ascendente (Morán, 2013).

Una revisión realizada recientemente (Moulds y Day, 2017), informa de que únicamente ha sido posible hallar seis investigaciones que analizaran la relación entre el comportamiento violento ascendente y patología mental en profundidad, encontrándose nuevamente resultados dispares. Así, por un lado algunos estudios detectan la presencia de psicopatología en un 6% de los menores agresores (Nowakowski y Mattern, 2014), frente a otros que elevan este

porcentaje al 48% (Gebo, 2007). Investigaciones realizadas por The National Clearinghouse on Family Violence (2003), informan de la presencia de trastornos de comportamiento en algunos menores agresores, tales como el trastorno de déficit de atención con hiperactividad, trastorno de conducta, trastorno bipolar y esquizofrenia. Sin embargo recalcan que la mayor parte de los menores no presentaban ningún tipo de patología mental. Por su parte, Cottrell y Monk (2004) refieren en sus estudios, a través del testimonio de profesionales y progenitores, los mismos trastornos previamente señalados y a su vez, añaden el trastorno reactivo adaptativo, trastorno de conducta disruptiva y trastorno del aprendizaje.

A pesar de que las etiquetas diagnósticas permitan explicar comportamientos violentos ascendentes, ha de procederse con cautela dado que este etiquetamiento puede facilitar la justificación de comportamientos violentos por parte del entorno familiar, llevando a los progenitores a prescindir de su derecho de ser tratados con respeto (Price, 1996). Por otro lado, pese a que en ocasiones los comportamientos agresivos puedan suponer una manifestación sintomática de una patología mental grave como esquizofrenia o trastorno bipolar, se debe tener en cuenta que este tipo de diagnóstico no es posible durante el periodo adolescente.

Una investigación retrospectiva llevada a cabo mediante el análisis de 645 historias clínicas de menores hospitalizados en una unidad de psiquiatría infanto-juvenil, revela que la relación existente entre la presencia de psicopatología y los comportamientos agresivos ascendentes es menor de lo que a menudo se había planteado. Así, únicamente el 3.4% presentaba comportamientos violentos hacia los progenitores y de esta cifra, un 23% fue categorizado como trastorno de conducta, un 14% como trastorno de ansiedad, un 9% esquizofrenia, un 9% trastorno límite de la personalidad, un 4% trastorno disociativo y un 4% con dificultades de aprendizajes (Laurent y Derry, 1999).

Por su parte, Kennedy et al. (2010) en su investigación con menores agresores en el contexto familiar encontraron una tendencia mayor (cifrada en un 20%) en comparación con otro tipo de agresores, a presentar tasas más elevadas de hospitalización psiquiátrica, toma de medicación e intentos de suicidio. En esta línea, los diagnósticos más frecuentemente realizados son el déficit de atención e hiperactividad, alcanzando tasas del 50% (Cottrell y Monk, 2004; Ghanizadeh y Jafari, 2010; Kethineni, 2004), seguido del trastorno bipolar (Routt y Anderson, 2011), y trastornos del estado del ánimo (Kethineni 2004), siendo este

último objeto de especial controversia al existir estudios que avalan su influencia en esta modalidad de maltrato familiar, frente a otras investigaciones que concluyen que no ha de tratarse como un rasgo característico de la violencia filio-parental (Bartle-Haring et al., 2015; McCloskey y Lichter, 2003).

A pesar de que ya se ha mencionado que la relación entre patología mental y comportamientos violentos hacia los progenitores es menor de lo que se ha asociado tradicionalmente (The National Clearinghouse on Family Violence, 2003), es necesario tener presente que esta relación varía en función de la muestra. Así las investigaciones que emplean población judicial, informan de ratios superiores en patología mental en violencia filio-parental, frente a aquellas investigaciones realizadas con población clínica y comunitaria (Gebo, 2007; Kennedy et al., 2010).

A nivel estatal, se ha tratado de arrojar luz sobre la compleja relación existente entre patología mental y violencia ascendente, sin embargo, como ocurre en el panorama internacional, los resultados son dispares. De este modo, es posible hallar resultados que no informan de una relación significativa entre un diagnóstico psicológico y la emisión de conductas violentas ascendentes (Rechea y Cuervo, 2010), frente a otros estudios que avalan la presencia de psicopatología y sintomatología depresiva en los menores agresores (Calvete et al., 2011,2013; Contreras y Cano, 2014; 2015; González-Álvarez, 2012; Ibabe et al., 2007; Ibabe y Jaureguizar, 2010). En la misma dirección, Contreras y Cano (2015), en su estudio con población judicial, informan de una mayor tendencia (30%) a presentar problemas psicopatológicos en menores agresores frente a otro tipo de agresores, siendo la categoría diagnóstica más frecuente el trastorno de déficit de atención e hiperactividad, en consonancia con lo expuesto por Ibabe et al. (2009), quienes hallaron con una muestra judicial, una ratio superior de tratamiento psiquiátrico en aquellos jóvenes que ejercían violencia filio-parental (43%), frente a aquellos menores que cometieron otro delito (14%). En la misma línea, Rechea y Cuervo (2010) encontraron, en un estudio con 34 menores (17 agresores y 17 no agresores), que el 41.2% de los menores agresores habían sido diagnosticados, mientras que el diagnóstico solo estaba presente en un 11.8% en lo no agresores. En una investigación realizada a nivel estatal por la Universidad Complutense de Madrid (González-Alvarez, 2012), se encontró que el trastorno diagnosticado con mayor frecuencia es el negativista desafiante, sufriendolo un 26.3% de los participantes, seguido del trastorno explosivo intermitente, un 17.5%, y el trastorno disocial, un 7.9%.

También es posible encontrar apoyo empírico a la no existencia de problemas mentales en estos menores, recalcando la falta de causalidad entre la psicopatología y la violencia filio-parental y proponiendo la presencia de otras variables personales como falta de autocontrol, impulsividad o déficit de relaciones sociales como facilitadores de la agresión ascendente (García de Galdeano y González, 2007; Ibabe y Jaureguizar, 2011). En todo caso, es necesario profundizar en la relación entre la violencia filio-parental y la psicopatología. No en vano, buena parte de los menores que ejercen este tipo de maltrato también se inmiscuyen en otras formas de violencia, más allá del contexto familiar, evidenciándose así la necesidad de seguir ahondando en el conocimiento de la problemática (Romero et al., 2005).

Actualmente, en el DSM-V (APA, 2013), la problemática del maltrato ascendente podría abordarse bajo el epígrafe “otros problemas que pueden ser objeto de atención clínica”, en el apartado de problemas de relación, concretamente, “problemas relacionados con la educación familiar”. En este epígrafe se pone de manifiesto como las relaciones entre progenitores e hijos tienen un impacto significativo en la salud y bienestar de los mismos, negativo, cuando estas son disfuncionales. Por ese motivo, se alenta a la intervención desde este ámbito en casos donde los problemas de tipo relacional hayan alcanzado la relevancia clínica (DSM-V [APA] 2013).

3.1.3. Ajuste académico

El ajuste académico ha de tomarse como una dimensión compuesta por diferentes variables que han sido objeto de estudio en diferentes investigaciones de violencia filio-parental, como por ejemplo, el rendimiento académico, el absentismo escolar, las dificultades de aprendizaje o los comportamientos disruptivos en el aula (Cottrell, 2004; González-Álvarez, 2012; Haw, 2010; Ibabe et al., 2009; Kennedy et al., 2010).

Como ocurre en otros aspectos de la literatura revisada, la relación entre el ajuste académico y la violencia filio-parental no ha sido profundamente estudiada y los resultados se muestran de forma dispar, aunque es posible vislumbrar un leve consenso a la hora de señalar el desajuste escolar como un factor frecuente en los menores que ejercen conductas violentas ascendentes. Las primeras investigaciones desarrolladas en este ámbito revelan que los menores que han sido expulsados de la escuela tienen una mayor tendencia a ejercer este tipo de comportamientos violentos (Cornell y Gelles, 1982). Además de presentar mayor

absentismo escolar, suelen estar menos interesados en la escuela en general, considerando el absentismo escolar algo de escasa gravedad (Paulson et al. 1990).

En la misma línea, años más tarde, diversos estudios constataron una relación entre el bajo rendimiento escolar y la agresión, tanto verbal como física, aunque esta última en menor medida, a los progenitores (Pelletier, Beaulieu, Grimard, Duguay, 1999) pudiendo predecir la posterior agresión (Pagani et al., 2003; 2009). Por su parte, Gebo (2007) encuentra que el 59% de los menores agresores presenta dificultades de aprendizaje, disminuyendo este porcentaje hasta el 14% en el estudio realizado por Routt y Anderson (2011). Estos mismos autores concluyeron que los menores agresores presentaban dificultades a la hora de interactuar en el aula con otros compañeros o con los profesores en un 50%, y el absentismo escolar era del 49%. Otros estudios obtienen tasas más altas, llegando hasta el 57% (Haw, 2010). No obstante, parece que a pesar de que los menores agresores presentan porcentajes de fracaso escolar elevados (51%), estos no se diferencian de los no agresores, cuyo porcentaje se sitúa en torno al 52.3% (Kennedy et al., 2010). Por tanto, no existen diferencias significativas en lo que respecta al ajuste académico de estos menores (Kennedy et al., 2010).

En el ámbito estatal, esta variable también ha sido objeto de estudio, encontrándose valores porcentuales sobre las dificultades académicas de menores que ejercen violencia ascendente que oscilan entre un 53% (Rechea et al., 2008) y un 93% (Ibabe et al., 2007). El rendimiento escolar ha sido identificado en diferentes estudios bajo la etiqueta “rendimiento bajo” o “fracaso escolar”, alcanzando porcentajes que superan el 60% de la muestra (Ibabe et al., 2007; Rechea y Cuervo, 2010; Romero et al., 2007). En un estudio realizado con población judicial (Ibabe et al., 2009), en el que se compara el perfil del menor agresor en el contexto familiar con otro tipo de menores delincuentes, se encuentra que un 52% de estos menores presentaban problemas de adaptación en el contexto escolar a la par que dificultades de aprendizaje o comportamientos disruptivos en el aula.

Sin embargo, es preciso mencionar que, tal y como sucedía con factores expuestos previamente, los resultados varían en función de la muestra empleada, esto es, si se trata de población clínica, comunitaria o judicial, siendo en esta última donde se encuentra el mayor desajuste escolar (González-Álvarez, 2012; Rechea y Cuervo, 2010). Recientemente, una investigación que contempla las diferencias en función del contexto poblacional (i.e. comunitario y judicial) informa de ratios más elevadas de desajuste académico, referidos a la

falta de disciplina y mayor aversión al profesorado, en población judicial que ejerce violencia filio-parental (Ibabe, Arnoso y Elgorriaga, 2014).

En lo que respecta a las conductas disruptivas en el aula, los resultados arrojados por diferentes investigaciones informan de una tasa del 35.5% (Romero et al., 2005) frente a un 36% que hace referencia a problemas adaptativos vinculados a este contexto (Ibabe et al., 2007). Por otro lado, los datos sobre el absentismo escolar de estos menores reflejan tasas dispares, llegándose a superar el 70% en algunos estudios (Romero et al., 2005), frente a otras investigaciones que refieren porcentajes menores, 19,9% (Rechea et al., 2008) o 35.5% (Rechea y Cuervo, 2010).

En este apartado también es necesario hacer mención a la relación existente entre los menores que ejercen violencia filio-parental con la agresión hacia el profesorado, puesto que ambas pueden entenderse como el “uso de la violencia hacia la figura de autoridad”. En este contexto, una investigación con más de 600 escolares, entre cuyos objetivos figuraba explorar la posible relación entre la violencia filio-parental y la violencia hacia el profesorado, entendidas ambas como figuras de autoridad en el contexto familiar y el contexto escolar, encontraron, contrario a lo esperado que las dinámicas familiares violentas no predecían los comportamientos agresivos hacia el profesorado en el aula (Jaureguizar et al., 2013).

Finalmente, un reciente estudio realizado en el País Vasco (Ibabe, 2015) trata de explicar el fracaso académico de los menores que ejercen violencia filio-parental, en función de características familiares, encontrando que el nivel educativo elevado de los progenitores puede suponer un factor de protección para esta casuística.

A pesar de que la heterogeneidad en los resultados expuestos no permita realizar conclusiones a nivel general en lo que respecta a este factor, parece de interés prestar atención a la relación que pueda existir entre el ajuste académico y la violencia filio-parental, apreciándose de un modo genérico un deterioro importante en lo referente al área académica de los menores agresores, que debería ser analizado con mayor profundidad en próximas investigaciones.

3.1.4. Ajuste social

3.1.4.1. Influencia de las relaciones entre iguales

La importancia de la influencia de los iguales en el inicio del comportamiento disruptivo o desviado ha sido ampliamente abordada por investigaciones tanto a nivel internacional (Farrington, 1992a; 1992b; 1996; 2003; Farrington y West, 1990), como estatal (Arce, Fariña, Seijo, Novo y Vázquez, 2005; Arce, Seijo, Fariña y Mohamed-Mohand, 2010). En este sentido, la pertenencia a grupos de iguales desviados ha sido señalada como un factor precipitante de la agresión, proponiéndose desde diferentes marcos teóricos, que los pares contribuyen al refuerzo de actitudes y justificaciones a favor del uso de la violencia, propiciando así el comportamiento delictivo (Patterson et al., 1989; Farrington, 2003). En esta dirección, es posible encontrar investigaciones que asocian el comportamiento violento en el hogar con la pertenencia a grupos de iguales desviados (Agnew y Huguley, 1989; Kratcoski, 1985), y con la presencia de comportamientos violentos o delictivos en otras esferas de la vida del menor (Crawford-Brown, 1999). Concretamente, en el ámbito de la violencia filio-parental con respecto a este factor, es posible identificar estudios que avalan la potenciación y el pronóstico de la violencia filio-parental, en función de la vinculación con iguales desviados (Kratcoski, 1985). En la misma dirección, Pelletier et al. (1999) recalcan que la pertenencia a grupos de pares desviados fue mayor en aquellos menores que ejercían conductas violentas hacia sus progenitores, y siendo superior cuando era de carácter físico. Por otro lado, Pagani et al. (2003), constataron que la observación de comportamientos antisociales en el grupo de iguales predecía la posterior agresión a la figura materna. En este sentido, el aprendizaje social proporcionaría el marco explicativo. Así, conforme a este, el grupo de iguales desviados proyectaría una imagen negativa, basada en la conducta violenta y el refuerzo de los sistemas de creencias negativos sobre la educación y la autoridad, promoviendo así el posterior desarrollo de conductas violentas ascendentes (Cottrell y Monk, 2004; Paulson et al., 1990). Estos mismos autores afirman que la pertenencia a grupos de iguales de estas características podría contribuir a la agresión por tres motivos principales: en primer lugar, la vinculación con amigos delincuentes puede generar conflicto entre progenitores y descendientes propiciando una respuesta agresiva por parte de los hijos y las hijas; en segundo lugar, el empleo de la violencia como una estrategia efectiva para ganar poder y control, que se utiliza hacia los progenitores cuando no se cumplen sus demandas; y finalmente, la victimización por parte de los iguales también podría influir en la aparición de la violencia filio-parental como una forma de compensar los

sentimientos de impotencia y expresar su ira en un contexto de seguridad (Cottrell y Monk, 2004). Posteriormente, Kennair y Mellor (2007) hallaron en su estudio que entre las características principales de los menores que ejercen violencia filio-parental, figuraba la vinculación con iguales con comportamientos desviados. En la misma dirección, Kennedy et al., (2010) encontraron, en una investigación que comparaba a los menores agresores (población judicial) con aquellos que no lo eran, que el 64.9% de los agresores pertenecía a grupos de iguales con conductas delictivas o antisociales.

A nivel estatal, también se han llevado a cabo diferentes investigaciones que han tratado de analizar la influencia de esta variable en la precipitación de la conductas violenta ascendente, obteniendo resultados en la línea de lo expuesto en el ámbito internacional (Calvete et al., 2011). Los primeros estudios realizados evidenciaron que en torno al 50% de los menores agresores se relacionaban con pares con características disociales (Rechea et al., 2008; Romero et al., 2005). Posteriormente, Recha y Cuervo, (2010), al comparar los menores agresores en el ámbito familiar con aquello que no lo eran, confirmaron que el 70.6% de los menores agresores se vinculaban con iguales problemáticos, mientras que los menores no agresores no mantenían este tipo de interacciones. Por su parte, Ibabe et al. (2009), en un estudio con población judicial hallaron que el 24% de los agresores se relacionaba con iguales violentos, el 7% no sostenía relaciones cercanas y duraderas, frente a un 28% que mostraba relaciones adecuadas. Por otro lado, Calvete et al. (2011), informaron de la relación existente entre la vinculación con iguales desviados y la violencia filio parental a nivel general (28%), así como también en función de la tipología ejercida, siendo de un 10% para la violencia física y de un 31% para la violencia verbal. En la misma dirección, una investigación realizada en la Universidad Complutense de Madrid (González-Álvarez, 2012), con pacientes que recibían asistencia psicológica por encontrarse inmersos en situaciones relacionadas con la violencia filio-parental, encontró que un 24.2% había presenciado actos de violencia física en su grupo de iguales, porcentaje que se eleva al 27.6% en lo que respecta a haber presenciado agresiones verbales (Morán, 2013).

A diferencia de otras variables expuestas con anterioridad, donde se concluía que la heterogeneidad y variabilidad de los datos obtenidos en los diferentes estudios impedía elaborar conclusiones, en lo que respecta a la influencia de iguales desviados parece existir un consenso a la hora de considerarlo como factor precipitante de la conducta antisocial a nivel genérico (Arce, Fariña y Vázquez, 2011) y de la violencia filio-parental específicamente (Calvete et al.; 2011)

3.1.4.2 Competencia Social: Ajuste Social, destrezas cognitivas y regulación emocional

En el presente apartado se llevará a cabo un análisis en términos de competencia social de los menores que ejercen violencia filio-parental, entendida como la capacidad de los seres humanos para emplear los recursos ambientales y personales con el fin de alcanzar un desarrollo adecuado (Arce et al., 2011; Arce et al., 2010; Water y Stroufe, 1983). Es posible hallar diferentes conceptualizaciones de la competencia social. D’Zurrilla (1986) se refirió a ella como un amplio conjunto de estrategias de afrontamiento, mientras que Peterson y Leigh (1990) la concretan en un conjunto de procesos de atribución, habilidades interpersonales y empatía. Por su parte, Caldarella y Merrel (1997) propusieron una taxonomía en la que figuran diferentes categorías; por un lado las destrezas relacionadas con las relaciones con los iguales, por otro lado, las destrezas de autocontrol, las destrezas académicas, las destrezas de ajuste y finalmente, la asertividad (Arce et al., 2011).

De forma genérica, la falta de competencia social se ha asociado con el comportamiento delictivo y criminal (Beelman y Lösel 2006; Borsntein, Hahn, y Haynes 2010; Lösel y Bender 2003). Así, Arce et al. (2011), constatan en su investigación la existencia de una relación directa entre competencia social y los comportamientos prosociales, y entre incompetencia social y comportamientos delictivo, en consonancia con investigaciones previas que relacionan factores de riesgo y protección y comportamientos delictivos con la competencia social (Andrews y Bonta, 2006; Lösel y Bender, 2003; Ross y Fabiano, 1985; Wallston, 1992). Además, los menores con conductas desviadas muestran carencias en competencia social en elementos fundamentales de la misma, tales como la expresión emocional y el autocontrol, la sociabilidad, la empatía, las destrezas para la resolución de problemas, las destrezas de ajuste social y académicas (Arce et al., 2011).

La familia supone el contexto más inmediato para las relaciones interpersonales (Contreras y Cano, 2016). De esta forma, en relación con los menores que ejercen la violencia ascendente, pueden presentar algunas características vinculadas con la incompetencia social que facilitaría la aparición de conflictos en el ámbito familiar. El estudio de Contreras y Cano (2016) en el que se compara a menores agresores con menores no agresores, obtuvo que quienes ejercen la violencia ascendente presentaban más actitudes antisociales y menos actitudes prosociales (Contreras y Cano, 2016). Con el objetivo de arrojar luz sobre esta cuestión, se ha realizado una revisión de los trabajos existentes sobre competencia social en

los menores que ejercen violencia filio-parental. Sin embargo, es necesario mencionar que estas características han pasado con frecuencia desapercibidas para los investigadores, tomándose, muchas veces, como referentes estudios realizados en el marco más amplio de la conducta antisocial (Morán, 2012).

Ajuste Psicosocial

Diferentes investigaciones han considerado la capacidad de adaptación y la resolución de problemas de los menores para explicar la conducta desviada. En este sentido, Agnew (1992) propone, en su teoría general de la tensión, la delincuencia como vía de escape ante la adversidad, como una forma de responder o hacer frente a las tensiones del entorno. La principal premisa de esta teoría se centra en las tensiones que suscitan las relaciones sociales. De esta forma, cuando el individuo se siente presionado, puede optar por actuar de una forma violenta hacia su entorno, encontrándose en la base de esta teoría la asunción de que la reacción violenta se debe, a su vez, a la escasa capacidad adaptativa y de resolución de problemas (Brezina, 1996). En este sentido, la investigación realizada por Brezina (1996), en palabras del mismo autor, proporciona apoyo empírico a la idea de que la delincuencia representa una respuesta, un intento de adaptación a la tensión del entorno, que permite a los individuos minimizar el impacto negativo de la tensión familiar, en consonancia con la idea propuesta previamente por Patterson (1982) sobre la utilidad de la conducta coercitiva.

En este sentido, el uso de la violencia, a pesar de que pueda explicarse desde un enfoque adaptativo a las demandas del entorno (Brezina, 1999), no ha de entenderse en términos de ajuste social, sino más bien en términos de desajuste. Adoptando este enfoque, son diversas las investigaciones que han analizado la presencia de desajuste social en los menores infractores (Arce et al., 2005; Arce et al., 2011; Lösel y Bender, 2003), así como la exposición a la violencia familiar (Evans, Davies y DiLillo, 2008; Rosenbaum y O'Leary, 1981). Sin embargo, son todavía escasas aquellas centradas específicamente en la violencia filio-parental.

En el panorama internacional, una de las investigaciones pioneras en este ámbito (Carlson, 1990) refiere que ser testigo de violencia entre los progenitores repercute negativamente en el ajuste de los menores, manifestándose este desajuste en pensamientos autolíticos, huidas del hogar y en una tendencia a ejercer la violencia ascendente hacia la figura materna. Por su parte, Nock y Kazdin (2002) hallaron que los menores con conductas

agresivas ascendentes diferían de otros en los índices de tolerancia a la frustración, exigencia y adaptabilidad a contextos estresantes, sugiriendo estos resultados que los menores que ejercen violencia filio-parental muestran dificultades para responder de forma adecuada a situaciones interpersonales difíciles, es decir, un mayor desajuste social.

A nivel estatal, destacan los estudios llevados a cabo en el País Vasco. Concretamente, Ibabe et al. (2013) encuentran que el desajuste social se situaría como uno de los factores de riesgo de la conducta violenta ascendente, pero únicamente para los varones, no resultando significativo este predictor para las mujeres. Otro estudio en que los participantes fueron divididos en tres grupos, en función de si ejercían violencia filio-parental, si presentaban otro tipo de conductas delictivas o si se trataba de menores no agresores, corroboró que los niveles de desajuste eran significativamente superiores en el grupo de menores que ejercían violencia ascendente, alcanzando niveles elevados de inadaptación en contraste con el resto de menores incluidos en el estudio (Ibabe et al., 2014). Finalmente, la investigación de Ibabe (2014), estaba centrada en analizar los posibles efectos que pudiera tener sobre la inadaptación de los adolescentes el haber sido testigo de violencia entre los progenitores o el haber sido víctima de malos tratos, con el posterior desarrollo de violencia filio-parental. Los resultados de esta revelan la existencia de efectos directos e indirectos de la violencia familiar en la violencia filio-parental a través del desajuste de los menores, informando así de un efecto mediacional de la inadaptación en la aparición de la conducta agresiva ascendente.

Destrezas Cognitivas

Los menores con comportamientos disruptivos o antisociales presentan una serie de carencias o disfunciones en lo que respecta a las destrezas cognitivas, tales como el afrontamiento, el autoconcepto, el desarrollo moral, los procesos de atribución o la resolución de conflictos (Arce et al., 2011). De esta forma, la falta de competencia cognitiva ha resultado ser una variable de interés a la hora de discriminar los menores con comportamiento disruptivo o antisocial de aquellos que no presentan conductas desviadas, a la vez que se ha relacionado con la gravedad del delito y la cronicidad de la delincuencia juvenil (Fariña, Arce y Vázquez, 2014; Dodge y Pettit, 2003).

Este aspecto con frecuencia ha pasado desapercibida en el ámbito concreto de la violencia ascendente, siendo escasas las investigaciones que informan sobre la influencia de las competencias cognitivas en la aparición y el mantenimiento de la violencia filio-parental.

Algunos estudios recientes, en el ámbito estatal, contemplan en sus hipótesis los estilos cognitivos y de resolución de conflictos de los menores que ejercen violencia ascendente en relación con la exposición previa a la violencia familiar (Contreras y Cano, 2015; 2016). En concreto, Castañeda et al. (2012) plantean una investigación con el objetivo de conocer si existen características distintivas en la personalidad y en los estilos de socialización entre los menores que ejercen violencia filio-parental con medidas de reforma en contraste con menores no agresores (población comunitaria). Los resultados muestran diferencias en el estilo cognitivo de los menores que ejercen violencia ascendente, con puntuaciones significativamente mayores en impulsividad y en insensibilidad social, entendida esta última como la falta de consideración o empatía hacia los demás. Relacionando estos hallazgos con estudios previos, Calvete et al. (2011) encontraron que los menores que ejercían conductas de maltrato hacia sus progenitores presentaban una elevada impulsividad con respecto a la resolución de problemas.

En la misma dirección, un estudio de carácter longitudinal que pretendía profundizar en los factores cognitivos que influyen en el desarrollo de la agresión ascendente a partir del procesamiento de la información social (Calvete, Gámez-Guadix y García-Salvador, 2015), revela que la atribución hostil en varones adolescentes y la ira en las mujeres predecían un incremento de la agresión con el tiempo, tanto de violencia física como psicológica.

Más recientemente, Contreras y Cano (2016) analizan el impacto de la exposición a la violencia en diferentes contextos (escolar, comunidad, hogar y televisión) y su relación con el procesamiento cognitivo en un grupo de menores que ejercían la agresión ascendente en contraste con menores con otro tipo de delitos y menores pertenecientes a la población comunitaria. Contrariamente a lo esperado, constataron que en el grupo de menores que ejercía violencia filio-parental no existía una relación entre la exposición a la violencia en el ámbito familiar y la resolución de problemas, concluyendo que aunque presentan más dificultades o carencias en variables que atañen al procesamiento cognitivo, en comparación con los menores no delinquentes (Contreras y Cano, 2015), únicamente fue significativa en este grupo la percepción de hostilidad. Estos resultados vienen a confirmar hallazgos previos que sostienen que la exposición a la violencia en el hogar está significativamente relacionada con la percepción social hostil, variable de gran importancia para el desarrollo de comportamientos agresivos y facilitadora de la inadaptación social (Arce et al., 2010).

En un estudio reciente sobre los factores de riesgo de la violencia ascendente (Loinaz et al., 2018), identifican la impulsividad, la escasa capacidad empática o la intolerancia a la frustración como características que suelen estar presentes en los menores que ejercen violencia filio-parental.

En suma, la falta de estudios sobre las variables vinculadas al procesamiento cognitivo impide concluir acerca de las características cognitivas que presentan los menores que ejercen violencia filio-parental, manifestándose nuevamente la necesidad de que la investigación profundice en esta modalidad de violencia familiar.

Regulación emocional

La regulación emocional puede considerarse como un aspecto central de la competencia social (Rendón Arango, 2007). Varias investigaciones realizadas en este campo informan de su implicación en el ajuste de los individuos, al resultar un aspecto clave en el establecimiento de las relaciones interpersonales (Buckley, Storino y Saarni, 2003, Dodge y Garber, 1991). Desde una perspectiva funcional, la regulación emocional puede ser entendida como “procesos extrínsecos e intrínsecos responsables de monitorear, evaluar y modificar reacciones emocionales, especialmente sus características de intensidad y temporalidad, para alcanzar metas personales” (Thompson, 1994, p. 27-28).

De esta forma, es posible hallar una conexión entre la regulación emocional positiva, como un adecuado control y una expresión clara de las emociones, y el comportamiento prosocial (Arce et al., 2011; Lengua, West y Sandler, 1998). Por otro lado, la desregulación emocional estaría presente, en mayor medida, en menores con comportamientos disruptivo o antisocial, encontrándose una mayor tendencia hacia la ambivalencia, considerando esta como la expresión coetánea de emociones opuestas, o hacia la variabilidad o falta de consistencia en la expresión emocional (Arce et al., 2011).

Son muy pocas las investigaciones que se han centrado en el análisis del componente emocional de los menores que ejercen violencia ascendente (Ibabe et al., 2014; Kennedy et al., 2010). De tal modo, que únicamente se pueden mencionar hallazgos aislados sobre este aspecto, pero estos no permiten realizar conclusiones definitivas. Por otro lado, es preciso mencionar la falta de consenso a la hora de establecer qué variables conformarían la regulación emocional, al confluir bajo este epígrafe diversas variables, en función del objetivo de la investigación y la metodología empleada.

En el panorama internacional, Paulson et al. (1990) informan, a partir de los resultados de su investigación con población comunitaria, que la violencia filio-parental se relaciona con la disminución del bienestar emocional. Años más tarde, Margolim y Baucom (2014) abogan por contemplar la influencia directa de la desregulación emocional en la aparición de la violencia ascendente, sin embargo, no refieren resultados significativos en la dirección esperada. En el ámbito nacional, Romero et al. (2005), en un estudio conformado por menores con medida judicial por maltrato ascendente, encuentran que el 25% de los participantes presentaba desajustes de carácter emocional. Del mismo modo, Ibabe et al. (2007) obtienen que el 55.7% de los menores agresores exhiben problemas emocionales, frente al 44.3% que no, en concordancia con lo propuesto por Pereira y Bertino (2009), quienes destacan entre las características de los menores agresores, la emocionalidad negativa. Ibabe y Jaureguizar (2010) proponen como características específicas de los menores que ejercen violencia filio-parental, en relación con el componente emocional, una menor autoestima y empatía, lo que viene reforzado por los resultados de Calvete et al. (2011), quienes encuentran una relación significativa entre una baja autoestima y la violencia filio-parental. Por su parte Castañeda et al. (2012) constatan que los menores que ejercen violencia ascendente presentan un mayor desajuste emocional.

En la misma dirección, Ibabe y Jaureguizar (2010), con el fin de conocer si los menores denunciados por maltrato a sus progenitores presentaban características emocionales diferentes a los menores denunciados por otros delitos, analizaron 413 expedientes judiciales pertenecientes a 103 menores infractores. Los participantes se dividieron en tres grupos, en función de si ejercían violencia filio-parental, de si habían sido denunciados por otro tipo de delitos o si además de la violencia filio-parental cometieron otro tipo de delitos. Los resultados mostraron como los menores que ejercen violencia ascendente presentan más problemas vinculados al plano emocional que los jóvenes denunciados por otros delitos. Concretamente, obtuvieron puntuaciones más elevadas en baja autoestima, baja tolerancia a la frustración y baja capacidad empática. Investigaciones posteriores apuntan en la misma dirección, encontrando que la desregulación emocional (Castañeda et al., 2012; Ibabe et al., 2014) y la baja autoestima (Ibabe et al. 2013; Loinaz et al., 2018) están presentes en los menores que ejercen violencia ascendente.

Finalmente, señalar la investigación realizada por Contreras y Cano (2015), en la que se comparan las características de menores con medidas judiciales por maltrato ascendente con

adolescentes de la población comunitaria. En ella se halló que los adolescentes sin conductas delictivas presentan una mayor estabilidad emocional que los menores agresores. Además, también en estos últimos se encontró una ligera incapacidad para expresar emociones, así como dificultades para comportarse de una forma socialmente aceptada y una mayor tendencia a la ambivalencia.

3.2. VARIABLES RELACIONADAS CON LOS PROGENITORES

En este apartado se expondrán las principales aportaciones relacionadas con el estudio de las características de los progenitores, víctimas de los malos tratos. Como ya se ha mencionado con anterioridad, la escasez de estudios en este ámbito, supone la principal limitación para el conocimiento científico de la violencia filio-parental que se han centrado en abarcar aspectos vinculados principalmente con el menor agresor. A tenor de lo expuesto, los principales modelos teóricos de la violencia filio-parental recalcan la importancia de la familia en la génesis y el mantenimiento del comportamiento violento ascendente. Concretamente, los progenitores y las dinámicas de interacción que estos establecen con los menores parecen ejercer una influencia central a la hora de desarrollar conductas violentas de carácter ascendente (Patterson et al., 1989).

3.2.1. Variables sociodemográficas

3.2.1.1 Género de los progenitores

En lo referente al género de la víctima del abuso ascendente, diversas investigaciones han constatado una tendencia generalizada hacia la agresión materna frente a la paterna (Agnew y Huguley, 1989; Bobic, 2002; Cornell y Gelles, 1982; Cottrell y Monk, 2004; Eckstein, 2002; Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Gallagher, 2004b; 2009; Kethineni, 2004; McCloskey y Lichter, 2003; Nock y Kazdin, 2002; Paterson et al, 2002; Paulson et al., 1990; Pagani et al., 2003; Robinson et al., 2004; Routt y Anderson, 2011; Ulman y Straus, 2003; Walsh y Krienert, 2007). Sin embargo, al igual que ocurría con otras variables ya tratadas anteriormente, la variabilidad en los resultados es frecuente, incluso con contradicciones, pudiendo explicarse estas diferencias por la falta de acotamiento y definición de la violencia filio-parental, así como por el empleo de distintos tipos de muestras (i.e. clínica, judicial, comunitaria) y el tipo de paradigma experimental utilizado en el estudio.

En esta dirección, Cornell y Gelles (1982), tras entrevistar a 608 familias con hijos e hijas con edades comprendidas entre los 10 y los 17 años, hallaron que las madres tienen más probabilidades de ser víctimas de maltrato ascendente en comparación con la figura paterna (11% vs. 7%), indicando que cuando se trata de violencia severa, esta tendencia se mantiene aunque descendiendo el porcentaje, suponiendo un 5% para las madres y un 1% para los padres. Además, este estudio pone en relación el género del progenitor con el del menor agresor, indicando que las madres eran igual de victimizadas por los hijos que por las hijas, mientras que los padres eran más frecuentemente victimizados por los hijos. En la misma dirección, Agnew y Huguley (1989) en una investigación realizada con muestra comunitaria, proveniente del 1972 National Survey of Youth, hallaron, tras entrevistar a 1.395 parejas que contaban al menos con un hijo de entre 11 y 18 años, que la víctima más frecuente de abusos ascendentes era la madre, con un 6.4% frente a un 3.1% paterno. Igualmente, Laurent y Derry (1999), en un estudio realizado con población clínica que analizaba 645 expedientes de niños y niñas hospitalizados en psiquiatría infantil encontraron que el 3.4% (22 sujetos) habían ejercido violencia filio-parental, dirigida a ambos progenitores en un 45.45% (10 sujetos), hacia la figura materna en un 45.45% (10 sujetos) y finalmente, un 9.1% (2 sujetos) dirigida hacia el progenitor masculino.

Años más tarde, Nock y Kazdin (2002), en una investigación con población clínica, informaron que la madre era la víctima en el 88% de los casos, y el padre en el 33%. Por su parte, Ulman y Straus (2003), tras entrevistar a 1.023 parejas, hallaron que el 20.2% de las madres y el 14% de los padres que participaron en el estudio refirieron haber sido victimizados por sus descendientes en los 12 meses previos a la entrevista. En el contexto de *Step-up intervention* (Anderson y Routt, 2011), programa de intervención destinado a abordar la violencia filio-parental, tras entrevistar a 1339 adolescentes y sus progenitores, localizados a partir de los datos de incidentes de esta casuística, en el condado de King, Washington, entre los años 2001 y 2004, encontraron que la madre solía ser la víctima principal de este tipo de maltrato alcanzando un 72% frente al 28% representado por el padre. Además, poniendo en relación el género de la víctima con el agresor, la madre fue agredida por el 44% de los hijos y el 28% de las hijas, mientras que el padre fue agredido por un 21% de los chicos y un 7% de las chicas.

En un estudio longitudinal llevado a cabo con población comunitaria (Margolim y Baucom, 2014), en el que se pone en relación el género de la víctima y del agresor con el tipo

de agresión ejercida, ya sea esta física o verbal, se halló que el maltrato más frecuente era el verbal y dirigido hacia la figura materna, con un 58% de prevalencia en el caso de los hijos y un 80% en el caso de las hijas, frente a un 54.7% ejercido por los hijos y un 57.5% por las hijas hacia el padre. En lo que respecta al maltrato físico, los resultados varían en función del género del agresor, de tal modo que la violencia física ejercida por los hijos hacia la madre supuso el 7.5% y hacia el padre un 15%, mientras que el maltrato físico ejercido por las hijas alcanzó un 25% en lo que respecta a la madre y un 12.5% hacia el padre. Los datos obtenidos por Lyon et al. (2015), en una investigación realizada con población universitaria, indicaban que la madre era victimizada un 6.4% frente al 5.6% alcanzado por el padre. En la revisión de Holt y Shon (2016), se informa de que la madre tienen mayor riesgo de ser víctima de malos tratos ascendentes en un ratio 8:2 de la madre respecto al padre.

A tenor de lo expuesto, la madre parece ser la víctima más frecuente de este tipo de maltrato, aunque también es posible identificar estudios donde el maltrato ascendente recae prioritariamente en el progenitor varón. Así, en un estudio longitudinal realizado por Peek et al. (1985) sobre las características que rodean a este fenómeno, hallaron que el porcentaje de agresión era superior hacia la figura paterna que hacia la materna, aunque en ambos casos se observaba una tendencia a decrecer con el tiempo. En un primer momento, el padre obtuvo una tasa de agresión del 7.6% frente al 5.6% alcanzado por la madre. En la siguiente medición, la tasa bajo para ambos, a 4.6% y a 3.7% respectivamente; finalmente, la violencia hacia el padre experimentó un crecimiento, hasta llegar al 4.8%, y la agresión materna continuó decreciendo hasta el 2.3%. En relación a estos resultados, Agnew y Huguley (1989) advierten de que una posible explicación a esta mayor tasa de agresión hacia la figura paterna reside en el tipo de población empleada para el estudio, adolescentes tardíos, alegando que la literatura científica informa de que los hijos a medida que avanzan en edad es más probable que agredan a los padres, alcanzando un ratio de agresión en los hijos varones de 17-18 años de 2:1 (padre: madre). Resultados similares fueron obtenidos por Carlson (1990), quién constata que la figura paterna fue más victimizada por los hijos que la materna, un 39.2% frente a un 20.4%, sin embargo, en el caso de las hijas fue la madre la víctima principal del maltrato, con un 51.1% frente a un 25% paterno.

Los estudios realizados en población judicial, concuerdan al señalar que la víctima suele ser principalmente la madre. De este modo, Evans y Warren-Sohlber (1988), encontraron que la madre era victimizada un 82% frente al 18% del padre, de modo que las madres tenían

cinco veces más probabilidades de ser victimizadas que los padres. Años más tarde, el estudio llevado a cabo por Kethineni (2004), revela que cuando los menores convivían con ambos progenitores, la madre era victimizada en un 46.7%, y el padre en un 33.3%. En la misma dirección, los resultados de una investigación con población judicial en la que se relaciona el género de la víctima con el del agresor (Gebo, 2007), muestran que la madre fue victimizada por los hijos en un 52.8% y por las hijas un 51.9%, mientras que el progenitor masculino fue victimizado un 11.1% en el caso de los hijos y un 7.4% por las hijas. Por otro lado, Coudry y Miles (2014) hallaron, tras analizar 1892 incidencias policiales en el ámbito doméstico entre el año 2009 y 2010, que en términos de violencia filio-parental, la madre era la víctima principal en el 77.5% de los casos, resultados similares a los obtenidos en estudios anteriores (Walsh y Krinert, 2007; 2009) donde la madre superaba el 70%.

Las investigaciones realizadas en el ámbito estatal muestran consonancia con los hallazgos en el panorama internacional, observándose una mayor tendencia a la agresión materna en contraste con la paterna. En este sentido, los estudios realizados con población comunitaria (Calvete et al., 2014; Calvete et al., 2011) refieren una mayor prevalencia de agresión ascendente hacia las madres (9.3%) que hacia los padres (7.2%). Estos mismos autores realizan una investigación también con población comunitaria en la que se compara el informe de los agresores y de progenitores, alcanzando porcentajes muy similares y señalando a la madre como principal víctima de los abusos ascendentes (Calvete et al., 2015). Por su parte, Ibabe y Jaureguizar (2011) hallaron que el género de la víctima estaba relacionado con el género del agresor así como también con la tipología de la violencia ejercida, encontrando que para la violencia física las tasas de victimización de los progenitores resultaban similares mientras que para la violencia psicológica la madre era la víctima más frecuente cuando el agresor se situaba en la franja de edad de los 14 a los 16 años. Por otro lado, una investigación con 585 menores, con edades comprendidas entre los 12 y 18 años, aportó una prevalencia de violencia filio-parental del 5% y no obtuvo diferencias significativas en función del género del progenitor (Ibabe, 2015).

Un estudio de Calvete y Orue (2016) en el que se relaciona el sexo del agresor, con el género de la víctima y la tipología de la violencia ejercida, nuevamente refiere que la madre era el progenitor más agredido, con una prevalencia del 6.4% frente al 5.4% del padre en lo que respecta a la violencia física y un 92.2% frente al 86.5% para la violencia psicológica,

siendo las hijas las que más ejercen la agresión ascendente ya sea su tipología física o psicológica.

En estudios realizados con población judicial, Romero et al. (2005) encontraron que la madre fue la víctima en el 42.2% de los casos, en el 6% el padre y/u otro miembro de la unidad familiar; y en el 15.5% ambos progenitores. Otras investigaciones registran porcentajes de victimización similares a los expuestos, suponiendo la madre la víctima principal en el 62% de los casos, frente al 5% alcanzado por la figura paterna o el 15% en el que resultaron ser ambos progenitores víctimas (Ibabe et al., 2009). Por su parte, Rechea y Cuervo (2010) relacionan el género de la víctima con la tipología de la violencia ejercida, afirmando que un porcentaje de victimización materna del 17.6%, tanto para la violencia física como psicológica, desciende al 5.9% y al 14.7%, respectivamente, cuando la violencia es ejercida hacia los dos progenitores. En el mismo sentido, Ibabe y Jaureguizar (2010) refieren que la madre es la víctima en el 81% de los casos, frente a un 3% en la que resulta ser el padre o un 16% en el que ambos son victimizados. Finalmente, otros estudios informan de un porcentaje mayor de agresión materna, alcanzando el 90% de los casos (Conteras y Cano, 2014).

A pesar de la variabilidad de los resultados, parece existir cierto consenso a la hora de señalar a la madre como víctima principal del maltrato ascendente. Son muchos los autores que se han preocupado por entender este fenómeno alegando diferentes causas que pueden estar subyaciendo a esta realidad. Desde las teorías feministas se alude al riesgo potencialmente mayor de las madres a sufrir violencia ascendente con las estructuras patriarcales vigentes en la sociedad, así como con el reparto desigualitario de las tareas de cuidado y tareas domésticas en el hogar (Rossi, 1990; Ulman y Straus, 2003). Al respecto, Ibabe (2014) señala el papel del modelado que puedan estar recibiendo los descendientes cuando el padre maltrata o infravalora a la madre. Por su parte, Gallagher (2004) señala una serie de razones entre las que estarían las siguientes:

- Las madres cuentan con menor fuerza física que los padres
- Las madres son menos propensas a tomar represalias
- Mayor tendencia de las madres a formar familias monoparentales
- Las madres han sido más frecuentemente victimizadas por sus maridos.

- Los hijos y las hijas suelen pasar más tiempo con la madre que con el padre, siendo más probable que aparezcan conflictos.
- La socialización diferencial y los estereotipos de género presentes en la sociedad favorecen la aparición de actitudes machistas de superioridad del hombre frente a la mujer.

Por último, es necesario mencionar la existencia de estudios que únicamente han tenido en cuenta la figura materna en el diseño de sus investigaciones sobre violencia ascendente, suponiendo una importante limitación a la generalización de los resultados (Boxer, Gullan y Mahoney, 2009; Livingston, 1986, Stewart, Burns y Leonard, 2007).

3.2.1.2 Edad de los progenitores

Son muy pocos los estudios que han tenido en cuenta la influencia de esta variable a la hora de analizar la violencia filio-parental. Además, aquellas investigaciones que la han considerado, únicamente lo han hecho de manera descriptiva.

El estudio realizado por Harbin y Madden (1979) ha sido uno de los pioneros en analizar la edad de los progenitores. Estos autores refieren que la mayoría de los padres y madres de los menores que ejercían violencia filio-parental se situaban en una franja de edad que abarcaba de los 40 a los 70 años. Años más tarde, Stewart et al. (2007) trataron de concretar la edad de la víctima, estableciendo rangos de edad contemplando únicamente a la madre como víctima. De este modo, seleccionaron a 20 madres de 40 a 45 años, otras 20 de 50 a 55, y finalmente 20 de 60 a 65, revelando un porcentaje de victimización para el primer rango de edad del 35% (7), frente al 50% experimentado por las madres de 50 años y el 25% de las de 60 años.

En consonancia con lo expuesto, Edenborough, Jackson, Mannix y Wilkes (2008), en un estudio con población comunitaria, hallaron que un 35.5% de la muestra (185 menores) habían ejercido la agresión hacia sus madres, situadas, la mayor parte de ellas, en un rango de edad de 40 a 49 años (50.8%), seguidas de las madres de 50 a 59 que suponían un 22.7%, las de 30 a 39, donde el porcentaje disminuyó a un 16.2% y finalmente las madres con edades comprendidas entre los 20 y los 29 comprendían el 3.2%. Coudry y Miles (2014) e una investigación realizada a partir del análisis de atestados policiales en el ámbito doméstico encontraron que las madres con una media de edad de 43.6 años, resultaron ser las víctimas principales de la violencia ascendente.

Los estudios con población judicial de nuevo informan de una mayor prevalencia de la agresión ascendente cuando los progenitores pasan de los 40 años. En este sentido, Walsh y Krienert (2007), a partir de los datos obtenidos de la 2002 National Incident-Based Reporting System (NIBRS), llevada a cabo por la Oficina Federal de Investigación de EE.UU, constataron que 17.957 adolescentes menores de 21 años, habían ejercido la violencia filio-parental. Analizaron la edad de la víctima de los malos tratos en relación con el género del agresor, establecieron cuatro rangos de edad, menores de 30 años, entre 31-40, entre 41-50 y más de 51 años. Los progenitores más victimizados eran aquellos que se situaban en la cuarentena, tanto en la violencia filio-parental leve como severa ejercida tanto por los hijos (45.2% y 44.7%) como por las hijas (44.1% y 42.8%), seguidos de los que superaban los 30 años (39% y 37% para los hijos; 43.1% y 41.1% para las hijas).

En el ámbito estatal, las investigaciones que contemplan esta variable son escasas, siendo el estudio de Romero et al. (2005) pionero en analizar la edad de los progenitores víctimas del maltrato. Esta investigación realizada con población judicial, concluye que únicamente el 15% de los menores que ejercen violencia filio-parental tenían progenitores cuya edad excedía los 50 años, seguido de un 26% de agresores con progenitores menores de 40 años. El rango de edad prevalente de los progenitores es el que va desde los 40 a los 45 años, alcanzando un porcentaje del 31%. Los estudios con población comunitaria informan, a nivel descriptivo, de que los progenitores victimizados superan los cuarenta años (Calvete et al., 2015), situándose la edad promedio de las madres en 43.14 años frente a los 47.25 años de los padres (Calvete et al., 2014).

3.2.2. Ajuste clínico

3.2.2.1 Consumo de sustancias

El consumo de sustancias por parte de los progenitores ha recibido escasa atención en las investigaciones realizadas este ámbito. La mayor parte de ellas lo hicieron a nivel descriptivo, no siendo posible concluir acerca de la influencia de esta variable en la génesis y el mantenimiento de la violencia ascendente. Recientemente, una revisión sistemática de la literatura (Moulds y Day, 2017) ha identificado dos estudios en los que se ha analizado la posible influencia de esta variable atendiendo al género del progenitor. Por un lado, en lo que respecta a las madres, una de cada cuatro madres con menores que ejercen violencia filio-parental consumían drogas o alcohol (Pagani et al., 2004). Por otro lado, estos mismos autores

informaron de que el consumo por parte del progenitor varón alcanzaba el 11% de la muestra, advirtiendo, sin embargo, de que esta variable no parecía ejercer influencia sobre la violencia filio-parental al no ser los resultados estadísticamente significativos (Pagani et al., 2009).

En el panorama internacional, Kethineni (2004) en una investigación con población judicial, informa del consumo de alcohol y drogas por parte de los progenitores de los menores que ejercen violencia ascendente, distinguiendo el género del progenitor. Pero, advierte de que se ha de ser cauto en la interpretación de los resultados debido a las limitaciones estadísticas y metodológicas. De este modo, 22 progenitores varones aportaron información sobre el consumo, alegando 7 de ellos abuso de drogas y 9 abuso de alcohol. En lo que respecta a la madre, la información sobre el consumo se obtuvo en 35 casos, de los cuales 11 revelaron abuso de alcohol (Kethineni, 2004).

En el ámbito estatal, Ibabe et al. (2007) en una investigación realizada con 103 menores con expedientes incoados en la Fiscalía de Menores de Bilbao y Bizkaia por delitos de violencia filio-parental, por delitos de otra tipología y por la combinación de ambos, se encontró que el 22.1 % de los progenitores presentaban problemas de consumo de sustancias, frente al 77.9% que no. Además, se obtuvieron diferencias significativas en esta variable en función del grupo, encontrándose una mayor tasa de consumo (57%) en los progenitores del grupo conformado por los menores denunciados por violencia filio-parental. Por su parte, Reche y Cuervo (2010) en un estudio realizado con población judicial (Rechea y Cuervo, 2010) obtuvieron que el 28.6% de los progenitores de los menores que ejercían violencia filio-parental presentaban un problema de consumo, frente a la inexistencia de esta problemática en el grupo control. Contreras y Cano (2014) constataron porcentajes similares de consumo (22.9%), aunque los resultados no eran estadísticamente significativos y por consiguiente no suponiendo una característica diferencial de los progenitores de los menores que ejercen violencia ascendente. Finalmente, una investigación realizada con población clínica (Morán, 2013), analizó el consumo de los progenitores de diferentes sustancias en los últimos 30 días. El consumo de alcohol estaba presente en el 5.2% de los progenitores varones y en el 65.9% de las madres; el consumo de drogas duras (heroína, cocaína o anfetaminas) únicamente se presentó en las madres, sin alcanzar a superar el 2% de la muestra y finalmente, el consumo de drogas blandas (hachís y marihuana) en el 5.2% de los padres y en el 2.2 de las madres.

La escasa información reportada por las investigaciones, tanto en el panorama nacional como internacional, sobre esta variable, así como la disparidad en los resultados alcanzados, ponen de manifiesto la necesidad de diseñar investigaciones que informen a nivel empírico y no únicamente descriptivo, sobre la posible influencia del consumo de sustancias por parte de los progenitores en la aparición y mantenimiento de la conducta violenta ascendente.

3.2.2.2 Psicopatología

Otra de las variables que la literatura ha señalado por su posible influencia en la génesis de la conducta delictiva de los menores es la presencia de psicopatología en los progenitores (Lahey, Piacentini, McBurnett, Hartdagen, y Hynd, 1988; Loeber y Farrington, 2001; Loeber, Farrington, Stouthamer-Loeber, Van Kammen, 1998; Wasserman, Keenan, Tremblay, Coie, Herrenkohl, Loeber, y Petechuck, 2003), sin embargo son aún escasos los estudios específicos de la implicación de este factor en la violencia filio-parental. Las principales explicaciones recaen en las actitudes y cogniciones negativas que suelen caracterizar a los trastornos del estado del ánimo y su influencia en la eficacia a la hora de ejercer el rol parental (Bor y Sanders, 2004; Weaver, Shaw, Dishion, y Wilson, 2008).

Por su parte, Cottrell y Monk (2004) advierten de que uno de los riesgos asociados a la presencia de psicopatología en los progenitores es que esta situación puede impulsar a los menores a ejercer el rol de cuidador, sobrecargando al menor y pudiendo suponer esta situación un precipitante de la agresión ascendente, puesto que las demandas son opuestas a las necesidades características del periodo adolescente, como la búsqueda de la propia identidad y la autonomía.

Igualmente, las investigaciones específicas sobre esta variable son insuficientes, tanto a nivel internacional como nacional. El trabajo de Nock y Kazdin (2002) revela que la presencia del estrés está presente en un 32.6% de los progenitores de los menores que participaron en el estudio que provenían de una población clínica. A nivel estatal, algunas investigaciones han abordado esta cuestión pero únicamente a nivel descriptivo y en población judicial. Así, Romero et al. (2005) refieren que el porcentaje de progenitores con problemas psicológicos alcanza un 13.8%, frente a otros estudios que apuntan hacia una prevalencia mayor de la problemática. En este sentido, Rechea y Cuervo (2010), informan de cifras que oscilan entre el 41.2%, para los padres, y el 52.9% para las madres. Por su parte, Ibabe et al. (2007) e Ibabe y Jaureguizar (2010) en estudios realizados con población judicial con diferentes tipologías de

delitos (violencia filio-parental y otros delitos) encuentran que las familias que habían recibido tratamiento psicológico tenían más probabilidades de pertenecer al grupo de menores que ejercen violencia filio-parental (33%) y al grupo de menores que ejercen violencia ascendente en combinación con otros delitos (67%).

3.3 VARIABLES FAMILIARES

Los cambios sociales de las últimas décadas se han manifestado también en el ámbito familiar, propiciando modificaciones tanto a nivel de estructura familiar como en lo que respecta al ejercicio del rol parental (Ibabe, 2015). De esta forma, el modelo tradicional familiar donde existía una fuerte y rígida división entre los roles que debían ocupar el hombre y la mujer, han quedado atrás, dando lugar a nuevas formas de organización familiar con carácter más flexible y dinámico, que avanza teniendo en cuenta las nuevas realidades presentes en el entorno (Blas y Pérez de Guzmán, 2010). A pesar de los cambios cualitativos experimentados, la familia sigue considerándose el principal agente de socialización, donde el menor se desarrolla a nivel psicoemocional a la vez que adquiere un conjunto de valores, creencias, normas y conductas que van a posibilitar el análisis del mundo exterior (Fariña, Pérez-Lahoz et al., 2017; Musitu y García, 2004). Si bien es cierto que no se puede obviar la influencia de otras estructuras sociales, como la escuela o la influencia de los medios de comunicación y las redes sociales, cuyo protagonismo se ha incrementado en los últimos años (Blas y Pérez de Guzmán, 2010).

Son diversas las investigaciones que han mostrado la influencia de las relaciones familiares en el ajuste psicosocial del adolescente y en el desarrollo de conductas violentas o antisociales (Arce et al., 2011; Estévez, Musitu y Herrero, 2005; Olweus, 1998). La interacción paterno-filial va a influir de forma significativa en su posterior desarrollo, habiéndose constatando la importancia de que desde edades tempranas los progenitores muestren seguridad en su competencia parental (Fariña et al., 2017; Mandy, Morawska, Filus, 2017). Por otro lado, también se ha evidenciado la influencia de las dinámicas empleadas por los miembros de la familia para resolver los conflictos que puedan surgir (Fariña, Seijo, Arce y Vázquez, 2017), encontrándose que aquellos menores que habitan en ambientes conflictivos tienen más probabilidades de desarrollar tanto problemas internalizantes como externalizantes (Brummert y Bussey, 2017; Cronin, Becher, McCann, McGuire y Powell, 2017). Los hijos

imitan e interiorizan los modelos de relación observados en el contexto familiar, siendo una forma de legitimar el uso de la violencia para la consecución de objetivos si estas dinámicas se encuentran presentes en el ámbito familiar (Cottrell y Monk, 2004).

A continuación, haremos un breve recorrido por las principales variables familiares identificadas en la literatura por su posible influencia en el inicio y el mantenimiento de las conductas violentas de carácter ascendente.

3.3.1 Estructura familiar

Los estudios pioneros en atender al tipo de estructura familiar datan de los años ochenta, siendo Harbin y Madden (1979), con su propuesta de síndrome de los progenitores maltratados los que concluyen que la violencia ascendente es más común en hogares monoparentales. Los estudios de prevalencia realizados en la misma década informan una tasa de prevalencia mayor en familias monoparentales (Charles, 1986) con porcentajes que oscilan entre el 29% (Livingson, 1985) frente al 7%, hallado por Peek et al. (1985), aunque este último estudio concluye que no existe relación entre la violencia filio-parental y el tipo de estructura familiar. En consonancia con este último, Agnew y Huguley (1989) encuentran que la agresión es más prevalente en hogares rotos, es decir aquellos que hayan sufrido alguna modificación con respecto a su forma inicial, pero que esta diferencia no resulta significativa. Años más tarde, de nuevo las investigaciones se centraron en contemplar esta variable únicamente a nivel descriptivo, hallando una mayor prevalencia de familias monoparentales afectadas por esta casuística (Cottrell, 2001; Gallagher, 2009). Sin embargo, Laurent et al. (1999) han encontrado una mayor tasa de agresión en familias nucleares, suponiendo un 64% frente al 36% de agresión en familias monoparentales.

Con el paso del tiempo, los modelos sociales existentes se han diversificado (Blas y Pérez de Guzmán, 2010), atendiendo a esta cuestión, las investigaciones han contemplado dicha variabilidad estableciendo categorías diversas que puedan representar más ajustadamente la realidad familiar actual. De este modo, los resultados del estudio de Stewart et al. (2006), realizado con población comunitaria, refieren que un 62.6% estaba representado por familias biparentales, seguido de un 17.6 de familias monoparentales maternas y un 4.4% de familias en las que el menor vivía con familiares extensos. Resultados similares son alcanzados en el estudio efectuado por Edenbourght et al. (2008), en el que se informa de que un 55% de las familias eran biparentales, frente a un 29% que eran monoparentales, un 5.4% que estaba

representado por la familia de acogida y, finalmente, un 2.6% de la muestra la representaban los menores que vivían con la familia extensa. Por su parte, Pagani et al. (2004; 2009) en sus investigaciones obtienen resultados dispares, por un lado, centrándose en la figura materna encuentra que el 37% de las familias son biparentales, frente a un 37% divorciadas y un 46% reconstituidas; mientras que para la figura paterna se halla que el 96% de las familias son biparentales, y únicamente un 4% monoparentales. Los estudios con carácter longitudinal revelan que los cambios en el subsistema familiar puede suponer un factor de riesgo para la violencia filio-parental en lo que respecta a las agresiones dirigidas hacia la figura materna. Sin embargo, advierten de que estas modificaciones en la unidad familiar (divorcios o nuevos matrimonio) no representan en sí mismas una situación de riesgo, sino que son las variables asociadas a este tipo de procesos las que pueden afectar a la relación, llegando a deteriorarla (Pagani et al., 2004).

Resultados similares son hallados por Haw (2010), quien refiere, identificando el 45% de la muestra como valor perdido, que un 10% de las agresiones tenían lugar en familias con ambos progenitores presentes en el hogar, otro 10% en progenitores separados y, finalmente, un 21% de las familias con menores que ejercen violencia ascendente se habían divorciado. Por su parte, Morán (2013), obtiene que el 54.2% de la muestra estaba representado por hogares en los que ambos progenitores estaban presentes, seguido de un 34.1% donde el hogar estaba conformado por el menor y la madre, un 7.2% por familias reconstituidas, un 4.3% conformado por hogares donde conviven la madre y familiares y finalmente, un 2.2% de los menores de la muestra convivían con la figura paterna.

Los estudios con población judicial arrojan resultados análogos a los descritos. De este modo, Evans y Warren-Sholberg (1988) encuentran que el 56% de los menores convivían con ambos progenitores, frente a un 44% constituido por familias monoparentales. Por su parte Kethineni (2004) halla en su muestra una estructura familiar mucho más diversa, conformada mayoritariamente por hogares monoparentales maternos que suponían el 44.6%, un 3.6% eran hogares monoparentales paternos, un 18% representado por hogares biparentales, un 7.2% de familias reconstituidas por la madre, un 14.5% de familias reconstituidas por el padre y, finalmente, un 3.6% representado por familias de acogida. En la misma dirección, Gebo (2007) establece que la estructura familiar predominante en su muestra es la monoparental materna, alcanzado un 49%, en analogía con los resultados obtenidos por Kennedy et al. (2010), quienes refieren un 39% de hogares monoparentales maternos, un 18% de familias

reconstituidas materna y un 11% representado por hogares en los que ambos progenitores estaban presentes.

Las investigaciones realizadas en España arrojan resultados en la misma dirección; aunque únicamente se ha tenido en cuenta esta variable a nivel descriptivo, sin poder así esclarecer si las modificaciones en el seno familiar juegan o no un papel significativo en la presencia del maltrato ascendente. En un estudio con una muestra de 116 menores que ejercían violencia filio-parental (Romero et al., 2005) informan de que la estructura familiar predominante eran aquellos hogares en los que ambos progenitores convivían con el menor, alcanzado un 44%, seguido de un 26.7% de hogares monoparentales maternos, frente a un 2.6% de hogares monoparentales maternos. Estudios posteriores obtienen resultados similares identificando como estructura familiar mayoritaria los hogares biparentales seguidos de los monoparentales (Ibabe et al., 2007; Rechea et al., 2008; Rechea y Cuervo, 2010). Finalmente señalar la existencia de investigaciones que abogan por una tendencia distinta, indicando que la estructura familiar mayoritaria en los menores que ejercen violencia filio-parental es el hogar monoparental (Ibabe y Jaureguizar, 2011; Ibabe et al., 2009).

3.3.2 Nivel socioeconómico

Se trata de una de las variables menos estudiadas en lo que respecta a la violencia ascendente, a pesar de que son varias las investigaciones que han puesto de manifiesto la influencia del nivel socioeconómico como factor de riesgo de la conducta desviada (Farrington; 1996; Farrington y Chertok, 1993; Walsh y Ellis, 2007). Por otro lado, esta variable también ha sido analizada en otras manifestaciones de violencia familiar, encontrando que un estatus socioeconómico bajo se relaciona positivamente con la presencia de violencia (Gelles y Straus, 1988; Straus, 1973; Straus y Hotelling, 1980).

Las investigaciones centradas en violencia filio-parental muestran resultados dispares en lo que respecta a esta variable, siendo posible hallar apoyo empírico para postulados opuestos. Por un lado, investigaciones que señalan que este tipo de violencia es mayor en aquellas familias con escasos recursos económicos (Cottrel y Monk, 2004) y, por otro, las que encuentran que se produce en familias de clase media alta (Charles, 1986; Cornell y Gelles, 1982)

Los estudios pioneros de violencia filio-parental realizados en la década de los ochenta revelan que no existe un efecto significativo entre la violencia filio-parental y el nivel

socioeconómico (Peek et al., 1985). En consonancia con lo expuesto, en una investigación con población comunitaria, Agnew y Huguley (1989) miden el estatus socioeconómico a partir de la educación y el prestigio ocupacional de los progenitores, hallando que la violencia ascendente tiene escasa relación con esta variable, aunque sí advierten de una ligera tendencia a que esta violencia se presente en hogares en los que los progenitores varones ocupen puestos de prestigio. Por su parte, Patterson et al. (1989) refieren que una privación económica, causada por el desempleo o por el divorcio de los progenitores, puede suponer un estresor que afecte a las interacciones paterno-filiales. Este estrés puede manifestarse a través de estilos educativos inapropiados, disciplina coercitiva, baja estimulación verbal y cognitiva así como inconsistencia en las normas de funcionamiento familiar, que a su vez afecten a la génesis de la violencia filio-parental.

Aunque tradicionalmente se ha asociado la violencia en el ámbito familiar con un bajo nivel económico (Straus, 1973), una investigación realizada con población comunitaria (Paulson et al., 1990), halló lo opuesto aunque sin significación estadística. En concreto, el 72% de los agresores en el hogar, se identificaron como clase media o alta, y el 28% de los menores que ejercen violencia filio-parental, pertenecían a familias trabajadoras o de clase más baja. Añaden, a modo de conclusión que los resultados de la investigación desafían los estereotipos sociales acerca de que los jóvenes de estratos socioeconómicos más bajos son más agresivos. Estos resultados nuevamente son corroborados por Nock y Kazdin (2002), quienes encuentran una mayor prevalencia de violencia filio-parental en clases socioeconómicas elevadas.

En contraposición a este estudio, Laurent y Derry (1999) refieren una mayor tasa de agresión ascendente en familias económicamente desfavorecidas. De igual modo, Cottrel y Monk (2004), en un estudio realizado con población clínica, informan, a partir de entrevistas con los progenitores y los trabajadores del ámbito psicosocial, que un nivel socioeconómico bajo con frecuencia se relacionaba con el aumento de ocurrencia de las agresiones a los progenitores. A su vez, refieren que estos jóvenes se ven privados de una mayor participación en actividades cotidianas, generando esta falta de oportunidades, frustración, ira y resentimiento, que pueden canalizar en agresiones parentales. En la misma línea, Pagani et al. (2009) entienden el nivel socioeconómico como el acceso y control de los recursos y riquezas del entorno. En sus estudios hallaron que los padres con educación universitaria eran más propensos (40%) a sufrir agresiones por parte de los hijos e hijas, no encontrando este efecto

en lo que respecta a la figura materna. Sugieren como posible explicación a este fenómeno que los progenitores altamente cualificados son más propensos a desempeñar trabajos con una mayor responsabilidad y por consiguiente, una jornada laboral más amplia. Por este motivo puede producirse un deterioro de las pautas de crianza al ceder o renunciar la figura paterna a su autoridad en las interacciones paterno-filiales (Pagani et al., 2009).

En el ámbito judicial, Rout y Anderson (2011) constataron que el nivel de ingresos de la mayor parte de la muestra (40%) se situaba en la franja de 25.000\$ a 75.000\$, seguido de un 20% que se situaba por encima de los 75.000\$ y de otro 20% por debajo de los 25.000\$. Finalmente, señalan que un 11% de los representantes de la muestra recibían asistencia pública.

En el estado español, los estudios que versan sobre esta variable únicamente se han realizado con población judicial. Uno de ellos, llevado a cabo por Romero et al. (2005), en el que no encontraron diferencias significativas, informa de que el 69% disponía de medio suficientes, un 6.8% contaba con ingresos elevados y un 11.2% vivía en situación de precariedad. Por su parte, Ibabe y Jaureguizar (2010), en un estudio en el que comparan a menores que ejercen violencia filio-parental, con menores que cometieron otros delitos y menores de la población general, hallaron una mayor presencia de dificultades económicas en el grupo que no ejercía violencia filio-parental. Rechea y Cuervo (2010), encontraron que el 11% del grupo que ejercía violencia filio-parental, pertenecía al nivel bajo, no hallando sujetos del otro grupo en esta categoría. La mayor parte de la muestra se situaba en una economía media representando el 47.1% en el grupo de violencia filio-parental y el 76.5% de las familias con ausencia de violencia.

Por último, Contreras y Cano (2014; 2016) dan cuenta de diferentes hallazgos en sus investigaciones, por un lado encuentran que la presencia de maltrato ascendente es más frecuente en familias con un nivel socioeconómico más alto en comparación con otros delincuentes. Por otro lado, a partir de la clasificación de 654 expedientes judiciales de menores (48 de menores que ejercen violencia filio-parental y 606 de menores con otros delitos) hallan que el nivel socioeconómico alcanzaba la significación estadística al contrastar ambos grupos. El nivel bajo era el más habitual en ambos grupos, suponiendo un 50.1% de la muestra de los maltratadores frente a un 57.2% del grupo de expedientes de otra tipología delictiva. En el nivel medio se situaban un 39.6% de los maltratadores frente a un 41.6% del

otro grupo y, finalmente la clase alta estaba representada por un 10.3% de los maltratadores frente a un 1.2% de otros delitos.

3.3.3 Estilos educativos y clima familiar

Si bien el estilo parental resulta un aspecto clave a lo largo del proceso evolutivo de los menores, en el periodo adolescente se vuelve crítico, influyendo de forma determinante en la actitud y el comportamiento del menor (Oliva, 2006). A este respecto, Baumrind (1971) propone un modelo identificando tres estilos parentales, en primer lugar, el estilo democrático es aquel que se caracteriza por ejercer control, emplear moderadamente el castigo, promover la autonomía y manifestar abiertamente afecto, cariño y apoyo. Por otro lado, el estilo autoritario ejerce control pero de una forma más rígida, empleando una disciplina coercitiva y proporcionando bajo apoyo y escasas manifestaciones de cariño y aprobación. Finalmente, el estilo permisivo aboga por una disciplina más laxa, caracterizada por una elevada tolerancia y aquiescencia a las peticiones del menor (Gámez-Guadix et al., 2012; Contreras y Cano, 2014). Posteriormente, Maccoby y Martin (1983), tomando como referencia la clasificación de Baumrind (1971), redefinieron los estilos educativos en función de dos dimensiones, control-exigencia y el afecto. La dimensión de exigencia hace referencia al equilibrio entre las demandas de los padres hacia sus hijos; por su parte, el afecto se entiende como las respuestas paternas a las necesidades de los niños, siendo sensibles a sus circunstancias personales y fomentando su individualidad. De la combinación de las dos dimensiones (nivel alto y bajo de ambas), surgen cuatro estilos educativos, dos ya identificados anteriormente, democrático y autoritario, y otros dos que surgen de la división del estilo permisivo en indulgente y negligente (Maccoby y Martin, 1983)

- Autoritario: proviene de la combinación de un bajo afecto y comunicación, que implica frialdad, distanciamiento en la relación y rechazo, con un elevado grado de control y exigencias. Algunas de las características de los progenitores que optan por este estilo son la rigidez en las normas, la escasa comunicación y bajo afecto en el seno de la familia.
- Permisivo: al contrario que el estilo anterior, se caracteriza por un bajo control en las normas familiares y por escasas exigencias de madurez y responsabilidad. La ausencia de límites, de control parental y disciplina está presente en las familias que presentan a este estilo.

- Negligente: se trata del estilo más disfuncional y el que puede acarrear más consecuencias negativas para los menores. Los progenitores que lo utilizan no ejercen control alguno sobre las normas, no realizan exigencias, apenas se comunican y rara vez demuestran afecto. Habitualmente, suelen mostrar actitudes indiferentes ante los comportamientos de los hijos. La permisividad, la ambivalencia y la pasividad serían las características más destacadas de este estilo parental.
- Democrático: al contrario que el estilo anterior, este se muestra como el más apropiado y se caracteriza por altos niveles de comunicación y afectividad en la dinámica familiar. La autoridad se ejerce mediante el diálogo, la comprensión y la sensibilidad, llegando a alcanzar normas consensuadas y respetadas por los miembros de la unidad familiar.

Por su parte, Musitu (2002), define los estilos parentales como “una constelación de actitudes hacia el hijo que, consideradas conjuntamente crean un clima emocional en el que se expresan las conductas de los padres” (p. 16). En este sentido, el estilo educativo supone la combinación del afecto, la disciplina y la comunicación a la hora de educar a los hijos.

La investigación generada sobre las consecuencias que se derivan del empleo de los diferentes estilos educativos, ha permitido identificar una serie de aspectos vinculados a la adaptación de los menores. Así, por un lado, el estilo democrático predice un mayor nivel de ajuste, madurez psicosocial, autoestima y éxito académico (Baumrind 1971; Ibabe, 2015; Musitu, Buelga, Lila, y Cava, 2001). Por el contrario, el autoritario, permisivo y negligente pueden desembocar en consecuencias negativas para el menor, como síntomas somáticos, estrés emocional o conductas antisociales y desviadas (Ibabe, 2015; Lamborn, Mounts, Steiberg, y Dornbush, 1991). De este modo, son varios los estudios que advierten de la influencia de los estilos parentales en el comportamiento antisocial identificando la baja supervisión y disciplina como un importante factor de riesgo de este tipo de comportamientos en la adolescencia (Hoeve, Dubas, Eichelsheim, Van del Laan, Smeenk, y Gerris, 2009; Loeber, Wylie-Weiher, y Smith, 1993; Yoshikawa 1994).

Son diversas las investigaciones, tanto en el panorama internacional como nacional que han contemplado la influencia de esta variable en la génesis y mantenimiento de este tipo de maltrato (Kennedy et al., 2010; Ibabe et al., 2013; Paulson et al., 1990; Peek et al., 1985). En esta línea, Harbin y Madden (1979) hallaron la existencia de algún tipo de trastorno o

desorden en la jerarquía de la autoridad en las relaciones paterno-filiales, textualmente afirman “la abdicación de la autoridad por parte del progenitor y el sentimiento simétrico de destrezas físicas puede dar lugar a que el adolescente manifieste un grandioso sentido de sí mismo junto con un enorme sentido del derecho” (p. 1290). Señalan así que con relativa frecuencia en los hogares en los que se presenta esta problemática, uno o ambos progenitores han abdicado de su posición de jerarquía principal o compiten entre ellos, dando como resultado normas ineficaces que originan la parentificación del menor, propiciando a su vez la agresión ascendente ante la sobrecarga o frustración que los hijos e hijas sienten ante el ejercicio del rol parental. Estas agresiones pueden entenderse como un intento de ostentar el control familiar por parte del adolescente, o de castigar o reemplazar a sus progenitores percibidos como ineficaces por su permisividad y liderazgo a la hora de desempeñar el rol parental. Por otro lado, un estudio con población comunitaria (Peek et al., 1985) en el que se analiza la percepción de los adolescentes sobre el poder parental ejercido por sus progenitores, se encontró que un estilo punitivo y no estricto está relacionado con una mayor frecuencia de violencia filio-parental. De igual modo, Evans et al. (1988), exponen que las relaciones parento-filiales caracterizadas por su laxitud o la prácticas disciplinarias poco claras, sobre todo en contextos de baja aceptación, pueden suponer una dificultad en lo que respecta a la socialización familiar del adolescente.

En consonancia con lo expuesto, los resultados obtenidos por Paulson et al. (1990), quienes compararon los estilos parentales de 445 familias de menores agresores y no agresores, indican que los padres de los menores agresores se caracterizaban por el empleo de métodos disciplinario más permisivos frente a los padres de los no agresores (27% Vs. 12%), hallando este mismo patrón en lo que respecta a la figura materna (25% Vs. 16%). Sin embargo, los autores advierten de que estas diferencias no alcanzaron la significación estadística.

En un intento de aproximarse a las causas que rodean esta modalidad de maltrato familiar, Laurent (1997) hace referencia a la pérdida de autoridad parental motivada por la culpabilidad que pueden sentir los progenitores ante diversas situaciones, entra las que se encuentra el divorcio, la enfermedad o la propia personalidad del menor. Esta pérdida de autoridad a menudo suele acompañarse de una ausencia de normas, otorgando al hijo demasiada autonomía y pudiendo propiciar así la aparición de comportamientos violentos ascendentes asociados a un proceso de búsqueda de límites y castigando a sus progenitores

por haber relegado de sus funciones parentales. De este modo, Laurent (1997) señala la falta de fijación de límites como uno de los factores más relevantes en la génesis y mantenimiento de la violencia filio-parental, sugiriendo a su vez los estilos de crianza como factor explicativo. Posteriormente, Laurent y Derry (1999) tratan de concretar las situaciones que pueden suponer un precipitante de la violencia filio parental a partir del estudio de casos clínicos. En primer lugar, señalan la insuficiencia de la autoridad parental, consecuencia de: (a) progenitores con principios educativos laxos, (b) por falta de supervisión, (c) por la culpabilidad de los progenitores (divorcio) o por (d) dificultades en los progenitores como problemas emocionales o dificultades económicas.

En segundo lugar, consideran la sobreprotección, presente sobre todo cuando la maternidad se afronta en solitario, cuando se trata de un niño frágil o cuando los menores son adoptados. Ante este tipo de situaciones, los progenitores pueden volverse sobreprotectores en un intento de satisfacer las necesidades al momento, evitando cualquier tipo de esfuerzo o frustración. De este modo, el riesgo de que las demandas del menor vayan in crescendo aumenta, facilitando la aparición de comportamientos tiránicos en el menor, a la vez que su crecimiento se desarrolla en una burbuja, distanciándolo de la realidad, impidiendo la preparación necesaria para las exigencias, demandas y frustraciones de la vida. Como resultado de este proceso de socialización, ejercen un control total sobre sus progenitores, contagiándose de una sensación de omnipotencia y de incapacidad para conocer sus propios límites, que una vez irrumpen en el mundo exterior, puede quebrarse y dejar al menor en un estado de ansiedad y temor (Laurent y Derry, 1999). En tercer lugar, la inversión de los roles como otra de las causas precipitantes de la violencia filio-parental. Cuando el menor asume el rol parental de uno o ambos progenitores puede producirse una sobrecarga, llegando al empleo de la violencia como una forma de manifestar su rechazo a la situación.

En el contexto canadiense, Cottrell y Monk (2004), a partir de diferentes investigaciones, concluyen que los adolescentes que emplean conductas violentas hacia sus progenitores lo hacían por ser excesivamente controladores. Refieren que durante las primeras etapas de la infancia se establecen límites estrictos que resultan eficaces en ese periodo, pero esa exigencia se mantiene en el tiempo, hasta el periodo adolescente, momento en el que el adolescente se encuentra inmerso en procesos de búsqueda de su propia identidad y reclaman autonomía. Esta situación provoca reactancia en estos progenitores quienes reafirman con normas estrictas su autoridad, dando lugar a una intensa lucha que puede promover la aparición de la

violencia filio-parental. Por otro lado, las investigaciones realizadas a partir de la información de los servicios de atención a la infancia (Cottrell y Monk, 2004), revelan, en consonancia con estudios previos (Laurent y Derry, 1999), de otro estilo educativo que puede contribuir a la aparición de la violencia ascendente, el estilo permisivo. Refieren un proceso analítico realizado por el menor sobre el coste y beneficio de sus actos, donde las recompensas por sus conductas negativas son percibidas como superiores a las pérdidas. Con el paso del tiempo y el mantenimiento de este sistema, aprenden que sus tácticas violentas podrían ser utilizadas como un medio exitoso de coacción para que se cumplan sus demandas.

Por su parte, Gallagher (2004) sugiere que los progenitores, en un intento bien intencionado de desempeñar correctamente el rol parental, pueden llevar a cubrir en exceso las necesidades de los descendientes, responsabilizándose hasta límites inadecuados de su educación, entretenimiento y vida social. Esta dinámica tiene como resultado una sobreprotección de los hijos que no resulta totalmente negativa, pero sí puede aumentar el riesgo de victimización paterna cuando las expectativas del menor no se satisfacen en la medida de lo esperado. En este sentido, la ausencia de límites facilita la “tiranización” haciéndose visible la falta de control en las interacciones familiares dado que los progenitores sucumben a las demandas del menor de forma consistente y reiterada.

En el ámbito estatal, las investigaciones muestran una tendencia similar a los resultados expuestos hasta el momento (Calvete et al, 2011; Contreras y Cano, 2014). Los estudios con población comunitaria revelan que el estilo autoritario (Ibabe et al., 2013) y el estilo permisivo se asocian con la violencia filio-parental. Lo cierto es que no siempre esta relación resulta significativa, pero sí advierte de una tendencia (Calvete et al., 2011; Gámez-Guadix et al., 2012). De modo genérico, los progenitores de estos menores ejercen menos intentos de disciplina cuándo sus hijos se comportan inadecuadamente (Calvete et al., 2011) o muestran pocos niveles de afecto y apoyo (Calvete et al., 2015; Gámez-Guadix et al., 2012; Ibabe et al., 2013). Por otro lado, son diversas las investigaciones que avalan empíricamente que la calidez y el apoyo parental adecuado son factores protectores de las conductas violentas ascendentes (Calvete et al., 2015; Ibabe et al; 2013).

En lo que respecta a los estudios realizados con población judicial, Ibabe et al. (2009) estudiaron si el estilo parental de los progenitores varía en menores que ejercen violencia filio-parental en comparación con menores con otros delitos y menores de la población

comunitaria, sin encontrar diferencias significativas. Por otro lado, analizaron la concordancia del estilo parental entre los progenitores, obteniendo menor concordancia en el grupo de menores que ejercían violencia filio-parental (17%), frente a los menores con otro tipo de delitos (25%) y los menores pertenecientes a la población comunitaria (58%). Por su parte, Rechea y Cuervo (2010) compararon los estilos educativos en familias con presencia de conductas de maltrato ascendente y familias normativas, hallando estilos educativos adecuados en el 17.6% del grupo de maltratadores, y un 76.4% en el de familias normativas. Para los menores que ejercen violencia filio-parental se encontró que la mayoría de los progenitores (58.8%), utilizaron estilos inconsistentes, hallándose relación significativa entre ser maltratador y recibir un estilo educativo inadecuado. Por su parte, Contreras y Cano (2014) informaron, comparando menores agresores con población comunitaria, que los estilos educativos en sí, no ejercían una influencia directa en la violencia filio-parental, sino que era más bien la calidad de la comunicación y la capacidad para mostrar apoyo de los progenitores la que influía en la aparición de este fenómeno.

Finalmente, Calvete et al. (2015), en una investigación en la que entrevistaron a menores que ejercían violencia ascendente y a sus familiares, encontraron que en esas familias existían reglas de comportamiento, pero los progenitores no las implementaban porque eran incapaces de mantener las consecuencias acordadas por no cumplirlas. De esta forma, los menores interiorizan que no hay consecuencias severas por su mal comportamiento. Por otro lado, este estudio señala que una de las causas de que no se asuman las reglas establecidas es la falta de acuerdo entre los progenitores, en consonancia con otras investigaciones (Aroca-Montolío et al., 2014; Calvete et al., 2014; Cottrell y Monk, 2004).

A tenor de lo expuesto, y a pesar de la existencia de cierto consenso a la hora de señalar el estilo permisivo y autoritario como precursores de la violencia filio-parental, los resultados sobre los estilos educativos varían en función del tipo de estudio realizado (Gallagher, 2008). Además, diversos autores advierten de la necesidad de desarrollar estudios longitudinales para arrojar luz sobre esta cuestión (Calvete et al., 2015), manifestándose una vez más la insuficiencia del conocimiento actual y la importancia de profundizar en las causas que rodean a este fenómeno.

3.3.4 Funcionamiento familiar

La familia representa el primer agente de socialización para las personas, el primer entorno que ejerce una influencia sobre la personalidad y el comportamiento, así, las experiencias tempranas dentro del núcleo familiar representan un factor esencial para el posterior desarrollo del niño-adolescente (Gallego, Sanmartín et al., 2017). Dentro de este contexto, el clima familiar se yergue como una variable de gran importancia para el ajuste psicosocial de los individuos (Estevez, Musito y Herrero, 2005). Este clima está conformado por el ambiente percibido e interpretado de los diferentes miembros que constituyen la unidad familiar, influyendo significativamente en el comportamiento y el desarrollo a nivel social, físico, afectivo e intelectual de todos ellos (Moreno, Estévez, Murgui y Musitu, 2009; Schwarth y Pollishuke, 1995; Zimmer-Gembeck y Locke, 2007). De este modo, el funcionamiento familiar ha sido objeto de diferentes investigaciones en las que se ha puesto de manifiesto su influencia como factor protector o de riesgo en la violencia familiar.

Un funcionamiento familiar positivo entendido este como un ambiente en el que se fomenta la confianza mutua, la autonomía y el afecto, donde las interacciones, tanto entre progenitores como entre estos y sus hijos, sean respetuosas y positivas, puede suponer un factor de protección de la violencia familiar, y en concreto de la violencia filio-parental, fomentando el desarrollo de conductas prosociales en los menores, tanto en el contexto familiar como en otros (Ibabe, 2015; Jaureguizar e Ibabe, 2012; Pagani et al., 2004; Romano, Tremblay, Boulerice, y Swisher, 2005). Por otro lado, un clima familiar negativo se caracteriza por un elevado nivel de conflicto, poca comunicación entre los miembros de la familia, baja cohesión y presencia de violencia familiar, tanto en la relación entre los progenitores como en la relación de estos con los descendientes, constituye uno de los factores de riesgo para el desarrollo de la violencia filio-parental (Ibabe, 2015; Kennedy et al., 2010; Jaureguizar e Ibabe, 2012).

En lo que respecta a las investigaciones en el ámbito de la violencia filio-parental, algunos estudios avalan la relación entre el clima familiar y la violencia ascendente. Entre ellos, el realizado por Kratkoski (1985), en el que se halló que los menores que ejercen violencia hacia sus ascendentes presentan menores niveles de integración y adecuado funcionamiento familiar. Sin embargo, la investigación es aún escasa y no permite extraer conclusiones acerca de dicha relación (Kennedy et al., 2010; Pagani et al., 2006). Por otro lado, atendiendo a la definición propuesta, el funcionamiento familiar se ha descrito a su vez

por diferentes variables que sí se han analizado de forma aislada, como el conflicto o la cohesión familiar. A continuación, se describen los principales hallazgos realizados.

3.3.4.1 Conflicto

Con frecuencia, los conflictos hacen referencia a:

“situaciones en las que dos o más personas entran en oposición o desacuerdo porque sus posiciones, intereses, necesidades, deseos o valores son incompatibles, o son percibidos como incompatibles, donde juegan un papel muy importante las emociones y sentimientos y donde la relación entre las partes en conflicto puede salir robustecida o deteriorada en función de cómo sea el proceso de resolución del conflicto” (Torrego, 2003, p.37).

En el periodo de la adolescencia, con frecuencia se produce un debilitamiento de las relaciones familiares, fruto del distanciamiento emocional del menor con sus progenitores, ocasionando un aumento de los conflictos familiares. Las dificultades debidas al debilitamiento de la relación familiar son percibidas por todos los miembros de la unidad familiar, evidenciándose la necesidad de redefinir las relaciones atendiendo al nuevo estatus de los menores.

En este ámbito, se debe tener presente que el conflicto no es per se algo negativo ni conlleva obligatoriamente la implicación de actos violentos, sino que el conflicto ha de concebirse como una oportunidad para el aprendizaje y el crecimiento familiar (Fariña, Arce y Seijo, 2015). El problema viene derivado del modo de hacer frente y de gestionar estas situaciones conflictivas. Si bien el estilo parental resulta un aspecto clave en todo momento de la educación, en esta etapa se vuelve crítico, dado que influirá de forma determinante, en la actitud y el comportamiento del menor (Oliva, 2006), como ya se ha mencionado en el apartado anterior.

Cuando la salida a la situación conflictiva pasa por el uso de la violencia verbal o física o de actitudes agresivas, ya sea entre los progenitores, de estos hacia la descendencia o a la inversa, se deterioran las relaciones, afectando al clima familiar y fomentando a su vez el uso de la violencia como medio legítimo para la consecución de objetivos (Ibabe, 2015) De este modo, Pereira y Bertino (2009) advierten de cómo las dinámicas familiares pueden incitar a la agresión como una forma de sobrevivir o de descargar las tensiones suscitadas por los conflicto. Señalan la violencia como vía de escape ante una fusión emocional víctima-agresor, de modo que el hijo intenta alejarse de la situación y el progenitor bloquea este intento de fuga, produciéndose la manifestación de la conducta violenta ascendente como la única vía

posible para alcanzar la ansiada autonomía del menor. La secuencia de eclosión de la agresión que proponen estos autores se iniciaría con el desacuerdo entre el menor con sus progenitores, generalmente desencadenado a partir del establecimiento de alguna norma o sobre el ejercicio de la autoridad parental. Seguidamente, se produciría una discusión, existiendo entre los participantes un nivel de igualdad que con frecuencia fomenta la escalada simétrica. Llegado determinado punto de la discusión, alguno de los presentes, generalmente el menor, optaría por un comportamiento evitativo, retirándose sin que el conflicto haya alcanzado una solución. Este gesto, provoca a su vez que la otra persona, habitualmente el progenitor, persiga de forma insistente al menor, tratando de evitar la retirada de este y provocando una situación de bloqueo que incrementa el nivel de tensión hasta llegar a reacciones violentas que tratan de poner fin a la situación de tensión sostenida. Tras la finalización del episodio violento, con frecuencia le sucede una época de calma y relajación en la que reconstruir la relación (Pereira y Bertino, 2009).

Sin embargo, estos autores también advierten que el avance del conflicto puede no suscitar una escalada simétrica sino que en función de cuál sea la reacción, puede darse una escalada complementaria (Pereira y Bertino, 2009), tal y como propone Omer (2004). Este propone dos tipos de respuesta que se pueden categorizar como “dura” y “blanda”. De esta forma, cuando los progenitores deciden responder de una forma hostil y violenta, utilizando el mismo método que los descendientes para imponer su criterio, se produciría una escalada simétrica que conllevaría un aumento progresivo de la hostilidad (Omer, 2004; Pereira y Bertino, 2009). Así, las amenazas, los gritos, vejaciones y agresiones, tanto de carácter verbal como físico, serían los recursos empleados por ambas partes, justificándose en estar actuando en defensa propia.

Por otro lado, la escalada complementaria (Pereira y Bertino, 2009) o reacción blanda (Omer, 2004), se caracterizaría por la persuasión verbal para convencer al menor de que su conducta es inapropiada y debe ser modificada. Las argumentaciones, las manifestaciones afectuosas y los intentos por conectar empáticamente con el agresor son los recursos que ponen en marcha los progenitores para finalizar el episodio conflictivo. Sin embargo, de esta forma, únicamente se consigue un incremento en las demandas del menor o la menor que se empodera ante la actitud sumisa de los progenitores. Es frecuente que los progenitores intercambien ambas estrategias, dando lugar en estos casos, según Pereira y Bertino (2009), a una retroalimentación mutua entre ambos.

Los progenitores que se caracterizan por mantener una relación conflictiva entre sí, descalificándose mutuamente en presencia de los hijos o las hijas, representan otro factor de riesgo relacionando con el clima familiar para la aparición de la agresión ascendente. El conflicto entre los cónyuges puede facilitar procesos de triangulación en los que se emplea al menor para atacar al otro (Fariña et al., 2015; Fariña, Pérez- Lahoz et al., 2017), buscando la alianza del menor y la desacreditación del otro. Esta situación, especialmente dañina para las y los descendientes, puede ocasionar desacuerdo con respecto a la forma de ejercer la autoridad o sobre cómo educar, dando lugar a una inconsistencia inadecuada en el ejercicio de la parentalidad, y esta situación a su vez, facilitar la presencia de la violencia ascendente. Un estudio en España de Zuñeda, Llamazares, Marañón y Vázquez (2016), constata un elevado conflicto conyugal en los progenitores de los menores que ejercen violencia filio-parental, así como una mayor autculpa por parte de los adolescentes ante el conflicto. Estos hallazgos van en consonancia con los resultados de estudios que encuentran que los menores agresores perciben sus relaciones familiares como más pobres, debido en parte, a la presencia de conflicto familiar (Ibabe, 2014; Ibabe y Bentler, 2015). Sin embargo, son aún escasas las investigaciones en este ámbito, siendo no concluyentes acerca de la influencia de esta situación en la génesis y mantenimiento de la violencia filio-parental.

3.3.4.2 Cohesión

La cohesión familiar ha sido identificada como uno de los pilares del clima familiar positivo facilitadora de relaciones basadas en afecto entre los progenitores y la descendencia, así como el apoyo, la confianza y la intimidad (Moreno et al., 2009). En este sentido, diferentes investigaciones la han situado como uno de los aspectos más relevantes en lo que respecta al funcionamiento familiar, señalando a su vez otras dos dimensiones, la adaptabilidad y la comunicación familiar (Olson, McCubbin, Barnes, Larsen, Muxen, y Wilson, 1985). La cohesión ha de entenderse como la unión emocional que los miembros de la familia tienen entre sí (Olson, Russell, y Sprenkle, 1985). Estos mismos autores identifican diferentes niveles de cohesión familiar, en primer lugar la cohesión desvinculada o desprendida que hace referencia a familias donde prima el “yo” a nivel individual, donde existe una carencia de afectividad y lealtad a la familia. En segundo lugar, la cohesión separada donde prima el “yo” pero se reconoce la existencia de un “nosotros”, siendo posible identificar una moderada unión afectiva y lealtad entre los diferentes miembros que conforman la familia, aunque con una tendencia hacia la independencia. Por su parte, la

cohesión conectada o unida donde prevalece el “nosotros” aunque con presencia del “yo”, tratándose de familias con unión afectiva, fidelidad e interdependencia entre los diferentes miembros. Por último, la cohesión enmarañada o enredada se basa en el “nosotros”, observándose una elevada unión afectiva entre los miembros de la familia, junto con una elevada fidelidad y lealtad familiar (Olson et al., 1985). Desde este modelo, los niveles centrales de cohesión, representados por la separada y la conectada, son los que garantizan en mayor medida el funcionamiento familiar, mientras que los niveles extremos, en este caso la cohesión desvinculada y la enmarañada serían los más perjudiciales para el buen funcionamiento.

Numerosas investigaciones han considerado la adecuada cohesión familiar como factor protector de la violencia y como predictora de una mayor adaptación social y felicidad de los individuos (Alarcón, 2017; Ibabe, 2015; Verdugo, Arguelle, Guzmán, Márquez, Montes, y Uribe, 2014). Sin embargo, en el ámbito de la violencia filio-parental son aun escasas y recientes las investigaciones que han analizado la influencia de la cohesión familiar en la génesis y mantenimiento de esta problemática familiar (Zuñeda et al., 2016). Con frecuencia se ha estudiado como factor de riesgo, aunque también existen estudios que la sitúan como factor protector de la violencia ascendente, cuando el nivel de cohesión familiar es elevado, así como su influencia directa en el clima familiar positivo (Ibabe, 2015).

De esta forma, Ibabe (2014), en un estudio con población comunitaria informa sobre los efectos directos del conflicto y de la baja cohesión familiar en el desarrollo de conductas antisociales en el periodo adolescente, siendo estas a su vez predictoras de la violencia hacia la figura que ejerza la autoridad, en este caso los progenitores. En la misma línea, Ibabe y Bentler (2015), encuentran que los menores que percibían sus relaciones familiares como más pobres, caracterizadas por una menor cohesión, una falta de expresión de sentimientos positivos y un mayor conflicto, ejercen con mayor frecuencia la violencia filio-parental. Estos resultados, van en la línea de los hallados en estudios previos (Jaureguizar et al., 2013), recalcando la importancia de la cohesión familiar, así como la de un bajo conflicto, para la promoción de relaciones positivas entre los diferentes miembros de la unidad familiar (Ibabe y Bentler, 2015). En la misma dirección, Zuñeda et al. (2016) concluyen que la baja cohesión familiar es una característica presente en los menores que ejercen la violencia ascendente.

3.3.4.3 Comunicación

La comunicación supone la base de las relaciones humanas, y en este contexto, uno de los pilares del funcionamiento familiar, permitiendo que los miembros que la componen compartan sus necesidades y preferencias, considerándose así una dimensión facilitadora del buen clima cuando predomina la empatía, la escucha activa o los comentarios de apoyo (Olson et al., 1985). De esta forma, la comunicación entre los diferentes miembros de la familia resulta un aspecto clave para entender las dinámicas que subyacen a las relaciones familiares y su correspondencia con el desarrollo de comportamientos antisociales o agresivos (Contreras y Cano, 2014).

Es posible hallar apoyo empírico en la literatura para asociar bajos niveles de comunicación familiar, sobre todo en lo que respecta a la figura materna, con la presencia de conductas delictiva durante la adolescencia (Pagani et al. 2006; Klein, Forehand, Armistead, y Long, 1997; Yang, Stanton, Li, Cottrel, Galbraith, y Kaljee, 2007). En lo que respecta a la violencia filio-parental, los hallazgos versan en el mismo sentido. La investigación de Paulson et al. (1990) revela, tras entrevistar a jóvenes y familiares, que aquellos menores que ejercen conductas violentas ascendentes presentan una comunicación familiar más pobre, siendo esta diferencia significativa. Por su parte, Pagani et al. (2006) señalan el papel significativo del mal funcionamiento familiar, caracterizado por una mala comunicación y apoyo entre los miembros de la familia, como uno de los factores precipitantes de la agresión física. En la misma dirección, Kennedy et al. (2010) sitúan las dificultades en la relación paterno-filial como una característica propia de los menores que ejercen violencia filio-parental.

En el ámbito estatal, Contreras y Cano (2014), en un estudio con población judicial en el que analizaban el perfil familiar de los menores que ejercen violencia filio-parental en contraste con menores que ejercen otro tipo de delitos y menores no delincuentes, encuentran que aquellos que ejercen violencia ascendente presentan niveles de comunicación familiar más bajos, informando así de una menor calidad de la comunicación con ambos progenitores en contraste con los otros grupos. En la misma línea, Zuñeda et al. (2016) constatan que los adolescentes que ejercen violencia filio-parental perciben en sus progenitores menos habilidades positivas de comunicación, materializadas en mensajes claros y congruentes, empatía, muestras de apoyo y habilidades efectivas de resolución de problemas. Recientemente, un estudio sobre los factores de riesgo de la violencia ascendente a partir de la opinión de 112 profesionales que desempeñan su actividad en este ámbito (Loinaz, Andrés-

Pueyo y Pereira, 2017), situó la comunicación deficiente como una de las características presentes en las familias en las que tiene lugar esta problemática.

3.3.5 Violencia familiar

La revisión de la literatura científica permite afirmar que la exposición a la violencia familiar parece ser uno de los factores más relevantes en la aparición de la violencia filio-parental (Ibabe et al., 2014; Loinaz et al., 2018). De esta forma, la conducta agresiva del descendiente podría deberse a una reacción hacia las agresiones sufridas previamente o a una respuesta adquirida por aprendizaje social (Bandura, 1977). Atendiendo a lo expuesto por Charles (1986) y Wells (1987), las relaciones entre los descendientes que ejercen violencia filio-parental y sus progenitores son disfuncionales, fundamentadas en vínculos afectivos entre ellos limitados, pudiendo estar la negligencia parental en los cimientos de este tipo de maltrato. Cuando el aprendizaje de una conducta se realiza por observación de modelos y posteriormente esta es reproducida y mantenida es porque entran en juego los resultados o consecuencias que se generan en el entorno. Cuando una conducta es asumida y repetida es porque está vinculada con la consecución de resultados positivos, mientras que cuando una conducta es eliminada se debe a que entran en juego inhibidores de la misma, pudiendo identificar, entre otros, la aceptación o no del comportamiento realizado por parte de las personas de referencia para el menor. De este modo, los progenitores juegan un papel esencial en el comportamiento de los hijos, pudiendo incidir tanto en el inicio de las conductas violentas como en su eliminación (Aroca, 2010).

Los resultados obtenidos en las últimas décadas, permiten señalar que el haber sido víctima o testigo de malos tratos durante la infancia es una de las variables de mayor influencia en la violencia filio-parental (Meredith, Abbot y Adams, 1985; Calvete et al., 2011; Cornell y Gelles, 1982; Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Hartz, 1995; Ibabe, 2015; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Kennedy et al, 2010; Kratcoski, 1985; Mahoney y Donnelly, 2000; Ulman y Straus, 2003). Se identifican dos formas de exposición a la violencia familiar, una directa, cuando el menor es destinatario, en primera persona, de las conductas de maltrato, y otra indirecta o vicaria, cuando el menor es testigo de la violencia ejercida entre sus progenitores, ya sea de carácter físico o verbal (Calvete et al, 2014; Contreras y Cano, 2016; Ibabe, 2014). Ambas formas han sido ampliamente estudiadas y han dado lugar a la formulación de la hipótesis de la bidireccionalidad de la violencia. Esta

hipótesis postula que la violencia parental cometida con los hijos es relativa a la de los hijos con sus progenitores, por lo cual, el hecho de que los padres hayan ejercido violencia, tanto entre los miembros de la pareja como de padres a hijos, siendo la forma más frecuente mediante castigos corporales, incrementaría las probabilidades de desarrollar conductas violentas ascendentes. La explicación de este fenómeno reside en el aprendizaje de modelos de relación basado en la violencia, mediante los cuales, los hijos interiorizan que la mejor forma de lidiar con los conflictos es recurrir a comportamientos violentos (Barkin, Kreiter, y Durant, 2001; Laurent y Derry, 1999; Mitchell y Finkelhor, 2001). La interiorización de modelos comportamentales agresivos y de creencias vinculadas a la violencia, son la la explicación ofrecida que indicaría que los niños testigos de violencia en sus hogares muestran, consecuentemente, comportamientos violentos ascendentes. Desde este enfoque se pone de manifiesto la función del modelado en el aprendizaje de la conducta violenta de los hijos (Barkin, Kreiter, y Durant, 2001; Laurent y Derry, 1999; Mitchell y Finkelhor, 2001). De este modo, los menores testigos de violencia interiorizan modelos comportamentales agresivos así como ciertas creencias sobre la violencia que explicarían los comportamientos violentos que ejercen hacia sus progenitores (Ibabe y Jaureguizar, 2011).

En el panorama internacional, diversos estudios han contemplado la relación entre haber sido testigo de malos tratos y el posterior desarrollo de conductas agresivas ascendentes (Boxer et al., 2009). De este modo, Kratoski (1985) halló en escolares de secundaria, que aquellos que eran violentos con sus progenitores informaban, en mayor medida, haber observado interacciones de carácter violento entre sus progenitores. Resultados similares son hallados por Livinstong (1986) y Carlson (1990), quienes informan de una mayor tendencia a la agresión en menores que han sido testigos de violencia en el hogar. Del mismo modo, Ulman y Straus (2003) afirman en su estudio que el 21% de los menores que ejercen violencia filio-parental habían sido previamente expuestos a violencia entre sus progenitores. Años más tarde, Lyons et al. (2015) encontraron de nuevo relación entre haber presenciado agresiones verbales entre los progenitores y el desarrollo de conductas violentas de carácter verbal por parte del menor hacia ellos. Por otro lado, hallaron que la exposición a conductas de violencia física entre los progenitores únicamente se relaciona con conductas violentas ascendentes de carácter físico hacia la figura materna. En el contexto judicial, los resultados reflejan la misma tendencia, así, Kennedy et al. (2010), comparando el perfil de los menores agresores con

menores no agresores obtuvieron que aquellos que ejercían conductas de violencia ascendente habían sido expuestos de forma significativa a más episodios de violencia en el hogar.

En el ámbito estatal, los resultados van en la misma dirección, manifestando relación significativa entre haber sido testigo de violencia entre los progenitores y el ejercicio posterior de conductas violentas ascendentes, tanto en los estudios de carácter comunitario (Calvete et al., 2011; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Ibabe, 2015) como en los efectuados con población judicial (Contreras y Cano, 2016).

Por otro lado, son también numerosas las investigaciones que han tenido en cuenta la influencia de la victimización directa, esto es, haber sido víctima de malos tratos durante la infancia, y el posterior desarrollo de conductas violentas ascendentes (Langhinrichsen-Rohinling, 1999; Lyons et al., 2015; Margolin y Baucom, 2014). En este sentido, las investigaciones de Peek et al. (1985) revelan, que aquellos jóvenes cuyos progenitores empleaban la violencia hacia ellos, ejercían más conductas agresivas de carácter ascendente en comparación con los jóvenes cuyos progenitores mostraban afecto en sus interacciones. Por su parte, Meredith et al. (1986), con la intención de verificar que la violencia genera más violencia, llevan a cabo una investigación con población comunitaria, encontrando relación entre el uso de la violencia por parte de los progenitores hacia los descendientes con el uso de la violencia de estos hacia ellos. Son recurrentes las investigaciones que vienen a confirmar la existencia de la relación entre la victimización directa y el posterior desarrollo de conductas violentas ascendente (Margolin y Baucom, 2014; Lyon et al., 2015; Ulman y Straus, 2003) hallándose resultados similares en los estudios con población judicial (Kennedy et al., 2010).

Diversos estudios realizados en España proporcionan apoyo empírico a la relación entre haber sido víctima de malos tratos y el desarrollo de violencia filio-parental, tanto aquellos de carácter comunitario (Calvete et al., 2011; Gámez-Guadix y Calvete, 2013; Ibabe, 2014; 2015; Izaguirre y Calvete, 2016) como judicial (Contreras y Cano, 2014; 2016; Ibabe et al., 2009; Rechea y Cuervo, 2010).

Sin embargo, todavía no es posible concluir sobre la influencia de la exposición a la violencia familiar y la victimización en la génesis y el mantenimiento de la violencia filio-parental, siendo necesarias más investigaciones que informen sobre la posible causalidad del fenómeno, para así poder realizar afirmaciones concluyentes.





PARTE EMPÍRICA



ESTUDIO I: RECIPROCIDAD DE LA VIOLENCIA





1. OBJETIVOS E HIPÓTESIS

Del análisis de la literatura científica, previamente expuesto, se desprende que si bien hasta recientemente la violencia filio-parental había recibido escasa atención, en la actualidad suscita un gran interés que guarda relación con el incremento súbito de las tasas registradas de esta modalidad de violencia familiar (Coundry y Miles, 2014). De este modo, en EEUU, los índices de violencia ascendente se sitúan entre un 6.5% y un 10.8% (Peek et al., 1985); en Canadá, Pagani et al. (2004, 2009), informan de ratios de prevalencia de agresión física del 12% frente al 60% alcanzado por las agresiones verbales. En España, donde se ha realizado la mayoría de la investigación de campo (Moulds y Day, 2017), asciende al 21% en violencia física y abuso psicológico y a un 46% en abuso emocional (Ibabe, 2015; Jaureguizar y Ibabe, 2013). Sin embargo, en otros estudios (DeKeseredy, 1993; Laurent y Derry, 1999), referidos a Canadá y Francia, la prevalencia informada es muy inferior, alrededor del 0.6%. Aunque, estas cifras podrían ser más elevadas si se tiene en cuenta que la violencia filio-parental permanece encubierta (Condry y Miles, 2014), al producirse en muchos casos una ocultación en la información que aportan los progenitores sobre la frecuencia y gravedad de este tipo de conductas, que se enmascara por vergüenza o culpa (Gallagher, 2008). También ha de considerarse que, cuando se trabaja en un contexto forense, debe sospecharse la (di)simulación (APA, 2013) por parte de los menores (Salvador, Arce, Rodríguez y Seijo, 2017) y de los progenitores (Fariña, Redondo, Seijo, Novo y Arce, 2017).

Una de las posibles explicaciones a las discrepancias tan elevada en las tasas de prevalencia proviene de la aceptación de diferentes definiciones de violencia filio-parental y, por extensión, de las medidas. De hecho, conviven en la literatura desde definiciones que implican únicamente la emisión de comportamientos (o amenaza de) de violencia física (Agnew y Huguley, 1989; Foo y Margolin, 1995; Gelles y Straus, 1979; Harbin y Madde, 1979; Kratcoski, 1985; Peek et al., 1985), a otras que añaden violencia psicológica y abuso económico (Calvete, Orue, Gámez-Guadix, y Bushman, 2015; Haw, 2010; Ibabe et al., 2013; Kethineni, 2004); desde unas que requieren de un único acto (Cottrell y Monk, 2004; Moral, García, Cuetos, y Sirvent, 2017), a otras que precisan de reiteración (Holt, 2013); o de unas que exigen conciencia de causar daño (se excluye la derivada de patologías, drogodependencias u homicidios, o intento de, sin historial de violencia), a otras que no (Cottrell, 2001; Harbin y Madden, 1979; Holt, 2013; Laurent y Derry, 1999; Loinaz, Andrés-Pueyo, y Pereira, 2017).

En la misma línea, los instrumentos de medida son muy dispares en la evaluación de la violencia filio-parental. Así, la Conflict Tactics Scale —Child Parents (Straus y Fauchier, 2008) mide la violencia verbal (psicológica) por medio de gritos, insultos y amenazas a los progenitores y la física por la emisión de bofetadas, golpes, patadas o puñetazos. Por otro lado, la Escala de Violencia Intra-Familiar (Ibabe y Jaureguizar, 2011), mide la violencia física por acciones que implican pegar a los progenitores, y la psicológica, por insultos, amenazas o chantajes (a los últimos se refieren como abuso emocional, una forma de abuso psicológico). En la misma línea, el Adolescent Child-to-Parent Aggression Questionnaire (Calvete et al., 2013), señala comportamientos como empujar, pegar, golpear o dar patadas a los progenitores como los constituyentes de la violencia física; mientras que gritar, insultar, chantajear, intención de molestar y desobedecer conforma la violencia psicológica; y coger dinero sin permiso, sería abuso económico. Paradójicamente, ninguno de estos instrumentos evalúa la reiteración, que es un aspecto crítico, sobre todo, en la violencia psicológica; ni la intención de causar daño; así como tampoco el daño causado (Arce, Fariña, y Vilariño, 2015).

A este respecto, es de obligada referencia la definición de víctima de las Naciones Unidas (1985) (la violencia filio-parental supone la asunción de una víctima, progenitor o tutor) "víctimas significa personas que, individual o colectivamente, han sufrido daños, incluidos daños físicos o mentales, sufrimiento emocional, pérdida económica o un menoscabo sustancial de sus derechos fundamentales". En suma, sin víctima no hay violencia filio-parental y para ésta, se requiere de daño físico, psicológico (daño mental, sufrimiento emocional), financiero o un menoscabo de los derechos fundamentales. Así pues, las conductas tipificadas como violencia filio-parental han de causar daño para que adquiera tal naturaleza. La identificación del daño no es un problema cuando se trata de violencia física (e.g., patadas, bofetadas, golpes); sin embargo, en la violencia psicológica, incluido el abuso emocional, ya no acontece igual, al menos, en cómo se ha definido. Así, desobedecer, gritar, insultar o chantajear no tiene porqué causar daño y, por tanto, de forma purista, no habría víctima, ni violencia psicológica filio-parental.

Tal y como se ha expuesto previamente, a nivel teórico se ha recurrido a la teoría del aprendizaje social (Bandura y Walters, 1959, 1963) para explicar la violencia filio-parental (Rybski, 1998). Acorde a esta teoría se sostiene que las conductas violentas que los progenitores emplean para relacionarse, tanto entre sí (victimización vicaria) como con los hijos (victimización directa), sirven de modelo para que los hijos aprendan por modelado

(Cotrell y Monk, 2004; Ulman y Straus, 2003). Sobre esta base, Brezina (1999) propone dos modelos complementarios explicativos de cómo el tiempo media la relación entre la agresión de los progenitores al hijo y de la violencia filio-parental, y consecuente; y, posteriormente, la agresión de hijo a padre inhibe la agresión de padres a hijos. No hay reciprocidad, sino compensación (efectos rezagados). El modelo 2 predice efectos recíprocos (simultáneos o cercanos en el tiempo) entre la violencia entre progenitores e hijos y la violencia entre progenitores (violencia bidireccional). Si bien, la teoría y los modelos derivados del aprendizaje social han recibido apoyo general, se han encontrado resultados contrarios a los modelos (Robinson, Davidson y Drebot, 2004).

En cuanto a los moderadores de la relación entre la violencia entre progenitores y descendientes, se han considerado, tanto los tipos de victimización infantil (directa y vicaria) como el tipo de violencia ejercida por los descendientes (física y psicológica). Tanto el tipo directo de victimización infantil, (Calvete et al., 2011; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Hartz, 1995; Ibabe, 2015; Kennedy et al., 2010; Kratcoski, 1985; Maxwell y Maxwell, 2003; Meredith, Abbot y Adams, 1986; Ulman y Straus, 2003) como el tipo vicario (Calvete et al., 2011; Carlson, 1990; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Ibabe, 2015; Kennedy et al., 2010; Livingston 1986; Ulman y Straus, 2003) se cree que aumentan la probabilidad de desarrollar conductas violentas ascendentes, encontrándose resultados similares en poblaciones comunitarias (Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Ibabe, 2015; Margolin y Baucom, 2014) y judiciales (Contreras y Cano, 2014, 2016; Kennedy et al., 2010).

Ante este estado de la cuestión, se plantea el presente estudio con el objetivo realizar una revisión meta-analítica que abarque los siguientes puntos:

- Conocer si la victimización infantil, esto es haber sido víctima directa o vicaria de malos tratos durante la infancia, predice la aparición de la violencia filio-parental.
- Estudiar los efectos de los moderadores analizados en la literatura y la consistencia de los resultados entre los diferentes tipos de población (comunitaria y judicial).
- Comparar el soporte empírico subyacente a los modelos explicativos; cuantificar la probabilidad incremental de exhibir violencia filio-parental en relación con la victimización (directa y vicaria)
- Estudiar la validez incremental entre los predictores.

- Cuantificar las tasas de clasificación de los instrumentos de medición de la violencia filio-parental.

Más concretamente, se plantean las siguientes hipótesis de estudio:

- H1: Se espera encontrar una relación positiva entre la victimización paterna, esto es, haber sido víctima (victimización directa) o testigo de malos tratos (victimización vicaria) durante la infancia, con el posterior desarrollo de conductas violentas ascendentes (violencia filio-parental).
- H2: Se prevé que la victimización directa revele un tamaño del efecto de mayor magnitud en relación con la violencia filio-parental, que la victimización vicaria.
- H3: Se aguarda que la tipología de la violencia filio-parental medie diferencias en función del tipo de victimización sufrida.
- H4: Se espera que la victimización medie una relación más robusta en la población judicial en contraste con la población comunitaria.

2. MÉTODO

2.1. Búsqueda de estudios

Para llevar a cabo una búsqueda exhaustiva de la literatura científica se procedió con una aproximación multimétodo resultante del empleo de cuatro estrategias diferentes de búsqueda: en el meta-buscador Google Scholar; en las bases de datos de referencia científica PsycInfo, Web of Science y Scopus; en los portales bibliográficos Dialnet, TESEO y Psycodoc; y en las referencias bibliográficas de los artículos seleccionados.

Para la búsqueda electrónica, las palabras clave fueron generadas por un sistema de aproximaciones sucesivas, agregando aquellas de relevancia para la temática, incluidas en los artículos identificados. Finalmente, las palabras clave empleadas fueron “child to parent violence”, “violence against parents”, “parent abuse”, “family violence”, “intrafamily violence”, “parent to child violence”, “domestic violence”.

2.2 Criterios de inclusión y exclusión

Teniendo en cuenta los objetivos planteados en este trabajo, para la inclusión de los estudios primarios en el meta-análisis se siguieron los siguientes criterios: (1) que incluyera datos sobre alguna forma de victimización y contase con una medida de violencia filio-parental; (2) que aportara algún tipo de estadístico que permitiera calcular el tamaño del

efecto (medias, desviación estándar, error estándar) u otro estadístico que pudiera ser convertido a tamaño del efecto. En aquellos casos en que se omitía algún dato crítico para el cómputo del tamaño del efecto, se solicitó a los autores del artículo.

Con la aplicación de estos criterios se obtuvieron finalmente 23 estudios primarios que cumplieran los criterios de inclusión. De estos 23 estudios, 4 han sido eliminados, uno por imposibilidad de obtener una estimación de la hipótesis planteada, y los restantes por duplicación de la muestra. De los 19 estudios restantes, se obtuvieron un total de 26 tamaños de efectos para el análisis de la relación entre la violencia filio-parental y la violencia de progenitores a hijos, mientras que los tamaños de efectos para los moderadores oscilaron entre los 6 y los 18.

2.3 Codificación

Tras finalizar la selección de artículos se procedió a la codificación de los mismos en base a la siguiente información (a) la referencia del artículo, (b) el tamaño de la muestra del estudio, (c) el tamaño del efecto y (d) la fiabilidad de los instrumentos empleados (tabla de codificación disponible en anexos). Posteriormente, se realizó una búsqueda de posibles variables moderadoras, cada evaluador por separado, obteniéndose un acuerdo inter-jueces ($Kappa=1$) para la tipología de la violencia ejercida (violencia filio-parental física y psicológica, incluyendo esta categoría el maltrato emocional), para la muestra (población comunitaria y población judicial) y para los tipos de victimización (directa y vicaria).

2.4 Análisis de datos

Los tamaños del efecto se tomaron directamente de los estudios primarios (correlacionales) cuando se proporcionaban en correlaciones (r). En los estudios experimentales se computó δ Hedges y Olkin's (1985), derivado del procedimiento de Kraemer y Andrews (1982). La δ se calculó contrastando la proporción observada en el estudio (violencia filio-parental) con un valor de prueba. Como valor de prueba, se calculó la proporción media ponderada del tamaño de la muestra de casos registrados de violencia filio-parental (i.e., la probabilidad de ejercer violencia ascendente entre aquellos menores que no fueron objeto de victimización) en los grupos control de los estudios experimentales. Así, el tamaño del efecto fue estimado por la diferencia de la inversa de la función de distribución normal acumulativa, Φ^{-1} , siendo δ la diferencia de la función inversa de la probabilidad

observada de la violencia filio-parental en el grupo experimental menos el valor de prueba, $\delta_1 = \Phi^{-1}(\hat{p}_1^E) - \Phi^{-1}(\hat{p}_1^C)$. Luego, los valores de δ se transformaron en correlaciones mediante la fórmula $\sqrt{\frac{\delta^2}{4 + \delta^2}}$.

Con los tamaños del efectos de los estudios primarios se realizó un meta-análisis psicométrico correlacional, siguiendo el procedimiento de Hunter y Schmidt (2015), de modo que los tamaños del efecto observados se ponderaron por el tamaño de la muestra (r_w) y corrigieron por falta de fiabilidad del predictor y del criterio (ρ). En cuanto al estudio de los moderadores de la relación observada entre el predictor y el criterio, la regla de decisión aplicada se extrajo de la varianza de la cantidad de error explicada por la varianza artificial. Sobre esta cuestión, Schmidt y Hunter (1981) encuentran que los artefactos representan, en promedio, el 72% de la varianza de error, con una regla de decisión del 75%, es decir, si los artefactos explican menos del 75% de la varianza, entonces los moderadores están presentes. En el presente meta-análisis, esta regla de decisión puede disminuir ligeramente ya que no se corregirá por la restricción en el rango (la restricción del rango y el error de medida representan en conjunto alrededor del 15% de la varianza).

En este contexto de investigación, los estadísticos U de Cohen, Cohen's U , BESD (Binomial Effect Size Display), PS (Probabilidad de superioridad) y q de Cohen, se han mostrado muy útiles para completar los resultados de los meta-análisis y dotar de valor práctico a los mismo (Amado, Arce, Fariña, y Vilariño, 2016; Amado, Arce, y Herraiz, 2015; Fariña, Redondo, Seijo, Novo, y Arce, 2017). Como la eficacia del tratamiento no se examinó en el diseño de los estudios primarios, BESD fue sustituido por el índice de pronóstico. A partir de esta cuestión, se calculó la validez incremental entre dos predictores (proporción de mejora en la predicción de los mayores sobre los menores) y la diferencia entre los índices de predicción $E_1 - E_2$ (Guilford y Fruchter, 1978).

2.4.1 Fiabilidad de la medida (predictor y criterio)

No todos los estudios primarios informaban sobre la fiabilidad de los instrumentos de medida empleados para medir tanto la victimización (predictor) como la violencia filio-parental (criterio). En aquellos estudios en los que no figuraba, se empleó la fiabilidad del instrumento original. Asimismo, se computó una fiabilidad promedio para los estudios con multiplicidad de medidas, a partir de diferentes instrumentos, para una misma variable (i.e., violencia filio-parental, violencia de progenitores a hijos. Finalmente, en aquellos estudios

que carecían de medidas de fiabilidad del criterio o del predictor (dificultad para el establecimiento de la ground truth/gold standard) se corrigió el tamaño del efecto observado a partir de una distribución artificial de las fiabilidades (Hunter y Smith, 2015).

3. RESULTADOS

3.1 Estudio de Outliers

Previamente al cálculo del propio meta-análisis se llevó a cabo un estudio de los valores outliers en el meta-análisis general, esto es, la magnitud de la asociación entre la violencia filio-parental y la victimización, con el objetivo de identificar estudios extremos, teniendo la cautela de no eliminar moderadores (Tukey, 1960). Para ello, utilizamos el criterio de $\pm 1,5 \cdot \text{IQR}$ para identificar valores outliers, y $\pm 3 \cdot \text{IQR}$ para identificar valores extremos, no hallándose ni extremos, ni outliers.

3.2 Metanálisis general

Los resultados del meta-análisis de violencia filio-parental (véase Tabla 8) revelaron un tamaño del efecto (ρ) positivo (entre haber estado expuesto a violencia directa o vicaria durante la infancia y el desarrollo de conductas violentas hacia los progenitores), significativo (el intervalo de confianza no contiene el valor 0), y verdadero de magnitud moderada ($\rho = .36$) (i.e., corregido por la falta de fiabilidad en criterio y predictor) que explica el 13.0% de la varianza. Los resultados son generalizables al 90% de cualquier otra muestra (el intervalo de credibilidad no tenía valor 0) con un tamaño del efecto inferior (límite inferior del intervalo) de .18 (entre pequeño, .1, y mediano, .3). Además, los menores que hayan sido victimizados por sus progenitores tienen un 71% más de probabilidades (Probabilidad de superioridad, PS) de ejercer violencia filio-parental, sobre aquellos que no experimentaron ningún tipo de victimización, en tanto que la área de distribución de las poblaciones de violencia filio-parental y no violencia filio-parental no se superponen en el 46% (U_1), es decir, son totalmente independientes en las conductas de violencia ejercidas hacia los progenitores, y la correcta clasificación de los menores agresores (U_2) sería del 65% (un 15% sobre el azar, 50%) y del 78% (28% sobre el azar) de no agresores (U_3). Atendiendo a los argumentos que consideran que el tipo de violencia a la que han sido expuestos los menores (directa y vicaria), puede mediar diferencias en la violencia filio-parental (Calvete et al., 2015; Ibabe et al., 2014), se procedió a analizar ambos tipos de violencia por separado. El mismo patrón de resultados (es decir, un tamaño de efecto verdadero positivo, significativo, generalizable y de

mediana magnitud) se observó en la victimización directa y vicaria (ver Tabla 1), explicando 16.8% y 13.7%, respectivamente; con una independencia total entre las poblaciones de 52 y 47%, una tasa de clasificación correcta de 67% y 66% para los agresores, y de 82% y 79% para los no agresores; con una probabilidad más alta de ejercer violencia ascendente de 74% y 71%, para la victimización directa y vicaria, respectivamente. Del mismo modo, los resultados son generalizables al 90% a otras muestras con un tamaño mínimo del efecto situado entre .19 y .24. Comparativamente, la victimización directa y la victimización vicaria del menor se relacionan por igual con la violencia filio-parental, $q_s = 0.048$, ns, siendo el porcentaje de incremento ($E1 - E2$) de la predicción de la violencia filio-parental de la victimización directa (sobre la vicaria) del 1.7%. Así, la victimización directa y vicaria del menor se relaciona por igual con la violencia filio-parental.

Tabla 7. Resultados de los Meta-análisis Correlacionales de la Victimización y la Violencia Filio-parental

	<i>k</i>	<i>N</i>	<i>r_w</i>	<i>SD_r</i>	<i>p</i>	<i>SD_p</i>	%Var	95% <i>CI_p</i>	80% <i>CI_p</i>
Victimización	26	9521	.28	0.1189	.36	0.1378	18.48	.30, .42	.18, .54
Directa	14	6406	.31	0.1100	.41	0.1299	20.02	.33, .49	.24, .58
Vicaria	14	5983	.27	0.1133	.37	0.1408	16.68	.29, .45	.19, .55

Nota. *K*: número de muestras independientes; *N*: tamaño total de la muestra; *r_w*: correlación observada ponderada por el tamaño de la muestra; *SD_r*: desviación estándar observada ponderada por el tamaño de la muestra; *p*: correlación verdadera; %Var: porcentaje de varianza observada atribuible a artefactos estadísticos; 95% *CI_p*: límites inferior y superior del intervalo de confianza del 95% para la correlación verdadera; 80% *CI_p*: límites inferior y superior del intervalo de credibilidad del 80%.

Sin embargo, los moderadores median los efectos (la varianza porcentual de las correlaciones observadas atribuibles a errores artificiales es inferior al 75%). Por lo tanto, es necesario el estudio de los moderadores de dicha relación.

3.3 Estudio de moderadores

La tipología de la violencia filio-parental (i.e., física y psicológica) mostró un efecto verdadero positivo, significativo y de magnitud moderada, tanto para la violencia física como psicológica ($p = .31$ y $.33$), explicando la victimización paterna el 9,6% y el 10,9% respectivamente (véase tabla 2). Los resultados son generalizables al 90% de muestras futuras con un tamaño de efecto mínimo de .19 y .26 (entre pequeñas y medianas). La probabilidad de que la victimización de progenitor a hijo (en comparación con las no víctimas de violencia de progenitor a hijo) produjera violencia física hacia los progenitores fue del 68% y 69% de la

violencia psicológica, mientras que las áreas de población de menores agresores y menores no agresores fueron completamente independientes con 41% y 43%, respectivamente, de violencia física y psicológica hacia los progenitores; la clasificación correcta de los agresores fue 63% y 64%, y los no agresores 74% y 76%. Asimismo, la comparación del tamaño del efecto del tipo de violencia ejercida sobre los progenitores, física o psicológica, mostró que ambos tipos de violencia estaban igualmente relacionados, $q_s = 0.022$, ns, con la victimización paterna, con un incremento porcentual en la violencia psicológica hacia los progenitores (en comparación con la física) de solo 0.7%.

Tabla 8. Resultados Meta-análisis Correlacional para las Tipologías de Violencia Filio-parental Física y Psicológica

Tipología VFP	<i>k</i>	<i>N</i>	r_w	SD_r	ρ	SD_p	%Var	95% CI ρ	80% CV ρ
Física	6	4618	.25	0.0685	.31	0.0847	20.02	.23, .39	.19, .41
Psicológica	6	4618	.25	0.0623	.33	0.0546	39.33	.27, .39	.26, .40

Note. *K*: número de muestras independientes; *N*: tamaño total de la muestra; r_w : correlación observada ponderada por el tamaño de la muestra; SD_r : desviación estándar observada ponderada por el tamaño de la muestra; ρ : correlación verdadera; %Var: porcentaje de varianza observada atribuible a artefactos estadísticos; 95% CI ρ : límites inferior y superior del intervalo de confianza del 95% para la correlación verdadera; 80% CV ρ : límites inferior y superior del intervalo de credibilidad del 80%.

El segundo moderador de la relación entre la victimización y la violencia filio-parental que se ha considerado para su análisis es el tipo de población (i.e. judicial y comunitaria-clínica) (Rosado, Rico, y Cantón-Cortés, 2017). Los resultados de este meta-análisis (véase Tabla 9) revelan un tamaño del efecto verdadero positivo, significativo, de magnitud moderada ($\rho=.36$ y $.42$ muestra comunitaria y judicial respectivamente), que explicaría el 12,9 y el 17,6% de la varianza. Los resultados son generalizables al 90%, con un tamaño de efecto mínimo de $.18$ (entre pequeño y mediano), y $.30$ (mediano) para la población comunitaria y judicial, respectivamente. En cuanto a la probabilidad de superioridad, los menores de la muestra comunitaria que hayan sufrido algún tipo de victimización (directa o vicaria) tienen una probabilidad de ejercer violencia filio-parental del 71%, elevándose esta a un 74% para los menores pertenecientes a la población judicial. La independencia de las áreas fue de 46 y 54% para la comunidad y la población judicial, respectivamente, y la clasificación correcta de los agresores fue de 65 y 68%, y los no agresores 78 y 82%. La comparación entre ambas poblaciones en la magnitud de la relación entre la victimización y la violencia filio-parental, mostró una relación igualmente intensa, $q_s = 0.071$, ns, con el aumento porcentual en la

predicción de la violencia filio-parental en la población judicial del 2,5% en comparación con la población comunitaria.

Tabla 9. Resultados del Meta-análisis Correlacional Según el tipo de Población (Comunitaria y Judicial)

Población	<i>k</i>	<i>N</i>	<i>r_w</i>	<i>SD_r</i>	<i>ρ</i>	<i>SD_p</i>	%Var	95% CI _ρ	80% CV _ρ
Comunitaria	18	8969	.28	0.1190	.36	0.1424	13.87	.29, .43	.18, .54
Judicial	9	859	.39	0.1223	.42	0.0900	51.71	.33, .51	.30, .53

Note. *K*: número de muestras independientes; *N*: tamaño total de la muestra; *r_w*: correlación observada ponderada por el tamaño de la muestra; *SD_r*: desviación estándar observada ponderada por el tamaño de la muestra; *ρ*: correlación verdadera; %Var: porcentaje de varianza observada atribuible a artefactos estadísticos; 95% CI_ρ: límites inferior y superior del intervalo de confianza del 95% para la correlación verdadera; 80% CV_ρ: límites inferior y superior del intervalo de credibilidad del 80%.

4. CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN

De los resultados de los meta-análisis realizados se derivan las siguientes conclusiones:

- I. La exposición de los hijos a violencia parental es un predictor significativo de la violencia filio-parental. Además, la evidencia de que no existen estudios inconvenientes (contrarios a la hipótesis) y de que los resultados pueden ser generalizados a otras muestras (el 90% de los estudios de la misma población encontrarán un tamaño del efecto mínimo igual o superior a una *r* de .18), otorga naturaleza de hecho (Popper, 1961) a la hipótesis que sostiene que la victimización predice la violencia filio-parental. De los modelos explicativos derivados de la teoría del aprendizaje social, los diseños de investigación empleados en los estudios se limitaron a testar si la victimización predice la violencia filio-parental, dando apoyo al modelo de compensación (efectos retardados). Ningún estudio sometió a prueba la bidireccionalidad del modelo. En otras palabras, los resultados proporcionan sustento a que la violencia filio-parental es una consecuencia de la victimización (compensación). Lo que queda por determinar es si los efectos recíprocos (i.e.s., simultáneos o cercanos en el tiempo) también pueden explicar la relación entre la violencia filio-parental y la victimización (bidireccionalidad). Las futuras investigaciones deberían centrarse en probar si la violencia entre progenitores y descendientes es realmente bidireccional, es decir, en las dos direcciones.
- II. En términos de utilidad práctica, la probabilidad de ejercer violencia filio-parental en los menores que fueron victimizados por sus progenitores estaba alrededor de un 70% por

encima de la línea de base (menores no victimizados por sus progenitores) en diferentes condiciones (población, tipo de violencia y tipo de victimización). En consecuencia, la violencia de progenitores a descendiente desencadenó una respuesta de violencia filio-parental de alrededor del 70%.

- III. En cuanto a la práctica, los resultados de los meta-análisis también mostraron que la victimización de los progenitores a los descendientes clasificaba correctamente a poco menos del 50% de los menores en agresores ascendentes y no agresores, siendo aproximadamente el doble ($OR \approx$) para los no agresores ascendentes (NoVFP) (que van más allá de la probabilidad, es decir, 50%, de 24 a 32%) que para los agresores ascendentes (que van de 13 a 18%). Por lo tanto, la ausencia de victimización resultó un mejor predictor de la no agresión ascendente que la victimización de la violencia filio-parental. 50% de la población de menores
- IV. Aproximadamente, un poco menos del 50% de la población de menores (independencia total de la distribución de las poblaciones de agresores y no agresores) se clasificaron con las mediciones de los estudios (es decir, en un continuo, no en categorías binarias) como agresores y no agresores genuinos de violencia filio-parental. Por el contrario, un poco más del 50% de la población de menores no puede ser clasificada en relación a la victimización paterna. Esto significa que la medición real no discrimina de manera efectiva entre estas dos poblaciones. En resumen, los menores delincuentes y no delincuentes comparten comportamientos que los instrumentos de medida evalúan como violencia hacia sus progenitores. Por lo tanto, investigaciones futuras deben contemplar en sus diseños la medida independiente de ambos grupos.
- V. Los resultados muestran que ambos tipos de victimización, directa y vicaria fueron predictores robustos y significativos (i.e., magnitud moderada del tamaño del efecto y generalizable a otras muestras) de la violencia filio-parental. Además, el valor predictivo de ambos factores sobre la violencia filio-parental fue muy similar, con un incremento en la validez predictiva del mayor predictor (victimización directa) y del menor (victimización vicaria) prácticamente inexistente (1,7%). Sin embargo, los resultados empíricos se ven sistemáticamente influenciados por sesgos metodológicos que conduce a conclusiones erróneas. Los sesgos del método observado en los estudios primarios incluyeron efectos de fuente comunes (por ejemplo, motivo de consistencia; deseabilidad social); efectos característicos de los ítems (por ejemplo,

deseabilidad social de los ítems); efectos del contenido de los ítems (por ejemplo, mezcla de ítems y construcciones) y efectos del contexto de la medición (por ejemplo, criterio y predictor medidos en el mismo punto temporal y con los mismos sujetos) (Podsakoff, MacKenzie, Lee y Podsakoff, 2003). Estas fuentes de sesgo de método indican que la varianza se atribuye al método de medición en lugar de a las variables de medición (varianza de método común). Por lo tanto, estos resultados no son válidos.

Una solución propuesta para esto es la prueba de un solo factor de Harman. Esta fue probada con el predictor de victimización (ver arriba). Sin embargo, este remedio estadístico es insuficiente, ya que se desconocen los principales efectos de la victimización directa y vicaria y su interacción. Por lo tanto, para determinar el valor predictivo de la victimización directa y vicaria y su interacción con la violencia entre menores y progenitores, los diseños empíricos deben implicar la creación de un factor de exclusión de grupos de menores víctimas directas y vicarias. Esto subraya que debería definirse un criterio rígido (gold standard) para clasificar a los menores que ejercen violencia hacia sus progenitores y a los no. Una propuesta para resolver esta cuestión es el test de un solo factor de Harman. Esta solución se probó con el predictor de victimización (ver arriba). No obstante, este remedio estadístico es insuficiente ya que los efectos principales para la victimización vicaria y directa así como su interacción siguen siendo desconocidos. Por lo tanto, para determinar el valor predictivo de la victimización directa o vicaria y su interacción con la violencia filio-parental, los diseños empíricos deberían contemplar la creación de un factor que excluya los grupos de victimización directa y vicaria.

- VI. La violencia de los progenitores a los descendientes predice significativamente, con un tamaño del efecto moderado y generalizable, ambas tipologías de violencia filio-parental, física y psicológica. El poder predictivo fue análogo para ambas tipologías de violencia, y no hubo validez incremental (0.7%) del predictor más alto (psicológico) sobre el inferior (físico). Las mismas fuentes de sesgos encontradas para la victimización directa y vicaria fueron encontradas en estos resultados, teniendo que concluir de idéntica manera. Por lo tanto, estos resultados deben volver a probarse con los diseños empíricos antes mencionados.

VII. Los resultados del meta-análisis de población comunitarias y judiciales muestran que la violencia de progenitores a hijos predijo la violencia filio-parental. Esta predicción no solo fue significativa, sino que tuvo un tamaño de efecto medio-grande y se generalizó a toda la comunidad y a las poblaciones judiciales. Inesperadamente, el valor predictivo medio fue igual para ambas poblaciones y no hubo una validez incremental relevante (i.e. 2.5%) de la predicción en la población judicial (la sentencia judicial sirve como un gold standard para clasificar a todos ellos como auténticos agresores ascendentes; por lo tanto, se esperaba que en esta población la victimización previa predijera una mayor tasa de violencia filio-parental) sobre la comunidad. Buscando las causas de esta cuestión, se encontraron diferencias significativas, $q_s=0.128$, $p<.01$, entre el límite inferior del 80% del intervalo de credibilidad, pero no para el límite superior, $q_s=0.014$, *ns*. Sin embargo, el límite inferior observado del 80% del intervalo de credibilidad para la población comunitaria estableció un poder predictivo mínimo de un tamaño de efecto pequeño a mediano ($r=.18$). En otras palabras, los instrumentos de medición utilizados clasificaron a más del 90% de los menores de la comunidad como agresores. Sin duda, esto implica un sesgo metodológico y requiere la definición estricta de los criterios (por ejemplo, la toma de decisiones judiciales) para clasificar correctamente a los menores que ejercen violencia filio-parental en la población comunitaria.

En conclusión, los estudios primarios sobre la relación entre la violencia de progenitores a hijos y la violencia filio-parental, conllevan ciertas limitaciones que deben tenerse en cuenta en investigaciones posteriores. La literatura se ha centrado exclusivamente en la victimización infantil por parte de los progenitores como predictor de la violencia ascendente, y ha pasado por alto el análisis simultáneo de la violencia filio-parental y la violencia de padres a hijos, y la violencia de los descendientes a progenitores como predictora de la violencia paterna a los hijos (Bartle-Haring, Slesnick, y Carmona, 2015; Moylan et al., 2010). Por lo tanto, investigaciones futuras debería centrarse en el análisis simultáneo de la violencia filio-parental y la violencia ejercida por la figura parental hacia los descendientes, así como la violencia ascendente como predictora de la violencia de progenitores a hijos. La medición de ambas manifestaciones de violencia debe llevarse a cabo utilizando otros instrumentos de medición (Calvete, Gámez-Guadix y Orue, 2014), con criterios rígidos y claramente definidos para clasificar los tipos de violencia. Además, todos los sesgos del método observados en la

literatura (estudios primarios) deben ser controlados o mitigados en el diseño de investigaciones futuras. Por último, deberían evaluarse los posibles moderadores pertinentes de la relación entre la violencia de progenitores a descendientes y la violencia filio-parental, como el género del menor o el valor predictivo de la violencia de progenitores a hijos en otros contextos, como la violencia en el noviazgo (Stith et al., 2000).

Se concluye el presente estudio afirmando que la violencia de los progenitores a los descendientes, sea esta victimización de forma directa o vicaria, se presenta como un predictor robusto de la violencia filio-parental. Las implicaciones prácticas de estos resultados están orientadas a enfatizar la necesidad de intervenir con la totalidad del sistema familiar en los casos de violencia filio-parental.



**ESTUDIO II: CARACTERIZACIÓN DE LA
VIOLENCIA FILIO-PARENTAL EN
UNA MUESTRA DE MENORES**



1 INTRODUCCIÓN

El comportamiento antisocial es uno de los tópicos que ha suscitado mayor interés en el ámbito de la Psicología Jurídica y Forense (Arce, Seijo, Fariña, y Novo, 2004). La violencia filio-parental, como forma específica de violencia ha permanecido oculta durante décadas, adquiriendo en los últimos años una mayor visibilidad. En nuestro país, las memorias anuales de la Fiscalía General del Estado, ponen de manifiesto el incremento sostenido de esta casuística. Así, la según datos de la última memoria disponible, en 2015 fueron 4898 causas, en 2016, 4.355 y en 2017 ascendieron a 4.665 (Fiscalía General del Estado, 2018). Esta modalidad delictiva alcanza cifras elevadas en el conjunto de la década, y se califica como “un mal endémico de la sociedad, consecuencia de una crisis profunda de las pautas educativas y de los role paterno filiales” (p. 678).

Frente a esta realidad social y jurídica, ha ido *in crescendo* el interés de la comunidad científica en este fenómeno, aunque siguen siendo muy escasos los estudios específicos de violencia filio-parental (Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Lyons et al., 2015), focalizándose la mayor parte en el análisis de las características socio-familiares (p.e., Calvete et al., 2011; Ibabe, 2015). Además, hasta la actualidad, no contamos con líneas de investigación en nuestro país que, desde una perspectiva relacional y ecológica (Farrington y Ttofi, 2011; Foshee et al., 2015; Rodkin, Espelage, y Hanish, 2015), se aproximen al estudio de las distintas formas de violencia que ejercen los menores en diferentes contextos (hacia iguales, y/o hacia parejas).

2 HIPÓTESIS

Partiendo de estas consideraciones y del estado de la cuestión, en este estudio nos planteamos como objetivos generales, analizar en una muestra comunitaria la prevalencia de la violencia filio-parental, la relación con factores psicológicos y sociofamiliares, así como con otras formas de violencia, esto es, una aproximación inter-contextos. Para ello, y sobre la base de la literatura revisada, formulamos las siguientes hipótesis:

- Hipótesis 1: Se espera que el sexo de los menores medie diferencias en la violencia filio-parental (física y verbal).
- Hipótesis 2: Se prevé que la edad de los menores incida en los tipos específicos de la violencia filio-parental (física, verbal).

- Hipótesis 3: Se aguarda que la violencia filio-parental medie diferencias, en el ajuste psicológico, personal y escolar como áreas significativas de la actividad de los menores.
- Hipótesis 4: Se espera que la violencia filio-parental medie diferencias en los estilos de socialización parental que perciben los menores.
- Hipótesis 5: Se aguarda relación entre la experiencia de ser victimizado por los progenitores y la violencia filio-parental.
- Hipótesis 6: Se prevé que el ajuste psicosocial de los menores difiera en aquellos que han sido victimizados y no ejercen violencia filio-parental, de aquellos que ejercen dicha violencia e informan de victimización.
- Hipótesis 7. Se espera que la violencia filio-parental guarde relación con otras formas de violencia fuera del ámbito familiar, esto es, una generalización inter-contextos, a las relaciones con los iguales o en las relaciones de noviazgo.
- Hipótesis 8. Se anticipa que los factores descritos desde el modelo ecológico (*ontogenético y microsistema*,) contribuyan a explicar la violencia filio-parental.

3 PROCEDIMIENTO Y DISEÑO

Este estudio se enmarca dentro de un diseño ex post-facto y de tipo retrospectivo (Montero y León, 2005). Para la obtención de la muestra se llevó a cabo un muestreo accidental en distintos centros educativos de la comunidad autónoma gallega. En los centros que accedieron a participar en la investigación se tramitó el consentimiento informado de los padres o tutores y de los menores, previo a su inclusión en el estudio.

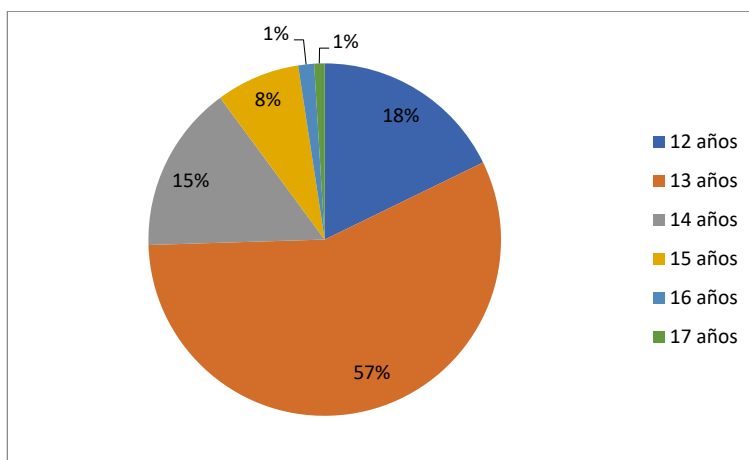
Tras la recopilación de los consentimientos expresos de los progenitores, se procedió a la aplicación de los cuestionarios. Las pruebas fueron administradas de manera colectivas por investigadores entrenados y a lo largo de dos sesiones. Para garantizar la confidencialidad se cumplieron todos los cánones establecidos por la Ley Orgánica 15/99 de Protección de Datos (LOPD).

3.1 Participantes

En el presente estudio, los participantes han sido 210 menores, con edades comprendidas entre los 12 y los 17 años ($M = 13.21$; $DE = 0.94$). La muestra estuvo equiparada por sexo, 103 varones (48.6%) y 107 mujeres (51.4%), $\chi^2(1) = 0.076$, *ns*;

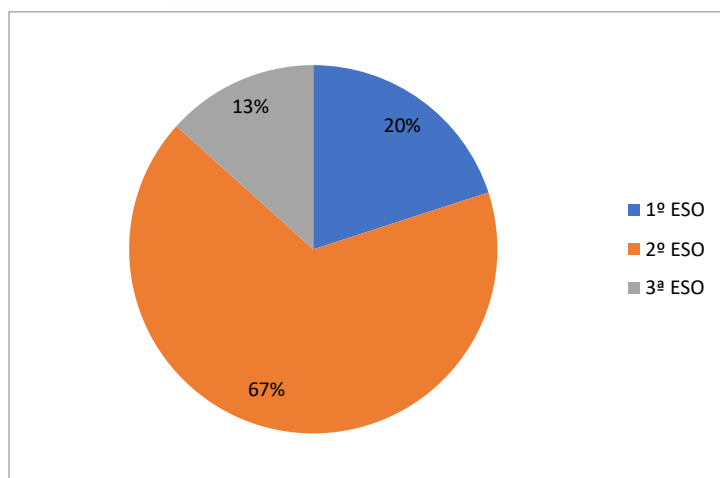
En cuanto a la edad, un total de 155 menores se situaron en el tramo de edad de 12 a 14 años, representando el 73.8% de la muestra frente al 25.2%, con edades comprendidas entre los 14 y 17 años. La distribución detallada por edades y curso escolar se presenta en las figuras 5 y 6 respectivamente.

Figura 5. Distribución por edad



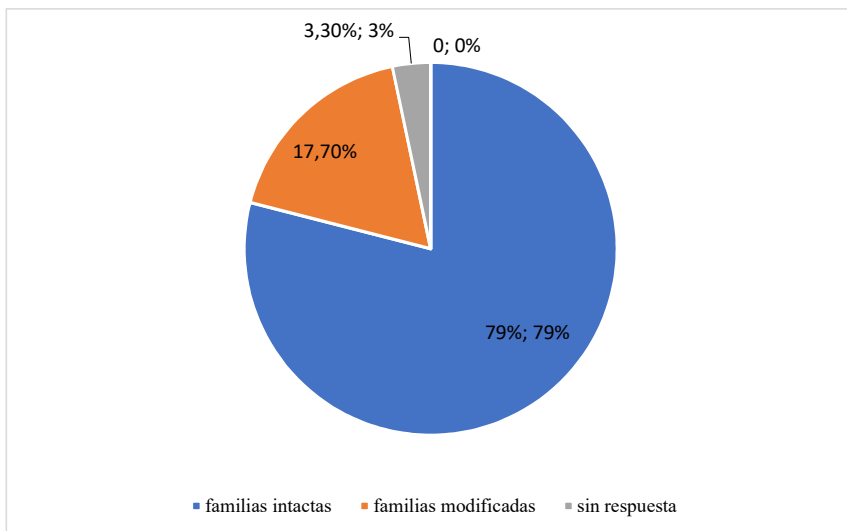
En la figura 6 aparecen reflejadas la distribuciones de los participantes por curso.

Figura 6. Distribución por curso



En lo que respecta a la estructura familiar informada por los participantes (véase figura 7), el 79% provienen de familias intactas, frente a un 17.7% que informan de una modificación de la unidad familiar originaria, siendo la causa principal la separación o el divorcio de los progenitores (14.8%), frente a otros motivos laborales (1.9%) o fallecimiento (0.9%).

Figura 7. Estructura familiar



3.2 Instrumentos de medida

Para la recogida de la datos, se diseñó un cuadernillo de evaluación que contaba con información relativa a variables sociodemográficas (edad, género, nivel educativo, estructura familiar, etc...) (véase anexo 2). Además, se aplicaron los siguientes instrumentos de medida según las variables de interés.

Violencia filio-parental:

- *Escala de Tácticas para Conflictos- Hijo Padres, CTSCP* (Straus y Fauchier, 2008).

Se compone de 6 ítems creados en el contexto del International Parenting Study (Straus y Fauchier, 2008) para evaluar los actos agresivos de hijos a progenitores y obtenidos a partir del CTS-PC (Straus, Hamby, Finkelhor, Moore, y Runyan, 1998). Evalúa violencia física y verbal en una escala: 0 (nunca), 1 (a veces) y 2 (a menudo).

Supone una adaptación de la escala CTSCP, modificando la direccionalidad de los comportamientos evaluados. El formato de respuesta concuerda con la escala original, tomando como período de referencia el último año. Los resultados de la escala fueron dicotomizados atendiendo al criterio de “tolerancia cero”, el cual se sustenta en diferentes textos y directrices internacionales, como la Resolución sobre Tolerancia cero del Parlamento Europeo (Recomendación A4-0250/97). Las puntuaciones distintas a “0” fueron codificadas como “1”, significando este valor la presencia de conductas violentas. Las fiabilidades (Alfa de Cronbach) de la escala fueron de .59 para la figura paterna y .63 para la figura materna.

Ajuste psicológico, personal y académico:

- *Sistema de Evaluación de la Conducta de Niños y Adolescentes* (Reynolds y Kamphaus, 1992; Adaptación española, González, Fernández y Santamaría, 2004) S3 autoinforme.

Este instrumento evalúa numerosos aspectos del comportamiento y la personalidad, incluyendo dimensiones tanto positivas (adaptativas) como negativas (clínicas). Consta de 185 enunciados que han de ser contestados como verdaderos o falsos. El cuestionario contiene 14 escalas agrupadas en escalas clínicas y adaptativas, siendo las clínicas las siguientes: actitud negativa hacia el colegio, actitud negativa hacia los profesores, búsqueda de sensaciones, atipicidad, locus de control, somatización, estrés social, ansiedad, depresión y sentimiento de incapacidad. Por otro lado las escalas adaptativas son: relaciones interpersonales, relaciones con los padres, autoestima y confianza en sí mismo. Se considera que la persona evaluada presenta riesgo en cualquiera de estas dimensiones si tras convertir su puntuación directa en puntuación tipificada (T), esta se encuentra entre 60 y 69; y malestar clínicamente significativo cuando supera la puntuación 70. Asimismo, incluye un Índice F (medida de tendencia negativa a responder de forma negativa sobre el comportamiento del adolescente), un Índice L (tendencia de responder excesivamente positiva por parte del adolescente), un Índice de Consistencia de la Respuesta y un Índice del Patrón de Respuesta. En cuanto a la fiabilidad de las escalas se sitúan entre un $\alpha = .70$ y $\alpha = .90$.

○ *Modified Child Psychopathy Scale (Lynam y Gudonis, 2005 [mCPS]).*

La versión autoinformada del instrumento está formada por 50 ítems en forma de pregunta con un formato de respuesta Verdadero (1), y Falso (0). Los ítems se agrupan en 13 dimensiones globales las cuales conforman dos factores. El Factor 1 recoge los rasgos *afectivos e interpersonales* de Locuacidad, Falsedad, Manipulación, Ausencia de culpa, Pobreza de afecto, Insensibilidad y Ausencia de responsabilidad. Por su parte, el Factor 2 hace referencia a los aspectos más *conductuales* mediante dimensiones de Susceptibilidad al aburrimiento, Estilo de vida parasitario, Descontrol conductual, Falta de planificación, Impulsividad e informalidad (Verschuere, Candel, Van Reenen, y Korebrits, 2012). La escala mCPS (Lynam y Gudonys, 2005), ha sido aplicada previamente en muestras españolas (López, Romero y Luengo, 2011; Romero, Kapralos, y Gómez-Fraguela, 2016) en su versión para padres y con un total de 14 escalas, al incluir la escala Grandiosidad en el factor 1. En este estudio, siguiendo a Verschuere et al. (2012), no se incluyó la escala de Grandiosidad (5 ítems) atendiendo a la baja correlación de la misma con otras escalas del instrumento. La medida de consistencia en esta muestra aporta un $\alpha = .98$, para el total de la escala.

Estilos educativos

○ *Escala de Estilos de Socialización parental en la adolescencia, ESPA29* (Musitu y García, 2004).

Esta escala evalúa los estilos de socialización de los padres en diferentes escenarios, representativos. Los hijos valorarán a su padre y a su madre, por separado, en 29 situaciones. En cuanto al procedimiento, 13 de las 29 situaciones se valoran con las subescalas de afecto e indiferencia. Las 16 situaciones restantes se evalúan a través de la subescala de diálogo (“habla conmigo”), la subescala de displicencia (“le da igual”), la subescala de coerción verbal (“me riñe”), la subescala de coerción física (“me pega”) y, finalmente, la subescala de privación (“me priva de algo”). Cada una de éstas se puntúan en una escala de 4 puntos (1, nunca; 2, algunas veces; 3, muchas veces; y 4, siempre). La disposición de cada una de las actuaciones de los progenitores va variando de manera que se evita los patrones de respuesta asociados al orden de presentación. La fiabilidad del instrumento es de $\alpha = .97$ para la dimensión de aceptación/implicación, y de $\alpha = .96$ para coerción/imposición.

Victimización:

- *Escala de Abuso Físico Modificada de las Escalas de Tácticas para Conflictos, Padres-Hijos* (CTS-PC; Straus, Hamby, Finkelhor, Moore y Runyan, 1998).

Esta escala está compuesta por 6 ítems que miden la frecuencia con la que los hijos son objeto de conductas de abuso físico y verbal por parte de los progenitores (por ejemplo, “¿Con qué frecuencia tus padres te golpearon?”), con un formato de respuesta de tres puntos: 0 (nunca), 1 (a veces) y 2 (a menudo). Cada ítem es contestado en dos ocasiones, una referida a la madre y otra al padre. La consistencia interna de la escala fue de $\alpha=.83$ para la figura paterna y de $\alpha=.78$ para la materna. Los resultados de la escala fueron dicotomizados atendiendo al criterio de “tolerancia cero”, el cual se sustenta en diferentes textos y directrices internacionales, como la Resolución sobre Tolerancia Cero del Parlamento Europeo (Recomendación A4-0250/97). Las puntuaciones distintas a “0” fueron codificadas como “1”, denotando este valor la presencia de conductas violentas.

Violencia en otros contextos:

- *Escala de Tácticas para Conflictos- entre Iguales* (Adaptada de CTSCP, Straus y Fauchier, 2008).

Para medir la violencia entre iguales, se efectuó una adaptación de la escala CTSCP. Al igual que la escala original, examina en 6 ítems la violencia física y verbal, en una escala de 0 (nunca), 1 (a veces) y 2 (a menudo). El formato de respuesta se ajusta a la escala original, tomando como referencia el último año. La fiabilidad del instrumento para la violencia ejercida fue de $\alpha=.87$ y, para la violencia recibida de $\alpha=.83$. Los resultados de la escala fueron dicotomizados atendiendo al criterio de “tolerancia cero”, el cual se sustenta en diferentes textos y directrices internacionales, como la Resolución sobre Tolerancia cero del Parlamento Europeo (Recomendación A4-0250/97). Las puntuaciones distintas a “0” fueron codificadas como “1”, indicando este valor la presencia de violencia.

- *Cuestionario de Violencia Ejercida y Recibida de Jóvenes Adolescentes (VERA)* (Urbiola, 2014; Urbiola, Estévez, e Iraurgi, 2014).

Consta de 28 ítems que describen situaciones violentas, manifiestas y sutiles, en las relaciones de noviazgo entre los jóvenes y adolescentes. La escala proporciona tres medidas de violencia: ejercida, recibida y percibida. Los y las participantes debían responder a cada ítem en una escala tipo Likert cuyos valores oscilaban entre 0 y 5, para la medida de la violencia ejercida y recibida, y en una escala de 0 (no es violencia) a 4 (es muy violento) para la medida de violencia percibida. Además, el cuestionario permite analizar tres tipologías distintas de expresión de la violencia en las relaciones de noviazgo: la violencia sexual, física y psicológica. La fiabilidad del instrumento fue de $\alpha=.86$ para la violencia recibida, y $\alpha=.91$ para la ejercida.

4 ANÁLISIS DE DATOS

Se abordó en primer lugar el cálculo de análisis descriptivos (Cohen, 1998) para estimar la prevalencia. Para las variables categóricas se realizaron tablas de contingencia y se analizaron las diferencias mediante el estadístico chi cuadrado. Para las variables continuas se llevaron a cabo comparaciones de medias entre grupos mediante la Prueba t de Student para muestras independientes, así como análisis de regresión para someter a prueba la validez de los modelos de predicción. El tamaño efecto se computó mediante la d de Cohen para medir la magnitud de las diferencias encontradas, considerándose, pequeña si $d = 0.20$; moderada, si $d = 0.50$ y grande si $d > 0.80$ (Cohen, 1988). Para el análisis de datos se empleó el paquete estadístico SPSS 24.0.

Para la identificación de los casos de menores que ejercen violencia filio-parental, se siguió el criterio “tolerancia cero”, el cual se sustenta en diferentes textos y directrices de órganos e instituciones reconocidas internacionalmente, como la Resolución sobre Tolerancia Cero del Parlamento Europeo (Recomendación A4-0250/97, Resolución 2017/2897). Este enfoque, como ya se ha señalado, facilita la identificación de poblaciones de riesgo y el abordaje desde la prevención comunitaria.

5 RESULTADOS

5.1 Prevalencia de la violencia filio-parental

El análisis de la prevalencia de la violencia ascendente en función de sus diferentes tipologías (i.e. verbal y física) y del género del progenitor (véase Tabla 10), revela que la violencia verbal es la más empleada, tanto hacia la figura materna (51.4%) como hacia la paterna (51.9%). Por su parte, la violencia física alcanza un 1.9% para ambos progenitores.

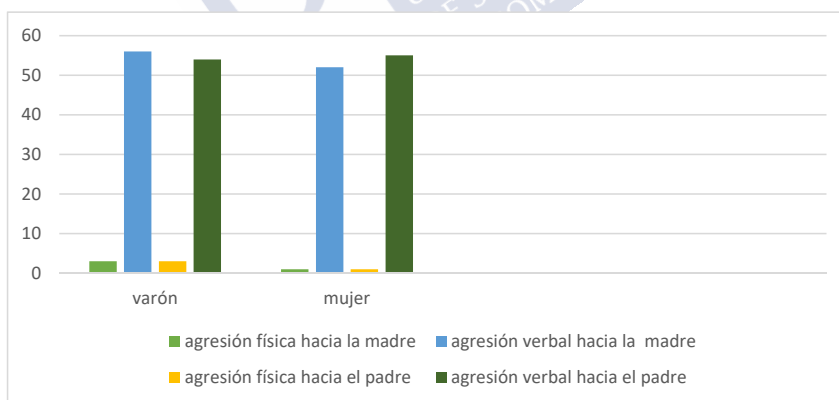
Tabla 10. Prevalencia de Actos Violentos Ejercidos por los Menores (violencia filio-parental)

Violencia filio-parental	Hacia la madre <i>f</i> (%)	Hacia el padre <i>f</i> (%)
Verbal	108 (51.4%)	109 (51.9%)
Física	4 (1.9%)	4 (1.9%)

Nota. *f*(%): frecuencia (porcentaje)

A continuación, en la figura 8 se muestra la distribución de las distintas tipologías de violencia filio-parental, tanto ejercida hacia el padre como hacia la madre, en función el sexo del menor.

Figura 8. Distribución agresiones ascendentes según sexo menor y progenitor



Tal y como se observa en el gráfico, las agresiones propiciadas por los menores a sus progenitores, tanto a la figura materna como paterna, muestran una tendencia muy similar en mujeres y varones, siendo las mujeres las que informan de tasas ligeramente superiores. Para poder determinar el alcance de estas diferencias en base al sexo, se contrastó la violencia total

ejercida hacia la madre y la ejercida hacia el padre, así como la física y la verbal respectivamente para ambos progenitores, mediante la prueba T de Student para muestras independientes (Tablas 11 y 12).

Tabla 11. Comparación de Medias Mediante T de Student en los Tipos de Violencia Dirigidos hacia el Padre en Función del Sexo

Variable	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>M_H</i>	<i>DE_H</i>	<i>M_M</i>	<i>DE_M</i>	<i>d</i>
VFP física padre	.443	.792	.475	1.01	.391	1.14	.078
VFP verbal padre	.347	.806	1.32	1.37	1.25	1.48	.000
VFP total padre	.571	.942	1.68	1.94	1.51	2.21	.082

Nota. gl = 128; *M_H* = Media del grupo de hombres en VFP; *M_M* = Media del grupo de mujeres en VFP; *DE_H* = Desviación estándar del grupo de hombres; *DE_M* = Desviación estándar del grupo de mujeres, *d*=tamaño efecto d de Cohen.

Tabla 12. Comparación de Medias Mediante T de Student en los Tipos de Violencia Dirigidas hacia la Madre en Función del Sexo

Variable	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>M_H</i>	<i>DE_H</i>	<i>M_M</i>	<i>DE_M</i>	<i>d</i>
VFP física madre	-.525	.416	.081	.55	.009	.099	.182
VFP verbal madre	-.583	.085	1.23	1.36	1.36	1.64	.086
VFP total madre	-.667	.168	1.38	1.95	1.58	2.19	.096

Nota. gl = 128; *M_H* = Media del grupo de hombres en VFP; *M_M* = Media del grupo de mujeres en VFP; *DE_H* = Desviación estándar del grupo de hombres; *DE_M* = Desviación estándar del grupo de mujeres. *d*=tamaño efecto d de Cohen.

Los resultados obtenidos permiten dar respuesta a la primera de las hipótesis planteadas en este estudio (*H1: Se espera que el sexo de los menores medie diferencias en la violencia filio-parental física y verbal*). De acuerdo con la literatura previa, se preveía que la violencia filio-parental, tanto de carácter verbal como físico, fuese más frecuente en chicos que en chicas. Sin embargo, los resultados alcanzados en la presente investigación no le dan soporte empírico, al no encontrarse diferencias significativa ($p > .05$), en función del sexo del menor (véase tabla 12). De esta forma, se concluye que no hay diferencias significativas en la tipología de la violencia ejercida en base al sexo (varones o mujeres), tanto hacia la figura materna como paterna, dando respuesta así a la primera hipótesis planteada en el estudio en la que se anticipaba que el género incidiría en las tipologías de la violencia ejercida por los menores. Del mismo modo, estos resultados ponen de manifiesto que no hay diferencias significativas para el total de la violencia filio-parental ejercida por chicos o por chicas.

Una vez analizada la posible influencia del sexo en las manifestaciones de violencia filio-parental, se procedió a indagar si la edad incidía a su vez en dichas manifestaciones, dando paso así a la segunda hipótesis planteada en este estudio (*H2: Se prevé que la edad de los menores incida en los tipos específicos de la violencia filio-parental física y verbal*). Para el análisis, se conformaron dos grupos de edad, el primero en la franja de edad de 12 a 14 años, y el segundo grupo, con edades comprendidas entre los 15 y los 17 años. Los resultados alcanzados informan que no existen diferencias significativas en las tipologías de la violencia filio-parental (i.e. física y verbal) en función de los grupos de edad.

Tabla 13. Comparación de Medias Mediante T de Student en los Tipos de Violencia (Física y Verbal) en Función de Grupos de Edad (grupo 1: 12-14; grupo 2: 15-17)

Variable	<i>T</i> (<i>n</i>)	<i>p</i>	<i>M</i> ₁	<i>DE</i> ₁	<i>M</i> ₂	<i>DE</i> ₂	<i>d</i>
VFP física madre	.689 (198)	.491	.022	.148	.000	.000	.210
VFP verbal madre	-.304 (198)	.761	.536	.500	.571	.507	-.069
VFP física padre	.693 (196)	.489	.022	.149	.000	.000	.208
VFP verbal padre	.286 (195)	.775	.556	.498	.523	.511	.065

Nota.; *M*₁ = Media del grupo de edad 12-14 en VFP; *M*₂ = Media del grupo de edad 15-17; *DE*₁ = Desviación estándar del grupo de edad 12-14; *DE*₂ = Desviación estándar del grupo de edad 15-17; *d*= tamaño efecto de Cohen.

5.2 Ajuste psicológico, personal y escolar

A continuación, se procedió con el análisis del ajuste de los menores que ejercen violencia ascendente en diferentes ámbitos y/o áreas significativas (Amato, 2010), tales como el psicológico, personal y el escolar (*H3: Se aguarda que la violencia filio-parental medie diferencias, en el ajuste psicológico, personal y escolar como áreas significativas de la actividad de los menores*). Para ello, se llevó a cabo la recodificación de la variable (ejerce violencia filio-parental vs. no ejerce violencia filio-parental), siguiendo el criterio Tolerancia Cero (véase procedimiento), hallándose que un total de 109 (51.9%) menores manifestaron haber ejercido violencia verbal ascendente hacia la figura paterna, y 108 (51.4%) hacia la materna. Por su parte, en cuanto a la violencia filio-parental física, únicamente 4 (1.9%) menores informaron de violencia dirigida hacia el padre y hacia la madre (2 casos específicos y 2 casos comunes para ambos progenitores).

Tras esta recodificación de la variable violencia verbal y física, se contrastaron las puntuaciones obtenidas por los participantes en las escalas del BASC, tomando como valor de

prueba el obtenido a partir de la baremación de dicho instrumento (Reynolds y Kamphaus, 1992; Adaptación española, González et al., 2004). Para ello, se ejecutó una prueba T para la comparación de media en las tipologías de violencia, esto es, violencia filio-parental verbal y física, dirigidas tanto hacia la madre como hacia el padre. Seguidamente se presentan los resultados obtenidos (véanse tablas 14-17.)

Tabla 14. Pruebas T Violencia Filio-parental Verbal Hacia la Madre y BASC

Variabes	t	p	M _g	DE _{Mg}	M _{vp}	DE _{Mv}	d
Ajuste psicológico							
Atipicidad	2.59	.011**	5.45	7.01	3.7	3.2	.321
Locus de control	1.58	.118	4.06	3.04	3.6	2.6	.162
Somatización	3.55	.001***	1.71	2.09	1.0	1.3	.407
Estrés Social	2.09	.038*	3.36	3.27	2.7	2.6	.223
Ansiedad	3.07	.003**	8.37	2.27	7.4	3.3	.342
Depresión	3.52	.001***	2.91	3.25	1.8	2.4	.388
Sentido incapacidad	4.05	.000***	4.60	3.33	3.3	2.7	.428
Ajuste personal							
Relaciones interpersonales	-2.15	.033*	13.99	2.92	14.6	2.2	-.235
Relaciones con los progenitores	-.994	.322	7.58	2.19	7.8	1.6	-.114
Autoestima	-2.87	.005**	5.89	2.51	6.6	2.0	-.312
Confianza en sí mismo	.834	.406	8.52	2.36	6.8	1.3	.902
Ajuste Escolar							
Actitud negativa colegio	4.23	.000***	3.11	2.94	1.9	2.4	.451
Actitud negativa profesorado	4.46	.000***	3.76	2.68	2.6	2.2	.473
Búsqueda de sensaciones	1.77	.079	5.25	3.11	4.7	3.0	.180
Índices Globales							
Desajuste Clínico	2.67	.009**	211.26	43.37	200	29.6	.303
Ajuste Personal	-2.763	.007**	189.23	41.01	200.3	28.8	-.312
Desajuste Escolar	3.489	.001***	154.31	31.01	143.8	23.1	.384
Índice de Síntomas Emocionales	2.69	.008**	316.5	64.83	.299	44.6	.306

*Nota. ***p < .001 ** p < .01 *p < .05. gl =105; Valor de prueba obtenido del manual. M_g: media grupo; DE_{Mg}: desviación típica grupo M_{vp}: media valor de prueba; DE_{Mvp}: desviación típica valor de prueba; d = d de Cohen

Tal y como se observa en la tabla 14, en lo que respecta al ajuste psicológico, los menores que ejercen violencia verbal ascendente hacia la figura materna mostraron diferencias significativas en relación con la población normativa (valor de prueba) en las variables *Atipicidad*, *Somatización*, *Estrés social*, *Ansiedad*, *Depresión* y *Sentido de incapacidad*, así como en el índice global de *Desajuste Clínico*, mostrando en todas las escalas mencionadas

mayor desajuste los menores que ejercen violencia filio-parental en relación con la población normativa. En lo que respecta al ajuste personal, se encontraron diferencias significativas en las escalas de *Relaciones interpersonales*, *Autoestima* y en su índice global, mostrando valores de ajuste más bajos los menores que ejercen violencia ascendente. Por otro lado, son varias las escalas de ajuste escolar que resultaron significativas: *Actitud negativa hacia el profesorado*, *Actitud negativa hacia el colegio*, así como también el índice global de *Desajuste Escolar*. Esto es, los menores que ejercen violencia filio-parental presentan más sentimientos hostiles o insatisfacción hacia la escuela y el profesorado, en contraste con la población normativa. Finalmente el *Índice de Síntomas Emocionales* (ISE), indicador de alteraciones emocionales también reveló diferencias significativas, dando cuenta de un mayor malestar emocional en los menores que ejercen violencia.

En cuanto al tamaño del efecto de las escalas que han alcanzado la significación estadística, se observan principalmente tamaños pequeños- mediano. De esta forma, las escalas clínicas de *Atipicidad* ($d = .321$), *Estrés social* ($d = .223$), *Ansiedad* ($d = .342$), *Depresión* ($d = .388$), obtuvieron tamaños del efecto pequeños, al igual que la escala de *Autoestima* ($d = -.312$) de ajuste personal, y la totalidad de los índices globales, esto es, *Desajuste Clínico* ($d = .303$), *Ajuste Personal* ($d = -.312$), *Desajuste Escolar* ($d = .380$) y el *Índice de Síntomas Emocionales* (.306). Asimismo, alcanzaron tamaños del efecto medios las escalas de *Somatización* ($d = .407$), *Sentido de incapacidad* ($d = .428$) del área clínica, y las escalas de *Actitud negativa hacia el colegio* ($d = .451$) y *Actitud negativa hacia el profesorado* ($d = .473$), del área de ajuste personal.

Tabla 15. Pruebas T Violencia Filio-parental Física Hacia la Madre y BASC

Variables	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>M_g</i>	<i>DE_{Mg}</i>	<i>M_{vp}</i>	<i>DE_{Mvp}</i>	<i>d</i>
Ajuste psicológico							
Atipicidad	.863	.452	5.25	1.79	3.7	3.2	.012
Locus de control	1.16	.346	4.75	2.06	3.6	2.6	.490
Somatización	5.00	.015*	4.75	1.50	1.0	1.3	2.67
Estrés Social	.496	.654	3.25	2.21	2.7	2.6	.228
Ansiedad	.767	.499	8.25	2.21	7.4	3.3	.303
Depresión	.527	.635	2.25	11.70	1.8	2.4	.053
Sentido incapacidad	2.49	.088	6.25	2.36	3.3	2.7	1.16
Ajuste personal							
Relaciones interpersonales	-.872	.447	13.25	3.09	14.6	2.2	-.503
Relaciones con los progenitores	-1.93	.149	5.50	2.38	7.8	1.6	-1.13
Autoestima	-.762	.501	5.50	2.88	6.6	2.0	-.443
Confianza en sí mismo	-1.14	.334	6.25	.957	6.8	1.3	-.481
Ajuste Escolar							
Actitud negativa colegio	15.93	.001**	6.50	.577	1.9	2.4	2.63
Actitud negativa profesorado	2.28	.107	6.25	3.20	2.6	2.2	1.32
Búsqueda de sensaciones	2.53	.085	9.25	3.59	4.7	3.0	1.37
Índices Globales							
Desajuste Clínico	8.819	.003**	236.2	8.22	200	29.6	1.67
Ajuste Personal	-2.30	.104	119.5	70.07	200.3	28.8	-1.50
Desajuste Escolar	3.63	.036*	193.7	27.45	143.8	23.1	1.97
Índice de Síntomas Emocionales	1.25	.297	329	46.09	299.55	44.6	.650

*Nota. *** $p < .001$ ** $p < .01$ * $p < .05$. *gl* =3; Valor de prueba obtenido del manual. *M_g*: media grupo; *DE_{Mg}*: desviación típica grupo *M_{vp}*: media valor de prueba; *DE_{Mvp}*: desviación típica valor de prueba; *d* = *d* de Cohen

En lo que respecta a las agresiones físicas hacia la madre, los menores que la ejercen, exhiben diferencias significativas con respecto a la población normativa en el área de ajuste psicológico, concretamente en la escala de *Somatización*; en el área de ajuste escolar, en la escala de *Actitud negativa hacia el colegio*, y en los índices globales de *Desajuste Clínico* y *Desajuste Escolar*. Estos resultados son indicativos de un mayor desajuste clínico así como de un mayor malestar generalizado con el colegio, con el personal escolar y la estructura del proceso educativo.

Los tamaños del efecto de las escalas significativas alcanzaron valores muy elevados, considerándose tamaños muy grandes, tanto en la escala de *Somatización* ($d = 2.67$) del ámbito clínico, como en su índice global ($d = 1.67$), como en la escala de *Actitud negativa hacia el profesorado* ($d = 2.63$) y su correspondiente índice global de *Desajuste Escolar* ($d = 1.97$).

Tabla 16. Pruebas T Violencia Filio-parental Verbal Hacia el Padre y BASC

Variables	t	p	M _g	DE _{Mg}	M _{vp}	DE _{Mvp}	d
Ajuste psicológico							
Atipicidad	2.72	.008**	5.50	6.91	3.7	3.2	.334
Locus de control	1.60	.112	4.05	2.95	3.6	2.6	.003
Somatización	3.32	.001***	1.62	1.96	1.0	1.3	.373
Estrés Social	2.02	.046*	3.34	3.30	2.7	2.6	.215
Ansiedad	2.88	.005**	8.28	3.19	7.4	3.3	.271
Depresión	3.56	.001***	2.95	3.36	1.8	2.4	.393
Sentido incapacidad	4.67	.000***	4.78	3.30	3.3	2.7	.491
Ajuste personal							
Relaciones interpersonales	-2.75	.007**	13.81	2.96	14.6	2.2	-.303
Relaciones con los progenitores	-1.28	.203	7.52	2.20	7.8	1.6	-.145
Autoestima	-2.93	.004**	5.87	2.54	6.6	2.0	-.319
Confianza en sí mismo	.767	.445	8.37	2.28	6.8	1.3	.846
Ajuste Escolar							
Actitud negativa colegio	4.512	.000***	3.10	2.76	1.9	2.4	.463
Actitud negativa profesorado	4.70	.000***	3.75	2.56	2.6	2.2	.445
Búsqueda de sensaciones	1.32	.188	5.10	3.15	4.7	3.0	.130
Índices Globales							
Desajuste Clínico	2.58	.011*	210.32	41.58	200	29.6	.286
Ajuste Personal	3.16	.022*	187.33	42.55	200.3	28.8	-.357
Desajuste Escolar	3.50	.001***	153.80	29.70	143.8	23.1	.376
Índice de Síntomas Emocionales	2.88	.005**	317.7	65.83	299.5	44.6	.320

*Nota. ***p < .001 ** p < .01 *p < .05. gl =108; Valor de prueba obtenido del manual. M_g: media grupo; DE_{Mg}: desviación típica grupo M_{vp}: media valor de prueba; DE_{Mvp}: desviación típica valor de prueba; d = d de Cohen

Con respecto a la figura paterna, los menores que ejercen violencia en su tipología verbal, mostraron diferencias significativas en el ajuste psicológico con respecto a la población normativa en las escalas de *Atipicidad*, *Somatización*, *Estrés social*, *Ansiedad*, *Depresión*, *Sentido de incapacidad* y en su índice global de *Desajuste Clínico*. Estas diferencias en las escalas clínicas son indicativas de un mayor desajuste de los menores. Por su parte, en el área de ajuste personal, la *Autoestima* y las *Relaciones interpersonales*, junto con el índice global de *Ajuste Personal*, revelaron diferencias significativas, de manera que los menores con violencia ascendente presentan autoestima más baja y mayor desajuste personal. En el área escolar, las escalas de *Actitud negativa hacia el profesorado y hacia el colegio*, puntuaron significativas, junto con el índice de *Desajuste Escolar*, evidenciando mayor presencia de pensamientos hostiles y malestar generalizado hacia el colegio, hacia el personal docente y

hacia la estructura del proceso educativo. Finalmente, el *Índice de Síntomas Emocionales* también constató diferencias significativas, informando de mayor presencia de malestar emocional en los menores que ejercen violencia ascendente, frente a los que no.

Los tamaños del efecto con significación estadística fueron principalmente pequeños y medianos. De esta forma, alcanzan tamaños pequeños, por un lado las escalas de *Atipicidad* ($d = .334$), *Somatización* ($d = .373$), *Ansiedad* ($d = .271$) y *Depresión* ($d = .393$) que conforman el ajuste psicológico; por otro, la escala de *Autoestima* ($d = -.319$) de ajuste personal y finalmente, la totalidad de los índices globales, esto es, *Desajuste Clínico* ($d = .286$), *Desajuste Escolar* ($d = .376$), *Ajuste Personal* ($d = -.357$) y el *ISE* ($d = .320$). Asimismo, se sitúan en tamaños del efecto medios, la escala de *Sentido de incapacidad* ($d = .491$) y las escalas de *Actitud negativa hacia el colegio* ($d = .463$) y *Actitud negativa hacia el profesorado* ($d = .445$).

Tabla 17. Pruebas T Violencia Filio-parental Física Hacia el Padre y BASC (n=4)

	t	p	M _g	DE _{Mg}	M _{vp}	DE _{Mv}	d
Ajuste psicológico							
Atipicidad	1.06	.366	5.75	3.86	3.7	3.2	.578
Locus de Control	1.53	.223	5.00	1.82	3.6	2.6	.623
Somatización	1.80	.170	3.25	2.50	1.0	1.3	1.13
Estrés Social	1.85	.162	4.75	2.21	2.7	2.6	.849
Ansiedad	2.19	.116	9.50	1.91	7.4	3.3	.779
Depresión	3.03	.056	3.25	.957	1.8	2.4	.793
Sentido incapacidad	8.25	.004**	7.25	.957	3.3	2.7	1.95
Ajuste personal							
Relaciones interpersonales	-1.13	.340	13.00	2.82	14.6	2.2	-.632
Relaciones con los progenitores	-2.69	.074	5.25	1.89	7.8	1.6	-1.45
Autoestima	-1.92	.151	4.00	2.70	6.6	2.0	-1.09
Confianza en sí mismo	-1.96	.145	6.00	.816	6.8	1.3	-.737
Ajuste Escolar							
Actitud negativa colegio	2.29	.106	5.00	2.70	1.9	2.4	1.21
Actitud negativa profesorado	2.01	.137	5.25	2.62	2.6	2.2	1.09
Búsqueda de sensaciones	.501	.651	5.75	4.19	4.7	3.0	.288
Índices Globales							
Desajuste Clínico	5.40	.012*	232.75	12.12	200	29.6	1.45
Ajuste Personal	-3.02	.057	157.50	28.38	200.3	28.8	-1.49
Desajuste Escolar	1.80	.168	171.5	30.64	143.8	23.1	1.02
Índice de síntomas Emocionales	4.51	.020*	355.0	24.60	299.5	44.6	1.54

*Nota. ***p < .001 ** p < .01 *p < .05. gl=108; Valor de prueba obtenido del manual. M_g: media grupo; DE_{Mg}: desviación típica grupo M_{vp}: media valor de prueba; DE_{Mvp}: desviación típica valor de prueba; d = d de Cohen

Finalmente, los menores que emitieron conductas agresivas de tipo físico hacia el padre, mostraron diferencias significativas en la escala de *Sentido de incapacidad* (ajuste psicológico), con mayor presencia de pensamientos no exitosos o dificultades para conseguir los propios objetivos en relación a la población normativa. Por otro lado, en los índices globales de *Desajuste Clínico* e *Índice de Síntomas Emocionales*, también alcanzaron puntuaciones significativas, indicando mayor desajuste y malestar emocional en los menores que ejercen violencia filio-parental. En lo que respecta a los tamaños del efecto, encontramos valores muy elevados en la totalidad de las escalas que alcanzaron la significación estadística, esto es, por un lado la escala de *Sentido de incapacidad* ($d = 1.95$), y por otro, los índices globales de *Desajuste Clínico* ($d = 1.45$) y el *Índice de Síntomas Emocionales* ($d = 1.54$).

A continuación, atendiendo a la literatura revisada y para dar una respuesta de más alcance a la hipótesis planteada (*H3: Se aguarda que la violencia filio-parental medie diferencias, en el ajuste psicológico, personal y escolar como áreas significativas de la actividad de los menores*), se procedió a analizar las puntuaciones obtenidas en el instrumento mCPS (Modified Child Psychopathy Scale; Lynam y Gudonis, 2005), diferenciando los menores que ejercen violencia filio-parental, de los que no la ejercen. Los resultados se presentan diferenciando entre el Factor 1, que alude a rasgos afectivos e interpersonales, y el Factor 2, que hace referencia a aspectos de carácter conductual. Únicamente se muestran los resultados para la violencia filio-parental verbal, tanto hacia la figura materna como paterna, puesto que en la violencia física, no han podido estimarse ($n < 5$).

Tabla 18. Pruebas T Violencia Filio-parental y Factores 1 y 2 Escala mCPS

			<i>t</i>	<i>p</i>	M_{vfp}	DE_{vfp}	M_{novfp}	DE_{novfp}	<i>d</i>
Violencia filio-parental verbal	Madre	Factor1	.323	.747	7.26	3.65	7.50	3.23	-.069
		Factor2	-1.78	.078	6.62	3.17	5.48	3.17	.359
	Padre	Factor1	-.275	.784	7.55	3.85	7.34	3.35	.058
		Factor2	-2.61	.010*	7.14	3.68	5.35	3.12	.524

Nota. gl factor 1 = 105; gl factor 2 = 114; M_{vfp} = Media del grupo de menores que ejerce violencia filio-parental; M_{novfp} = Media del grupo de menores que no ejerce violencia filio-parental; DE_{vfp} = Desviación estándar del grupo de menores que ejerce violencia filio-parental; DE_{novfp} = Desviación estándar del grupo de menores que no ejerce violencia filio-parental; d = *d* de Cohen

Los menores que ejercen violencia verbal hacia el padre muestran diferencias en el Factor 2 de la escala mCPS, que mide aspectos conductuales, en relación a los que no ejercen violencia, alcanzando un tamaño de efecto medio ($d = .524$). Es decir, los menores que

agreden verbalmente a sus progenitores presentan rasgos de personalidad que se caracterizan por la impulsividad, la falta de planificación, y dificultades de autocontrol. Sin embargo, no difieren en el componente afectivo-interpersonal de la medida modificada de psicopatía (Salvador, Arce, Rodríguez-Díaz y Seijo, 2017).

Seguidamente, se procedió a dar respuesta a la hipótesis 4, la cual postula que *la violencia filio-parental medie diferencias en los estilos de socialización parental que perciben los menores*. Para ello, se contrastaron las puntuaciones de los menores que ejercen violencia filio-parental en relación con los que no, en el instrumento *ESPA* (Musitu y García, 2004), que evalúa la percepción de los estilos de socialización parental de los menores. Los resultados se exponen en las tablas 19 y 20, diferenciando el progenitor (madre o padre) y el tipo de violencia ejercida por los menores (verbal o física).

Tabla 19. Comparación de Medias Mediante T de Student en los Estilos de Socialización Parental en Función de la Violencia Filio-parental Verbal.

	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>Mvfp</i>	<i>DEvfp</i>	<i>Mnovfp</i>	<i>DEnovfp</i>	<i>d</i>
Madre							
Diálogo	.412	.680	2.98	.764	3.03	.838	-.062
Afecto	2.28	.024*	3.06	.724	3.30	.660	-.346
Displcencia	1.85	.066	1.26	.396	1.15	.326	.303
Indiferencia	2.36	.019*	1.64	.746	1.39	.621	.364
Coerción	-1.75	.095	1.13	.477	1.03	.297	.251
Privación	-1.03	.306	1.97	.656	1.86	.753	.155
Coerción Verbal	-1.90	.059	2.71	.652	2.50	.752	.298
Aceptación/Implicación	2.23	.027*	3.26	.468	3.42	.462	-.344
Coerción/Imposición	-1.98	.048*	1.94	.426	1.80	.485	.307
Padre							
Diálogo	.573	.567	2.81	.794	2.87	.778	-.076
Afecto	.886	.388	2.99	.711	3.08	.693	-.128
Displcencia	-1.58	.114	1.29	.396	1.20	.344	.242
Indiferencia	-1.28	.201	1.57	.563	1.46	.598	.189
Coerción Física	-1.80	.073	1.13	.328	1.04	.320	.277
Privación	-1.36	.176	1.91	.625	1.78	.661	.202
Coerción Verbal	-1.22	.224	2.55	.659	2.43	.612	.188
Aceptación/Implicación	1.22	.224	3.23	.458	3.31	.440	-.178
Coerción/Imposición	-2.21	.029*	1.88	.430	1.74	.401	.336

Nota. gl = 173madre; 167 padre.; *M_{vfp}* = Media del grupo de menores que ejercen VFP; *M_{novfp}* = Media del grupo de menores no agresores; *DE_{vfp}* = Desviación estándar del grupo de menores que ejercen VFP; *DE_{novfp}* = Desviación estándar del grupo de menores no agresores; *d* = tamaño efecto *d* de Cohen.

Los resultados muestran que los menores que ejercen violencia filio-parental verbal hacia la madre informan de un estilo educativo caracterizado por menos *Afecto* ($M = 3.06$) ($M = 3.30$), y mayor *Indiferencia* ($M = 1.64$), en relación a los que no ejercen ($M = 1.39$), siendo estas diferencias significativas estadísticamente, y con un tamaño del efecto pequeño ($d = -$

.346, $d = .364$ respectivamente). Por otro lado, las dimensiones globales de *Aceptación/Implicación* y *Coerción/Imposición* resultaron significativas, siendo menor en los menores que ejercen violencia filio-parental ($M = 3.26$) con respecto a los menores no agresores ($M = 3.42$) en la primera de ellas; y más elevadas en la escala de *Coerción/Imposición* ($M_{\text{menores agresores}} = 1.94$ frente a $M_{\text{menores no agresores}} = 1.80$). Por otro lado, los tamaños de efecto alcanzados por cada una de las dimensiones globales fueron pequeños, esto es, $d = -.344$ para *Aceptación/Implicación* y $d = .307$ para *Coerción/Imposición*. Con respecto a la figura paterna, únicamente la dimensión de *Coerción/Imposición*, alcanzó la significación estadística, siendo mayor la puntuación de los menores con conductas de maltrato ascendente ($M = 1.88$), frente a los que no ($M = 1.74$), obteniendo un tamaño del efecto pequeño ($d = .336$).

Tabla 20. Comparación de Medias Mediante T de Student en los Estilos de Socialización Parental en Función de la Violencia filio-parental Física.

	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>Mvfp</i>	<i>DEvfp</i>	<i>Mnovfp</i>	<i>DEnovfp</i>	<i>d</i>
Madre							
Diálogo	.947	.397	2.84	.308	3.00	.803	-.263
Afecto	1.19	.234	2.75	.639	3.17	.704	-.624
Displcencia	-4.95	.000***	2.06	.390	1.19	.345	2.36
Indiferencia	-2.95	.004**	2.54	.598	1.51	.688	1.59
Coerción	-2.02	.135	1.84	.757	1.07	.383	1.28
Privación	-1.49	.136	2.45	.350	1.91	.706	.969
Coerción Verbal	.553	.581	2.81	.660	2.61	.708	.292
Aceptación/Implicación	2.53	.012*	2.75	.122	3.34	.466	-1.73
Coerción/Imposición	-2.42	.016*	2.42	.529	1.86	-.451	1.13
Padre							
Diálogo	.189	.850	2.76	.299	2.84	.791	-.133
Afecto	.402	.688	2.90	.621	3.04	.705	-.210
Displcencia	-.569	.609	1.15	.739	1.24	.364	-.154
Indiferencia	-1.55	.121	1.98	.641	1.51	.588	.764
Coerción Física	-3.50	.001**	1.64	.495	1.08	.311	1.35
Privación	-2.76	.006**	2.70	.513	1.82	.631	1.53
Coerción Verbal	-1.65	.101	3.01	.403	2.48	.637	.994
Aceptación/Implicación	.893	.373	3.07	.340	3.27	.451	-.500
Coerción/Imposición	-3.16	.002**	2.45	.450	1.79	.408	1.53

Nota. gl = 174 madre; 168 padre;; M_{vfp} = Media del grupo de menores que ejercen VFP; M_{novfp} = Media del grupo de menores no agresores; DE_{vfp} = Desviación estándar del grupo de menores que ejercen VFP; DE_{novfp} = Desviación estándar del grupo de menores no agresores; d = tamaño efecto d de Cohen.

Los menores que ejercen violencia filio-parental física hacia la madre informan de un estilo parental caracterizado por mayor *Displcencia* ($M = 2.06$ vs. 1.19) y mayor *Indiferencia* ($M = 2.54$ vs. 1.51) en relación a los menores que no ejercen dicha violencia. Los tamaños del efecto para ambas son elevados, muy grande en la escala de *Displcencia* ($d = 2.36$) y grande

en *Indiferencia* ($d = 1.59$). Con respecto a las dimensiones globales, los menores con conductas violentas ascendentes alcanzaron puntuaciones más bajas para la escala de *Aceptación/Implicación* ($M = 2.75$ vs. 2.34), y más elevadas en la escala *Coerción/Imposición* ($M = 2.42$ vs. 1.86), obteniendo para las dos dimensiones globales tamaños de efecto grandes ($d = 1.73$; $d = 1.13$). Por otro lado, los que agreden físicamente a su progenitor refieren un estilo educativo con presencia de una mayor *Coerción Física* ($M = 1.64$ vs. 1.08) y mayor *Privación* ($M = 2.7$ vs. 1.82), en relación a los menores que no presentan este tipo de conductas violentas, con tamaños de efecto grandes para ambas escalas ($d = 1.35$ y $d = 1.53$). Finalmente, la dimensión global de *Coerción/Imposición* reveló diferencias significativas, entre los menores que ejercen violencia ascendente frente a los que no (2.45 vs. 1.79), con un tamaño del efecto grande ($d = 1.53$).

A continuación, de acuerdo con la categorización propuesta por el manual del instrumento *ESPA* (Musitu y García, 2004), se clasificaron los estilos parentales de acuerdo a las puntuaciones obtenidas en las dimensiones globales de *Afecto/Implicación* y *Coerción/Imposición*. De la combinación de ambas y sus diferentes niveles, se derivan cuatro categorías de estilos educativos (i.e Permisivo, Negligente, Autoritario y Democrático) que responden a la clasificación propuesta por Maccoby y Martin (1983). Seguidamente se presentan los resultados de la clasificación del estilo parental en función de la violencia filio-parental.

Tabla 21. Clasificación del Estilo Parental en Función de la Violencia Filio-parental

	Estilo Parental Padre f (%)		Estilo Parental Madre f (%)	
Permisivo	20	20.4%	17	16.35%
Negligente	17	17.37%	17	16.35%
Autoritario	19	19.38%	22	21.15%
Democrático	42	42.85%	48	46.15%
Total	98	(100%)	104	(100%)

Nota. f (%): frecuencia (porcentaje)

En lo que respecta al estilo parental de progenitor varón, el estilo democrático es el más frecuente, seguido del permisivo y autoritario que alcanzan valores muy similares entre ellos y, por último el negligente. En la misma dirección, los resultados de la clasificación para el estilo parental materno, revelan que el estilo democrático es el más frecuente, seguido del autoritario y finalmente, equiparado en permisivo y negligente.

5.3 Violencia filio-parental y victimización

Para someter a contraste la quinta hipótesis (*H5: Se aguarda relación entre la experiencia de ser victimizado por los progenitores y la violencia filio-parental*), se llevó a cabo la recodificación de las variables de violencia filio-parental y victimización. De esta forma, adoptando el criterio previamente propuesto de “tolerancia cero” se procedió a la recodificación de las variables que miden violencia filio-parental (presencia o ausencia) sin diferenciar la tipología de la violencia ejercida (i.e. verbal o física), ni el género del progenitor víctima (i. e. madre o padre), agrupándose en una única variable “menores que ejercen violencia filio-parental”, con valores comprendidos entre 0 (ausencia de VFP) y 1 (presencia de VFP). Como resultado de esta clasificación, del total de participantes, 121 (57.6%) informaron sobre la emisión de alguna conducta violenta hacia los progenitores en el último año, frente a 73(34.7%) que no, y 16 (7.6%), que no se manifestaron sobre esta cuestión. El mismo procedimiento fue empleado para la cuantificación de la violencia recibida por los participantes por parte de sus progenitores, obteniéndose una única variable de “victimización”, con dos únicos valores 0 (ausencia de victimización) vs. 1 (presencia de victimización). De esta manera, un total 174 (82.8%) menores indicaron algún tipo de experiencia de victimización, frente a 23 (10.9%) menores que no revelaron victimización, y 13(6.1%), que no aportaron informaron sobre esta variable.

Tras la recodificación de las variables, se procedió al análisis de la relación existente entre la violencia ejercida por los progenitores y la violencia filio-parental, para así dar respuesta a la hipótesis propuesta. Los resultados alcanzados revelan que la experiencia de victimización por los progenitores guarda relación significativa con la violencia ejercida, ($\chi^2=34.78$, $p = .000$), esto es, entre haber sido victimizado por los progenitores y ejercer violencia hacia ellos, con un tamaño del efecto grande, $\phi =.426$, $p = .000$.

Tabla 22. Victimización y Violencia Filio-parental.

	Ausencia de VFP <i>f</i> (%)	Presencia de VFP <i>f</i> (%)
Ausencia Victimización	21(10.93%)	1 (0.55%)
Presencia de Victimización	52 (27.07%)	118 (61.45%)
Total	73(38%)	119 (62 %)

*Nota. gl =1 ; $\chi^2= 34.78$, $p = .000$

Con el fin de explorar las diferencias en términos de desajuste, entre los menores que han sido victimizados por sus progenitores y no ejercen violencia filio-parental, de los que sí la ejercen, se contrastaron las puntuaciones obtenidas por los sujetos de ambos grupos en el BASC (Reynolds y Kamphaus, 1992; Adaptación española, González et al., 2004), según el planteamiento de la hipótesis 6 (*H6: Se prevé que el ajuste psicosocial de los menores difiera en aquellos que han sido victimizados y no ejercen violencia filio-parental de aquellos que ejercen dicha violencia e informan de victimización*). Los resultados de la prueba T se presentan a continuación (véase tabla 23)

Tabla 23. Prueba T para Menores Victimizados y Puntuaciones BASC en Función de la Violencia Filio-Parental.

Variables	t	p	M_{vfp}	DE_{vfp}	M_{novfp}	DE_{novfp}	d
Ajuste psicológico							
Atipicidad	-2.53	.013*	4.87	3.53	3.08	3.18	.512
Locus de Control	-2.13	.035*	3.98	2.78	2.82	2.35	.451
Somatización	-2.27	.026*	1.75	2.13	1.06	1.25	.395
Estrés Social	-2.13	.035*	3.26	3.16	1.91	2.79	.453
Ansiedad	-1.24	.217	8.29	3.36	7.44	3.27	.256
Depresión	-2.43	.017*	3.06	3.52	1.53	2.86	.477
Sentido incapacidad	-2.60	.010*	4.82	3.09	3.20	2.88	.542
Ajuste personal							
Relaciones interpersonales	.980	.329	14.00	2.56	14.50	2.07	-.214
Relaciones con los progenitores	3.39	.000**	7.31	2.09	8.44	.959	-.694
Autoestima	2.63	.010*	5.85	2.59	6.97	1.8	-.502
Confianza en sí mismo	2.09	.038*	6.36	1.41	6.94	1.15	-.450
Ajuste Escolar							
Actitud negativa colegio	-1.39	.165	3.44	2.87	2.62	2.56	.301
Actitud negativa profesorado	-1.45	.148	4.09	2.68	3.27	2.76	.316
Búsqueda de sensaciones	-2.23	.027*	5.28	3.39	3.79	2.84	.476
Índices Globales							
Desajuste Clínico	-2.67	.009**	212.5	38.88	195.2	28.21	.509
Ajuste Personal	2.87	.005**	181.1	40.9	206.8	27.71	-.735
Desajuste escolar	-2.02	.045*	158.8	27.4	147.2	26.68	.429
Índice de síntomas emocionales	-2.46	.016*	322.4	58.9	293.0	48.83	.543

*Nota. ***p < .001 ** p < .01 *p < .05. gl =107-111; . M_{vfp} : media grupo menores victimizados que ejercen violencia filio-parental; DE_{vfp} : desviación típica grupo menores victimizados que ejercen violencia filio-parental M_{novfp} : media grupo menores victimizados no agresores; DE_{novfp} : desviación típica menores victimizados no agresores; d= tamaño efecto d de Cohen.

Los menores que informan de experiencias de victimización por parte de los progenitores y ejercen violencia filio-parental presentan un mayor desajuste en los índices globales, esto es, mayor *Desajuste Clínico*, mayor *Desajuste Escolar*, menor *Ajuste Personal* y valores más elevados en alteraciones emocionales serias (*ISE*). Los tamaños de efecto alcanzados para los índices globales mencionados se sitúan en valores medios (*Desajuste Clínico* $d = .509$; *Desajuste Escolar* $d = .429$, e *ISE* $d = .543$) y elevados, destacando el *Ajuste Personal* ($d = -.735$) con el tamaño de efecto más grande. En cuanto a las escalas que conformarían el ajuste clínico, resultaron significativas las siguientes: *Atipicidad*, *Locus de control*, *Somatización*, *Estrés social*, *Depresión*, *Sentido incapacidad*. En la totalidad de las escalas mencionadas los menores que ejercen violencia ascendente obtuvieron valores superiores a los que no la ejercen, hallándose en todas ellas tamaños del efecto con valores medios. En lo que respecta al ajuste personal, los menores que ejercen violencia filio-parental, revelaron puntuaciones inferiores en la escala de *Relaciones con los progenitores*, que indicarían la presencia de dificultades en dicha relación, con un tamaño del efecto elevado ($d = -.694$). Asimismo, las escalas de *Confianza en uno mismo* y *Autoestima* también alcanzaron valores más bajos en los menores agresores en contraste con los no agresores, con un tamaño del efecto medio para ambas ($d = -.450$ y $d = -.502$). Por último, únicamente la escala de *Búsqueda de sensaciones* del ajuste escolar resultó significativa, indicando los valores alcanzados que los menores que ejercen violencia filio-parental pueden presentar mayor tendencia a presentar problemas de conducta en el ámbito escolar o de experimentar conductas de riesgo, alcanzando un tamaño de efecto moderado ($d = .450$).

5.4 Aproximación a otros contextos

En un paso más de la investigación, interesados en analizar la generalización de la violencia a otros contextos fuera del ambiente familiar, concretamente, a las relaciones con los iguales o en las relaciones de pareja (*H7*), se realizó un análisis de contingencia a partir de la presencia de violencia filio-parental y las puntuaciones obtenidas en la escala *CTS* adaptada a los iguales, a partir de CTSCP (Straus y Fauchier, 2008) y el cuestionario *VERA* (Urbiola, 2014; Urbiola et al., 2014). En un primer momento, se procedió a la dicotomización de las variables de interés de los instrumentos mencionados, siguiendo el enfoque de “tolerancia cero” previamente mencionado, donde el valor “0” indicaría la ausencia de conductas violentas frente al valor “1” que sería indicador de su presencia. A continuación se presentan los resultados en relación a los contextos mencionados (véanse Tablas 24-27).

Relaciones con iguales

Los resultados confirman la asociación significativa entre la violencia filio-parental y la violencia relacional con los iguales ($\chi^2 = 16.49$; $p = .000$; $\phi = .367$), con un tamaño del efecto de magnitud moderada, esto es, en este estudio se constataría la generalización de la violencia filio-parental al contexto de las relaciones con los iguales.

Tabla 24. Relación entre la Violencia Entre los Iguales y la Violencia Filio-parental

	Ausencia de VFP f (%)	Presencia de VFP f (%)
Ausencia de violencia entre iguales	18 (14.28%)	28 (22.22%)
Presencia violencia entre iguales	7 (5.57%)	73 (57.93%)
Total	25 (19.78%)	101 (80.15%)

Nota. $gl = 1$; $\chi^2 = 16.49$; $p = .000$; $\phi = .367$

Relaciones entre novios

Por otra parte, los resultados no permiten corroborar la relación entre la violencia filio-parental y la violencia en el contexto de pareja para ninguna de las tipologías medidas en el presente estudio, estos es, violencia de pareja física ($\chi^2 = 2.80$; $p = .094$; $\phi = .220$), sexual ($\chi^2 = .031$; $p = .860$; $\phi = .023$) y psicológica ($\chi^2 = .480$; $p = .489$; $\phi = -.091$) (véanse tablas 25-27).

Tabla 25. Relación Entre la Violencia en la Pareja Física y la Violencia Filio-parental

	Ausencia de VFP f (%)	Presencia de VFP f (%)
Ausencia de violencia física	15 (25.85%)	31 (53.45%)
Presencia violencia física	1 (1.73%)	11 (18.97%)
Total	16 (27.58%)	42 (72.42%)

Nota. $gl = 1$; $\chi^2 = 2.80$; $p = .094$; $\phi = .220$

Tabla 26. Relación Entre la Violencia en la Pareja Sexual y la Violencia Filio-parental

	Ausencia de VFP f (%)	Presencia de VFP f (%)
Ausencia sexual	14 (24.15%)	36 (61.18%)
Presencia violencia sexual	2 (3.45%)	6 (11.22%)
Total	16 (27.6%)	42 (72.4%)

Nota. $gl = 1$; $\chi^2 = .031$; $p = .860$; $\phi = .023$

Tabla 27. Relación Entre la Violencia en la Pareja Psicológica y la Violencia Filio-parental

	Ausencia de VFP f (%)	Presencia de VFP f (%)
Ausencia de violencia psicológica	6 (11.22%)	20 (34.48%)
Presencia violencia psicológica	10 (16.38%)	22 (37.92%)
Total	16 (27.6 %)	42 (72.4%)

Nota. $gl = 1$; $\chi^2 = .480$; $p = .489$ $\phi = -.091$

Finalmente, con la intención de analizar la aplicabilidad del modelo ecológico de Cottrel y Monk (2004) se sometió a prueba la octava hipótesis (*Hipótesis 8: Se anticipa que los factores descritos desde el modelo ecológico (ontogenéticos, microsistema,) contribuyan a explicar la violencia filio-parental*) y se llevó a cabo un análisis de regresión. Este modelo señala la interrelación de diferentes variables vinculadas con la violencia filio-parental situándolas en distintos niveles de influencia. A continuación se presentan los niveles de análisis identificados por el modelo y su operativización en el presente estudio.

Tabla 28. Modelo Ecológico: Niveles de Influencia y Variables Asociadas

Nivel de Influencia	Variable asociada en el presente estudio
Factores Ontogenético	Ajuste Personal
	Desajuste Clínico
	Desajuste Escolar
Microsistema	Estilos de socialización parental
	• Aceptación e implicación
	• Coerción e imposición
	Experiencia de Victimización

Tras la identificación de los niveles de influencia presentes en este estudio, se procedió a calcular las correlaciones de cada una de las variables mencionadas con la violencia filio-parental.

Tabla 29. Correlaciones de la Violencia Filio-parental con las Variables del Modelo Ecológico

	<i>r</i>	<i>p</i>
Factores Ontogenéticos		
Ajuste Personal	-.207	.005**
Desajuste Clínico	.188	.010*
Desajuste Escolar	.073	.185
Microsistema		
Aceptación e implicación	-.240	.002**
Coerción e imposición	.179	.014*
Experiencia victimización	.461	.000***

*Nota. *** $p < .001$ ** $p < .01$ * $p < .05$

Tal y como se observa en la tabla 29, las variables vinculadas a factores ontogenéticos que resultaron significativas fueron el *Ajuste Personal* y el *Desajuste Clínico*. Con respecto al microsistema, alcanzaron la significación estadística todas las variables incluidas, esto es, *Aceptación/Implicación*, *Coerción/Imposición* y *Experiencia de victimización*. Una vez identificadas las variables, con el fin de examinar y cuantificar la capacidad predictiva de las mismas sobre la violencia ascendente, se procedió al análisis de regresión lineal, siguiendo el procedimiento de pasos hacia adelante. Seguidamente, se presentan los resultados alcanzados por el modelo (véase tabla 30).

Tabla 30. Estadísticos Descriptivos

Variable	M	DE	N
Violencia filio-parental	1.69	2.14	151
Desajuste Clínico	150.57	29.74	151
Ajuste Personal	192.05	39.1	151
Experiencia Victimización	4.05	4.15	151
Aceptación/Implicación	6.60	.835	151
Coerción/Imposición	3.70	.832	151

*Nota. M: Media puntuaciones, DE: Desviación estándar, N: sujetos incluidos en el análisis

En la tabla 30 se detallan los estadísticos descriptivos de las variables incluidas en el modelo de regresión y el número de sujetos (N=151).

Tabla 31. Resumen del Modelo de Regresión y ANOVA

Modelo	R	R ²	R ² ajustado	Se	F	p
1. Victimización	.461	.212	.207	1.907	40.176	.000

*Nota .R: coeficiente de correlación; R²: Cuadrado del coeficiente de correlación, coeficiente de determinación. R²: coeficiente ajustado; Se: Error estándar de la estimación; F: estadístico ajuste modelo; p: significación modelo

El resultado de la regresión muestra la obtención de un solo modelo de regresión significativo, donde la única variable incluida ha sido la experiencia de victimización que alcanza a explicar un 21% de la varianza, con un tamaño de efecto grande.

Tabla 32. Coeficientes Modelo de Regresión

Modelo	B	Error estándar	Beta	T	p
VFP (constante)	.730	.217		3.36	.001
Victimización	.238	.037	.461	6.33	.000

*Nota: Beta: coeficientes de regresión parcial estandarizados; t: t de Student

A partir de los coeficientes obtenidos se deduce que por cada aumento en la unidad de la victimización, la violencia filio-parental incrementa el valor obtenido por el coeficiente *Beta* (.461).

6 DISCUSIÓN

En este estudio nos planteamos caracterizar la violencia filio-parental en una muestra comunitaria, pudiendo constatar su elevada prevalencia, en línea con investigaciones previas que advierten de su aumento en los últimos años (Aroca et al., 2014; Calvete, Gámez-Guadix et al., 2015; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Jaureguizar et al., 2013). Este incremento se ha observado en nuestro país, no solo en muestras comunitarias, sino también en la población judicial, esto es, en los expedientes judiciales de menores en el sistema de justicia juvenil, según se refleja en la Memoria de la Fiscalía General del Estado (2018).

Además, a partir de lo postulado en la literatura (Calvete, Gámez-Guadix et al., 2015; Kuay et al., 2016) se esperaban diferencias en la violencia filio-parental en función del sexo de quien la ejerce. Sin embargo, los resultados obtenidos no revelan diferencias en la violencia ascendente en función del sexo de los menores. En una reciente revisión, Moulds y Day, (2017), sobre esta modalidad de violencia intrafamiliar, identificaron un considerable número de investigaciones que avalan una mayor tasa de agresión por parte de los varones (Calvete, Orue et al., 2015; Ibabe et al., 2014; Kuay et al., 2016); no obstante, también existe evidencia a contrario sensu (Bartle-Haring et al., 2015; Calvete et al., 2014; Margolim y Baucom, 2014). Nuestro estudio vendría a confirmar así hallazgos previos con muestras españolas (p.e. Calvete et al., 2014), que no respaldarían una socialización diferencial por cuestiones de género, en este tipo de violencia, como sí acontece en la violencia en el noviazgo (Amado, Gallego y Vilarino, 2018; Gallego, Amado et al., 2017).

En cuanto a la influencia de la edad, la diferenciación por grupos etarios, de 12 a 14 por un lado, y por otro de 15 a 17 años, no permite constatar diferencias significativas en los subtipos de violencia ascendente. Estos resultados apoyan diferentes investigaciones en las que la edad no se presentaría como una característica clave a la hora de analizar la violencia filio-parental (Nock y Kazdin, 2002; Moulds y Day, 2017, Zuñeda et al., 2016). Se mantiene así la controversia en relación a la edad (Gallagher, 2008), la cual sugiere una vez más la necesidad de una adecuada delimitación conceptual que permitan definir

las conductas consideradas bajo esta modalidad de violencia filio-parental, para poder diferenciarla así de otros comportamientos disruptivos y/o antisociales de la etapa adolescente. De este modo, podría contribuir a determinar con mayor rigor la edad de inicio de este tipo de conductas (Gallagher, 2008), aspecto clave para el diseño e implementación de programas de prevención.

En relación al ajuste psicológico, se postuló que la presencia de conductas violentas de carácter ascendente mediaría diferencias en el ajuste de los (Ibabe, 2014; Ibabe et al., 2013; Ibabe et al., 2014; Jaureguizar et al., 2013; en las diferentes áreas significativas de la vida del menor (psicológica, personal y escolar) (Amato, 2010). Nuestros resultados confirman un mayor desajuste en los menores que ejercen conductas violentas hacia sus progenitores, tanto de carácter verbal como físico, en las diferentes áreas mencionadas. Este desajuste puede estar incidiendo en la emisión de la conducta violenta, o esta puede ser la causa de desajuste, sin embargo, la metodología empleada en el estudio no permite establecer la causalidad de esta relación. No obstante, la existencia de un mayor desajuste en estos menores pone el foco en la necesidad de un abordaje multimodal y multinivel en consonancia con el modelo de no modelo (Arce et al., 2011; Arce et al., 2010; Basanta, Fariña y Arce, 2018).

Por otro lado, recientes investigaciones señalan la dureza emocional (López-Romero, Romero y Fraguera, 2015) como una variable de influencia en la violencia ascendente (Garrido y Galvis, 2016; Kuay, Tiffin; Boothroyd, Towl y Centifanti, 2017), sin embargo, en el presente estudio la dureza emocional, identificada con el Factor 1 de la psicopatía que alude al componente afectivo-interpersonal, no resultó significativa en los menores agresores. Por su parte, el Factor 2, centrado en aspectos más conductuales, tales como la propensión al aburrimiento, la ausencia de planificación, la impulsividad o el descontrol conductual entre otros (Contreras y Cano, 2015; Castañeda et al. 2012), sí alcanzaron la significación estadística, indicando mayor presencia de desajuste en las variables previamente mencionadas en los menores que ejercen conductas violentas ascendentes hacia el progenitor varón.

La literatura científica también ha puesto de manifiesto la influencia de los estilos de socialización parental en la aparición y el mantenimiento de la violencia filio-parental (Calvete et al., 2015; Contrell y Monk, 2004; Contreras y Cano, 2014; Laurent, 1997; Laurent y Derry, 1999; Paulson et al., 1990). La pérdida de autoridad parental, la falta de

disciplina y consistencia en las normas (Calvete et al., 2011) junto con muestras inadecuadas de afecto o apoyo (Calvete et al., 2015; Ibabe et al., 2013), son características de los hogares donde están presentes conductas de maltrato hacia los progenitores. Los resultados del presente estudio guardan relación con lo expuesto anteriormente, de tal forma que los menores que ejercen violencia ascendente informan de valores más elevados de coerción e imposición por parte de sus progenitores a la hora de llevar a cabo las prácticas parentales, y de una menor aceptación e implicación en las labores de crianza (Aroca et al., 2012; Calvete, Gámez-Guadix, et al., 2015; Calvete, et al., 2014; Contreras y Cano, 2014; Ibabe, 2015). Poniendo en relación estos resultados con las categorías clásicas propuestas por Maccoby y Martin (1983) (autoritario, negligente, permisivo y democrático), no parecen esclarecer o arrojar luz sobre los estilos asociados a la violencia ascendente, al encontrarse el estilo democrático, seguido del autoritario, permisivo y, finalmente el negligente, entre los estilos identificados por los menores que ejercen violencia ascendente. Con respecto a esta cuestión, cabe quizás reflexionar acerca del ajuste de los modelos clásicos a la realidad social actual, donde conviven múltiples modelos familiares, muchos de ellos recientes, que requieren de una mayor flexibilización de este concepto. En este sentido, se deben contemplar enfoques educativos alternativos, menos categóricos, que aludan a la *Parentalidad Positiva* (Fariña, Parada, Novo y Seijo, 2017; Fariña et al., 2017), y adecuarse así a las nuevas circunstancias y necesidades de las familias, instruyendo a los progenitores en el adecuado ejercicio de su rol, que les permita ejecutar sus funciones parentales de una forma óptima y satisfactoria, que posibilite la mejorar de la calidad de vida familiar, en consonancia con las recomendaciones provenientes del Consejo de Europa (Recomendación 2006/19 sobre políticas de apoyo al ejercicio positivo de la parentalidad).

La exposición a violencia familiar ha sido una variable ampliamente señalada en la literatura por su posible implicación en la aparición de la violencia filio-parental (Ibabe et al., 2014; Loinaz et al., 2018). De esta forma, los avances realizados en los últimos años revelan que la experiencia de victimización, tanto directa como vicaria, se relaciona directamente con la violencia ascendente (Meredith et al., 1985; Calvete et al., 2011; Izaguirre y Calvete, 2016; Ibabe, 2015; Kennedy et al., 2010). El presente estudio confirma nuevamente dicha relación, con un tamaño del efecto grande, que indica una

asociación entre las experiencias de victimización por parte de sus progenitores y la violencia ascendente. Sin embargo, estos resultados han de considerarse con cautela ya que el diseño del presente estudio no permite establecer relaciones de causalidad, y a pesar de delimitar el criterio temporal del último año en la aplicación de las medidas, no es posible concluir acerca de si se trata de dinámicas de relación violenta, si la conducta violenta puede ser una respuesta reactiva a la experiencia de victimización o si por el contrario, la respuesta violenta de los progenitores es la reacción de estos ante las conductas violentas de los menores (Brezina, 1999).

La presencia de dinámicas violentas en el entorno familiar ha de considerarse como factor de riesgo para el desarrollo de los menores (Loinaz et al., 2018) pudiendo estas limitar o influir negativamente ajuste de los menores en diferentes áreas significativas. Partiendo de esta premisa ampliamente consensuada y contrastada en la literatura científica (Moulds y Day, 2017), se postuló que aquellos menores que convivieran con diferentes manifestaciones de violencia en sus hogares mostrarían una mayor afectación en términos de ajuste. Los resultados informan que los menores que han sufrido algún tipo de experiencia de victimización y que ejercen violencia ascendente, muestran un mayor desajuste psicológico, personal y escolar (Castañeda et al.2012, Ibabe, 2014; Ibabe et al., 2014; Rosado et al., 2017), en comparación con aquellos que no ejercen violencia ascendente, pero sí cuentan con alguna experiencia de victimización en el entorno familiar.

Por otro lado, se pretendía abordar la generalización intercontextos de la violencia, y se esperaba que la violencia filio-parental guardase relación con otras formas de violencia fuera del ámbito familiar como las relaciones con los iguales (Novo, Seijo, Vilariño y Vázquez, 2013) o en las relaciones de noviazgo (Amado et al., 2018). Los resultados informan de la relación entre la violencia ascendente y la violencia entre iguales, lo que puede estar indicando una generalización y legitimización del uso de la violencia a este contexto concreto (Carrascosa, Buelga y Cava, 2018; Kethineni, 2004), o como apuntan otras investigaciones (Castañeda, Moral y Arroyo, 2017) que aluden al uso de la fuerza o violencia como una forma de ganar estatus en el entorno escolar. Nuevamente esta afirmación ha de tomarse con cautela dado que el diseño del presente estudio no permite conocer qué violencia aparece en primer lugar o en otras palabras, si es la violencia entre

iguales la que se generaliza al contexto familiar, o si por el contrario, es la violencia filio-parental la que se relaciona con la violencia entre los iguales.

Con respecto a la violencia en las relaciones de noviazgo, los análisis realizados no sustentan la existencia de una relación entre esta modalidad de maltrato y la violencia filio-parental. Son escasos los estudios que se hayan centrado en indagar acerca de la posible relación entre estas dos modalidades de violencia (Carrascosa et al., 2018), aunque apuntan hacia la existencia de una posible asociación entre ambas violencias (Carrascosa, et al., 2018, Izaguirre y Calvete, 2016). En nuestro estudio, no se constataría esta relación, lo que puede ser indicativo de que la violencia de pareja y entre novios, está provista de una serie de características propias que difieren de otras modalidades de violencia como la ascendente (Arias, 2018; Novo et al., 2016; Vilariño, Amado, Vázquez y Arce, 2018), en relación con lo propuesto anteriormente por Routt y Anderson (2011), quienes sugieren diferencias en la motivación que desencadena el acto violento en la violencia filio-parental y en las relaciones de pareja. En este sentido, deberían analizarse factores que puedan ser específicos de la violencia de género y entre novios, diferenciándolas de otras modalidades de violencia.

Finalmente el análisis de regresión viene a corroborar la influencia de las experiencias de victimización en el entorno familiar y la emisión de comportamientos violentos ascendentes (Contreras y Cano, 2014, 2016; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Ibabe, 2015; Kennedy et al., 2010; Margolin y Baucom, 2014), sin embargo, como ya se ha mencionado, no se puede establecer la relación causal entre ambas (Brezina, 1999).

7 LIMITACIONES

Los resultados de este estudio contribuyen a la caracterización de la violencia filio-parental. Sin embargo, presentan una serie de limitaciones, algunas de las cuales ya se han mencionado, pero que traemos a colación en este apartado, en tanto deberán ser consideradas en futuras investigaciones:

- En primer lugar, el tamaño reducido de la muestra final conformada por población comunitaria a la que se accedió a través del contacto con centros públicos de la comunidad autónoma gallega. A partir de la aprobación del Decreto 8/2015, de 8 de enero, por lo que se desarrolla la Ley 4/2011, de 30 de junio, de convivencia y participación de la comunidad educativa en materia de convivencia escolar, y de

acorde a lo establecido a su vez por la Ley Orgánica 2/2006, de 3 de mayo, de Educación, el acceso a la información sensible, de carácter personal y familiar del alumnado, se ve ampliamente dificultado.

- En segundo lugar, aunque se han descartado los casos con indicios robustos, hemos de tener en cuenta que la obtención de la información se realizó a través del autoinforme, y que por ello, se puede producir una ocultación de características negativas (Arce et al., 2015), o asunción de características positivas (Fariña et al., 2017). En este sentido, únicamente se han podido controlar la deseabilidad social, la aquiescencia o la respuesta a azar a partir de los índices de validez de los propios instrumentos que conforman el cuadernillo de evaluación (Reynolds y Kamphaus, 1992).
- En tercer lugar, las limitaciones propias de las medidas empleadas. Si bien en esta investigación se ha medido la violencia ascendente con la escala de referencia (CTS-CP, Straus y Fauchier, 2008), y se ha aplicado el criterio de tolerancia cero, recomendado por el Consejo de Europa como estrategia de prevención y erradicación de la violencia (Recomendación A4-0250/97, Resolución 2017/2897), es necesario contar con una medida de violencia filio-parental con criterios rígidos y claramente definidos (Calvet et al., 2014). También hemos de señalar que no se han considerado todos los niveles de influencia señalados por el *modelo ecológico*. De esta forma, variables del exosistema como sentido de comunidad (Arce, Novo, Redondo y Seijo, 2016) o del macrosistema, como por ejemplo la influencia de las creencias sexistas (Gallego, Amado et al., 2017) no se han incluido en los análisis y sería de interés poder incluir en futuras investigaciones por su valor predictivo.
- En cuarto lugar, la propia metodología del estudio al emplearse un diseño de investigación transversal, lo que limita la detección de otras relaciones distintas entre variables (Arias, 2018). Además, abundando en lo planteado en el estudio 1, es necesario abordar el estudio de la violencia filio-parental, teniendo en cuenta el análisis simultáneo de la violencia ascendente y la violencia de progenitores a hijos (Carracedo, Fariña y Seijo, 2017), así como la violencia ascendente como predictora de la violencia de padres a hijos.

A large, light blue watermark of the USC logo is positioned diagonally across the center of the page. The logo consists of the letters 'USC' in a large, bold, sans-serif font, with the words 'UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA' written in a smaller, sans-serif font below them.

CONCLUSIONES Y LÍNEAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN



Este trabajo representa una aproximación a la violencia filio-parental que nos permite extraer algunas conclusiones de interés, partiendo de las limitaciones que han sido expuestas previamente. Por una parte, a través de un estudio meta-analítico se ha puesto de manifiesto que la violencia de los progenitores hacia los descendientes, sea esta victimización de forma directa o vicaria, se presenta como un indicador robusto de la violencia filio-parental. La búsqueda de apoyo empírico a los modelos explicativos existentes nos ha permitido además cuantificar la probabilidad incremental de exhibir violencia filio-parental en relación con la victimización (directa y vicaria). La probabilidad de ejercer violencia filio-parental en los menores que fueron victimizados por sus progenitores se sitúa aproximadamente en un 70% por encima de la línea de base (menores no victimizados por sus progenitores) en diferentes condiciones: población (comunitaria o judicial), tipo de violencia (física o psicológica) y tipo de victimización (directa o vicaria).

Sin embargo, debemos seguir avanzando y superando las limitaciones metodológicas que nos impiden establecer si la violencia de los progenitores antecede a la violencia ascendente o, por el contrario, se producen ambas de forma recíproca, instauradas como dinámicas relacionales en la propia familia. La medición de ambas manifestaciones de violencia debe llevarse a cabo utilizando otros instrumentos de medición (Calvete et al., 2014), con criterios definidos para clasificar los tipos de violencia. En este sentido, han de considerarse la reiteración, de manera particular, en la violencia psicológica; la intención de causar daño; o el daño causado (Arce, Fariña, y Vilariño, 2015). Futuros trabajos deberían centrarse en el análisis simultáneo de la violencia filio-parental y la violencia de progenitores a hijos así como la violencia ascendente como predictora de la violencia de padre a hijo.

Por otra parte, el segundo estudio realizado en una muestra comunitaria, nos ha permitido aportar indicadores epidemiológicos de la violencia filio-parental, constatándose la alta prevalencia de la violencia verbal tanto hacia la figura materna (51.4%) como a la paterna (51.9%), así como el carácter residual de la violencia física (1.9%). Además, ni el sexo ni la edad de los menores parecen mediar diferencias significativas en la violencia filio-parental (física y verbal), en línea con lo señalado en estudios previos (Calvete et al., 2014; Nock y Kazdin, 2002; Moulds y Day, 2017; Zuñeda et al., 2016). Dado el interés que pueden tener estos resultados para la evaluación de necesidades y la planificación estratégica de programas de intervención (Fariña, Seijo, Novo, y Arce, 2015), y atendiendo a la disparidad de la investigación previa acerca de la influencia de la edad de inicio o la socialización de género,

se reitera la conveniencia de establecer una adecuada operativización de la violencia filio-parental, diferenciándola de otros comportamientos disruptivos y/o antisociales de la etapa adolescente (Gallagher, 2008), o de un posible efecto de escalada (Arce et al., 2011).

Abundando en la investigación realizada, los menores que ejercen conductas violentas hacia sus progenitores, tanto de carácter verbal como físico, presentan un mayor desajuste psicológico en las todas áreas significativas (psicológica, personal y escolar) (Amato, 2010), en relación con la población normativa, corroborando los hallazgos de investigaciones previas (Ibabe, 2014; Ibabe et al., 2013; Ibabe et al., 2014; Jaureguizar et al., 2013. Este desajuste se concreta en medidas clínicas (p.e., atipicidad, somatización, estrés social, ansiedad, depresión y sentimiento de incapacidad) y adaptativas (relaciones interpersonales, relaciones con los padres, autoestima y confianza en sí mismo). Este resultado podría indicar la pertinencia de una intervención que incida en los déficits o carencias relacionadas con la violencia filio-parental en todas las áreas significativas, con un abordaje multimodal (cognitivo y comportamental) y multinivel (personal, familiar, escolar, comunitario), en línea con el modelo de no modelo (Arce et al., 2011; Arce et al., 2010; Basanta et al., 2018).

Por otro lado, los menores que ejercen violencia ascendente, y han sufrido algún tipo de experiencia de victimización por parte de los progenitores, muestran un mayor desajuste psicológico, personal y escolar (Castañeda et al.2012, Ibabe, 2014; Ibabe et al., 2014; Rosado et al., 2017), en comparación con aquellos menores victimizados que no ejercen violencia ascendente, revelando así una mayor tendencia a presentar problemas de comportamiento, en el ámbito escolar o de experimentar conductas de riesgo. La victimización en el ámbito de la familia (*Adverse Childhood Experiences/ACE*), es considerada como una experiencia infantil adversa, un riesgo para la salud y para el desarrollo positivo de los menores, en consonancia con lo expuesto por la Asociación Americana de Pediatría en diferentes publicaciones (Exner-Cortens, Eckenrode y Rothman, 2013; Garner, Shonkoff, Siegel, Dobbins, Earls, et al., 2012). Como factor de estrés tóxico, conlleva una activación extrema y duradera en el tiempo de las respuestas fisiológicas al estrés (Perspectiva Ecológica y Biológica del desarrollo/EBD). Esta exposición provoca daño e implicaciones negativas en el desarrollo físico y psicológico de los niños, niñas y adolescentes (Exner-Cortens et al., 2013; Garnet et al., 2012). Algunos autores han planteado el posible solapamiento entre el rol de víctima-agresor en alusión a la las

situaciones de victimización desde las que se promueve el uso de la violencia a posteriori (Beckley, Capi, Arseneault, Barnes, Fisher, et al., 2018).

Asimismo, los menores que ejercen violencia ascendente informan de una menor aceptación e implicación en las labores de crianza y de un mayor uso de prácticas de coerción e imposición por parte de sus progenitores. Muy recientemente, la Asociación Americana de Psicología (APA, 2019) se ha posicionado acerca de los métodos de disciplina violentos en los que recurre a la coerción física, afirmando que dañan la salud mental de los menores y pueden generar a su vez un incremento del comportamiento agresivo. El uso de la disciplina física se relacionaría con un aumento de problemas externalizantes, tales como conductas agresivas o antisociales (Gershoff y Grogan-Kaylor, 2016; Gershoff, Sattler y Ansari, 2018), e internalizantes, como mayor presencia de tristeza o miedo (Vitrup y Holden, 2010). El empleo de métodos coercitivos violentos en las prácticas parentales facilitaría la interiorización del uso de la violencia en los menores como estrategia legítima de resolución de conflicto (Barkin et al., 2001; Laurent y Derry, 1999; Mitchell y Finkelhor, 2001). Además, el abandono de estas prácticas parentales se asocia con la disminución de comportamientos inadecuados y agresivos en los menores (Leijten, Raaijmaker, Orobio de Castro, Van den Ban y Matthys, 2017).

La presencia de dinámicas violentas en el entorno familiar ha de considerarse como factor de riesgo para el desarrollo de los menores (Loinaz et al., 2018; Moulds y Day, 2017). Es por ello que traemos a colación el enfoque de la Parentalidad Positiva del Comité de Ministros del Consejo de Europa (Recomendación 19, 2006), el cual fomenta un mejor ajuste de todos los miembros de la familia. A través del desarrollo personal positivo y afectivo, basado en el diálogo y la comunicación efectiva, se promueven modelos de resolución de conflictos positivos y pacíficos, que no busquen la imposición sino la integración y el respeto, a la autoridad y a las personas, donde se deslegitime el uso de la violencia en las interacciones familiares. Este abordaje deberá ser considerado para el diseño de programas y estrategias de intervención familiar, produciéndose así un cambio en la forma de concebir el ejercicio de la parentalidad, tradicionalmente asociada a la autoridad, centrado en la satisfacción de metas de obediencia y disciplina en los hijos, por un concepto más amplio como es el de responsabilidad parental (Fariña, Arce, Novo y Seijo, 2017). Desde esta perspectiva, se promueve el ejercicio responsable de la autoridad, prestando especial atención a la

satisfacción de las necesidades de los menores y a la preservación de sus derechos, a la vez que se respetan los de los progenitores (Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, 2015). Así, proporcionar información y formación a los progenitores para llevar a cabo las tareas de crianza representa sin duda una prioridad para los profesionales que están en contacto con las familias, máxime en una sociedad en cambio en la que las familias lidian con nuevos conflictos que dificultan el adecuado ejercicio del rol parental. Esta labor debe ser complementada con una aproximación centrada en el menor como responsable de sus conductas.

Nuestros resultados también revelan que la violencia filio-parental guarda relación con otras formas de violencia fuera del ámbito familiar, esto es, se aprecia una generalización a otros contextos, concretamente hacia las relaciones con los iguales (Carrascosa et al., 2018; Olson, Lopez-Duran, Lunkenheimer, Chang, y Sameroff, 2011). Esta generalización inter-contextos no ha podido constatararse en las relaciones de noviazgo, lo cual puede sugerir la influencia de otros factores específicos (Novo et al., 2016) y otras motivaciones para la agresión (Routt y Anderson, 2011). Esta aproximación a la violencia filio-parental y su relación con otros ámbitos, puede resultar de gran interés de cara al diseño de contenidos y de estrategias de prevención de la violencia.

La realización de este trabajo ha contribuido a profundizar en el conocimiento científico de esta modalidad de maltrato familiar, sin embargo, son aún muchos los interrogantes que quedan por responder. Próximas estudios deberán tener en cuenta estos hallazgos y plantear diseños que permitan superar las limitaciones mencionadas e incorporar a su vez, nuevas variables que podrían estar influyendo en la violencia filio-parental, como por ejemplo, las adicciones o los trastornos de conducta.



ANEXOS



ANEXO I. TABLA CODIFICACIÓN META-ANÁLISIS

Estudio	Tipo de Población	N	Edad	Género	Violencia de progenitores a hijos (Medida)	r _{xx}	Violencia filio-parental (Medida)	r _{xx}	Análisis
1. Kratochski (1985)	Comunitaria	63	---	---	Cuestionario diseñado Ad hoc	---	Cuestionario diseñado Ad hoc	---	Proporciones
2. Peek, Fisher y Kidwell (1985)	Comunitaria	1429	---	M: 100%	Entrevista	---	Entrevista	---	Correlaciones de orden cero
3. Livingston (1986)	Comunitaria	44	---	---	Cuestionario diseñado Ad hoc	---	Ad hoc questionnaire	---	Proporciones
4. Meredith, Abbot y Adams (1986)	Comunitaria	304	---	F: 61% M: 39%	Conflict Tactic Scale (Straus, 1979), Parent Satisfaction Scale (Meredith, et al., 1986), Marital Satisfaction Scale (Abbott and Brody, 1985)	.75 .81 .84	Conflict Tactic Scale (Straus, 1979)	---	Correlacional
5. Carlson (1990)	Comunitaria/ clínica	66	Rango: 13-18 =15.41	M: 55% F: 45%	Cuestionario diseñado Ad hoc	---	Cuestionario diseñado Ad hoc	---	Proporciones
6. Browne y Hamilton (1998)	Comunitaria	178	---	---	Childhood History Questionnaire (Kratcoski, 1984)	---	Conflict Tactic Scale (Straus, 1979)	---	Proporciones
7. Langhinrichsen-Rohinling y Neiding (1995)	Judicial	474	M=18	M: 71% F: 29%	Conflict Tactic Scale (Straus, 1979)	.87	Modificación escala Conflict Tactic Scale (Straus, 1979)	---	Correlaciones parciales
8. Ulman y Straus (2003)	Comunitaria	289 414	---	---	Conflict Tactic Scale (Straus, 1979)	---	Conflict Tactic Scale (Straus, 1979)	---	Proporciones
9. Ibabe, Jaureguizar y Diaz (2009)	Judicial	33	---	---	Análisis expedientes judiciales	---	Análisis expedientes judiciales	---	Proporciones
10. Kennedy, Edmons, Dann y Burnett (2010)	Judicial	100 100	M=14.55 SD=1.55	M: 74.9% F: 25.1%	Análisis expedientes judiciales/ Entrevista	---	Análisis expedientes judiciales/ Entrevista	---	Proporciones
11. Rechea y Cuervo (2010)	Judicial	14	M=15.58	M: 58.8% F: 41.2%	Cuestionario diseñado Ad hoc	---	Cuestionario diseñado Ad hoc	---	Proporciones
12. Calvete, Orue y Sampedro (2011)	Comunitaria	1427	Rango: 12-17	M: 47.8% F: 52.2%	Victimización directa: Inventario de Dimensiones de Disciplina Forma C (DDI, Straus y Fauchier, 2007) Victimización vicaria: (Orue y Calvete, 2010)	.87 y .85	Conflict Tactics Scales - Child Parents (CTS-CP; Straus y Fauchier, 2008)	.88 y .61	Correlacional

Estudio	Tipo de Población	N	Edad	Género	Violencia de progenitores a hijos (Medida)	r _{xx}	Violencia filio-parental (Medida)	r _{xx}	Análisis
13. Gámez-Guadix y Calvete (2012)	Comunitaria	1681	M=20.75 F: 76.9%	M: 22.5% F: 76.9%	Victimización directa: Escalas de Tácticas para Conflictos, Padres-Hijos (CTS-PC; Straus, Hamby, Finkelhor, Moore y Runyan, 1998), Inventario de Dimensiones de Disciplina, Forma A (DDI; Straus y Fauchier, 2007) Victimización vicaria: Escala de Tácticas para el Conflicto Revisada (CTS2; Straus y Douglas, 2004)	.82/.83	Child-to-Parent Violence Scale	.74	Correlacional
14. Ibabe (2014)	Comunitaria	485	M=15 SD=1.69	M: 55% F: 45%	Escala de violencia intrafamiliar (Ibabe y Jaureguizar, 2011)	.79	Escala de violencia intrafamiliar (Ibabe y Jaureguizar, 2011)	.80	Correlacional
15. Margolin y Baucom (2014)	Comunitaria	75	---	---	Conflict Tactics Scale (Straus, 1979)	.72	Cuestionario ad hoc	.75	Correlacional
16. Contreras y Cano (2014)	Judicial	48 42	---	---	Análisis expedientes judiciales	---	Análisis expedientes judiciales	---	Proporciones
17. Calvete, Orue, Gámez-Guadix, Hoyo-Bitbao y Arrova (2015)	Judicial	15	M=16 SD=1.33	M: 66.6% F: 33.4%	Entrevistas estructuradas a progenitores y menores	a ---	Entrevistas estructuradas a progenitores y menores	a ---	Proporciones
18. Calvete, Orue, Gámez-Guadix y Bushman (2015)	Comunitaria	591	M=14.7 SD=1.11	M: 49.6% F: 50.4%	Escala de Exposición a la Violencia (Orue y Calvete, 2010)	.80	Child-to-Parent Questionnaire (Calvete et al., 2013)	.83	Correlacional
19. Lyon, Bell, Frechette y Romano (2015)	Comunitaria	365	Rango: 18-24 F: 75.8%	M: 24.2% F: 75.8%	Victimización directa: Inventario de Dimensiones de Disciplina (DDI; Straus y Fauchier, 2007) Parent-child Conflict Tactics Scales (CTSPC)-Parent-To-Child (Straus et al. 1998) Victimización vicaria: Escalas de Tácticas Revisadas (CTS2; Straus y Douglas, 2004)	.66 .85	CTSPC-Hijos a padres (Straus et al. 1998; Straus y Douglas 2004)	.64	Correlacional

Estudio	Tipo de Población	N	Edad	Género	Violencia de progenitores a hijos (Medida)	r _{xx}	Violencia filio-parental (Medida)	r _{xx}	Análisis
20. Ibabe (2015)	Comunitaria	585	Rango: 12-18	M: 48% F: 52%	Victimización directa: Inventario de Dimensiones de Disciplina (DDI-C; Straus y Fauchier, 2007; adaptación española de Calvete et al., 2010) Victimización Vicaria: Escalas Tácticas Revisadas (CTS2; Straus, Hamby, Boney-McCoy y Sugarman, 1996)	.86	Escalas Tácticas para Hijo-Padres (CTS1; Straus, Hamby, Finkelhor, Moore y Runyan, 1998)	.78 .85	Correlacional
21. Izaguirre y Calvete (2016)	Comunitaria	606	M=15.89 SD=0.84	M: 48.5% F: 47.1% Missing 4.4%	Escala de Exposición a la Violencia (Orue y Calvete, 2010) Victimización directa Victimización vicaria	.76 .82	Child-to-Parent Questionnaire (Calvete, et al., 2013)	.635	Correlacional
22. Contreras y Cano (2016)	Judicial	30	M=16.30 SD=1.34	M: 66.7% F: 33.3%	Escala de Exposición a la Violencia (Orue y Calvete, 2010) Victimización directa Victimización vicaria	.86 .86	Análisis expedientes judiciales	--	- Proporciones



ANEXO II: CUADERNILLO DE EVALUACIÓN



Cuadernillo de evaluación

DATOS SOCIODEMOGRÁFICOS

1.- Curso:	2.- Hasta ahora, ¿cuántas veces has repetido curso? Ninguna <input type="checkbox"/> 1 <input type="checkbox"/> 2 <input type="checkbox"/>				
3.- Edad:	4.- Sexo: Varón <input type="checkbox"/> Mujer <input type="checkbox"/>				
5.- Número de hermanos	6.- Orden:				
Padre					
7.- Nivel educativo:	8.- Profesión:		9.- Estado Civil:		
Madre					
10.- Nivel educativo:	11.- Profesión:		12.- Estado Civil:		
13.- ¿Alguna vez tus padres han vivido separados? <input type="checkbox"/> Sí <input type="checkbox"/> No					
14.- En caso afirmativo, indicar la causa: <input type="checkbox"/> Motivos laborales <input type="checkbox"/> Separación judicial <input type="checkbox"/> Divorcio <input type="checkbox"/> Ruptura de pareja <input type="checkbox"/> Fallecimiento <input type="checkbox"/> Otros motivos: _____					
15.- Si ha habido ruptura, separación o divorcio entre tus padres, por favor, contesta: Tipo de ruptura: <input type="checkbox"/> Amistosa <input type="checkbox"/> Ni amistosa, ni conflictiva <input type="checkbox"/> Conflictiva					
16.- ¿Qué edad tenías?					
17.- ¿Bajo qué régimen de guardia y custodia permaneciste? <input type="checkbox"/> Materna <input type="checkbox"/> Paterna <input type="checkbox"/> Compartida <input type="checkbox"/> Paterna Otra: _____					
18.- ¿Cómo consideras que era la relación entre tus padres antes de la separación? <input type="checkbox"/> Muy buena <input type="checkbox"/> Buena <input type="checkbox"/> Regular <input type="checkbox"/> Mala <input type="checkbox"/> Muy mala					
19.- ¿Cómo consideras que es la relación entre tus padres después de la separación? <input type="checkbox"/> Muy buena <input type="checkbox"/> Buena <input type="checkbox"/> Regular <input type="checkbox"/> Mala <input type="checkbox"/> Muy mala					
20.- ¿Con qué frecuencia estás con tu progenitor no custodio? <input type="checkbox"/> Todos los días <input type="checkbox"/> Varios días/semanas <input type="checkbox"/> Cada 15 días/ 2 días <input type="checkbox"/> Pocas veces al año <input type="checkbox"/> Nunca					
21.- ¿Te gustaría estar más con tu progenitor no custodio? <input type="checkbox"/> Sí <input type="checkbox"/> No					
	Muy mala	Mala	Regular	Buena	Muy Buena
22.- La ruptura de tus padres la viviste como una experiencia...	1	2	3	4	5
23.- Tras la ruptura, ¿cómo describirías tu relación con tu progenitor custodio?	1	2	3	4	5
24.- ¿Y tu relación con el no custodio?	1	2	3	4	5

Escala de estilos de socialización parental en la adolescencia, ESP A29 (Musitu y García, 2004).

A continuación, encontrarás una serie de situaciones que pueden tener lugar en tu familia. Estas situaciones se refieren a las formas en que tu padre y tu madre responden cuando tú haces algo. Es importante que contestes sinceramente, teniendo en cuenta que no hay respuestas “Buenas” o “Malas”, simplemente se trata de tu OPINIÓN. Las puntuaciones que vas a utilizar van de 1 hasta 4, así:

Nunca = 1 Algunas veces = 2 Muchas veces = 3 Siempre = 4

Mi padre

Si obedezco las cosas que me manda	Me muestra cariño				Se muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Le da igual				Me riñe			
Si no estudio o no quiero hacer los deberes que me mandan en el instituto	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Me muestra cariño			
	1	2	3	4	1	2	3	4
Si viene alguien a visitarnos a casa y me porto con cortesía	Me riñe				Me pega			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Le da igual			
Si rompo o estropeo alguna cosa de mi casa	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra cariño				Se muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
Si traigo a casa el boletín de notas a final de curso con buenas calificaciones	Me pega				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Le da igual			
Si voy sucio y desastrado	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra cariño				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
Si me porto bien en casa y no interrumpo sus actividades	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Le da igual			
Si se entera que he roto o estropeado alguna cosa de otra persona, o en la calle	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
Si traigo a casa el boletín de notas a final de curso con algún suspenso	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Le da igual			
Si al llegar la noche, vuelvo a casa a la hora acordada, sin retraso	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
Si me marchó de casa para ir a algún sitio, sin pedirle permiso a nadie	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Le da igual			
Si me quedo levantado hasta muy tarde, por ejemplo viendo la televisión	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
Si le informa alguno de mis profesores de que me porto mal en la clase	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Le da igual			
Si cuido mis cosas y voy limpio y aseado	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
Si digo una mentira y me descubren	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente				Le da igual			
Si respeto los horarios establecidos en mi casa	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente				Me muestra indiferente			
	1	2	3	4	1	2	3	4

Si me quedo por ahí con mis amigos o amigas y llego tarde a casa por la noche	Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			Me pega			Me priva de algo			
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente			Me muestra cariño												
	1	2	3	4	1	2	3	4								
Si ordeno y cuido las cosas en mi casa	Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			Me pega			
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me pega			Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si me peleo con algún amigo o alguno de mis vecinos	Me riñe			Me pega			Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente									
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si mis amigos o cualquier persona le comunican que soy buen compañero	Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Me muestra indiferente									
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente			Me muestra cariño			Me muestra indiferente									
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si habla con alguno de mis profesores y recibe algún informe del instituto diciendo que me porto bien	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente									
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Le da igual			Me riñe			Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si estudio lo necesario y hago los deberes y trabajos que me mandan en clase	Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			Me priva de algo			Habla conmigo			
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si soy desobediente	Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si como todo lo que me ponen en la mesa	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si no faltó nunca a clase y llego todos los días puntual	Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			Me pega			
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Si alguien viene a casa a visitarnos y hago ruido o molesto	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
	Me muestra indiferente			Se muestra indiferente			Me muestra indiferente			Me muestra indiferente						
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4

Mi madre

Si obedezco las cosas que me manda	Me muestra cariño												Se muestra indiferente											
	1 2 3 4				Le da igual				Me riñe				Me muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si no estudio o no quiero hacer los deberes que me mandan en el colegio	Se muestra indiferente												Me muestra cariño											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si viene alguien a visitarnos a casa y me porto con cortesía	Me riñe												Me pega											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si rompo o estropeo alguna cosa de mi casa	Me muestra cariño												Se muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si traigo a casa el boletín de notas a final de curso con buenas calificaciones	Me pega												Me muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si voy sucio y desastrado	Me muestra indiferente												Me muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si me porto bien en casa y no interrumpo sus actividades	Me muestra indiferente												Me muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si se entera que he roto o estropeado alguna cosa de otra persona, o en la calle	Me muestra indiferente												Me muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si traigo a casa el boletín de notas a final de curso con algún suspenso	Habla conmigo												Le da igual											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si al llegar la noche, vuelvo a casa a la hora acordada, sin retraso	Me muestra cariño												Se muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si me marchó de casa para ir a algún sitio, sin pedirle permiso a nadie	Me priva de algo												Habla conmigo											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si me quedo levantado hasta muy tarde, por ejemplo viendo la televisión	Me priva de algo												Me muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si le informa alguno de mis profesores de que me porto mal en la clase	Me riñe												Me pega											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si cuido mis cosas y voy limpio y aseado	Se muestra indiferente												Me muestra cariño											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si digo una mentira y me descubren	Le da igual												Me riñe											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si respeto los horarios establecidos en mi casa	Me muestra cariño												Se muestra indiferente											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si me quedo por ahí con mis amigos o amigas y llego tarde a casa por la noche	Habla conmigo												Le da igual											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
Si ordeno y cuido las cosas en mi casa	Se muestra indiferente												Me muestra cariño											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											
	1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4				1 2 3 4											

Si me peleo con algún amigo o alguno de mis vecinos	Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			Me pega		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si me pongo furioso y pierdo el control por algo que me ha salido mal o por alguna cosa que no me ha concedido	Me pega			Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			Me riñe		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Cuando no como las cosas que me ponen en la mesa	Me riñe			Me pega			Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si mis amigos o cualquier persona le comunican que soy buen compañero	Me muestra cariño			Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Me muestra indiferente			Me muestra cariño		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si habla con alguno de mis profesores y recibe algún informe del colegio diciendo que me porto bien	Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Se muestra indiferente		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si estudio lo necesario y hago los deberes y trabajos que me mandan en clase	Me muestra cariño			Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Se muestra indiferente			Me muestra cariño		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si molesto en casa o no dejo que mis padres vean las noticias o el partido de fútbol	Le da igual			Me riñe			Me pega			Me priva de algo			Habla conmigo		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si soy desobediente	Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			Me pega			Me priva de algo		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si como todo lo que me ponen en la mesa	Se muestra indiferente			Me muestra cariño			Se muestra indiferente			Se muestra indiferente			Se muestra indiferente		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si no falto nunca a clase y llego todos los días puntual	Me muestra cariño			Se muestra indiferente			Se muestra indiferente			Se muestra indiferente			Se muestra indiferente		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3
Si alguien viene a casa a visitarnos y hago ruido o molesto	Me priva de algo			Habla conmigo			Le da igual			Me riñe			Me pega		
	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3

Sistema de Evaluación de la Conducta de Niños y Adolescentes (Reynolds y Kamphaus, 1992; Adaptación española, González, Fernández y Santamaría, 2004) S3

Ahora te vamos a plantear unas cuestiones sobre tu forma de pensar, sentir o comportarte ante ciertos aspectos. Es importante que contestes sinceramente, teniendo en cuenta que no hay respuestas “buenas” o “malas”, simplemente se trata de tu opinión.

Contesta VERDADERO o FALSO

1.	Puedo hacer nuevas amistades con facilidad	V	F
2.	No logro controlar lo que me pasa	V	F
3.	No me gusta pensar en el colegio	V	F
4.	Me gusta ser como soy	V	F
5.	Tengo miedo de muchas cosas	V	F
6.	Me gusta discutir	V	F
7.	Parece que no puedo hacer nada bien	V	F
8.	La gente actúa como si no me oyese	V	F
9.	Siempre me voy a la cama a la hora correcta	V	F
10.	En mi familia soy una persona importante	V	F
11.	Alguien quiere hacerme daño	V	F
12.	Los profesores son buenas personas	V	F
13.	Es emocionante robar cosas de las tiendas	V	F
14.	Casi nunca consigo mis objetivos	V	F
15.	Soy una persona sana	V	F
16.	Soy una persona agradable	V	F
17.	Mis padres esperan demasiado de mí	V	F
18.	El colegio es una pérdida de tiempo	V	F
19.	Me preocupa lo que la gente piense de mí	V	F
20.	Me gusta cuando mis amigos me piden que me atreva a hacer algo	V	F
21.	Nadie me entiende	V	F
22.	A veces me siento solo aunque esté con otras personas	V	F
23.	Todas las personas que voy conociendo me caen bien	V	F
24.	Oigo voces dentro de mi cabeza	V	F
25.	Mi profesor me comprende	V	F
26.	No he visto un coche desde hace por lo menos seis meses	V	F
27.	Cuando hago un examen no puedo pensar	V	F
28.	Me desmayo a menudo	V	F
29.	Algunas cosas sin importancia me molestan mucho	V	F
30.	Soy capaz de tomar decisiones	V	F
31.	Necesito ayuda para llevarme bien con los demás	V	F
32.	Mis padres me echan la culpa de muchos de sus problemas	V	F
33.	Ojalá no hubiera notas en el colegio	V	F
34.	No me gusta mi aspecto	V	F
35.	Me siento herido fácilmente	V	F
36.	Me gusta hacer cosas que me dan miedo	V	F
37.	Ya no me importa nada	V	F
38.	Las otras personas están en mi contra	V	F
39.	Siempre hago mis deberes escolares a tiempo	V	F
40.	Mis padres me ayudan si se lo pido	V	F

41.	A veces quiero hacerme daño	V	F
42.	Mis profesores exigen demasiado	V	F
43.	Casi todos los días se habla de mí en los periódicos locales	V	F
44.	No me gusta que los demás sepan mis notas escolares	V	F
45.	Los demás me respetan	V	F
46.	Mis padres controlan mi vida	V	F
47.	Odio el colegio	V	F
48.	Me preocupo por cosas que tienen poca importancia	V	F
49.	Me gusta practicar deportes duros	V	F
50.	Creo que soy tonto comparado con mis amigos	V	F
51.	Me dejan al margen cuando hacen cosas	V	F
52.	A veces me enfurezco con mis padres	V	F
53.	A veces hago cosas una y otra vez, y no me puedo detener	V	F
54.	A nadie parece importarle lo que yo quiero	V	F
55.	Suelo fracasar en lo que hago	V	F
56.	Las otras personas están más sanas que yo	V	F
57.	Me preocupo por lo que vaya a pasar	V	F
58.	Veo cosas raras	V	F
59.	Se me da bien enseñar a los demás cómo hacer las cosas	V	F
60.	A los demás les gusta estar conmigo	V	F
61.	No puedo con todas las responsabilidades que tengo en casa	V	F
62.	No me importa el colegio	V	F
63.	Desearía ser otra persona	V	F
64.	Me da miedo que un profesor me ponga en ridículo	V	F
65.	Preferiría ser policía que ser profesor	V	F
66.	Nunca tengo nada verdaderamente divertido para hacer	V	F
67.	A veces me siento como si fuese invisible	V	F
68.	Mis relaciones sociales son perfectas	V	F
69.	Mis padres confían en mí	V	F
70.	Siento que algo me pone nervioso por dentro	V	F
71.	La mayoría de los profesores son injustos	V	F
72.	Blancanieves es una persona real	V	F
73.	Me gustaría hacer mejor las cosas, pero no puedo	V	F
74.	Tengo dolores de cabeza a menudo	V	F
75.	Me culpan de muchas cosas que yo no he hecho	V	F
76.	Me siento a gusto en mi colegio	V	F
77.	Me cuesta mucho tomar decisiones	V	F
78.	Me encantan las tormentas con truenos	V	F
79.	Nada me sale como yo quisiera	V	F
80.	Siempre pienso antes de actuar	V	F
81.	Cuando me enfado lanzo cosas	V	F
82.	La mayoría de los profesores son perezosos	V	F
83.	La gente me dice cosas desagradables	V	F
84.	Los exámenes no son justos para la mayoría de la gente	V	F
85.	A veces me duelen los oídos sin causa alguna	V	F
86.	No le gusto a mis compañeros de clase	V	F
87.	Paso con rapidez de estar feliz a estar furioso	V	F
88.	Soy responsable	V	F
89.	Me siento cercano a los demás	V	F
90.	La gente se enfada conmigo, aunque no haya hecho nada malo	V	F

91.	Tengo muchas ganas de abandonar el colegio	V	F
92.	Me disgusta mi apariencia	V	F
93.	La mayor parte del tiempo estoy preocupado	V	F
94.	Me gustan las motos	V	F
95.	No hay nada bueno en mí	V	F
96.	Me parece que a los demás no les gusta nada cómo hago las cosas	V	F
97.	Mis padres se sienten con frecuencia orgullosos de mí	V	F
98.	A veces siento como cosquillas en la piel	V	F
99.	Los profesores normalmente sólo ven las cosas que uno hace mal	V	F
100.	Nada me sale bien	V	F
101.	Siempre estoy decepcionado con mis notas escolares	V	F
102.	Me molesta el estómago más que a la mayoría de la gente	V	F
103.	La gente me encuentra agradable	V	F
104.	No puedo dejar de cometer errores	V	F
105.	Me siento culpable de algunas cosas	V	F
106.	Me gusta ir en un coche a alta velocidad	V	F
107.	Nunca me escucha nadie	V	F
108.	Soy una persona solitaria	V	F
109.	A veces me enfurezco	V	F
110.	No puedo controlar mis pensamientos	V	F
111.	Escondo mi trabajo cuando el profesor pasa por mi lado	V	F
112.	Mis padres siempre tienen razón	V	F
113.	Cuando fracasas en algo, lo mejor es dejarlo y pasar a otra cosa	V	F
114.	A menudo me siento mal del estómago	V	F
115.	Los otros jóvenes evitan estar conmigo	V	F
116.	A veces, cuando estoy solo, oigo mi nombre	V	F
117.	Me gusta tomar decisiones por mí mismo	V	F
118.	Le caigo bien a la gente porque soy fácil de tratar	V	F
119.	La gente espera demasiado de mí	V	F
120.	Me aburro en el colegio	V	F
121.	Me gusta mi aspecto	V	F
122.	Me preocupa con frecuencia que me pueda ocurrir algo malo	V	F
123.	Me gusta oír música con el volumen muy alto	V	F
124.	La vida se está volviendo cada vez peor	V	F
125.	Otros jóvenes de mi edad son más felices que yo	V	F
126.	Siempre digo la verdad	V	F
127.	Mis padres escuchan lo que digo	V	F
128.	Mis profesores se ocupan de mí	V	F
129.	Al menos dos veces a la semana viajo en avión	V	F
130.	No me gusta que me nombren en clase	V	F
131.	Con frecuencia me duele la garganta	V	F
132.	Me gusta reunirme con los demás	V	F
133.	Me culpan de cosas que no puedo evitar	V	F
134.	Tengo un aspecto agradable	V	F
135.	Me gusta correr riesgos	V	F
136.	Me siento fuera de lugar cuando estoy con gente	V	F
137.	Siempre hago lo que mis padres me dicen	V	F
138.	Me gusta inventar historias raras	V	F
139.	A mis padres les gustan mis amigos	V	F
140.	A veces soy celoso	V	F

141.	Raramente estoy contento de mis esfuerzos en el colegio	V	F
142.	No le gusto a nadie	V	F
143.	A veces hay voces que me dicen que haga cosas malas	V	F
144.	Cuando me equivoco puedo cambiar las cosas para corregirlas	V	F
145.	Mis amigos normalmente son amables conmigo	V	F
146.	El colegio es aburrido	V	F
147.	Desearía ser diferente	V	F
148.	Me pongo nervioso cuando las cosas no me salen bien	V	F
149.	Me meto en peleas en el colegio	V	F
150.	Sólo se me dan bien una o dos cosas	V	F
151.	La gente siempre encuentra algo malo en mí	V	F
152.	Ayudo a tomar decisiones en casa	V	F
153.	A menudo tengo pesadillas	V	F
154.	Mis profesores suelen estar orgullosos de mí	V	F
155.	Me rindo con facilidad	V	F
156.	Tengo problemas para tragar la comida	V	F
157.	Tardo mucho tiempo en hacer nuevos amigos	V	F
158.	Mis padres siempre están diciéndome lo que tengo que hacer	V	F
159.	Me preocupo cuando voy a la cama por la noche	V	F
160.	Creo que sería emocionante robar cosas	V	F
161.	Siempre tengo mala suerte	V	F
162.	Mis amigos se divierten más que yo	V	F
163.	Tengo algunas malas costumbres	V	F
164.	Todavía tengo ataques de mal humor	V	F
165.	Me gusta estar con mis padres	V	F
166.	Acabo de regresar de un crucero marítimo de nueve meses	V	F
167.	Soy un amigo verdadero	V	F
168.	A los demás jóvenes no les gusta estar conmigo	V	F
169.	No puedo dejar de hacer cosas malas	V	F
170.	Soy una persona con la que se puede contar	V	F
171.	Me gusta poco el colegio	V	F
172.	Me encuentro a gusto con mis profesores	V	F
173.	Suelo tener miedo a equivocarme	V	F
174.	A veces no puedo controlar lo que hago o lo que pienso	V	F
175.	Lo desconocido e imprevisible me encanta	V	F
176.	Me siento sin energías	V	F
177.	Creo que tengo buenas ideas	V	F
178.	Me da miedo decir lo que pienso	V	F
179.	La gente me quiere y me cuida	V	F
180.	Pienso que sólo molesto a los demás	V	F
181.	Mis esfuerzos no sirven para nada	V	F
182.	Siento que mis padres se preocupan y cuidan de mí	V	F
183.	Cuando estoy con más gente me lo paso muy bien	V	F
184.	Me siento incapaz de conseguir lo que quiero	V	F
185.	Tengo molestias y Dolores	V	F

1. CPS (Modified Child Psychopathy Scale) Lynam y Gudonis, 2005. CPS: VERSIÓN AUTOINFORMADA

Las siguientes preguntas hacen referencia a tu estilo personal de hacer las cosas, y el modo en el que te relacionas con los demás. Recuerda que todas las personas somos diferentes. No existen respuestas correctas ni falsas. Por favor contesta sinceramente, y con la respuesta que más se adapte a tu estilo personal.

	SI	NO
1. ¿Eres una persona cálida y agradable?		
2. ¿Te frustras con facilidad?		
3. ¿Entablas fácilmente amistades con otras personas?		
4. ¿Tratas de culpar a los demás de cosas que has hecho tú?		
5. ¿Eres una persona abierta y sencilla?		
6. ¿Tratas de ser el centro de atención? (¿Montas un espectáculo para que los demás te presten atención?)		
7. ¿Te mantienes alejado de las cosas y los lugares que asustan?		
8. ¿Tratas de ser encantador para salirte con la tuya?		
9. ¿Has pensado sobre lo que quieres hacer el resto de tu vida?		
10. ¿Tus estados de ánimo son impredecibles? (¿Tus sentimientos cambian rápidamente y con frecuencia?)		
11. ¿Generalmente mentirías si piensas que puedes salirte con la tuya?		
12. ¿Te aburres con facilidad?		
13. ¿Muestras abiertamente tus sentimientos?		
14. ¿Tratas de ver hasta dónde puedes conseguir salirte con la tuya?		
15. ¿Eres protector con las personas cercanas a ti?		
16. ¿Tratas de sacar partido de otras personas?		
17. ¿Das, prestas y compartes tus cosas?		
18. ¿Eres considerado y amable con otras personas?		
19. Cuando empiezas a trabajar en algo, ¿continúas hasta que acabas?		
20. ¿Eres malo con otras personas?		
21. ¿Tus sentimientos cambian rápidamente?		
22. ¿Piensas antes de hacer o decir algo?		
23. ¿Te cuesta esperar a tener las cosas que quieres?		
24. ¿A menudo devuelves las cosas que pides prestadas?		
25. ¿Haces planes sobre las cosas más inmediatas?		
26. ¿Habitualmente te sientes culpable después de hacer algo malo?		
27. ¿Haces cosas peligrosas sólo por la diversión de hacerlas?		
28. ¿Se puede confiar en ti?		
29. ¿Se puede confiar en ti y/o depender de ti?		
30. ¿Generalmente la gente se cree las mentiras que les cuentas?		
31. ¿Te gusta provocar y molestar a otras personas?		
32. ¿Necesitas que te pasen cosas emocionantes?		
33. ¿Eres hablador?		
34. ¿Algunas veces finges tus sentimientos?		
35. ¿Te sientes molesto cuando haces algo mal?		
36. ¿Las pequeñas cosas te irritan o te vuelven loco?		
37. ¿Te arrepientes de muchas de las cosas que has hecho?		
38. ¿Te marcas metas y tratas de alcanzarlas?		
39. Manipulando a los demás, ¿tratas de conseguir que los demás hagan lo que tú quieres?		
40. ¿Te acusan de cosas que no has hecho?		
41. ¿Eres tímido?		
42. ¿Piensas acerca tus acciones y tus conductas?		
43. Cuando te metes en problemas, ¿intentas salir de ellos con tu palabrería?		
44. ¿Tomas prestadas muchas cosas y no devuelves tanto?		
45. ¿Te concentras en las tareas con facilidad?		
46. ¿Cuentas historias que te hacen parecer bueno?		
47. ¿Tienes un temperamento vivaz? ¿Te enfadas rápidamente?		
48. ¿Tratas de no herir los sentimientos de los demás?		
49. ¿Algunas veces tienes que incumplir tus promesas?		
50. ¿Crees que mientes bien?		

Escala de Tácticas para Conflictos- Hijo Padres, CTSCP (Straus y Fauchier, 2008)

A continuación, señala la frecuencia de los sucesivos comportamientos tomando como referencia el pasado año. Para contestar, sigue el siguiente código 0= nunca, 1= a veces y 2= a menudo.

En este primer bloque, contesta a las preguntas pensando en tu padre...

1.	¿Has gritado a tu padre?	0	1	2
2.	¿Has insultado o dicho palabrotas a tu padre?	0	1	2
3.	¿Amenazaste con pegar a tu padre aunque no llegaste a hacerlo?	0	1	2
4.	¿Abofeteaste a tu padre?	0	1	2
5.	¿Golpeaste a tu padre con algo que podía hacer daño?	0	1	2
6.	¿Diste una patada o puñetazo a tu padre?	0	1	2

7.	¿Tu padre te ha gritado?	0	1	2
8.	¿Tu padre te ha insultado o dicho palabrotas?	0	1	2
9.	¿Tu padre te ha amenazado con pegar aunque no llegara a hacerlo?	0	1	2
10.	¿Tu padre te ha abofeteado?	0	1	2
11.	¿Tu padre te ha golpeado con algo que podía hacerte daño?	0	1	2
12.	¿Tu padre te ha dado una patada o un puñetazo?	0	1	2

A continuación, contesta a las preguntas pensando en tu madre...

13.	¿Has gritado a tu madre?	0	1	2
14.	¿Has insultado o dicho palabrotas a tu madre?	0	1	2
15.	¿Amenazaste con pegar a tu madre aunque no llegaste a hacerlo?	0	1	2
16.	¿Abofeteaste a tu madre?	0	1	2
17.	¿Golpeaste a tu madre con algo que podía hacer daño?	0	1	2
18.	¿Diste una patada o puñetazo a tu madre?	0	1	2

19.	¿Tu madre te ha gritado?	0	1	2
20.	¿Tu madre te ha insultado o dicho palabrotas?	0	1	2
21.	¿Tu madre te ha amenazado con pegar aunque no llegara a hacerlo?	0	1	2
22.	¿Tu madre te ha abofeteado?	0	1	2
23.	¿Tu madre te ha golpeado con algo que podía hacerte daño?	0	1	2
24.	¿Tu madre te ha dado una patada o puñetazo?	0	1	2

Para el siguiente bloque, piensa en algún amigo o compañero...

25.	¿Has gritado a algún amigo o compañero?	0	1	2
26.	¿Has insultado o dicho palabrotas a algún amigo o compañero?	0	1	2
27.	¿Amenazaste con pegar a algún amigo o compañero aunque no llegaste a hacerlo?	0	1	2
28.	¿Abofeteaste a algún amigo o compañero?	0	1	2
29.	¿Golpeaste a algún amigo o compañero con algo que podía hacer daño?	0	1	2
30.	¿Diste una patada o puñetazo a algún amigo o compañero?	0	1	2

31.	¿Algún compañero o amigo te ha gritado?	0	1	2
32.	¿Algún compañero o amigo te ha insultado o dicho palabrotas?	0	1	2
33.	¿Algún amigo o compañero te ha amenazado con pegarte aunque no llegara a hacerlo?	0	1	2
34.	¿Algún amigo o compañero te ha dado una bofetada?	0	1	2
35.	¿Algún amigo o compañero te ha golpeado con algo que podía hacerte daño?	0	1	2
36.	¿Algún amigo o compañero te ha dado una patada o un puñetazo?	0	1	2

Versión final de la Violencia Recibida, Ejercida y Percibida en las Relaciones de Noviazgo de Jóvenes y Adolescentes (VERA)

Instrucciones. Señala si las situaciones que se presentan a continuación, se han podido dar o se dan actualmente en tus relaciones. Indica con qué frecuencia las has vivido. Para contestar a estas preguntas, tienes que hacerlo teniendo en cuenta que "tener novio/a" hace referencia a las relaciones que hayas mantenido y que hayan durado un mes o más.

Piensa en los novios/as que has tenido y señala cuántas veces te ha pasado lo que se afirma en cada frase. Señala también si crees que las conductas que aparecen son violencia o no, independientemente de que te hayan sucedido o no. Al rellenar este cuestionario SI NUNCA HAS TENIDO UNA RELACIÓN ESPORÁDICA O DE NOVIAZGO contesta ÚNICAMENTE a la pregunta ¿ES ESTO VIOLENCIA?

0= nunca
 1= una vez.

2= de 2 a 5 veces.
 3= de 6 a 10 veces

4= de 11 a 15 veces.
 5= más de 15 veces

		¿Es esto violencia?					
		No es violencia	Poco violento	Algo violento	Bastante violento	Muy violento	
Mi novio/a me...							
1. Mi novio/a me ha dado un empujón a propósito.	0 1 2 3 4 5						Yo a mi novio/a he... 1. He dado un empujón a mi novio/a propósito. 0 1 2 3 4 5
2. Mi novio/a se pone celoso/a cuando me llaman por teléfono porque piensa que es una persona del otro sexo.	0 1 2 3 4 5						2. Me pongo celoso/a cuando llaman a mi novio/a por teléfono porque pienso que es una persona del otro sexo 0 1 2 3 4 5
3. Me he quedado sin amigos/as porque a mi novio/a no le gustaban y me mandaba no estar con ellos/as.	0 1 2 3 4 5						3. Mi novio/a se ha quedado sin amigos porque a mí no me gustaban y le mandaba no estar con ellos/as. 0 1 2 3 4 5
4. Mi novio/a me dice que cambie mi forma de vestir, peinarme... y la critica.	0 1 2 3 4 5						4. Digo a mi novio/a que cambie su forma de vestir, peinarse... y la critico. 0 1 2 3 4 5
5. Mi novio/a no me deja que vea a mis amigos/as.	0 1 2 3 4 5						5. No dejo que mi novio/a vea a sus amigos/as. 0 1 2 3 4 5

6. Mi novio/a me ha pegado patadas con la intención de hacerme daño.	0 1 2 3 4 5						6. He pegado patadas a mi novio/a con la intención de hacerle daño.	0 1 2 3 4 5
7. Mi novio/a ha intentado mantener relaciones sexuales de forma muy insistente y molesta, pero no ha usado la violencia física.	0 1 2 3 4 5						7. He intentado mantener relaciones sexuales con mi novio/a de forma muy insistente y molesta, pero no he usado la violencia física.	0 1 2 3 4 5
8. Mi novio/a me ha obligado a besarle aunque no me apeteciera.	0 1 2 3 4 5						8. He obligado a mi novio/a a besarme aunque no le apeteciera.	0 1 2 3 4 5
9. Mi novio/a se ha negado y/o ridiculizado el uso de métodos anticonceptivos	0 1 2 3 4 5						9. Me he negado y/o he ridiculizado el uso de métodos anticonceptivos.	0 1 2 3 4 5
10. Mi novio/a ha revisado mis objetos personales sin mi permiso.	0 1 2 3 4 5						10. He revisado los objetos personales de mi novio/a sin su permiso.	0 1 2 3 4 5
11. Mi novio/a me ha insultado cuando se enfada conmigo o con otras personas.	0 1 2 3 4 5						11. He insultado a mi novio/a cuando me enfado con él/ella o con otras personas.	0 1 2 3 4 5
12. Siempre que no quiero mantener relaciones sexuales mi novio/a me dice que no le quiero.	0 1 2 3 4 5						12. Siempre que mi novio/a no quiere mantener relaciones sexuales le digo que no me quiere.	0 1 2 3 4 5
13. Mi novio/a impone con quién debemos salir y con quién no.	0 1 2 3 4 5						13. Yo impongo con quién debemos salir y con quién no.	0 1 2 3 4 5
14. Mi novio/a me ha dado un pellizco con intención de hacerme daño.	0 1 2 3 4 5						14. He dado un pellizco mi novio/a con intención de hacerle daño.	0 1 2 3 4 5
15. Mi novio/a quiere saber en todo momento dónde estoy y con quién.	0 1 2 3 4 5						15. Quiero saber en todo momento donde está mi novio/a y con quién.	0 1 2 3 4 5
16. Mi novio/a insulta a mi familia.	0 1 2 3 4 5						16. He insultado a la familia de mi novio/a	0 1 2 3 4 5
17. Mi novio/a me ha dado un mordisco o un tirón de pelo adrede.	0 1 2 3 4 5						17. He dado un mordisco o un tirón de pelo a mi novio/a adrede.	0 1 2 3 4 5
18. Mi novio/a cuando se enfada me grita mucho.	0 1 2 3 4 5						18. Cuando me enfado grito mucho a mi novio/a.	0 1 2 3 4 5
19. Mi novio/a ha intentado ponerme celoso/a.	0 1 2 3 4 5						19. He intentado poner celoso/a a mi novio/a.	0 1 2 3 4 5

20. Mi novio/a me ha dado un tortazo, o una bofetada.	0 1 2 3 4 5								20. He dado un tortazo o una bofetada a mi novio/a.	0 1 2 3 4 5
21. Mi novio/a me obliga a tocarle sexualmente aunque no me apetezca.	0 1 2 3 4 5								21. He obligado a mi novio/a a tocarme sexualmente cuando no le apetecía.	0 1 2 3 4 5
22. Mi novio/a me ha hecho creer que no valía para nada.	0 1 2 3 4 5								22. He hecho creer a mi novio/a que no valía para nada.	0 1 2 3 4 5
23. Mi novio/a vigila mis llamadas, mis mensajes, mis emails, Tuenti... sin mi permiso para saber qué hago cuando no estoy con él.	0 1 2 3 4 5								23. Vigilo las llamadas, mensajes, email. Tuenti... de mi novio/a sin su permiso para saber qué hace cuando no está conmigo.	0 1 2 3 4 5
24. Mi novio/a me ha obligado a mantener relaciones sexuales (de cualquier tipo oral, penetración...) cuando no he deseado.	0 1 2 3 4 5								24. He obligado a mi novio/a a mantener relaciones sexuales (de cualquier tipo oral, penetración...) cuando no deseaba.	0 1 2 3 4 5
25. Mi novio/a ha insultado a mis amigos/as delante de ellos/as o a sus espaldas.	0 1 2 3 4 5								25. He insultado a los/as amigos/as de mi novio/a delante de ellos/as o a sus espaldas.	0 1 2 3 4 5
26. Mi novio/a me ha culpado de provocar la violencia que he sufrido.	0 1 2 3 4 5								26. He culpado a mi novio/a de provocar la violencia que ha sufrido.	0 1 2 3 4 5
27. Mi novio/a me acusa de coquetear con otras personas cuando hablo con ellas.	0 1 2 3 4 5								27. He acusado a mi novio/a de coquetear con otras personas cuando habla con ellas.	0 1 2 3 4 5
28. Mi novio/a me ha puesto trampas para comprobar que le quería.	0 1 2 3 4 5								28. He puesto trampas a mi novio/a para comprobar que me quería.	0 1 2 3 4 5



REFERENCIAS



- Abbott, D., y Brody, G. (1985). The relation of child age, gender, and number of children to the marital adjustment of wives. *Journal of Marriage and the Family*, 47, 77-84. <https://doi.org/10.2307/352070>
- Agnew, R. (1985). A revised strain theory of delinquency. *Social Forces*, 64, 151–167. <https://doi.org/10.1093/sf/64.1.151>
- Agnew, R. (1999). A general strain theory of community differences in crime rates. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 36(2), 123–55. <https://doi.org/10.1177/0022427899036002001>
- Agnew, R., y Huguley, S. (1989). Adolescent violence towards parents. *Journal of Marriage and Family*, 51, 699–711. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/352169>
- Akers, R. L. (1997). *Criminological theories*. Los Angeles: Roxbury Publishing Company.
- Akers, R. L. (2006). Aplicaciones de los principios del aprendizaje social. Algunos programas de tratamiento y prevención de la delincuencia. En F. Bueno, H. Kury, L. Rodríguez y E.R. Zaffaroni (Eds.), *Derecho Penal y Criminología como Fundamento de la Política Criminal* (pp.1117–1138). Madrid: Dykinson.
- Alarcón, R. (2017). Funcionamiento familiar y sus relaciones con la felicidad. *Revista Peruana de Psicología y Trabajo Social*, 3, 61–74. Recuperado de <http://revistas.uigv.edu.pe/index.php/psicologia/article/view/55>.
- Amado B., G., Gallego, R., y Vilariño, M.(2018). Efectividad de una intervención escolar con adolescentes en la identificación de situaciones de violencia en la pareja. En E. Carbonell, D. Pineda y M. Novo (Coords.) *Psicología Jurídica: Ciencia y Profesión. Colección Psicología y Ley 15* (pp- 57-67). Santiago de Compostela: Sociedad Española de Psicología Jurídica y Forense.)
- Amado, B. G., Arce, R., Fariña, F., y Vilariño, M. (2016). Criteria-Based Content Analysis (CBCA) reality criteria in adults: A meta-analytic review. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 16, 201–210. <https://doi.org/10.1016/j.ijchp.2016.01.002>
- Amado, B. G., Arce, R., y Herraiz, A. (2015). Psychological injury in victims of child sexual abuse: A meta-analytic review. *Psychosocial Intervention*, 24, 49–62. <http://dx.doi.org/10.1016/j.psi.2015.03.002>

- Amato, P. R. (2010). Research on divorce: Continuing trends and new developments. *Journal of Marriage and Family*, 72, 650–666. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2010.00723.x>
- American Psychiatric Association (1994). *DSM-IV. Diagnostic and statistical manual of mental disorders (4th ed.)*. Washington, Dc: Author
- American Psychiatric Association (2013). *DSM-V. Diagnostic and statistical manual of mental disorders (5th ed.)*. Arlington, VA: Author.
- Andrews, D.A., y Bonta, J. (2006). *The psychology of criminal conduct (4a. ed.)*. Cincinnati, OH: Anderson.
- Arce, R., Seijo D., Fariña, F. y Novo, M. (2004). Family interaction factors: Analyzing their effects on personal, social and school inadaptability, and antisocial and delinquent behavior. En A. Czerederecka, T. Jaskiewicz- Obydzinska, R. Roesch, y J Wójcikiewicz (Eds.), *Forensic psychology and law. Facing the challenges of a changing world* (pp. 435–441). Kraków: Institute of Forensic Research Publishers
- Arce, R., Fariña, F., Seijo, D., Novo, M., y Vázquez, M. J. (2005). Contrastando los factores de riesgo y protectores del comportamiento inadaptado en menores: implicaciones para la prevención. En Centro de Investigación y Documentación Educativa (Ed.), *Premios nacionales de investigación educativa 2004* (pp. 17–50). Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Arce, R., Fariña, F., Seijo, D., y Novo, M. (2015). Assessing impression management with the MMPI-2 in child custody litigation. *Assessment*, 22, 769–777. <http://dx.doi.org/10.1177/1073191114558111>
- Arce, R., Fariña, F., y Vázquez, M. J. (2011). Grado de competencia social y comportamientos antisociales, delictivos y no delictivos en adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 43, 473–486. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/805/80522599006/>
- Arce, R., Fariña, F., y Vilariño, M. (2015). Daño psicológico en casos de víctimas de violencia de género: Un estudio comparativo de las evaluaciones forenses. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 6, 72–80. <http://dx.doi.org/10.1016/j.rips.2015.04.002>

- Arce, R., Novo, M., Redondo, L., y Seijo, D. (2016). Diseño y validación de una escala para la evaluación del sentido de comunidad en grupos académicos virtuales. *Revista de Investigación en Educación*, 14, 126–140
- Arce, R., Seijo, D., Fariña, F., y Mohamed-Mohand, L. (2010). Comportamiento antisocial en menores: Riesgo social y trayectoria natural de desarrollo. *Revista Mexicana de Psicología*, 27, 127–142. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/2430/243016324002/>
- Arce, R., y Fariña, F. (1996). From jurors to jury decision making. A non model approach. En G. Davis, M. McMullan, C. Wilson, y S. Lloyd-Bostock (Eds.), *Psychology, law and criminal justice. International developments in research and practice* (pp. 337–343). Berlin: Walter de Gruyter.
- Arce, R., y Fariña, F. (2005). Modelos explicativos robustos del comportamiento delictivo e implicaciones para la intervención. *Temas Penitenciarios*, III (1-2), 17–22. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Ramon_Arce/publication/276394415_Modelos_explicativos_robustos_del_comportamiento_delictivo_e_implicaciones_para_la_intervencion/links/5558680408ac980ca60e48e5/Modelos-explicativos-robustos-del-comportamiento-delictivo-e-implicaciones-para-la-intervencion.pdf
- Arce, R., y Fariña, F. (2007). Evaluación del menor infractor e informe del Equipo Técnico en el marco de la legalidad actual. En F.J. Rodríguez Díaz, y Becedóniz Vázquez (Coords.), *El menor infractor: posicionamientos y realidades* (pp. 193–204). Oviedo: Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias. Recuperado de http://www.usc.es/export9/sites/webinstitucional/gl/servizos/uforense/descargas/Evaluacion_del_menor_infractor_en_informe_del_equipo_tecnico.pdf
- Archer, J. (2004). Sex differences in aggression in real-world settings: A meta-analytic review. *Review of General Psychology*, 8, 291–322. <http://dx.doi.org/10.1037/1089-2680.8.4.291>
- Arias, E. (2018). Evaluación de la eficacia de la intervención re-educativa con agresores de género (Tesis Doctoral, Universidad de Santiago de Compostela, España).
- Aroca, C. (2010). *La violencia filio-parental: una aproximación a sus claves* (Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, España) Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=100683>

- Aroca, C. y Ibáñez-Ferrer, M. (2014). Las claves teóricas y de intervención en la violencia familiar. En C. Aroca y C. Ros (Eds.), *Pedagogía multidisciplinar para la salud: claves para la intervención psico-educativa, socio-comunitaria y físico-ambiental* (pp. 27–61). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Aroca, C., Bellver, M. y Alba-Robles (2012). La teoría del aprendizaje social como modelo explicativo de la violencia filio-parental, *Revista Complutense de Educación*, 23, 487–511.
http://dx.doi.org/10.5209/rev_RCED.2012.v23.n2.40039
- Aroca, C., Cánovas, P., y Alba, J. (2012). Características de las familias que sufren violencia filio-parental: un estudio de revisión. *Educatio Siglo XXI*, 30, 231–254. Recuperado de <http://revistas.um.es/educatio/article/view/160801>
- Aroca, C., Lorenzo M., y Miró, C. (2014). La violencia filio-parental: un análisis de sus claves. *Anales de Psicología*, 30, 157–170.
<http://dx.doi.org/10.6018/analesps.30.1.149521>
- Asociación Americana de Psicología (APA, 2019). *Resolution on physical discipline of children by parents*. Recuperado de https://www.apa.org/images/physical-discipline_tcm7-207150.pdf
- Bandura, A. (1973). *Aggression a Social Learning Analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1977). Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavioral change. *Psychological Review*, 84, 191–215. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-295X.84.2.191>
- Bandura, A. (1978). Social Learning Theory of Aggression. *Journal of Communication*, 28, 12–29. <https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.1978.tb01621.x>
- Bandura, A. (1987). *Teoría del Aprendizaje Social*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A.
- Bandura, A., y Walters, R. (1959). *Adolescent aggression: A study of the influence of child-training practices and family interrelationships*. Nueva York, NY: Ronald Press.
- Bandura, A., y Walters, R. (1963). *Social learning and personality development*. Nueva York, NY: Holt, Rinehart and Winston.
- Bandura, A., y Walters, R. H. (1983). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad* (7ª ed.). Madrid: Alianza Universidad.

- Barkin, S., Kreiter, S. y Durant, R. (2001). Exposure to violence and intentions to engage in moralistic violence during early adolescence. *Journal of Adolescence*, 24, 777–789. <https://doi.org/10.1006/jado.2001.0431>
- Bartle-Haring, S., Slesnick, N., y Carmona, J. (2015). Reciprocity in adolescent and caregiver violence. *Journal of Family Violence*, 30, 149–159. <https://doi.org/10.1007/s10896-014-9659-5>
- Basanta, J., Fariña, F., y Arce, R. (2018). Risk-Need-Responsivity Model: Contrasting criminogenic and noncriminogenic needs in high and low risk juvenile offenders. *Children and Youth Services Review*, 85, 137–142. <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2017.12.024>
- Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology*, 4, 1–103. <http://dx.doi.org/10.1037/h0030372>
- Beckley, A. L., Caspi, A., Arseneault, L., Barnes, J. C., Fisher, H. L., Harrington, H., Houts, R., Morgan, N., Odgers, C., Wertz, J., y Moffitt, T. E. (2018). The developmental nature of the victim-offender overlap. *Journal of Developmental and Life-course Criminology*, 4, 24–49. <https://doi.org/10.1007/s40865-017-0068-3>
- Beelmann, A., y Lösel, F. (2006). Child social skills training in developmental crime prevention: Effects on antisocial behavior and social competence. *Psicothema* 18, 603–610. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/727/72718342/>
- Beyebach, M. (2007). Hacia una tipología comunicacional del maltrato interpersonal. En M. Fernández y I. García (Eds.), *Orientación familiar. Violencia familiar* (pp.17–34). Burgos: Universidad de Burgos.
- Blanco, A. (1983). Evaluación de las Habilidades Sociales. Madrid: Pirámide.
- Blas, E., y Pérez de Gúzman, V. (2010). Desafíos de la familia actual ante la escuela y las tecnologías de información y comunicación. *Educatio Siglo XXI*, 28, 41–68. Recuperado de <http://revistas.um.es/educatio/article/view/109721>
- Bobic, N. (2002). *Adolescent violence towards parents: Myths and realities*. Marrickville, NSW: Rosemount Youth and Family Services. Recuperado de <http://burnside.slimlib.com.au:81/docs/Parentabuse.pdf>
- Bor, W., y Sanders, M. R. (2004). Correlates of self-reported coercive parenting of preschool-aged children at high risk for the development of conduct problems.

- Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 38, 738–745.
<https://doi.org/10.1111/j.1440-1614.2004.01452.x>
- Bornstein, M. H., Hahn, C. S., y Haynes, O. M. (2010). Social competence, externalizing, and internalizing behavioral adjustment from early childhood through early adolescence: Developmental cascades. *Development and Psychopathology*, 22, 717–735. <https://doi.org/10.1017/S0954579410000416>
- Boxer, P., Gullan, R. L., y Mahoney, A. (2009). Adolescents' physical aggression toward parents in a clinic-referred sample. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 38, 106–116. <https://doi.org/10.1080/15374410802575396>
- Brezina, T. (1996). Adapting to strain: An examination of delinquent coping responses. *Criminology*, 34, 39–60. <https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.1996.tb01194.x>
- Brezina, T. (1999). Teenage violence toward parents as an adaptation to family strain: Evidence from a national survey of male adolescents. *Youth & Society*, 30, 416–444. <https://doi.org/10.1177/0044118X99030004002>
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.
- Bronfenbrenner, U. (1992). Ecological systems theory. En R. Vasta (Ed.), *Six theories of child development* (pp. 187–250). Philadelphia, PA: Jessica Kingsley.
- Browne, K., y Hamilton, C. (1998). Physical violence between young adults and their parents: Associations with a history of child maltreatment. *Journal of Family Violence*, 13, 59–79. <https://doi.org/10.1023/A:1022812816957>
- Brummert, H.I., y Bussey, K. (2017). The mediating role of coping self-efficacy beliefs on the relationship between parental conflict and child psychological adjustment. *Social Development*, 26, 753–766. <http://dx.doi.org/10.1111/sode.12241>
- Buckley, M., Storino, M., y Saarni, C. (2003). Promoting emotional competence in children and adolescents: Implications for school psychologists. *School Psychology Quarterly*, 18, 177–191. Recuperado de <http://psycnet.apa.org/buy/2003-07012-008>
- Buehler, C., Benson, M., y Gerard, J. (2006). Interparental hostility and early adolescent problem behavior: The mediating role of specific aspects of parenting. *Journal of Research on Adolescence*, 16, 265–292. <https://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2006.00132.x>

- Caldarella, P., y Merrell, K. W. (1997). Common dimensions of social skills of children and adolescents: A taxonomy of positive behaviors. *School Psychology Review*, 26, 164–179. Recuperado de <http://psycnet.apa.org/record/1997-05514-013>
- Calvete, E., Gámez-Guadix, M. y Orue, I. (2010). El Inventario de Dimensiones de Disciplina (DDI), Versión niños y adolescentes: Estudio de las prácticas de disciplina parental desde una perspectiva de género. *Anales de psicología*, 26, 410-418. Recuperado de <http://revistas.um.es/analesps>
- Calvete, E., Gámez-Guadix, M., Orue, I., González-Diez, Z., de Arroyabe, E. L., Sampedro, R., Pereira, A., Zubizarreta, A. y Borrajo, E. (2013). Brief report: The Adolescent Child-to-Parent Aggression Questionnaire: An examination of aggressions against parents in Spanish adolescents. *Journal of Adolescence*, 36, 1077–1081. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2013.08.017>
- Calvete, E., Gámez-Guadix, M., y García-Salvador, S. (2015). Social information processing in child-to-parent aggression: Bidirectional associations in a 1-year prospective study. *Journal of Child and Family Studies*, 24, 2204–2216. <https://doi.org/10.1007/s10826-014-0023-4>
- Calvete, E., Gámez-Guadix, M., y Orue, I. (2014). Características familiares asociadas a violencia filio-parental en adolescents. *Anales de Psicología*, 30, 1176–1182. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.30.3.166291>
- Calvete, E., Orue, I., Gámez-Guadix, M., del Hoyo-Bilbao, J., y López de Arroyabe, E. (2015). Child-to-parent violence: an exploratory study of the roles of family violence and parental discipline through the stories told by Spanish children and their parents. *Violence and Victims*, 30, 935–947. <https://doi.org/10.1177/0044118X16632138>
- Calvete, E., Orue, I., Gámez-Guadix, M., y Bushman, B. J. (2015). Predictors of child-to-parent aggression: A 3-year longitudinal study. *Developmental Psychology*, 51, 663–676. <http://dx.doi.org/10.1037/a0039092>
- Calvete, E., Orue, I., y Gámez-Guadix, M. (2013). Child-to-parent violence: Emotional and behavioral predictors. *Journal of Interpersonal Violence*, 28, 755–772. <https://doi.org/10.1177/0886260512455869>
- Calvete, E., Orue, I., y Sampedro, R. (2011). Violencia filio-parental en la adolescencia: Características ambientales y personales. *Infancia y Aprendizaje*, 34, 349–363. <http://dx.doi.org/10.1174/021037011797238577>

- Calvete, E., y Orue, I. (2016). Violencia filio-parental: Frecuencia y razones para las agresiones contra padres y madres.. *Psicología Conductual*, 24, 481–495. Recuperado de https://www.behavioralpsycho.com/wp-content/uploads/2018/10/06.Calvete_24-3r.pdf
- Carlson, B. E. (1990). Adolescent observers of marital violence. *Journal of Family Violence*, 5, 285–299. <https://doi.org/10.1007/BF00979065>
- Carracedo, S., Fariña, F., y Seijo, D. (2017). Children exposed to intimate partner violence: impact assesment and guidelines for intervention. *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*. 5, 16-22. Recuperado de http://www.revistapcna.com/sites/default/files/02_0.pdf
- Carrasco Ortiz, M., y González Calderón, M. (2006). Aspectos conceptuales de la agresión: definición y modelos explicativos. *Acción Psicológica*, 4, 7–38. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/3440/344030758001/>
- Carrascosa, L., Buelga, S., y Cava, M. J. (2018). Relaciones entre la violencia hacia los iguales y la violencia filio-parental. *Revista sobre la Infancia y la Adolescencia*, 15, 98–109. <https://doi.org/10.4995/reinad.2018.10459>
- Carrascosa, L., Cava, M. J., y Buelga, S. (2018). Violencia de pareja en menores infractores por violencia filio-parental. *Derecho y Cambio Social*, 52, 1–14. Recuperado de https://www.derechoycambiosocial.com/revista052/VIOLENCIA_DE_PAREJA_EN_MENORES_INFRACTORES.pdf
- Carta Europea de los Derechos del Niño, aprobada el 8 de julio de 1992 por el Parlamento Europeo. *Boletín de las Comunidades Europeas*. Parlamento Europeo, 8 de julio de 1992, núm. 241, 0067–0073
- Castañeda, A., del Moral Arroyo, G., y Relinque, C. S. (2017). Variables psicológicas comunes en la violencia escolar entre iguales y la violencia filio-parental: un estudio cualitativo. *Criminalidad*, 59, 141-152. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6235669>
- Castañeda, A., Garrido-Fernández, M., y Lanzarote, M. D. (2012). Menores con conducta de maltrato hacia los progenitores: un estudio de personalidad y estilos de socialización. *Revista de Psicología Social*, 27, 157–167. <https://doi.org/10.1174/021347412800337933>

- Charles, A. V. (1986). Physically abused parents. *Journal of Family Violence*, 1, 343–355. <https://doi.org/10.1007/BF00978277>
- Cohen, A. (1955). *Delinquent boys: the cultura of the gang*. New York: The Free Press.
- Cohen, J. (1998). *Statistical power analysis*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Colás-Turégano, A. (2015). Hacia una humanización de la justicia penal: la mediación en la justicia juvenil española. Principios y ámbito aplicativo en la LO 5/2000, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. *Iuris Tantum Revista Boliviana de Derecho*, (20), 142–167. Recuperado de http://www.scielo.org.bo/scielo.php?pid=S2070-81572015000200007&script=sci_arttext
- Comité de los Derechos del Niño (2011). Derecho del niño a no ser objeto de ninguna forma de violencia. (Observación General, 13). Recuperado de <http://srsg.violenceagainstchildren.org/sites/default/files/documents/docs/crc-cgc-13SP.pdf>.
- Comité de Ministros del Consejo de Europa (1987). Reacciones sociales ante la delincuencia juvenil. Recomendación N° R (87) 20. Recuperado de [https://www.carm.es/web/integra.srvlets.Blob?ARCHIVO=1987_cerecomendaciones.pdf&TABLA=ARCHIVOS&CAMPOCLAVE=IDARCHIVO&VALORCLAVE=25219&CAMPOIMAGEN=ARCHIVO&IDTIPO=60&RASTRO=c2577\\$m6145](https://www.carm.es/web/integra.srvlets.Blob?ARCHIVO=1987_cerecomendaciones.pdf&TABLA=ARCHIVOS&CAMPOCLAVE=IDARCHIVO&VALORCLAVE=25219&CAMPOIMAGEN=ARCHIVO&IDTIPO=60&RASTRO=c2577$m6145)
- Comité de Ministros del Consejo de Europa (2006). *Políticas de apoyo al ejercicio positivo de la parentalidad*. Recomendación Rec (2006) 19. Recuperado de <https://www.msbs.gob.es/ssi/familiasInfancia/parentalidadPos2012/docs/informeRecomendacion.pdf>
- Condry, R., y Miles, C. (2014). Adolescent to parent violence: Framing and mapping a hidden problem. *Criminology & Criminal Justice*, 14, 257–275. <https://doi.org/10.1177/1748895813500155>
- Constitución Española, del 6 de Diciembre de 1978. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 29 de diciembre, núm. 311, 29313–29424.

- Contreras, L., Molina, V., y Cano, M. C. (2012). Consumo de drogas en adolescentes con conductas infractoras: análisis de variables psicosociales implicadas. *Adicciones*, 24, 31-38. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/2891/289122901005/>
- Contreras, L., y Cano, M. C. (2014). Adolescents who assault their parents: A different family profile of young offenders. *Violence and Victims*, 29, 393–406. <https://doi.org/10.1891/0886-6708.VV-D-12-00132>
- Contreras, L., y Cano, M. C. (2015). Exploring psychological features in adolescents who assault their parents: a different profile of young offenders?, *The Journal of Forensic Psychiatry & Psychology*, 26(2), 224–24. <https://doi.org/10.1080/14789949.2015.1004634>
- Contreras, L., y Cano, M. C. (2016). Child-to-parent violence: The role of exposure to violence and its relationship to social-cognitive processing. *European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 8, 43–50. <https://doi.org/10.1016/j.ejpal.2016.03.003>
- Coogan, D. (2012). Child-to-parent violence: challenging perspectives on family violence. *Child Care in Practice*, 17, 347–358. <https://doi.org/10.1080/13575279.2011.596815>
- Cornell, C. P., y Gelles, R. J. (1982). Adolescent to parent violence. *Urban and Social Change Review*, 15, 8–14. Recuperado de [https://www.safetylit.org/citations/index.php?fuseaction=citations.viewdetails&citationIds\[\]=citjournalarticle_455954_38](https://www.safetylit.org/citations/index.php?fuseaction=citations.viewdetails&citationIds[]=citjournalarticle_455954_38)
- Cottrell, B. (2001). Abuso de los padres: El abuso de los padres por sus hijos adolescentes. Ottawa: Unidad de Prevención de Violencia Familiar. *División de Asuntos de la Salud, Health Canada*.
- Cottrell, B., y Monk, P. (2004). Adolescent-to-parent abuse a qualitative overview of common themes. *Journal of Family Issues*, 25, 1072–1095. <https://doi.org/10.1177/0192513X03261330>
- Council of Europe. (2011). *Council of Europe Convention on preventing and combating violence against women and domestic violence*. Strasbourg, Francia: Consejo de Europa. Recuperado de <https://www.coe.int/fr/web/conventions/full-list/-/conventions/rms/090000168008482e>

- Crawford-Brown, C. (1999). The impact of parenting on conduct disorder on Jamaican male adolescents. *Adolescence*, 34, 417–436. Recuperado de <https://search.proquest.com/docview/195928735?accountid=17253>
- Crick, N., y Dodge, K. (1994). A review and reformulation of social information-processing. *Psychological Bulletin*, 115, 74–101. Recuperado de <http://psycnet.apa.org/buy/1994-20990-001>
- Cronin, S., Becher, E. H., McCann, E., McGuire, J., y Powell, Sh. (2017). Relational conflict and outcomes from an online divorce education program. *Evaluation and Program Planning*, 62, 49–55. <http://dx.doi.org/10.1016/j.evalprogplan.2017.02.008>
- D’Zurilla, T. J. (1986). *Problem solving therapy. A social competence approach to clinical interventions*. Nueva York: Springer Publishing Company.
- Decreto 176/ 2015, de 3 de diciembre, por el que se establece la estructura orgánica de la Consellería de Política Social. *Diario Oficial de Galicia*. Santiago de Compostela, 3 de diciembre de 2015, núm. 232, 45653– 45709.
- Decreto 427/2001, de 11 de diciembre, por el que se aprueba el texto del Reglamento de funcionamiento interno de los centros de reeducación para menores y jóvenes sometidos a medidas privativas de libertad. *Diario Oficial de Galicia*. Santiago de Compostela, 11 de diciembre de 2001, núm. 15, 769–787.
- Decreto 8/2015, de 8 de enero, por el que se desarrolla la Ley 4/2011, de 30 de junio, de convivencia y participación de la comunidad educativa en materia de convivencia escolar. *Diario Oficial de Galicia*. Santiago de Compostela, 27 de enero de 2015, núm. 17, 3885–3935.
- DeKeseredy, W. S. (1993). *Four variations of family violence: A review of sociological research*. Ottawa, ON: National Clearinghouse on Family Violence
- Dictamen del Comité Económico y Social Europeo sobre «La prevención de la delincuencia juvenil, los modos de tratamiento de la delincuencia juvenil y el papel de la justicia del menor en la Unión Europea. *Diario Oficial de la Unión Europea*. Bruselas, 15 de marzo de 2006, núm. 110, 75–82.
- Dodge, K., Pettit, G., McClaskey, C., y Brown, M. (1986). Social competence in children. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 51, 1–85. <http://dx.doi.org/10.2307/1165906>

- Dodge, K., y Garber, J. (1991). Domains of emotion regulation. En J. Garber y K. Dodge (Eds.), *The development of emotion regulation and dysregulation*, (pp. 3–11). Nueva York: Cambridge University Press.
- Dodge, K., y Pettit, G. (2003). A biopsychosocial model of the development of chronic conduct problem in adolescence. *Developmental Psychology*, 39, 349–371. <http://dx.doi.org/10.1037/0012-1649.39.2.349>
- Echeburúa, E. (2003). *Personalidades violentas*. Madrid: Pirámide.
- Echeburúa, E. y Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*. Madrid: Siglo XXI.
- Eckstein, N.J. (2002). *Adolescent -to -parent abuse: A communicative analysis of conflict processes present in the verbal, physical, or emotional abuse of parents*. Lincoln, University of Nebraska.
- Edenborough, M., Jackson, D., Mannix, J., y Wilkes, L. M. (2008). Living in the red zone: the experience of child-to-mother violence. *Child & Family Social Work*, 13, 464–473. <https://doi.org/10.1111/j.1365-2206.2008.00576.x>
- Ellickson, P. L., McCaffrey, D. F., Ghosh-Dastidar, B., y Longshore, D. L. (2003). New inroads in preventing adolescent drug use: Results from a large-scale trial of Project ALERT in middle schools. *American Journal of Public Health*, 93, 1830–1836. Recuperado de <https://ajph.aphapublications.org/doi/abs/10.2105/AJPH.93.11.1830>
- Erikson, E. (1968). *Identity: Youth and crisis*. Nueva York: Wiley.
- Estévez E., Musitu G., y Herrero, J. (2005). The influence of violent behavior and victimization at school on psychological distress: the role of parents and teachers. *Adolescence*, 40, 183–195. Recuperado de <https://search.proquest.com/docview/195944483?accountid=17253>
- Evans, E., y Warren-Sholbergs, L. (1988). A pattern of analysis of adolescent abusive behavior toward parents. *Journal of Adolescent Research*, 3, 201–216. <https://doi.org/10.1177/074355488832007>
- Evans, M., Jackson, D., Mannix, J. y Wilkes, L. M. (2008). Living in the red zone: The experience of child-to-mother violence. *Child and Family Social Work*, 13, 465–473. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1365-2206.2008.00576.x>

- Evans, S. E., Davies, C., y DiLillo, D. (2008). Exposure to domestic violence: A meta-analysis of child and adolescent outcomes. *Aggression and Violent Behavior, 13*, 131–140. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2008.02.005>
- Exner-Cortens, D., Eckenrode, J., y Rothman, E. (2013). Longitudinal associations between teen dating violence victimization and adverse health outcomes. *Pediatrics, 131*, 71–78. Recuperado de <http://pediatrics.aappublications.org/content/131/1/71>
- Fariña, F., Arce, R., Novo, M., y Seijo, D. (2017). *Guía de Parentalidad Positiva*. Santiago de Compostela: Andavira.
- Fariña, F., Arce, R., y Seijo, D. (2015). El conflicto familiar. Especial referencia a las consecuencias de la separación y divorcio. En F. Fariña y E. Pillado (Coords.), *Mediación familiar. Una nueva visión de la gestión y resolución de conflictos familiares desde la justicia terapéutica* (pp. 37–58). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Fariña, F., Arce, R., y Vázquez, M. J. (2014). ¿Está mediada la gravedad delictiva y cronicidad de los delincuentes juveniles por la competencia cognitivo-comportamental? *Universitas Psychologica, 13*, 15–27. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.UPSY13-3.emgd>
- Fariña, F., Parada, V., Novo, M., y Seijo, D. (2017). El Coordinador de Parentalidad: Un análisis de las resoluciones judiciales en España. *Revista Accion Psicológica, 14* (2), 157-170.
- Fariña, F., Pérez-Lahoz, V., Vázquez, M^a J., y Seijo, D. (2017). Clima familiar y coparentalidad en familias con ruptura de pareja. *Revista de Estudios e Investigación en Psicología y Educación, 5*, 295–298. <https://doi.org/10.17979/reipe.2017.0.05.2782>
- Fariña, F., Redondo, L., Seijo, D., Novo, M., y Arce, R. (2017). A meta-analytic review of the MMPI validity scales and indexes to detect defensiveness in custody evaluations. *International Journal of Clinical and Health Psychology, 17*, 128–138. <https://doi.org/10.1016/j.ijchp.2017.02.002>
- Fariña, F., Seijo, D., Arce, R. y Vázquez, M^a J. (2017). Custodia compartida, corresponsabilidad parental y justicia terapéutica como nuevo paradigma. *Anuario de Psicología Jurídica, 27*, 107–113. <http://dx.doi.org/10.1016/j.apj.2016.11.001>

- Fariña, F., y Arce, R. (2003). *Avances en torno al comportamiento antisocial, evaluación y tratamiento*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Farrington, D. P. (1991). Childhood aggression and adult violence: Early precursors and later life outcomes. En D.J. Pepler, y K. H. Rubin (Eds.), *The Development and Treatment of Childhood Aggression* (pp. 5–29). Hillsdale, NJ: Transaction
- Farrington, D. P. (1992a). Criminal career research in the United Kingdom. *The British Journal of Criminology*, 32, 521–536. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/23638322>
- Farrington, D. P. (1992b). Explaining the beginning, progress and ending of antisocial behavior from birth to adulthood. En J. McCord (Ed.), *Facts, frameworks and forecasts. Advances in criminological theory* (Vol. 3, pp. 253–286). Nuevo Brunswick, NJ, EE. UU: Transaction Publishers.
- Farrington, D. P. (1996). Psychosocial influences on the development of antisocial personality. En G. Davies, S. Lloyd- Bostock, M. McMurrin y C. Wilson (Eds.), *Psychology, law and criminal justice: International development in research and practice* (pp. 424–444). Berlín, Alemania: Walter de Gruyter.
- Farrington, D. P. (2003). Advancing knowledge about the early prevention of adult antisocial behaviour. En D.P. Farrington, y K. W. Coid (Eds.), *Early prevention of antisocial behaviour* (pp. 1–31). Cambridge: Cambridge University Press.
- Farrington, D. P., y West, D. (1990) The Cambridge study in delinquent development a long-term follow-up of 411 London males. En H.J. Kerner, y G. Kaiser (Eds.), *Criminality: personality, behaviour and life history* (pp. 115–138). Berlin: Springer Verlag.
- Farrington, K., y Chertok, E. (1993). Social conflict theories of the family. En P. G. Boss, WJ Doherty, R. LaRossa, WR Schumm, y SK Steinmetz (Eds.), *Sourcebook of family theories and methods* (pp. 357–381). New York: Plenum Press.
- Feldman, M. P. (1989). *Comportamiento criminal: un análisis psicológico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, A. (2014). Adolescencia, crecimiento emocional, proceso familiar y expresiones humorísticas. *Educación*, 50, 445–466.

- Fernández-González, L., O’Leary K., y Muñoz-Rivas, M. (2013). We are not joking: Need for controls in reports of dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 28, 602–620. <https://doi.org/10.1177/0886260512455518>
- Fiscalía de la Comunidad Autónoma de Galicia (2016). Memoria 2016. Recuperado de https://www.fiscal.es/memorias/memoria2014/FISCALIA_SITE/recursos/fiscalias/superiores/galicia.pdf
- Fiscalía de la Comunidad Autónoma de Galicia (2018). Memoria 2018. Recuperado de https://www.fiscal.es/fiscal/PA_WebApp_SGNTJ_NFIS/descarga/Memoria_FS_Galicia_2018.pdf?idFile=a512275f-6847-41d6-a7d0-6f2ed4ddf7e6
- Fiscalía General del Estado (2010). *Circular 1/2010, sobre el tratamiento desde el sistema de justicia juvenil de los malos tratos de los menores contra sus ascendientes*. Recuperado de https://www.fiscal.es/fiscal/PA_WebApp_SGNTJ_NFIS/descarga/CIRCULAR%201-2010%20MENORES.pdf?idFile=fdb19457-7b73-4fe6-a9dd-8a7d4dcaafb6.
- Fiscalía General del Estado (2018). *Memoria 2018*. Recuperado de https://www.fiscal.es/fiscal/PA_WebApp_SGNTJ_NFIS/descarga/MEMFIS18.PDF?idFile=f9e5ea88-f1f6-4d21-9c24-d2ffd93eabc3
- Foo, L., y Margolin, G. (1995). A multivariate investigation of dating aggression. *Journal of Family Violence*, 10, 351–377. <https://doi.org/10.1007/BF02110711>
- Foshee, V., Reyes, L., Tharp, A., Chang, L., Ennett, S., Simon, T., Latzman, N., y Suchindran, C. (2015). Shared longitudinal predictors of physical peer and dating violence. *Journal of Adolescent Health*, 56, 106–112. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2014.08.003>
- Gallagher, E. (2004). Youth who victimise their parents. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 25, 94–105. <https://doi.org/10.1002/j.1467-8438.2004.tb00591.x>
- Gallagher, E. (2008). *Children’s violence to parents: a critical literature review*. Master thesis. Melbourne, Australia: Monash University. Recuperado de <http://web.aanet.com.au/eddiegallagher/Violence%20to%20Parents%20-%20Gallagher%202008.pdf>

- Gallego, R., Amado, B. G., y Novo, M. (2017). Influencia de las actitudes sexistas en la violencia escolar entre iguales. En C. Bringas y M. Novo (Coords.). *Psicología Jurídica conocimiento y práctica. Colección Psicología y Ley, n° 14* (pp. 493–507). Sociedad Española de Psicología Jurídica y Forense. Granada: GEU.
- Gallego, R., Sanmartín, B., y Vilarinho, M. (2017). ¿Predice el maltrato infantil la violencia filio-parental?: La hipótesis de la bidireccionalidad. En S. A. Jiménez, J. D. Gutiérrez, I. Rei dos Santos, J. J. Leiva, C. Silva, M. I. Iglesias y D. De Micheli (Coords.), *Reconstruyendo un mundo con ojos de niñas. Entre la pobreza y la educación* (pp. 3069–3082). Granada: GEU.
- Gámez-Guadix, M., A Straus, M., Carrobles, J., Muñoz-Rivas, M., y Almendros, C. (2010). Corporal punishment and long-term behavior problems: The moderating role of positive parenting and psychological aggression. *Psicothema*, 22, 529–536. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/727/72715515001/>
- Gámez-Guadix, M., Jaureguizar, J., Almendros, C., y Carrobles, J.A. (2011). Estilos de socialización familiar y violencia de hijos a padres en población española. *Psicología Conductual*, 20, 585–602. Recuperado de <https://search.proquest.com/docview/1268707028?accountid=17253>
- Gámez-Guadix, M., y Calvete, E. (2012). Violencia filio-parental y su asociación con la exposición a la violencia marital y la agresión de padres a hijos. *Psicothema*, 24, 277–283. Recuperado de <http://www.psicothema.com/pdf/4011.pdf>
- García de Galdeano, P., y González, M. (2007). *Madres agredidas por sus hijos/as. Guía de recomendaciones prácticas para profesionales*. Diputación Foral de Vizcaya.
- García-Pablos, A. (2003). *Tratado de Criminología (3ª ed.)*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Garner, A., Shonkoff, J., Siegel, B., Dobbins, M., Earls, M., McGuinn, L., Pascoe, J., y Wood, D. (2012). Early childhood adversity, toxic stress, and the role of the pediatrician: Translating developmental science into lifelong health. *Pediatrics*, 129, 224–231. Recuperado de <http://pediatrics.aappublications.org/content/129/1/e224.short>
- Garrido, E., Herrero, C. y Massip, J. (2001). Teoría Cognitiva social de la conducta moral y de la delictiva. En F. Pérez (Ed.). *In memoriam Alexandri Baratta* (pp. 379–414). Salamanca, España: Universidad de Salamanca.

- Garrido, V. (2005). *¿Qué es la psicología criminológica?* Madrid: Biblioteca Nueva.
- Garrido, V. (2005). *Los hijos tiranos: el síndrome del emperador*. Barcelona: Ariel.
- Garrido, V. (2007). *Antes que sea tarde*. Barcelona: Nablá.
- Garrido, V. (2008). El Síndrome del Emperador y sus desafíos en el ámbito científico y profesional. *Jornadas sobre Violencia Intrafamiliar, 28 y 29 de Febrero*. Valencia. Recuperado de <http://reddecriminologia.blog.uces.edu.ar/files/2014/03/Vicente-Garrido-Genov%C3%A9s.pdf>
- Garrido, V., Stangeland, P., y Redondo, S. (2006). *Principio de Criminología*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Garrido, V., y Galvis, M.J. (2016). La violencia filio-parental: una revisión de la investigación empírica en España y sus implicaciones para la prevención y tratamiento. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 16, 339–374. Recuperado de http://espacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:revistaDerechoPenalyCriminologia-2016-16-5035/Vicente_Garrido.pdf
- Gebo, E. (2007). A family affair: The juvenile court and family violence cases. *Journal of Family Violence*, 22, 501–509. <https://doi.org/10.1007/s10896-007-9075-1>
- Gelles, R. J. (1987). *Family violence*. Newbury Park, CA: Sage.
- Gelles, R. J., y Cornell, C.P. (1985). *Intimate violence in families*. Londres: Sage.
- Gelles, R. J., y Straus, M. (1979). Violence in the American family. *Journal of Social Issues*, 35, 15–39. <https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.1979.tb00799.x>
- Gershoff, E. T., Sattler, K. M., y Ansari, A. (2018). Strengthening causal estimates for links between spanking and children's externalizing behavior problems. *Psychological Science*, 29, 110–120. <http://dx.doi.org/10.1177/0956797617729816>
- Gershoff, E. T., y Grogan-Kaylor, A. (2016). Spanking and child outcomes: Old controversies and new meta-analyses. *Journal of Family Psychology*, 30, 453–469. <http://dx.doi.org/10.1037/fam0000191>

- Ghanizadeh, A., y Jafari, P. (2010). Cultural structures of the Persian parents' ratings of ADHD. *Journal of Attention Disorders*, 13, 369–373.
<https://doi.org/10.1177/1087054709332421>
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (2006). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez, M., Delgado, A., y Gómez, Á. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 46, 148–159.
[https://doi.org/10.1016/S0120-0534\(14\)70018-4](https://doi.org/10.1016/S0120-0534(14)70018-4)
- González, J., Fernández, S., Pérez, E., y Santamaría, P. (2004). *Adaptación española del sistema de evaluación de la conducta en niños y adolescentes: BASC*. Madrid: TEA Ediciones.
- González-Álvarez, M. (2012). Violencia intrafamiliar: características descriptivas, factores de riesgo y propuesta de un plan de intervención (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, España). Disponible en <http://eprints.ucm.es/16421/1/T33906.pdf>
- Granic, I., y Patterson, G. R. (2006). Toward a comprehensive model of antisocial development: A dynamic systems approach. *Psychological Review*, 113, 101–131. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-295X.113.1.101>
- Grisolía, G. (2006). Violencia intrafamiliar: un daño de incalculables consecuencias. *Revista del Centro de Investigaciones Penales y Criminológicas*, 25, 230–244.
- Hampton, R. L., Gullotta, T. P., Adams, G. R., Potter, E. H., y Weissberg, R. P. (1993). *Issues in children's and families' lives Volume 1: Family violence*. Newbury Park, CA: Sage.
<http://www.ncjrs.gov/App/publications/abstract.aspx?ID=149818>
- Harbin, H., y Madden, D. (1979). Battered parents: A new syndrome. *American Journal Psychiatry*, 136, 1288–1291. <http://dx.doi.org/10.1176/ajp.136.10.1288>
- Hartz, D. (1995). Comparative conflict resolution patterns among parents-teen dyads of four ethnic groups in Hawaii. *Child Abuse and Neglect*, 19, 681–689.
[https://doi.org/10.1016/0145-2134\(95\)00026-5](https://doi.org/10.1016/0145-2134(95)00026-5)
- Haw, A. L. (2010). *Parenting over violence: Understanding and empowering mothers affected by adolescent violence in the home*. Perth, WA: Department for Communities, Office for Women's Interests. Retrieved from

- <https://patgilescentre.org.au/about-pgc/reports/parenting-over-violence-final-report.pdf>
- Hirschi, T. (1969). *Causes of delinquency*. Berkeley: University of California Press.
- Hoeve, M., Dubas, J., Eichelsheim, V., Van del Laan, P., Smeenk, W., y Gerris, J. (2009). The relationship between parenting and delinquency: a meta-analysis. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 37, 749–775. <http://doi.org/10.1007/s10802-009-9310-8>.
- Holt, A. (2013). *Adolescent-to-parent abuse: Current understandings in research, policy and practice*. Bristol, England: Policy Press.
- Holt, A. (2015). Adolescent-to-parent Abuse as a Form of “Domestic Violence”: A conceptual Review. *Trauma, Violence and Abuse*, 17, 490–499. <https://doi.org/10.1177/1524838015584372>
- Holt, A., y Shon, P. C. (2016). Exploring Fatal and Non-Fatal Violence Against Parents: Challenging the Orthodoxy of Abused Adolescent Perpetrators. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 62, 915–934. <https://doi.org/10.1177/0306624X16672444>
- Hong, J. S., Kral, M.J., Espelage, D.L., y Allen-Meares, P. (2011). The social ecology of adolescent-initiated parent abuse: a review of the literature. *Child Psychiatry and Human Development*, 43, 431–454. <https://doi.org/10.1007/s10578-0100-0273>
- Howard, J. O. (2011). *Adolescent violence in the home: the missing link in family violence prevention and response*. Australian Domestic & Family Violence Clearinghouse, University of New South Wales, Sydney. Recuperado de <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.405.6416&rep=rep1&type=pdf>
- Hunter, J. E., y Schmidt, F. L. (2015). *Methods of meta-analysis: Correcting error and bias in research findings*. Newbury Park, CA: Sage.
- Ibabe, I. (2014). Efectos directos e indirectos de la violencia familiar sobre la violencia filio-parental. *Estudios de Psicología*, 35, 137–167. <https://dx.doi.org/10.1080/02109395.2014.893647>
- Ibabe, I. (2015). Predictores familiares de la violencia filio-parental. El papel de la disciplina familiar. *Anales de Psicología*, 31, 615–625. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.31.2.174701>

- Ibabe, I., Arnoso, A., y Elgorriaga, E. (2014). Behavioral problems and depressive symptomatology as predictors of child-to-parent violence. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 6, 53–61. <https://doi.org/10.1016/j.ejpal.2014.06.004>
- Ibabe, I., Jaureguizar, J., y Bentler, P. M. (2013). Risk factors for child-to-parent violence. *Journal of Family Violence*, 28(5), 523–534. <https://doi.org/10.1007/s10896-013-9512-2>
- Ibabe, I., Jaureguizar, J., y Díaz, O. (2007). *Violencia filio-parental: Conductas violentas de jóvenes a sus padres*. Victoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco. Recuperado de http://www.euskadi.eus/contenidos/documentacion/violencia_filio_parental/eu_vifilpar/adjuntos/Violencia_Filio-Parental.pdf
- Ibabe, I., Jaureguizar, J., y Díaz, Ó. (2009). Adolescent violence against parents. Is it a consequence of gender inequality? *European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 1, 3–24. Recuperado de http://sepjf.webs.uvigo.es/index.php?option=com_docman&task=doc_download&gid=9&Itemid=110&lang=en
- Ibabe, I., y Bentler, P. M. (2016). The contribution of family relationships to child-to-parent violence. *Journal of Family Violence*, 31, 259–269. <https://doi.org/10.1007/s10896-015-9764-0>
- Ibabe, I., y Jaureguizar, J. (2010). Child-to-parent violence: Profile of abusive adolescents and their families. *Journal of Criminal Justice*, 38, 616–624. <https://doi.org/10.1016/j.jcrimjus.2010.04.034>
- Ibabe, I., y Jaureguizar, J. (2011). ¿Hasta qué punto la violencia filio-parental es bidireccional? *Anales de Psicología*, 27, 256–277. Recuperado de <https://digitum.um.es/xmlui/bitstream/10201/26513/1/Hasta%20qu%C3%A9%20punto%20la%20violencia%20filio-parental%20es%20bidireccional.pdf>
- Izaguirre, A., y Calvete, E. (2017). Exposure to family violence as a predictor of dating violence and child-to-parent aggression in Spanish adolescents. *Youth & Society*, 49, 393–412. <https://doi.org/10.1177/0044118X16632138>

- Jaureguizar, J., Ibabe, I., y Straus, M. A. (2013). Violent and prosocial behavior by adolescents toward parents and teachers in a community sample. *Psychology in Schools, 50*, 451–470. <https://doi.org/10.1002/pits.21685>.
- Katz, L. F. y Windecker-Nelson, B. (2006). Domestic violence, emotion coaching and child adjustment. *Journal of Family Psychology, 20*, 56–67. <http://dx.doi.org/10.1037/0893-3200.20.1.56>
- Kennair, N., y Mellor, D. (2007). Parent abuse: A review. *Child Psychiatry and Human Development, 38*, 203–219. <https://doi.org/10.1007/s10578-007-0061-x>
- Kennedy, T., Edmonds, W., Dann, K., y Burnett, K. (2010). The clinical and adaptative features of young offenders with histories of child-parent violence. *Journal of Family Violence, 25*, 509–520. <http://dx.doi.org/10.1007/s10896-010-9312-x>
- Kethineni, S. (2004). Youth-on-parent violence in a central Illinois county. *Youth Violence and Juvenile Justice, 2*, 374–394. <https://doi.org/10.1177/1541204004267785>
- Klein, K., Forehand, R., Armistead, L., y Long, P. (1997). Delinquency during transition to early adulthood: family parenting predictors from early adolescence. *Adolescence, 32*, 61–80. Recuperado de <https://search.proquest.com/openview/35ce7529f65b50322ab818c1aeedd502/1?pq-origsite=gscholar&cbl=1819054>
- Kratcoski, P. (1984). Perspectives on Intrafamily Violence. *Human Relations, 37*, 443–453. <https://doi.org/10.1177/001872678403700602>
- Kratcoski, P. (1985). Youth violence directed toward significant others. *Journal of Adolescence, 8*, 145–157. [https://doi.org/10.1016/S0140-1971\(85\)80043-9](https://doi.org/10.1016/S0140-1971(85)80043-9)
- Krauskopf, D. (2000). *Participación social y desarrollo en la adolescencia*. Fondo de población de las Naciones Unidas. Recuperado de <http://www.mcj.go.cr/ministerio/juventud/archivos/documentos/PARTICIPACION%20SOCIAL%20Y%20ADOLESCENCIA.pdf>
- Kuay, H., Lee, S., Centifanti, L., Parnis, A.C., Mrozik, J., y Tiffin, P. (2016). Adolescents as perpetrators of aggression within the family. *International Journal of Law and Psychiatry, 47*, 60–7. <https://doi.org/10.1016/j.ijlp.2016.02.035>

- Kuay, H., Tiffin, P., Boothroyd, L., Towl, G., y Centifanti, L. (2017). A New Trait-Based Model of Child-to-Parent Aggression. *Adolescent Research Review*, 2, 199–211. <https://doi.org/10.1007/s40894-017-0061-4>
- Lahey, B.B., Piacentini, J.C., McBurnett, K., Stone, P., Hartdagen, S., y Hynd, G. (1988). Psychopathology in the parents of children with conduct disorder and hyperactivity. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 27, 163–170. <https://doi.org/10.1097/00004583-198803000-00005>
- Lamborn, S., Mounts, N., Steinberg, L., y Dornbusch, S. (1991). Patterns of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent, and neglectful families. *Child Development*, 62, 1049–1065. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.1991.tb01588.x>
- Lameiras, M., e Iglesias, I. (2011). *Violencia de género*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Langhinrichsen-Rohling J., y Neidig, P. (1995). Violent backgrounds of economically disadvantaged youth: Risk factors for perpetrating violence? *Journal of Family Violence*, 10, 379–397. <https://doi.org/10.1007/BF02110712>
- Laurent, A. (1997). À propos des familles où les parents sont battus par leur enfant. *Archives de Pédiatrie*, 4 (5), 468–472. [https://doi.org/10.1016/S0929-693X\(97\)86678-X](https://doi.org/10.1016/S0929-693X(97)86678-X)
- Laurent, A., y Derry, A. (1999). Violence of French adolescents toward their parents: Characteristics and contexts. *Journal of Adolescent Health*, 25, 21–26. [https://dx.doi.org/10.1016/S1054-139X\(98\)00134-7](https://dx.doi.org/10.1016/S1054-139X(98)00134-7)
- Leijten, P., Raaijmaker, M.A., Orobio de Castro, B., Van den Ban, E., y Matthys, W. (2017). Effectiveness of the Incredible Years Parenting Program for families with socioeconomically disadvantaged and ethnic minority backgrounds. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 46, 59–73. <http://dx.doi.org/10.1080/15374416.2015.1038823>
- Lengua, L. J., West, S. G., y Sandler, I. N. (1998). Temperament as a predictor of symptomatology in children: Addressing contamination of measures. *Child Development*, 69, 164–181. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.1998.tb06141.x>
- Ley 1/1996, de 15 de enero, de Protección Jurídica del Menor. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 15 de enero de 1996, núm 15, 1996–1069.

- Ley 3/1997, de 9 de junio, gallega de la familia, la infancia y la adolescencia. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 11 de julio de 1997, núm 165, 21394–21407.
- Ley 3/2011, de 30 de junio, de apoyo a la familia y a la convivencia de Galicia. *Diario Oficial de Galicia*. Santiago de Compostela, 13 de julio de 2011, núm. 134, 19306–19373.
- Ley 4/2011, de 30 de junio, de convivencia y participación de la comunidad educativa. *Diario Oficial de Galicia*. Santiago de Compostela, 15 de julio de 2011, núm. 136, 769–787, 19676– 19707.
- Ley de Tribunales Tutelares de Menores, texto refundido aprobado por Decreto de 11 de junio de 1948. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 19 de julio de 1948, núm. 201, 3306–3318.
- Ley Orgánica 1/1996, de 15 de enero, de Protección Jurídica del Menor, de modificación parcial del Código Civil y de la Ley de Enjuiciamiento Civil. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 17 de enero de 1996, núm. 15, 1225–1238.
- Ley Orgánica 1/2015, de 30 de marzo, por la que se modifica la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 31 de marzo de 2015, núm. 77, 27061–27176.
- Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de Protección de Datos de Carácter Personal. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 14 de diciembre de 1999, núm 298, 43088– 43099.
- Ley Orgánica 2/2006, de 3 de mayo, de Educación. . *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 4 de mayo de 2006, núm. 106, 17158–17207.
- Ley Orgánica 4/1992, de 5 de junio, sobre reforma de la Ley reguladora de la Competencia y el Procedimiento de los Juzgados de Menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 5 de junio de 1992, núm. 140, 19794–19796.
- Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 13 de enero 2000, núm. 11, 1422–1441.

- Ley Orgánica 8/2006, de 4 de diciembre, por la que se modifica la Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 5 de diciembre de 2006, núm. 290, 42700–42712.
- Lila, M. (1995). *Autoconcepto, valores y socialización: un estudio transcultural*. (Tesis Doctoral no publicada). Universidad de Valencia, España.
- Livingston, L (1986). Children's violence to single mothers. *The Journal of Sociology & Social Welfare*, 13, 920–933. Recuperado de <https://heinonline.org/HOL/LandingPage?handle=hein.journals/jrlsasw13&div=62&id=&page=>
- Llorens, N., Palmer, A., y Perelló del Río, M. J. (2005). Características de personalidad en adolescentes como predictores de la conducta de consumo de sustancias psicoactivas. *Trastornos Adictivos*, 7, 90–96. [https://doi.org/10.1016/S1575-0973\(05\)74513-X](https://doi.org/10.1016/S1575-0973(05)74513-X)
- Loeber, R. (1988). Natural histories of conduct problems, delinquency, and associated substance use: Evidence for developmental progressions. En B. B. Lahey y A. E. Kazdin (Eds.), *Advances in clinical child psychology* (Vol. 11, pp. 73–124). Nueva York, NY, US: Plenum Press. http://dx.doi.org/10.1007/978-1-4613-9829-5_2
- Loeber, R., Farrington, D. P., Stouthamer-Loeber, M., y Van Kammen, W. B. (1998).
- Loeber, R., Wylie-Weiher, A., y Smith, C. (1993). The relationship between family interaction and delinquency and substance use. En D. Huizinga, R. Loeber, y T. P. Thornberry (Eds.), *Crime and justice: An annual review of research* (Vol. 7, pp. 29–149). Chicago: University of Chicago Press.
- Loeber, R., y Farrington, D.P. (2001). *Child Delinquents: Development, Intervention, and Service Needs*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications
- Loeber, R., y Dishion, T. J. (1984). Boys who fight at home and school: Family conditions influencing cross-setting consistency. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 52, 759–768. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-006X.52.5.759>
- Loinaz, I., Andrés-Pueyo, A., y Pereira, R. (2017). Factores de riesgo de violencia filio-parental: Una aproximación con juicio de expertos. *Acción Psicológica*, 14, 17–32. <https://doi.org/10.5944/ap.14.2.20747>

- López de Dicastillo, N., Iriarte, C., y González, M. C. (2004). Aproximación y revisión del concepto «competencia social. *Revista Española de Pedagogía*, 62, 143–156. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/23765753>
- López, L., Romero, E., y Luengo, M. (2011). La personalidad psicopática como indicador distintivo de severidad y persistencia en los problemas de conducta infanto-juveniles. *Psicothema*, 23, 660–665. Recuperado de <https://www.unioviedo.net/reunido/index.php/PST/article/viewFile/9141/9005>
- López-Romero, L., Romero, E. y Gómez-Fraguela, (2015) Delving into callous–unemotional traits in a spanish sample of adolescents: concurrent correlates and early parenting precursors. *Journal of Child and Family Studies*, 24, 1451–1468. <https://doi.org/10.1007/s10826-014-9951-2>.
- Lösel, F., y Bender, D. (2003). Protective factors and resilience. En D. P. Farrington y J. W. Coid (Eds.), *Early Prevention of Adult Antisocial Behaviour* (pp. 130–204). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lynam, D., y Gudonis, L. (2005). The development of psychopathy. *Annual Review of Clinical Psychology*, 1, 381–407. <https://doi.org/10.1146/annurev.clinpsy.1.102803.144019>
- Lyons, J., Bell, T., Fréchette, S., y Romano, E. (2015). Child-to-parent violence: Frequency and family correlates. *Journal of Family Violence*, 30, 729–742. <https://doi.org/10.1007/s10896-015-9716-8>
- Maccoby, E., y Martin, J. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. En E. M. Hetherington (Eds.), *Handbook of child psychology: Socialization, personality, and social development* (Vol. 4, pp. 1–101). Nueva York: John Wiley.
- Mahoney, A., y Donnelly, W. O. (2000). Adolescent-to-parent physical aggression in clinic-referred families: Prevalence and co-occurrence with parent-to-adolescent physical aggression. En *Victimization of Children and Youth: An International Research Conference*, Family Research Laboratory, University of New Hampshire. Durham, NH.
- Mandy, M., Morawska, A. y Filus, A. (2017). Effects of early parenting interventions on parents and infants: A meta-analytic review. *Journal of Child and Family Studies*, 26, 1507–1526. <http://dx.doi.org/10.1007/s10826-017-0675-y>

- Margolin, G., y Baucom, B. (2014). Adolescents' aggression to parents: Longitudinal links with parents' physical aggression. *Journal of Adolescent Health*, 55, 645–651. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2014.05.008>
- Maxwell, C., y Maxwell, S. (2003). Experiencing and witnessing familiar aggression and their relationship to physically aggressive behaviours among Filipino adolescents. *Journal of Interpersonal Violence*, 18, 1432–1451. <https://doi.org/10.1177/0886260503258034>
- McCabe, K., Lucchini, S., Hough, R., Yeh, M., y Hazen, A. (2005). The relation between violence exposure and conduct problems among adolescents: A prospective study. *American Journal of Orthopsychiatry*, 75, 575–584. <http://dx.doi.org/10.1037/0002-9432.75.4.575>
- McCloskey, L., y Lichter, E. (2003). The contribution of marital violence to adolescent aggression across different relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, 18, 390–412. <https://doi.org/10.1177/0886260503251179>
- Meneses, C., Romo, N., Uroz, J., Gil, E., Markez, I., Giménez, S., y Vega, A. (2009). Adolescencia, consumo de drogas y comportamientos de riesgo: diferencias por sexo, etnicidad y áreas geográficas en España. *Trastornos Adictivos*, 11, 51–63. [https://doi.org/10.1016/S1575-0973\(09\)71380-7](https://doi.org/10.1016/S1575-0973(09)71380-7)
- Meredith, W., Abbott, D., y Adams, S. (1986). Family violence: Its relation to marital and parental satisfaction and family strengths. *Journal of Family Violence*, 1, 299–305. <https://doi.org/10.1007/BF00978274>
- Micucci, J. (1995). Adolescents who assault their parents: A family systems approach to treatment. *Psychotherapy*, 32, 154–161. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-3204.32.1.154>
- Ministerio de Justicia (2011). *Circular 1/2010 sobre el tratamiento desde el sistema de justicia juvenil de los malos tratos de los menores contra sus ascendientes*. Recuperado de https://www.fiscal.es/fiscal/PA_WebApp_SGNTJ_NFIS/descarga/memo2011-vol1-circu01.pdf?idFile=d7696735-6cff-4ecd-96fc-99b87afd8041
- Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad (2015). *Guía de Buenas Prácticas en Parentalidad Positiva. Un recurso para apoyar la práctica profesional con familias*. Madrid: FEMP.

- Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad (2018). *Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES 2016-2017)*. Madrid. Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad. Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. Recuperado de https://www.observatoriodelainfancia.es/ficherosoia/documentos/5537_d_ESTUDES_2016_Presentacion.pdf
- Mitchell, K., y Finkelhor, D. (2001). Risk of crime victimization among youth exposed to domestic violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 16, 944–964. <https://doi.org/10.1177/088626001016009006>
- Mohamed-Mohan, L., Arce, E., y Novo, M. (2011). Teorías explicativas del comportamiento antisocial. En F. Fariña y R. Arce (Ed.), *Prevención e intervención con menores en riesgo de desviación social* (pp. 11–51). España: Andavira Editora.
- Molla-Esparza, C., y Aroca, C. (2017). Menores que maltratan a sus progenitores: definición integral y su ciclo de violencia. *Anuario de Psicología Jurídica*, 28, 15–21. Recuperado de <http://journals.copmadrid.org/apj>
- Monk, P. H. (1997). *Adolescent-to-parent violence: A qualitative analysis of emerging themes* (Tesis Doctoral, Universidad de Columbia, Estados Unidos). Recuperado de <https://open.library.ubc.ca/cIRcle/collections/ubctheses/831/items/1.0088190>
- Montero, I., y León, O. G. (2005). Sistema de clasificación del método en los informes de investigación en Psicología. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 5, 115–127. <https://www.redalyc.org/html/337/33701007/>
- Moral, M. V., García, A., Cuetos, G., y Sirvent, C. (2017). Violencia en el noviazgo, dependencia emocional y autoestima en adolescentes y jóvenes españoles. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 8, 96–107, <https://doi.org/10.23923/j.rips.2017.08.009>
- Morán, N. (2013). *Padres víctimas de abuso por parte de sus hijos: características descriptivas, factores de riesgo y propuesta de un programa de intervención psicológica* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, España). Recuperado de <http://eprints.ucm.es/21685/1/T34526.pdf>
- Moreno, D., Estévez, E., Murgui S., y Musitu, G. (2009). Relación entre el clima familiar y el clima escolar: el rol de la empatía, la actitud hacia la autoridad y la

- conducta violenta en la adolescencia. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 9, 123–136. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=56012876010>
- Moulds, L., y Day, A. (2017). Characteristics of adolescent violence towards parents: A rapid evidence assessment. *Journal of Aggression, Conflict and Peace Research*, 9, 195–209. <https://doi.org/10.1108/JACPR-11-2016-0260>
- Moulds, L., Day, A., Mildred, H., Miller, P., y Casey, S. (2016). Adolescent Violence Towards Parents: The Known and Unknowns. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 37, 547–557. <https://doi.org/10.1002/anzf.1189>
- Moya, L. (2010). *Psicobiología de la violencia*. Madrid: Pirámide.
- Moylan, C., Herrenkohl, T., Sousa, C., Tajima, E., Herrenkohl, R., y Russo, M. (2010). The effects of child abuse and exposure to domestic violence on adolescent internalizing and externalizing behaviours problems. *Journal of Family Violence*, 25, 53–63. <http://dx.doi.org/10.1007/s10896-009-9269-9>
- Musitu, G. (2002). Las conductas violentas de los adolescentes en la escuela: El rol de la familia. *Aula Abierta*, 79, 109–138. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=258911>
- Musitu, G. y García, J.F. (2004). Consecuencias de la socialización familiar en la cultura española. *Psicothema*, 16, 288–293. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/727/72716218/>
- Musitu, G., Buelga, S., Lila, M., y Cava, M. (2001). *Familia y Adolescencia*. Madrid: Síntesis.
- Nock, M., y Kazdin, A. (2002). Parent-directed physical aggression by clinic-referred youths. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 31, 193–205. http://dx.doi.org/10.1207/S15374424JCCP3102_05
- Novo, M., Seijo, D., Vilariño, M., y Vázquez, M. J. (2013). Frecuencia e intensidad en el acoso escolar: ¿qué es qué en la victimización?. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 4, 1–15. Recuperado de <http://www.usc.es/export9/sites/webinstitucional/gl/servizos/uforense/descargas/Frecuencia-e-intensidad-en-el-acoso-escolar-que-es-que-en-la-victimizacion.pdf>
- Nowakowski-Sims, E., y Rowe, A. (2015). Using trauma informed treatment models with child-to-parent violence. *Journal of Child & Adolescent Trauma*, 8, 237–244. <http://dx.doi.org/10.1007/s40653-015-0065-9>

- Nye, F. I. (1958). *Family relationships and delinquent behavior*. Oxford, England: John Wiley.
- Oliva, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37, 209–223. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/970/97012834001/>
- Olson, D. H., McCubbin, H., Barnes, H., Larsen, A., Muxen, M., y Wilson, M. (1985). *Family inventories*. St. Paul: Family Social Science, University of Minnesota.
- Olson, D. H., Russell, C., y Sprenkle D. (1983). Circumplex model of marital and family systems: VI. Theoretical update. *Family Process*, 22, 69–83 <https://doi.org/10.1111/j.1545-5300.1983.00069.x>
- Olson, S.L., Lopez-Duran, N., Lunkenheimer, E., Chang, H., Sameroff, A. (2011). Individual differences in the development of early peer aggression: integrating contributions of self-regulation, theory of mind, and parenting. *Development and Psychopathology*, 23, 253–266. <http://dx.doi.org/10.1017/S0954579410000775>
- Olweus, D. (1998). *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*. Madrid: Morata.
- Omer, H. (2004). *Non violent Resistance. A New Approach to Violent and Self-Destructive Children*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Organización de las Naciones Unidas (1948). *Declaración Universal de Derechos Humanos* (Res A.G. 217 A III) Recuperado de http://www.ohchr.org/EN/UDHR/Documents/UDHR_Translations/spn.pdf
- Organización de las Naciones Unidas (1989). *Convención sobre los Derechos del Niño*. Recuperado de <http://www.un.org/es/events/childrenday/pdf/derechos.pdf>
- Organización de las Naciones Unidas (ONU, 1990). *Directrices para la prevención de la Delincuencia Juvenil, Directrices de Riad* (Res A.G. 45/112). Recuperado de <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/preventionofjuveniledelinquency.aspx>
- Organización de las Naciones Unidas (ONU, 1990). Las Reglas Mínimas de las Naciones Unidas sobre las medidas no privativas de libertad, Reglas de Tokio (Res A.G. 45/110). Recuperado de <http://www.bienestaryproteccioninfantil.es/imagenes/tablaContenidos03SubSec/reglas%20tokio2.pdf>

- Organización de las Naciones Unidas (ONU, 1990). *Reglas para la Protección de los menores privados de libertad, Reglas de La Habana* (Res A.G. 45/113). Recuperado de https://www.unicef.org/panama/spanish/about_8042.htm
- Organización Mundial de la Salud (1986). *La salud de los jóvenes: un desafío para la sociedad*. Ginebra: Suiza. Recuperado de http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/36922/1/WHO_TRS_731_spa.pdf
- Organización Mundial de la Salud (OMS, 2002). *Informe mundial sobre la violencia y la Salud*. Ginebra, Suiza: World Health Organization. Recuperado de http://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/42495/9241545615_eng.pdf;jsessionid=3989E027DB2E882991344DC05391940A?sequence=1
- Organización Mundial de la Salud. (2002). *Informe Mundial sobre la violencia y la salud: resumen*. Washington D. C. OPS. Recuperado de <http://iris.paho.org/xmlui/bitstream/handle/123456789/725/9275315884.pdf>
- Orue, I., y Calvete, E. (2010). Elaboración y validación de un cuestionario para medir la exposición a la violencia en infancia y adolescencia. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 10, 279–292. Recuperado de <https://www.ijpsy.com/volumen10/num2/262/elaboracin-y-validacin-de-un-cuestionario-ES.pdf>
- Ovejero, A., Yubero, S., Larrañaga, E., y Navarro, R. (2013). Sexismo y comportamiento de acoso escolar en adolescentes. *Psicología Conductual*, 21, 157–171. Recuperado de <https://search.proquest.com/docview/1348261913?accountid=17253>
- Pagani, L., Japel, C., Girard, A., Farhat, A., Côté, S., y Tremblay, R. (2006). Middle childhood life-course trajectories: Links between family dysfunction and children's behavioral development. En A. Huston y M. N. Ripke (Eds.), *Developmental contexts in middle childhood. Bridges to adolescence and adulthood* (pp. 130–149). Nueva York: Cambridge University Press.
- Pagani, L., Tremblay, R., Nagin, D., Zoccolillo, M., Vitaro, F., y McDuff, P. (2009). Risk factor models for adolescent verbal and physical aggression toward fathers. *Journal of Family Violence*, 24, 173–182. <https://doi.org/10.1007/s10896-008-9216-1>

- Pagani, L., Tremblay, R., Nagin, D., Zoccolillo, M., Vitaro, F., y McDuff, P. (2004). Risk factor models for adolescent verbal and physical aggression toward mothers. *International Journal of Behavioral Development*, 28, 528–537. <http://dx.doi.org/10.1080/01650250444000243>
- Pastor Seller, E., y Iglesias Ortuño, E. (2011). La mediación intrajudicial como método de resolución de conflictos en el seno familiar. *Entramado*, 7, 72–87. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/2654/265420116005/>
- Paterson, R., Luntz, H., Perlesz, A., y Cotton, S. (2002). Adolescent violence towards parents: Maintaining family connections when the going gets tough. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 23, 90–100. <https://doi.org/10.1002/j.1467-8438.2002.tb00493.x>
- Patterson, G. R. (1982). *A social learning approach: Coercive family process*. Vol. 3. Eugene, Oregón: Castalia Publishing Company.
- Patterson, G. R. (1986). Performance models for antisocial boys. *American Psychologist*, 41, 432–444. Recuperado de <http://psycnet.apa.org/buy/1986-21789-001>
- Patterson, G. R. (2002). Etiology and treatment of child and adolescent antisocial behavior. *The Behavior Analyst Today*, 3, 133–144. Recuperado de <https://search.proquest.com/openview/1d73bd925ff493f0ac566d875ba2b6ac/1?pq-origsite=gscholar&cbl=54848>
- Patterson, G. R., DeBaryshe, B. D., y Ramsey, E. (1989). A developmental perspective on antisocial behavior. *American Psychologist*, 44, 329–335. Recuperado de <http://www.psy.cmu.edu/~siegle/35patterson90.pdf>
- Patterson, G. R., Dishion, T. J., y Bank, L. (1984). Family interaction: A process model of deviancy training. *Aggressive Behaviour*, 10, 253–267. [https://doi.org/10.1002/1098-2337\(1984\)10:3<253::AID-B2480100309>3.0.CO;2-2](https://doi.org/10.1002/1098-2337(1984)10:3<253::AID-B2480100309>3.0.CO;2-2)
- Paulson, M. J., Coombs, R. H., y Landsverk, J. (1990). Youth who physically assault their parents. *Journal of Family Violence*, 5, 121–133. <https://doi.org/10.1007/BF00978515>

- Peek, C., Fischer, J., y Kidwell, J. (1985). Teenage violence toward parents: A neglected dimension of family violence. *Journal of Marriage and the Family*, 47, 1051–1058. <http://dx.doi.org/10.2307/352350>
- Pelletier, D., Beaulieu, A., Grimard, A., y Duguay, L. (1999). Les adolescents qui agressent leurs parents. *Revue Canadienne de Psycho-Education*, 28, 171–185.
- Pelletier, D., y Coutu, S. (1992). Substance abuse and family violence in adolescents. *Canada's Mental Health*, 40, 6–12. Recuperado de <http://psycnet.apa.org/record/1993-06066-001>
- Pereira, R. (2006). Violencia filio-parental: un fenómeno emergente. *Revista Mosaico*, 36, 8–9.
- Pereira, R., Loinaz, I., del Hoyo-Bilbao, J., Arrospide, J., Bertino, L., Calvo, A., Montes, Y., y Gutiérrez, M. M. (2017). Propuesta de definición de violencia filio-parental: Consenso de la Sociedad Española para el estudio de la Violencia Filio-Parental (SEVIFIP). *Papeles del Psicólogo*, 38, 216–233. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2017.2839>
- Pereira, R., y Bertino, L. (2009). Una comprensión ecológica de la violencia filio-parental. *Revista Redes*, 21, 69–90. Recuperado de <http://www.redsistemica.com.ar/filio.htm>
- Peterson, G., y Leigh, G. (1990). The family and social competence in adolescence. En T.P. Gullotta, G.R. Adams y R. Montemayor (Eds.), *Developing social competence in adolescence. Advances in adolescent development* (Vol. 3, pp. 97–139). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Pettit, G., Lansford, J., Malone, P., Dodge, K., y Bates, J. (2010). Domain specificity in relationship history, social-information processing, and violent behavior in early adulthood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 98, 190–200. <http://dx.doi.org/10.1037/a0017991>
- Philip, F. (2000). *Adolescencia: desarrollo, relaciones y cultura*. Madrid: Prentice Hall.
- Podsakoff, P., MacKenzie, S., Lee, J., y Podsakoff, N. (2003). Common method bias in behavioral research: A critical review of the literature and recommended remedies. *Journal of Applied Psychology*, 88, 879–903. <http://dx.doi.org/10.1037/0021-9010.88.5.879>
- Popper, K. R. (1961). *The logic of scientific discovery*. Nueva York, NY: Science Editions.

- Price, J. A. (1996). *Power and compassion: Working with difficult adolescents and abused parents*. Nueva York: The Guildford Press
- Public Health Agency of Canada (2003) Information from the National Clearinghouse on Family Violence. Public Health Agency of Canada, Ottawa, Canadá. Recuperado de <http://publications.gc.ca/site/eng/9.514740/publication.html>
- Rechea, C., Fernández, E., y Cuervo, A. L. (2008). *Menores agresores en el ámbito familiar*. (Informe de Investigación No. 15) Recuperado de <http://www.uclm.es/criminologia/pdf/15-2008.pdf>
- Rechea, C., y Cuervo, A. L. (2010). *Menores agresores en el ámbito familiar* (Informe de Investigación No. 18). Recuperado de https://previa.uclm.es/centro/criminologia/pdf/informes/18_2010.pdf
- Redondo, S. (2008). *Manual para el tratamiento psicológico de los delincuentes*. Madrid: Pirámide.
- Rendón, M. (2007). Regulación emocional y competencia social en la infancia. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 3, 349–363. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/679/67930213/>
- Resolución del Parlamento Europeo (2017/2897(RSP)), sobre la lucha contra el acoso y los abusos sexuales en la Unión Europea. (2017/2897(RSP)). Recuperado de <http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//NONSGML+TA+P8-TA-2017-0417+0+DOC+PDF+V0//ES>
- Resolución del Parlamento Europeo A4-0250/97 sobre una Campaña Europea sobre Tolerancia Cero ante la Violencia contra las Mujeres. *Diario Oficial de la Unión Europea*. Bruselas, 6 de octubre de 1997, núm. 304, 0055. Recuperado de <https://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=CELEX:51997IP0250:ES:HTML>
- Reynolds, C., y Kamphaus, R. (1992). *Behavior Assessment System for Children: Manual*. Circle Pines, MN: American Guidance Service.
- Robinson, P., Davidson, L., y Drebot, M. (2004). Parent abuse on the rise: A historical review. *American Association of Behavioral Social Science Online Journal*, 58–67. Recuperado de http://aabss.org/Perspectives2004/AABSS_58-67.pdf

- Rodkin, P., Espelage, D., y Hanish, L. (2015). A relational framework for understanding bullying: Developmental antecedents and outcomes. *American Psychologist*, 70, 311–321. <http://dx.doi.org/10.1037/a0038658>
- Romano, E., Tremblay, R., Boulerice, B., y Swisher, R. (2005). Multilevel correlates of childhood physical aggression and prosocial behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 33, 565–578. <https://doi.org/10.1007/s10802-005-6738-3>
- Romero, E., Kapralos, P., y Gómez-Fraguela, X. A. (2016). Rasgos psicopáticos infanto-juveniles: evaluación e implicaciones en un estudio prospectivo. *Anuario de Psicología Jurídica*, 26, 51–59. <https://doi.org/10.1016/j.apj.2016.03.002>
- Romero, F., Melero, A., Cánovas, C., y Antolín, M. (2005). La violencia de los jóvenes en la familia: una aproximación a los menores denunciados por sus padres. *Treball Social*, 192, 95–98. Recuperado de <http://europa.sim.ucm.es/compludoc/AA?articuloId=803583>
- Roncero, D., Andreu, J. M., y Peña, M. E. (2016). Procesos cognitivos distorsionados en la conducta agresiva y antisocial en adolescentes. *Anuario de Psicología Jurídica*, 26, 88–101. <https://doi.org/10.1016/j.apj.2016.04.002>
- Rosado, J., Rico, E., y Cantón-Cortés, D. (2017). Influence of psychopathology on the perpetration of child-to-parent violence: Differences as a function of sex. *Anales de Psicología*, 33, 243–251. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.33.2.240061>
- Rosenbaum, A. y O'Leary, K. D. (1981). Children: the unintended victims of marital violence. *American Journal of Orthopsychiatry*, 51, 692–699. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1939-0025.1981.tb01416.x>
- Ross, R., y Fabiano, E. (1985). *Time to think: A cognitive model of delinquency prevention and offender rehabilitation*. Johnson City, TE: Institute of Social Sciences and Arts Inc.
- Rossi, P. H. (1990). *Of human bonding: parent-child relations across the life course*. Nueva York, NY: Aldine.
- Routt, G., y Anderson, L. (2011). Adolescent vimediaolence towards parents. *Journal of Aggression, Maltreatment & Trauma*, 20, 1–19. <https://doi.org/10.1080/10926771.2011.537595>

- Rybski, N. (1998). *An evaluation of a family group therapy program for domestically violent adolescents*. (Tesis doctoral no publicada). Universidad de Arizona, Arizona. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10150/288862>
- Salvador, B., Arce, R., Rodríguez-Díaz, F. J., y Seijo, D. (2017). Evaluación psicométrica de la psicopatía: Una revisión meta-analítica. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 49, 36-47. <http://dx.doi.org/10.1016/j.rlp.2015.09.015>
- San Juan, D., Ocáriz, E. y Germán, I. (2009). Menores infractores y consumo de drogas: Perfil psicosocial y delictivo. *Revista Criminalidad*, 1, 147–162. Recupero de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5764207>
- Sánchez Heras, J. (2008). *Análisis y puesta en práctica de un programa de intervención con familias y menores que maltratan a sus padres en un centro de menores* (Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, España) Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=84504>
- Sánchez, I., y Oliva, A. (2003). Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 18, 71–86. <https://doi.org/10.1174/02134740360521796>
- Sanmartín, J. (2010). Concepto y tipos de violencia. En J. Sanmartín, R. Gutiérrez, J. Martínez y Vera, *Reflexiones sobre la violencia* (pp. 11–33). Madrid: Siglo XXI Editores.
- Sanmartín, J., Gutiérrez, R., Martínez, J. y Vera, J. L. (2010). *Reflexiones sobre la violencia*. México: Siglo XXI, Centro Reina Sofía.
- Save de Children (2013). *Queriendo en familia*. Madrid. Save the Children España.
- Schmidt, F. L., y Hunter, J. E. (1981). Employment testing: Old theories and new research findings. *American Psychologist*, 36, 1128–1137. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.36.10.1128>
- Schwartz S y Pollishuke M (1995). *Aprendizaje activo*. Madrid: Narcea.
- Seligman, M. (1975). *Helplessness: On depression, development, and death*. San Francisco: W. H. Freeman.
- Sheehan, M. (1997). Adolescent violence: Strategies, outcomes and dilemmas in working with young people and their families. *Australia New Zealand Journal of*

- Family Therapy*, 18, 80–91. <http://dx.doi.org/10.1002/j.1467-8438.1997.tb00274.x>
- Stewart, E., Schreck, C., y Simons, R. (2006). “I Ain't Gonna Let No One Disrespect Me” Does the code of the street reduce or increase violent victimization among african american adolescents?. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 43, 427–458. <https://doi.org/10.1177/0022427806292338>
- Stewart, M., Burns, A., y Leonard, R. (2007). Dark side of the mothering role: abuse of mothers by adolescent and adult children. *Sex Roles*, 56, 183–191. <https://doi.org/10.1007/s11199-006-9148-2>
- Stith, S., Rosen, K., Middleton, K., Busch, A., Lundeberg, K., y Carlton, R. (2000). The intergenerational transmission of spouse abuse: A meta-analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 640–654. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1741-3737.2000.00640.x>
- Straus, M. (1973). A general systems theory approach to a theory of violence between family members. *Social Science Information*, 12, 105–125. <https://doi.org/10.1177/053901847301200306>
- Straus, M. y Fauchier, A. (2007). Manual for the Dimensions of Discipline Inventory (DDI). Durham, NH: Family Research Laboratory, University of New Hampshire.
- Straus, M., Hamby, S., Boney-McCoy, S., y Sugarman, D. (1996). The Re-vised Conflict Tactics Scales Development and preliminary psychomet-ric data. *Journal of Family Issues*, 17, 283-316. <https://doi.org/10.1177/019251396017003001>
- Straus, M., Hamby, S., Finkelhor, D., Moore, D., y Runyan, D. (1998). Identification of child maltreatment with the Parent-Child Conflict Tactics Scales: Development and psychometric data for a national sample of American parents. *Child Abuse & Neglect*, 22, 249–270. [https://doi.org/10.1016/S0145-2134\(97\)00174-9](https://doi.org/10.1016/S0145-2134(97)00174-9)
- Straus, M., y Douglas, E.M. (2004). A short form of the revised conflict tactics scales, and typologies for severity and mutuality. *Violence and Victims*, 19, 507-552. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Murray_Straus/publication/7892303_A_Short_Form_of_the_Revised_Conflict_Tactics_Scales_and_Typologies_for_Severi

- ty_and_Mutuality/links/0fcfd5119989936b2c000000/A-Short-Form-of-the-Revised-Conflict-Tactics-Scales-and-Typologies-for-Severity-and-Mutuality.pdf
- Straus, M., y Fauchier, A. (2008). *The international parenting study*. Recuperado de <http://pubpages.unh.edu/~mas2/IPS.htm>
- Straus, M., y Gelles, R. (1986). Societal change and change in family violence from 1975 to 1985 as revealed by two national surveys. *Journal of Marriage and the Family*, 48; 465–479. Recuperado de http://www.jstor.org/stable/352033?seq=1#page_scan_tab_contents
- Straus, M., y Hotaling, G. (1980). *The social causes of husband-wife violence*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Strauss, M. (1979). Measuring intrafamily conflict and violence: The Conflict Tactics Scale (CTS). *Journal of Marriage and the Family*, 41, 75–88.
- Sutherland, E. H., Cressey, D. R., Luckenbill, D. F., y Luckenbill, D. (1992). *Principles of criminology*. Nueva York: Rowman & Littlefield.
- Sutherland, E., y Cressey, D. (1978). *Criminology* (10 ed). Philadelphia: J. B. Lippincott.
- Tew, J., y Nixon, J. (2010). Parent abuse: Opening up a discussion of a complex instance of family power relations. *Social Policy and Society*, 9, 579–589. <https://doi.org/10.1017/S1474746410000291>
- Thompson, R. A. (1994). Emotion regulation: A theme in search of definition. *Monographs of the society for research in child development*, 59, 25–52. <https://doi.org/10.1111/j.1540-5834.1994.tb01276.x>
- Tobena, R. (2012). *Niños y adolescentes que agreden a sus padres: Análisis descriptivo* (Tesis Doctoral no publicada). Universidad de Zaragoza, España.
- Torrego, J. C. (2003). *Mediación de conflictos en Instituciones educativas*. Madrid: Narcea.
- Ttofi, M., y Farrington, D. P. (2011). Effectiveness of school-based programs to reduce bullying: A systematic and meta-analytic review. *Journal of Experimental Criminology*, 7, 27–56. <https://doi.org/10.1007/s11292-010-9109-1>
- Tukey, J. W. (1960). A survey of sampling from contaminated distributions. En I. Olkin, J. G. Ghurye, W. Hoeffding, W. G. Madow, y H. Mann (Eds.),

- Contributions to probability and statistics* (pp. 448–485). Stanford, CA: Stanford University Press.
- Ulman, A., y Straus, M. (2003). Violence by children against mothers in relation to violence between parents and corporal punishment by parents. *Journal of Comparative Family Studies*, 34, 41–60. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41603861>
- UNESCO (2008). Convivencia democrática, inclusión y cultura de paz: Lecciones desde la práctica educativa innovadora en América Latina. Recuperado de <http://unesdoc.unesco.org/images/0016/001621/162184s.pdf>
- UNICEF (2011). *Estado Mundial de la Infancia*. Nueva York: Unicef. Recuperado de https://www.unicef.org/publications/files/UNICEF_SOWC_2016.pdf
- United Nations Department of Public Information. (1948, Diciembre). Universal Declaration of Human Rights. París, Francia. Recuperado de <http://www.un.org/spanish/aboutun/hrights>.
- United Nations. (1985). *Declaration of Basic Principles of Justice for Victims of Crime and Abuse of Power* (General Assembly resolution 40/34 of 29 November 1985). Vienna, Austria: United Nations. Recuperado de <http://www.un.org/documents/ga/res/40/a40r034.htm>
- Urbiola, I. (2014). Violencia recibida, ejercida y percibida en las relaciones de noviazgo de jóvenes y adolescentes (Tesis Doctoral, Universidad de Deusto, España).
- Urbiola, I., Estévez, A., y Iraurgi, I. (2014). Dependencia emocional en el noviazgo de jóvenes y adolescentes: Desarrollo y Validación de un Instrumento. *Ansiedad y Estrés*, 20, 101–114. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Ioseba_Iraurgi/publication/270048185_Dependencia_Emocional_en_el_Noviazgo_de_Jovenes_y_Adolescentes_DEN_Desarrollo_y_validacion_de_un_instrumento/links/578e6f8e08ae35e97c3f7149.pdf
- Uribe, F., Acosta, M., y López, C. (2004). Psicología de la violencia. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 2, 165–196. Recuperado de <http://www.redalyc.org/html/726/72620408/>
- Urra, J. (2006). *El pequeño dictador*. Madrid: La esfera de los libros.

- Vázquez, M. J., Fariña, F., Arce, R., y Novo, M. (2011). *Comportamiento antisocial y delictivo en menores en conflicto social*. Vigo: Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.
- Vázquez, M.J., Fariña, F., y Seijo, D. (2003). Teorías explicativas de la conducta agresiva y antisocial. El enfoque psicológico. En F. Fariña y R. Arce (Ed), *Avances en torno al comportamiento antisocial, evaluación y tratamiento* (pp.49–82). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Verdugo, J., Arguelles, J., Guzmán, J., Marquez, C., Montes, R., y Uribe, I. (2014). Influencia del clima familiar en el proceso de adaptación social del adolescente. *Psicología desde el Caribe*, 31, 207–222. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123-417X2014000200003&lng=en&tlng.
- Verschuere, B., Candel, I., Van Reenen, L., y Korebrits, A. (2012). Validity of the Modified Child Psychopathy Scale for juvenile justice center residents. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 34, 244–252. <https://doi.org/10.1007/s10862-011-9272-3>
- Vilariño, M., Amado, B. G., Vázquez, M. J., y Arce, R. (2018). Psychological Harm in Women Victims of Intimate Partner Violence: Epidemiology and Quantification of Injury in Mental Health Markers. *Psychosocial Intervention*, 27, 145–152. <https://doi.org/10.5093/pi2018a23>
- Villaseñor, M., y Castañeda, J. (2003). Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: análisis de significados en adolescentes. *Salud Pública de México*, 45, 44–57. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0036-36342003000700008
- Vittup, B., y Holde, G.W. (2010). Children's assessments of corporal punishment and other disciplinary practices: The role of age, race, SES, and exposure to spanking. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 31, 221–220. <http://dx.doi.org/10.1016/j.appdev.2009.11.003>

- Vuchinich, S., Bank, L., y Patterson, G. R. (1992). Parenting, peers, and the stability of antisocial behavior in preadolescent boys. *Developmental Psychology*, 28, 510–521. <http://dx.doi.org/10.1037/0012-1649.28.3.510>
- Wallston, K.A. (1992). Hocus-pocus, the focus isn't strictly on locus: Rotter's social learning theory modified for health. *Cognitive Therapy and Research*, 16, 183–199. <https://doi.org/10.1007/BF01173488>
- Walsh, A., y Ellis, L. (2007). *Criminology. An interdisciplinary approach*. Londres: Sage Publications.
- Walsh, A., y Krienert, L. (2009). A decade of child-initiated family violence: comparative analysis of child-parent violence and parricide examining offender, victim, and event characteristics in a national sample of reported incidents, 1995-2005. *Journal of Interpersonal Violence*, 24, 1450–1477. <https://doi.org/10.1177/0886260508323661>
- Wasserman, G. A., Keenan, K., Tremblay, R. E., Coie, J. D., Herrenkohl, T. I., Loeber, R., y Petechuck, D. (2003). *Risk and protective factors of child delinquency*. Washington, DC: U.S. Departamento de Justicia, Oficina de Justicia Juvenil y Prevención de la Delincuencia.
- Waters, E., y Sroufe, L.A. (1983). Social competence as a developmental construct. *Developmental Review*, 3, 79–97. [https://doi.org/10.1016/0273-2297\(83\)90010-2](https://doi.org/10.1016/0273-2297(83)90010-2)
- Weaver, C., Shaw, D., Dishion, T., y Wilson, M. (2008). Parenting self-efficacy and problem behavior in children at high risk for early conduct problems: The mediating role of maternal depression. *Infant Behavior and Development*, 31, 594–605. <https://doi.org/10.1016/j.infbeh.2008.07.006>
- Wells, M. G. (1987). Adolescent violence against parents: An assessment. *Family Therapy*, 14, 125–133. Disponible en <https://search.proquest.com/openview/ed5168b155d3bf49187c61ee0d931c3c/1?pq-origsite=gscholar&cbl=2031151>
- Whipple, E., y Webster-Stratton, C. (1991). The role of parental stress in physically abusive families. *Child Abuse and Neglect*, 15, 279–291. [https://doi.org/10.1016/0145-2134\(91\)90072-L](https://doi.org/10.1016/0145-2134(91)90072-L)

- Widom, C. S. (1989). The cycle of violence. *Science*, 244, 160–166.
<http://dx.doi.org/10.1126/science.2704995>
- Yang, H., Stanton, B., Li, X., Cottrel, L., Galbraith, J., y Kaljee, L. (2007). Dynamic association between parental monitoring and communication and adolescent risk involvement among African-American adolescents. *Journal of the National Medical Association*, 99, 517–524. Recuperado de <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2576073/>
- Yoshikawa, H. (1994). Prevention as cumulative protection: effects of early family support and education on chronic delinquency and its risks. *Psychological Bulletin*, 115, 28–54. <https://doi.org/10.1037//0033-2909.115.1.28>
- Zimmer-Gembeck MJ y Locke EM (2007). The socialization of adolescent coping: Relationships at home and school. *Journal of Adolescence*, 30, 1–16.
<https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2005.03.001>
- Zuñeda, A., Llamazares, A., Marañón, D., y Vazquez, G. (2016). Características individuales y familiares de los adolescentes inmersos en violencia filio-parental: La agresividad física, la cohesión familiar y el conflicto interparental como variables explicativas. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 21, 21–33. <http://dx.doi.org/10.5944/rppc.vol.21.num.1.2016.15021>